

ALEJANDRA OBERTI

LAS REVOLUCIONARIAS

Militancia, vida cotidiana
y afectividad en los setenta



Oberti, Alejandra
Las revolucionarias. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2015.
280 p.; 13,5x19,5 cm.

ISBN 978-987-628-351-9

1. Partidos Políticos. I. Título
CDD 324

Diseño de interior: Juan Balaguer y Cristina Cernecio
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: marzo de 2015

© Alejandra Oberti, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-351-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Encuadernación Araoz S.R.L.

Impreso en Argentina

Más que nunca creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor, de juego y de alegría.

Julio Cortázar, *Libro de Manuel*

Índice

Introducción.....	11
-------------------	----

Primera parte

La construcción de la subjetividad revolucionaria

Capítulo 1. Cuerpos y afectos para la revolución	33
--	----

Segunda Parte

Las mujeres en la revolución

Capítulo 2. El PRT-ERP.....	73
-----------------------------	----

Capítulo 3. Las organizaciones armadas peronistas.....	99
--	----

Tercera parte

Memorias de la militancia

Introducción.....	127
-------------------	-----

Capítulo 4. La pasión por el tiempo que vendrá.

Política y vida cotidiana	133
---------------------------------	-----

Capítulo 5. Dar cuenta de sí mismas.

La casa, las armas y el género.....	187
-------------------------------------	-----

Epílogo.....	241
--------------	-----

Agradecimientos.....	253
----------------------	-----

Testimonios, documentos y bibliografía.....	257
---	-----

Introducción

Nota preliminar

En las primeras horas de la mañana del 23 de enero de 1989 escuché por la radio que un grupo de militares se había sublevado nuevamente. Esa vez, que hubiera sido la cuarta desde que en Semana Santa de 1987 se produjo el primer levantamiento militar en reclamo de la suspensión de juicios por violaciones a los derechos humanos, se trataba del Regimiento de Infantería III de la localidad bonaerense de La Tablada. En esos años de comunicaciones más lentas, sin Internet ni celulares y con los teléfonos funcionando apenas, la radio era el principal medio para enterarse de las noticias de último momento. A media mañana, con datos más concretos del levantamiento y la certeza de que las fuerzas armadas no dejarían de presionar hasta que lo poco que aun continuaba vigente del accionar de la justicia fuera desmantelado, algunas voces comenzaron a decir que no se trataba de un levantamiento militar sino de un ataque guerrillero. Basaban esa afirmación en un hecho en apariencia banal. Entre los atacantes, decían en la radio, se había visto a una persona con el pelo largo, presumiblemente una mujer. "No pueden ser militares, los que tienen mujeres son los guerrilleros" se dijo entonces. La afirmación de algún periodista o locutor que algunas personas comenzaron a repetir casi como una provocación resultó estrictamente verdadera. Se trataba de un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria que

esperaban con esta acción evitar lo que suponían sería un golpe de Estado y entre ellos había mujeres.

Unos años más tarde, la escritora Matilde Sánchez representaría en su novela *El Dock* (1993) la participación de mujeres en ese evento. La evocación llegaba a través de sus efectos más dramáticos: la imagen –transmitida por los medios de comunicación– de la guerrillera muerta que da inicio al relato ficcional y el hijo huérfano que llega hasta la narradora para reconstruir su vida inventándose una familia por fuera de los lazos de sangre.¹

No pretendo aquí referirme a este evento sino simplemente subrayar una doble serie de preguntas que surgen del encuentro entre la frase suelta “los que tienen mujeres son los guerrilleros” –una sentencia que enunciada desde la *doxa* confirma y reafirma un saber popular– y la elaboración de Matilde Sánchez. Por un lado me pregunto, ¿el eco de qué certeza traía a aquel enero la confirmación de que había mujeres entre quienes intentaban tomar el cuartel?, por otro, ¿porqué la presencia de mujeres en una acción armada remite inmediatamente a las relaciones personales, la vida privada, los hijos?

En septiembre de 1970, la revista *Cristianismo y Revolución* publicó un reportaje a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en el cual explicaban su vocación revolucionaria. Apoyados en la tradición del movimiento peronista, invocaban en ese texto la potencia subversiva y la capacidad de organización y movilización de la clase obrera y el pueblo en pos de una liberación que, decían, “trasciende los marcos puramente económicos” en tanto “implica la creación del *hombre nuevo*” y que tendría como punto de partida “la construcción de una organización político-militar revolucionaria que se consolide en una guerra prolongada con la participación masiva del pueblo”. Esa guerra de todo el pueblo incluía también a las mujeres.

CyR: Se ha observado la presencia casi invariable de algunas mujeres en los grupos de acción de las FAP. ¿Qué significado se le da a este hecho?

FAP: Nosotros partimos por principio de una amplia concepción revolucionaria de acuerdo a la cual la mujer tiene que tener el mismo grado de participación que el hombre en todos los procesos de la sociedad y, sobre todo, en el proceso de cambiar una sociedad que la ha sumergido en una situación de marginación y dependencia. Es por ello que en las FAP, mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate. Además es la continuación de toda una trayectoria en nuestro movimiento, ejemplificada no sólo por Eva Perón sino también por las medidas concretas del gobierno peronista que elevaron a la mujer argentina en todos los órdenes, especialmente el político (CyR 25, 1970: 20).

Bajo el amparo de una generalidad que indica que el proceso de cambiar una sociedad es tarea de todos y todas, las mujeres fueron recibidas en las FAP, como en otras organizaciones político-militares, tímidamente al principio y de manera cada vez más extensa en los años siguientes. En una época, las décadas de 1960 y 1970, de múltiples rupturas en todo el mundo las mujeres protagonizaron las suyas propias. Entre ellas el feminismo ocupa un lugar, quizás el más destacado, pero no el único. En la Argentina, como en otros países de América Latina, muchas mujeres fueron parte de los grupos que concluyeron en que los largos años de autoritarismos y proscripciones -también de injusticia social y explotación- sólo terminarían mediante el uso de la violencia. Se sumaron entonces a diversos tipos de militancias entre las cua-

les se destacan las organizaciones político-militares. *Mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate*, se decía en 1970. Ese fue el modo en que muchas mujeres optaron en esos años por distintos niveles de activismos y revueltas y dejaron a propósito de esa militancia una estela perdurable: *los que tienen mujeres son los guerrilleros* (1989).

La frase áspera y agresiva que en 1989 actualiza el enunciado explicativo de los años setenta muestra a la vez la estela y el signo del tiempo en que fue pronunciada. Porque es atributo de la memoria tener una temporalidad múltiple, se evidencia en ella la complejidad de los procesos de recordar (Jelín: 2002).²

Si los primeros años de la transición –marcados por la denuncia y la búsqueda de justicia para los crímenes de la dictadura– no fueron un momento apto para hablar públicamente de la militancia de los años sesenta y setenta, el final de los años ochenta, signados por las políticas de impunidad, tampoco. En efecto, en el contexto de revalorización de las instituciones democráticas que se produjo con la vuelta al régimen constitucional, la militancia revolucionaria de las décadas anteriores fue silenciada. La legitimidad de la participación política se expresó en los años ochenta a través de canales diferentes. Entre éstos, el feminismo y el movimiento de mujeres que se hicieron visibles desde los primeros momentos de la transición presentaron escasa continuidad con las formas de la militancia de las décadas anteriores (Vasallo M., 2009). Relaciones que se establecen con distintas intensidades en momentos posteriores.³

El ingreso a la escena pública, hacia mediados de la década de 1990, del relato de la militancia comenzó lentamente a plantear nuevos temas y problemas que se han desarrollado de acuerdo a los distintos contextos sociales y políticos (Oberti y

Pittaluga, 2012). En ese marco, aunque menos explorada que otros aspectos de la militancia, la presencia notable –en términos de cantidad y también de compromiso– de mujeres en las organizaciones político-militares ha sido objeto de reconocimiento tanto por parte de las protagonistas, como de quienes estudian esas militancias.⁴ Es así que de la mano de esa escalada creciente de intervenciones que añaden miradas analíticas a la producción referida a la militancia revolucionaria, la frase de 1989 pierde su rispidez para dar lugar a preguntas acerca de las características que asumió la participación de las mujeres y de las consecuencias de esa integración para el modo en que la izquierda ha pensado la subjetividad revolucionaria.

Repensar la historia de las organizaciones político-militares

Este trabajo es un intento de repensar la militancia en las organizaciones político-militares argentinas (especialmente Montoneros y el PRT-ERP) a través del examen de la participación activa y extendida de las mujeres en ellas y el modo en que ésta sobredetermina la cuestión más amplia de la construcción de una subjetividad revolucionaria.

Se trata de una experiencia militante que tuvo lugar en el marco de un profundo movimiento de activación política y social y de contestación cultural que fue creciendo en la Argentina de manera heterogénea desde la segunda mitad de los años cincuenta dando lugar a la emergencia y proliferación de una gran variedad de grupos políticos que conformaron el fenómeno de la “nueva izquierda” (Tortti, 1998) y también en un contexto de profundas transformaciones en los modos en que se organizaban la vida cotidiana, las relaciones familiares y las costumbres

sexuales (Cosse, 2010). Una época en la que surgieron también grupos de mujeres feministas, una forma de militancia que ha quedado opacada por otras más extendidas pero que sin embargo –y aunque de modo incipiente y con un nivel de intervención más discreto que en los países desarrollados– ha tenido presencia en la escena pública de aquellos años (Andújar *et al*, 2009; Chejter, 1996; Nari, 1996; Trebisacce, 2008; Vasallo, A., 2005).

¿Cómo y en qué términos las mujeres se inscribieron en las estructuras organizativas de Montoneros y del PRT-ERP? ¿En qué medida su incorporación –tímida en los primeros años y resuelta en la medida que entraba la década de 1970– incidió en las definiciones acerca de cómo imaginaban las organizaciones el proceso revolucionario y a los sujetos que lo llevarían adelante?

La convocatoria a las mujeres osciló entre plantear una universalidad que las reconocía en igualdad con los varones y una particularidad que las condicionaba y las hacía mirarse en imágenes predeterminadas. Llamadas a ser como las mujeres de otras revoluciones (Cuba, Argelia, Vietnam) o a encontrarse en la figura de Eva Perón, las militantes se sumaron a la construcción de movimientos, partidos y ejércitos. Independientemente del modo y la condición con que se las convocara, la militancia las transformó tanto cuanto ellas perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron.

Como dimensión fundante de las identidades militantes, un conjunto de postulaciones teóricas y políticas, de representaciones y metáforas, daban forma a la revolución anhelada tanto como al orden social que imaginaban resultaría de ella. Inescindible de esas concepciones, la figura del *hombre nuevo* marcó ritmos y modelos para la actividad política. En ese contexto, una serie de referencias a las mujeres –a la militancia femenina y también a problemas específicos– muestran el modo en que las organizaciones pusieron la diferencia de género al servicio de la

construcción de subjetividad militante a la par que se plantearon la necesidad de politizar la vida cotidiana y las relaciones afectivas, incluyéndolas como aspectos de la militancia. Pero, ¿cuáles fueron los alcances y significaciones de esa politización de la vida cotidiana? ¿Significó que la vida privada, la familia y *todo* debería estar puesto en función de las tareas y objetivos de la militancia política fijados por la organización?

Pensar la *politización de lo cotidiano* como una subordinación de las relaciones personales y afectivas a la política implica reproducir la significación tradicional de la política, sus acepciones burguesas. A la vez, dejar lo privado al margen de la intervención política entraña también sostener esa división burguesa naturalizándola. ¿Hasta qué punto las organizaciones político-militares retuvieron una concepción de la política como una esfera separada de la vida privada? ¿Cuánto de esa forma de entender la política habrá incidido en el lugar preponderante que la violencia fue adquiriendo para estas organizaciones que se pensaban como revolucionarias?

1.

En el marco de un ideario que no sólo se planteaba transformar las estructuras y las instituciones, sino que además pretendía modificar profundamente la conciencia de los sujetos, la noción de *hombre nuevo* representaba de manera radical aquello que la revolución haría con los individuos y a la vez la necesidad de adelantarse a ese tiempo revolucionario y construir al sujeto revolucionario en aquel presente. El *hombre nuevo* encarnado en la figura del Che Guevara -aunque su génesis sería anterior a las experiencias revolucionarias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX- reunía los valores éticos que todo revolucionario debería tener: el espíritu de sacrificio, la entrega por un ideal, el heroísmo, la solidaridad, la lucha contra el individualismo, la humildad.⁵

En un texto publicado en la revista *La Rosa Blindada* en 1966 León Rozitchner ya se preguntaba cómo formar “hombres adecuados al trabajo de realizar la revolución”. Se trata, según señala, de encarar una serie de tareas que no deben detenerse en el plano político “sino que deben alcanzar también al sujeto que interviene en él” (Rozitchner, 1966: 3). De este modo, el pasaje de la cultura burguesa a la cultura revolucionaria implicaría enfrentar la permanencia de la estructura burguesa en el individuo mismo que adhiere al proceso revolucionario. A partir de esas definiciones, el texto de Rozitchner explora tanto la necesidad acuciante como las dificultades que se presentan a la hora de producir estas transformaciones ya que “la burguesía está en nosotros como un obstáculo para comprender y realizar el proceso revolucionario” (*id.*: 8) y en consecuencia los cambios no pueden ser proyectados “sólo a nivel de la objetividad política –que es el plano de la máxima generalidad– sino [que es necesario] también convertir en política la propia subjetividad” (*id.*: 13).

La revolución necesita de “hombres revolucionarios” capaces de descubrir la contradicción impuesta por la burguesía entre el mundo privado asociado a lo sensible y el ámbito social, que sería externo y racional. Al mantener esta separación, el militante de izquierda se desconecta del proceso histórico que lo produjo y deja los proyectos revolucionarios librados a racionalidad burguesa:

Así podremos darnos la presunción de actuar, hasta de jugarlos la vida, pero en realidad mantenemos tajante, burguesía mediante, la oposición creada entre el sujeto y la cultura, que es el fundamento de la alienación burguesa. La forma cultural burguesa nos separa, contra nosotros mismos, desde dentro de nosotros mismos (*id.*: 5).

Es así que el desafío para una política revolucionaria consistiría en producir una perturbación o una transgresión que alcance no solo las estructuras sociales sino también las divisiones tradicionalmente admitidas de lo público y lo privado, esto es producir una crítica de esa escisión.

El temprano texto de Rozitchner, titulado sugerentemente "La izquierda sin sujeto", muestra que las preguntas acerca de la subjetividad de los revolucionarios no son ajenas a la tradición de la izquierda y anteceden y exceden los planteos que harían en relación a este problema en los años siguientes las organizaciones político-militares argentinas. Alain Badiou se refiere específicamente a esta cuestión al caracterizar al siglo XX como el tiempo en el cual las transformaciones no podrían confiarse exclusivamente al propio devenir histórico sino que requerirán de una intervención subjetiva: "El siglo XX es el siglo del acto, de lo efectivo, del presente absoluto, y no el siglo del anuncio y el porvenir" (Badiou, 2005: 83). Cómo sería esa intervención y las características de los sujetos que la llevarían adelante, constituyen parte ineludible de la reflexión política. De ahí que el ideario revolucionario propio del siglo XX no pueda pensarse por fuera del advenimiento de una "subjetividad revolucionaria":

Entre 1850 y 1929 se pasa del progresismo histórico al heroísmo político histórico, porque se pasa, tratándose del movimiento histórico espontáneo, de la confianza a la desconfianza. El proyecto del hombre nuevo impone la idea de que vamos a obligar a la historia, a forzarla. El siglo XX es un siglo voluntarista. Digamos que es el siglo paradójico de historicismo voluntarista (*í.d.*: 31).⁶

La izquierda revolucionaria argentina de los años setenta puede considerarse un capítulo de esa extendida experiencia, de

allí que la formulación de Badiou –que enlaza con las preguntas que Rozitchner formulara con extremada lucidez varias décadas atrás– resulta sugerente para pensar la relación entre las formas organizativas (estructuras y programas) y las subjetividades que encarnaban dichos proyectos.

En el análisis del derrotero de las organizaciones (marcado tanto por la relevancia que adquieren en los primeros años de la década de 1970 como por su creciente aislamiento) uno de los argumentos que más se ha destacado es el vanguardismo y su correlativa sustitución del sujeto de la revolución por el partido; sin embargo, es preciso al mismo tiempo indagar en la singularidad de esas experiencias (más allá del modelo de intervención política que formalmente proponían) como tejido de complejas relaciones políticas y personales entre militantes. Comprender el proceso de conformación de la *subjetividad revolucionaria* de la izquierda armada de los setenta implica entonces examinar las relaciones que se establecieron entre las específicas formas de hacer política y la constitución de los sujetos que las llevaban adelante. En esa “urdimbre de determinadas relaciones político-personales, y por tanto problema político de primer orden porque es la existencia misma de una práctica política vivenciada pero oculta en la significaciones de las tramas discursivas que la sustentan” (Pittaluga, 2000: 44), se destaca la extensión de un conjunto de prácticas rituales de iniciación, de permanencia y ascenso dentro de la estructura de la organización, la cual se transforma, por una serie de deslizamientos imperceptibles, en un *mundo de vida*. Dichas prácticas rituales iban desde la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” hasta el uso de uniformes militares al momento de las reuniones que lo ameritaban (Mattini, 1996 y Pozzi, 2001); específicos ritos de iniciación –con categorías identitarias como simpatizante, militante, combatiente– que construían estrictas delimitaciones

entre el "adentro" y el "afuera"; normas de funcionamiento que se apoyaban en la figura de un militante idealizado, portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto. Esta carga ética otorgaba al discurso político-ideológico una verdad moral de la cual sería indigno sustraerse; el sujeto así interpelado era erigido en agente autónomo portador él mismo de la verdad y responsable de su defensa (Pittaluga, 2001).

2.

En un texto de 1980, publicado en la revista *Controversia*, Héctor Schmucler escribió acerca de la significación de los primeros testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de detención, insistiendo en la importancia de difundir y escuchar atentamente esos relatos cuyo alcance es múltiple ya que no se agota en la denuncia de los crímenes de la dictadura. La narración que hacen los sobrevivientes invita a repensar lo político y a realizar nuevas preguntas que permitan evaluar en qué medida las prácticas que tenían las organizaciones revolucionarias eran tributarias de una concepción burguesa que piensa la política como un campo diferenciado de la vida social. Schmucler encuentra que en el mismo testimonio de los sobrevivientes –cuya materialidad está compuesta por el relato de lo que sucedía en los campos– es posible rastrear las concepciones de la vida y la muerte que tenían las organizaciones revolucionarias. Se trata de un ejercicio temprano realizado en el momento en que las denuncias de los primeros sobrevivientes podían jugar un papel clave para detener los crímenes del Estado y también para plantear acciones de búsqueda. Sin embargo, ya en esa primera formulación de los testimonios, se pueden encontrar elementos para establecer una

aproximación (ética, política) al modo en que las organizaciones concibieron lo personal, lo político y la relación entre ambos términos:

La anécdota montonera tiene validez en la medida que refleja una forma de pensar la política por parte de las fuerzas que se llaman revolucionarias. ¿A partir de qué principios se piensa la política? ¿A qué realidad remite? Aun en nombre del materialismo, la izquierda, con frecuencia, genera su práctica desde esquemas estrictamente imaginarios. No es la realidad sino construcciones ideales lo que preside su política.

Pero ¿cuál es la realidad que reivindicamos? Un tanto insolentemente diríamos que es la realidad humana, la del hombre en el mundo. La afirmación puede sonar anacrónica; de tan obvia que parece, ha sido olvidada. Es que para buena parte de la izquierda los hombres concretos también se han vuelto categorías abstractas. La cotidianidad ha sido despreciada para incorporar la existencia en esquemas genéricos que no dan cuenta de lo real.

Este olvido de lo cotidiano -del hombre real- ha construido modelos que no resisten la historia. Los testimonios de los sobrevivientes sirven como estímulo para la reflexión: ¿qué parte del cuerpo se compromete en la acción política? ¿es posible fragmentarlo para elaborar una teoría sobre el heroísmo? (Schmucler, 1980: 4).

Si el cuerpo de los militantes, en sus dimensiones simbólica y material, era tomado en cuenta por las organizaciones revolucionarias fundamentalmente a la hora de constituirse en un medio al servicio de la revolución, en las narraciones de los sobrevivientes que Schmucler selecciona para articular su texto aparecen

relatadas vivencias corporales, recuerdos de miedo y dolor, tortura y delación. Esos cuerpos que ayer mismo estaban dispuestos como armas para la guerra, en esta nueva situación, en la que aparecen en toda su vulnerabilidad, se transforman en un *locus* significativo que le permite al intérprete localizar una zona difusa donde el testigo habla de algo que está más allá de lo que dice. Una potencia del decir que refiere al lugar de la violencia en la política y al modo en que la muerte y la desaparición se hicieron parte de la vida cotidiana de los militantes. Habla acerca de cómo aquella violencia, considerada apenas como un medio para alcanzar el futuro anhelado, pasó a ocupar el centro de la escena. Refiere a la derrota de las expectativas, a la clandestinidad, a la detención, a la muerte, a la desaparición o el exilio a la par que se iba desvaneciendo la confianza en que su militancia colaboraba para que el proceso histórico cumpliera su destino, que no era otro que el triunfo final de las fuerzas revolucionarias.

Schmucler analiza también las consecuencias de aquello que definió como la constitución de la política como técnica:

Cuando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable "política" en otras actividades de la vida que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción al margen de aquellas experiencias. La política como técnica confirma la idea de que la existencia de los hombres reales es una suma de elementos fragmentarios. Por un lado está el hombre político; por otro el que desea; por otro el que piensa la producción. Esta desarticulación propia

de la imagen que el capitalismo tiene del mundo y que, por lo tanto, trata de reproducirlo en la organización que propone para la existencia es capturada, de hecho, por la izquierda que se pretende revolucionaria. Por ese camino, el héroe se transformará en el sujeto político ideal y los seres humanos heroicos en los instrumentos más adecuados para la construcción política que se postula. [...] El revolucionario debe alienarse en una "otra cosa" que se llama revolución y que, por lo general, se muestra como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que sin embargo tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana. El socialismo suele mostrar sus triunfos contabilizando los mismos datos que mercantilmente ha impuesto el capitalismo como variables indicadoras de bienestar. La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada uno con su cuerpo, cómo modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone (Schmucler, 1980: 5).

Los planteos que realizan León Rozitchner y Héctor Schmucler con relación a la revolución y sus sujetos y al lugar del cuerpo y del heroísmo en la lucha revolucionaria sugieren leer la experiencia de las organizaciones armadas tomando en cuenta las dimensiones subjetivas como inescindibles de la práctica política.

3.

Como han señalado diferentes pensadoras feministas, la presencia extendida de mujeres en el ámbito público tiende a deses-

tabilizar la distinción entre la política y la vida privada. Esta distinción, que ha recorrido las representaciones culturales mediante un reparto de atributos que circunscriben lo femenino a un rango inferiorizado, "traza un corte entre las mujeres y la política" (Richard, 2000) a la vez que se constituye en "tecnologías de género" (De Lauretis, 1996)⁷ que expresan y reproducen las ideologías sexuales hegemónicas con sus jerarquías de género implícitas. Sylvia Molloy (2000) sugiere que una manera de perturbar las definiciones de lo que se espera de un varón y una mujer es (re)leer el "texto cultural" a partir del género, no en el sentido de rescatar textos olvidados o mal leídos sino con la intención de producir fisuras en las lecturas establecidas que permitan realizar una aproximación novedosa al tema en cuestión. En esta propuesta, entonces, no se trata de encontrar otros textos, sino de volver sobre el corpus de materiales producidos por las organizaciones, buscando allí las representaciones de género que proponen.

Por otro lado, los testimonios de las protagonistas -cuando narran, explican y argumentan la militancia- constituyen un corpus privilegiado para leer el modo en que funcionaba la relación entre lo público y lo privado y la relación entre política y vida personal. Los dispositivos narrativos puestos en juego en los relatos testimoniales refieren a las representaciones sexuales y corporales, la transmisión entre generaciones, la vida cotidiana, la sexualidad, las relaciones entre los sexos, la maternidad.

La utilización de la categoría de género para abordar las representaciones de violencia y memoria implica enfatizar su perspectiva histórica y relacional. El punto de vista que sigo se deslinda tanto de las interpretaciones reductivas (el género como indagación de la construcción cultural de lo masculino-femenino ligada a los "estudios de la mujer", por ejemplo), como de aquellas formulaciones que la subordinan a otras categorías

consideradas más “centrales” (que, por lo tanto, no le conceden una real legitimación en los diversos campos de conocimiento). Desde una perspectiva más amplia, el recorrido establece lecturas desde el género y no en y sobre el género, en consonancia con otras categorías identitarias (sociales, sexuales, generacionales, nacionales), fortalece el cruce con otros discursos y problemáticas y de este modo potencia su capacidad de intervención en la lucha por el sentido, de modo similar al que postula Judith Butler. La noción de *performatividad* de esta autora, en tanto “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, 2002: 316), esto es, entendida no como acto individual y voluntario de un individuo sino como una serie de prácticas ritualizadas y reiteradas en el tiempo por medio de las cuales el discurso produce los fenómenos que nombra, resulta decisiva en esta argumentación: “las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual...” (Butler, 2002: 18). De aquí que Butler sostenga que el género no es una identidad fija y predeterminada sino más bien “una identidad instituida por una *repetición estilizada de actos*” (Butler, 1998: 297).

4.

Este estudio se vale de un *corpus* heterogéneo tanto en su naturaleza como en relación a los contextos epocales de enunciación: por un lado testimonios de militantes del PRT-ERP y Montoneros y por otro, textos (documentos internos y prensa) producidos por esas organizaciones. El punto de partida teórico metodológico atiende a esa doble temporalidad e intersecta los problemas historiográficos relativos al nexo entre pasado y presente con los desarrollos actuales de los estudios sobre la memoria colectiva y su relación con

la cuestión de la identidad tanto colectiva como individual. Me apoyo especialmente en las formulaciones de Paul Ricœur (1996) acerca del carácter narrativo de las identidades con sus dimensiones de cambio y permanencia y la compleja articulación de temporalidades que pone en evidencia repeticiones y diferencias. En el caso de los testimonios de militantes las narraciones personales asumen configuraciones particulares, en tanto apuntan a hacer comprensible –a otorgar sentido– a las prácticas militantes a la luz de los sucesos posteriores. Es así que los relatos de la militancia son indispensables para la tarea de desentrañar las relaciones entre sujetos y prácticas, un trabajo para el cual los textos de época no son suficientes. No solamente porque no todo ha quedado registrado (la clandestinidad en la que se desarrolló una parte importante de la militancia y la destrucción de muchos documentos seguramente conspiraron para que información valiosa sea irrecuperable), sino principalmente porque todavía es necesaria una comprensión más profunda y más actual de las dimensiones éticas y políticas de la militancia setentista. A través de lo que no está en los documentos, o de la relectura de los documentos desde los relatos actuales, se puede acceder a todo un universo de significaciones que permite comprender mejor las dimensiones subjetivas de esa militancia. Hay quienes objetan la incorporación de testimonios para el estudio del pasado reciente con el argumento de que este tipo de narraciones, al estar realizadas en el presente, se encuentran afectadas por las nuevas posiciones en las que se encuentran los sujetos. Por el contrario, considero que la consistencia de los sujetos rememorantes está dada justamente por la compleja relación entre lo que permanece y lo que cambia, entre la posibilidad/necesidad de “hacerse cargo” y aquello que el tiempo y las interacciones con otros aportan.⁸

Los testimonios que analizo tienen distintos orígenes: entrevistas realizadas por mí, entrevistas editadas en compilaciones

realizadas y publicadas por distintas autoras y el corpus principal compuesto por testimonios seleccionados del extenso material reunido en el Archivo Oral de Memoria Abierta.⁹ Sobre un total de 230 testimonios de militantes de las organizaciones armadas peronistas, del PRT-ERP y de los frentes de masas vinculados a éstas (104 mujeres y 126 varones) seleccioné aquellos más representativos y relevantes para los temas abordados en esta investigación.

Notas

¹ Nora Domínguez (2007) ha analizado esta novela atendiendo especialmente al modo en que en ese texto la figura maternal no aparece dada por lazos biológicos sino por una construcción laboriosa que realizan el hijo de la mujer muerta y una amiga de ésta. Como parte de ese trabajo los personajes buscan a la vez desentrañar la historia de la guerrillera muerta en combate.

² Elizabeth Jelin (2002) se refiere a los procesos de memoria como un trabajo social de dar sentido e interpretar los hechos del pasado desde el presente. La temporalidad de ese trabajo es compleja y en ella intervienen diferentes capas de pasado que usualmente se superponen. El campo de estudios sobre la memoria colectiva se ha multiplicado en la última década y en el caso argentino ha tenido una extensión por demás notable en el estudio del pasado reciente, especialmente en relación a la reconstrucción de los procesos sociales y políticos de la décadas de 1960 en adelante. Se trata de un espacio de debates e investigaciones que se relaciona directamente con la experiencia de la violencia y que, como señala Jelin, apunta tanto a reconstruir el pasado como a “pensar y analizar las presencias y sentidos del pasado en nuestras sociedades” (Jelin, 2002: 2).

³ Con referencia a la dinámica propia que toma el movimiento feminista desde los años ochenta en adelante, Marta Vasallo (2009) señala que éste ha establecido un corte con ese pasado militante aun cuando algunas de sus integrantes hubieran estado vinculadas a las organizaciones políticas y político-militares en los años sesenta y setenta.

⁴ Las características de la militancia en estas organizaciones hacen que resulte muy difícil precisar la proporción de mujeres que las integraron ya que no hay registros, ni formales, ni informales, que permitan inferir siquiera por aproximación un número. Hay coincidencias en señalar que a partir de finales de los años

sesenta esos números han ido creciendo para hacerse cada vez más notables en lo que avanzaba la década del setenta. A modo de ejemplo cito a Pablo Pozzi quien señala que en 1975 en el PRT-ERP había aproximadamente un 40% de mujeres (Pozzi, 2001: 239). Por otro lado, la distribución geográfica, de clase, por frentes de trabajo y, sobre todo, en las estructuras jerárquicas de las organizaciones no guarda relación directa con esa proporción.

⁵ Hugo Vezzetti analiza el modo en que la izquierda revolucionaria de la década de 1970 se apropia de la figura del *hombre nuevo* aunque en un sentido diferente del que desarrollo en este texto. Cfr. Vezzetti (2009).

⁶ Existen numerosas referencias al problema de la conformación de una *subjetividad revolucionaria* en las organizaciones político-militares de la Argentina en algunas de las intervenciones del debate *No Matar*. La discusión en torno a la relación entre violencia y política que anima esa polémica rodea de manera insistente el problema de los sujetos que ejercen la violencia. Con argumentos que hacen uso tanto de hechos históricos, como premisas filosóficas y cuestiones éticas, los intercambios actualizan antiguos disensos, al tiempo que despliegan nuevas maneras de analizar el problema de la violencia revolucionaria a la luz del nuevo milenio. Se pueden consultar, entre otros, los textos de Elías Palti (2010) quien toma como punto de partida para su intervención crítica las formulaciones de Alain Badiou en *El siglo*. También Blas de Santos en los artículos reunidos en *La fidelidad del olvido* (2006) se refiere al problema de la subjetividad de la izquierda con el objetivo de analizar críticamente los modos en que ésta se ha pensado a sí misma.

⁷ Teresa de Lauretis (1996) piensa el género como una representación que es el conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos por variadas y complejas tecnologías sociales y discursos institucionales, de epistemología y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana.

⁸ Antes que un obstáculo para la comprensión del pasado reciente, como señala por ejemplo Beatriz Sarlo (2005), los testimonios constituyen elementos indispensables para la reconstrucción crítica de aquella experiencia. Son un basamento desde el cual partir, en tanto esas voces, si se despliegan otras que las tengan como interlocutoras, harán más rico todo el campo de memorias en conflicto. En cualquier caso, que un tipo de relato (por caso el testimonial) se convierta en el hegemónico no depende sólo de él, sino de la presencia o ausencia de otros modos de acercarse al pasado. He desarrollado extensamente esta cuestión en distintos textos, cfr. Oberti (2009), Aguilar *et. al.* (2009), Bacci y Oberti (2013), entre otros.

⁹ Memoria Abierta es una asociación civil cuya finalidad es reunir, preservar, organizar y difundir el acervo documental de las organizaciones de Derechos Humanos. Desde el año 2001 produce testimonios sobre la vida social y política

de los años sesenta y setenta. El archivo cuenta con 900 testimonios de los cuales 400 son de militantes sociales y políticos de las décadas de 1960 y 1970. Estos testimonios están registrados en formato audiovisual y se encuentran disponibles en la sede de Memoria Abierta con la correspondiente autorización para ser consultados y/o citados: <http://www.memoriaabierta.org.ar>

PRIMERA PARTE

La construcción
de la subjetividad revolucionaria

Cuerpos y afectos para la revolución

Como una dimensión indisoluble de la práctica revolucionaria, tanto el PRT-ERP como Montoneros se propusieron modelar las subjetividades de sus militantes creando el *hombre nuevo* como adelanto de lo que serían los sujetos del orden que vendría, los sujetos de la revolución. Para esto crearon una serie de indicaciones, normas, prácticas y modos de intervención sobre la vida cotidiana, la disposición de los cuerpos y los afectos para ponerlos al servicio de la revolución. En algunas ocasiones de manera explícita y en otras a través de referencias más elípticas o sobreentendidas la prensa y los documentos de las organizaciones recogieron estas regulaciones, las pusieron a circular y les dieron un lugar.

En este capítulo sigo las huellas de aquello que el PRT-ERP y Montoneros han dicho –con sus diferencias y similitudes– en relación al papel de los afectos, la vida cotidiana y la construcción de la subjetividad militante en un corpus amplio de materiales producidos por ambas organizaciones.

Sujetos para la revolución: vanguardia, proletarización y moral en el PRT-ERP

“Moral y proletarización” (Ortolani [1972], 2004) es tal vez el documento donde se observa de manera más elocuente la preocupación de las organizaciones por la subjetividad militante. Firma-

do por Julio Parra (seudónimo de Luis Ortolani) y publicado en la revista *La Gaviota Blindada* que realizaban los presos perretistas en la cárcel de Rawson durante 1972, se convirtió rápidamente en un manual de iniciación para la militancia del PRT-ERP y en un código normativo con el cual medir la *performance* de los militantes en relación al ideal de compromiso que propone.¹ En el marco de una crítica radical al individualismo burgués y de una propuesta de proletarianización de los militantes que los acerque al pueblo y a la clase obrera, la moral burguesa es objeto de crítica y con ella entran en la escena discursiva, de lleno y extensamente, una serie de problemas hasta entonces soslayados: la vida cotidiana, la pareja militante, el modo en que se cría a los hijos.²

En un testimonio realizado en 2010, al referirse a la escritura de "Moral y proletarianización", Luis Ortolani subraya:

Yo tenía una preocupación, por haber estado en la escuela de cuadros, de que la vida en las casas operativas era muy complicada, porque no siempre los compañeros que estaban allí eran pareja. Entonces por ahí..., pero además no sólo el problema ese, sino toda la cuestión...Yo no leí nada que se ocupe de la subjetividad del revolucionario. Yo lo intenté [...] Era un manual práctico para la vida en la casa operativa. Eso era fundamentalmente. Tal es así que después, en un momento, en el 73, hasta el 76 más o menos, era lo primero que le daban a los compañeros. Después se bandeó para el otro lado. Yo no decía que no había que tener relaciones, yo decía que las relaciones debían ser medidas, digamos. No hay que mezclar las cosas [...] una cosa que me preocupaba es que cuando un tipo metía los cuernos no pasaba nada, pero si era una mina la escrachaban en todos lados [...] Cuando yo escribo ese texto tenía en la cabeza todas esas cosas que no quería

que se vuelvan a repetir. No quería que haya machismo, y no quería tampoco que el partido sea un despelote, que todo el mundo se acueste con todo el mundo [...] Yo viéndolo muchos años después podría hacerle una crítica, pero para la época andaba perfecto.³

Efectivamente, como señala Luis Ortolani el texto se ocupa de la "subjetividad de los revolucionarios" y del problema -entonces apenas vislumbrado- del género de los sujetos con el objetivo de establecer normas de convivencia y de comportamiento. Sin embargo es más que eso, de ahí probablemente su eficacia y la extensión de su uso.⁴

Para tratar el problema del sujeto, "Moral y proletarización" aborda dos cuestiones que considera centrales. Por un lado, el modo en que esos sujetos deben ser convocados y modelados en las pautas de una militancia que toma todos los aspectos de la vida. Por otro, y derivado de esa visión de la actividad política, los vínculos personales (la familia, la crianza de los hijos y las relaciones de pareja) de los militantes también se tornan objeto de una normativa que construye sujetos "para la revolución".

...si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud del aparato represivo, sino, y ante todo, porque una parte considerable del pueblo continúa adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continúa viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido (Ortolani, 1972: 15).

Según el documento, los medios de comunicación, la crónica deportiva y el teleteatro no son más que modos en que la ideología burguesa ha logrado imponer al conjunto de la sociedad

modelos a ser imitados. Por lo tanto, al combate que debieran establecer los revolucionarios contra el aparato represivo estatal, se le suma un frente de batalla ineludible: la moral burguesa que está enraizada en cada sujeto. Y ésta "es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la Guerra Revolucionaria" (Ortolani, 1972: 15) ya que no sería posible establecer el nuevo poder político sin previamente haber ganado a la mayoría del pueblo para las ideas del proletariado y haber impuesto una nueva moral: "No podemos ni pensar en vencer en esta guerra si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre nuevo, del hombre capaz de *luchar y vencer* en esta guerra" (Ortolani, 1972: 16). Los corazones y las mentes de las masas deben ser "conquistados", dicen más adelante, y esta batalla, que es ética, está en el centro de la lucha por la toma del poder.

En la guerra que deben llevar adelante las fuerzas revolucionarias se encuentran, entonces, con tres frentes de batalla: el aparato represivo del Estado burgués, la ideología burguesa enraizada en el pueblo y la moral burguesa individualista. La lucha contra esta última -tal vez la más ardua y la más indispensable- implica la construcción de una nueva moral, una "moral de combate", etapa hacia una futura moral socialista (Ortolani, 1972: 17). Una moral que sea capaz de combatir contra el individualismo transmitido por los adultos "consciente o inconscientemente a sus hijos, que empiezan a mamar individualismo con el primer trago de leche materna" (Ortolani, 1972: 18) y que se expresaría en conductas como la competencia por los juguetes entre hermanos y la búsqueda de trabajo en la vida adulta, constituyendo un camino ascendente de consolidación del individualismo de la sociedad capitalista, hecho carne en cada uno de los individuos que la componen. Por lo tanto, con el fin de construir la moral de transición hacia la moral revolucionaria, sería necesario "de-

síntegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios" (Ortolani, 1972: 18). Las prácticas sociales determinarían al sujeto: "el que tiene práctica social de obrero tenderá a tener conciencia de obrero" (Ortolani, 1972: 19), de ahí la conveniencia de la proletarización. Esto es, el partido (definido como la organización política de vanguardia de los trabajadores) que siguiendo la lógica argumentativa del texto ya existe y está conformado como una instancia separada de la clase revolucionaria por excelencia, debe llenar sus filas de obreros mientras que para los que no lo son "la proletarización pasa ante todo por compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida y su trabajo" (Ortolani, 1972: 21). El presupuesto de que el partido es la vanguardia política del proletariado, pero que a la vez debe incorporar obreros (porque no los tiene) y debe promover que sus militantes se transformen en trabajadores (porque no lo son), se sostiene sólo si se acepta la escisión entre la vanguardia política y aquellos a quienes debe conducir. ¿Quiénes son esos dirigentes?, ¿en función de qué virtudes la regla general no se aplica a ellos?, ¿cuál es el lugar de la vanguardia? El carácter de clase del partido aparece en "Moral y proletarización" postulado en abstracto mientras que los sujetos empíricos, esos obreros reales y concretos a los que se refiere el texto, están en otro lado. No obstante lo cual, la cuestión no aparece problematizada, simplemente se la enuncia como una derivación más de la hegemonía burguesa. Razonamiento que, por otra parte, es circular, porque si los propios obreros están hegemonizados por las ideas de la burguesía ¿de dónde vendría la ruptura?, ¿basta con señalar que las prácticas sociales de la clase obrera producirán la superación de esta paradoja?, ¿por qué entonces sería necesaria la vanguardia?

Destinado sobre todo a aquellos militantes que estaban ingresando a la organización, "Moral y proletarización" pretende

jugar un papel clave en la construcción del *hombre nuevo* capaz de encarnar en sí al militante ideal. Para ello despliega una serie de instrucciones destinadas a interpelar a quienes lo leen a fin de que asuman las tareas necesarias para vencer el individualismo en las filas de la organización (del partido, del ejército) a través de la internalización de normas que producirían las características personales correctas. Porque –a pesar de que el trabajo en la sociedad capitalista hace que el obrero esté tan sujeto al individualismo como cualquiera– habría algo en la misma forma de producción que le daría la posibilidad de percibir rápidamente la contradicción entre el carácter social del trabajo y la propiedad privada de las mercancías. De allí que las prácticas “de obrero” (Ortolani, 1972: 19) serían fundamentales para modelar una subjetividad proletaria, especialmente para aquellos militantes provenientes de otros sectores sociales que se harían así acreedores de las auténticas virtudes proletarias: “humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo” (Ortolani, 1972: 20).

Los males del individualismo alcanzan también a las organizaciones revolucionarias en cuyo seno se plantean de muchas y variadas maneras: el subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo; todos males que se pueden combatir mediante la crítica y la autocrítica a través de prácticas altamente ritualizadas (la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” y vestirse con uniformes al momento de las reuniones que lo ameritaban constituyen algunos ejemplos).

Es en este marco que la conducta moral burguesa enraizada en cada sujeto debe y puede ser combatida. De este modo, *moral* y *proletarización* los dos sintagmas que componen el título del documento –que por momentos parecen estar simplemente su-

mados- se religan. Si la proletarización es un arma poderosa para el combate del individualismo, el cuidado en la construcción de una nueva moral modelaría también la subjetividad de los revolucionarios y sería el reaseguro de que cada sujeto, las mujeres incluidas, se transformen en el *hombre nuevo* y cumplan un papel activo en la revolución.

Una familia para la moral revolucionaria

Las referencias a la familia y a la pareja revolucionarias, en el caso del PRT-ERP, derivan de las premisas de "Moral y proletarización" y encuentran un marco de sustentación en el texto clásico de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* ([1884], 1968). La pareja monogámica burguesa y las relaciones familiares que en torno a ella se asientan constituyen el tipo de familia que deben construir los revolucionarios "como forma propia de transición en el seno y en contraposición a la sociedad burguesa" (Ortolani, 1972: 28). Por otro lado, y con una fuerte inspiración leninista, la revolución sexual es calificada como falsa revolución, el amor libre como nueva forma de esclavitud para las mujeres y la libertad sexual constituiría una cosificación de las relaciones entre los sexos.

La maternidad es percibida como un destino natural y además como una limitación que las mujeres deben aceptar resignadamente y los varones comprender paternalistamente (en el doble sentido: tanto asumiendo su rol de padres como siendo comprensivos con las dificultades que enfrentan las mujeres en esa situación).⁵ La crianza de las/os hijas/os es postulado como una tarea de todos, una tarea militante más que se debe cumplir en el mismo sentido de cualquier otra obligación revolucionaria, porque "la familia es una célula político familiar" y la pareja una

“actividad político-revolucionaria”. La rearticulación del sintagma mujer-familia es notable a lo largo de todo el texto, sin embargo es en torno a su definición como célula político-familiar donde se hace más evidente. Rápidamente, pareja y familia se transforman en un solo e idéntico cuerpo, sin que medie transición alguna. Esta condensación de dos elementos –pareja y familia– que a nivel semántico son diferentes sirve a nivel argumentativo para señalar que el lugar de la sexualidad es la familia. Y esto se relaciona directamente con otro punto de condensación: “la revolución sexual”, definida en términos de falsa revolución que la moral burguesa habría inventado invirtiendo los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor. En consecuencia, para construir una nueva moral sexual y familiar, los revolucionarios deben construir parejas que tengan como eje la actividad revolucionaria.

La pareja revolucionaria no debe constituir una unidad cerrada que empieza y termina en la misma, sino como decimos más arriba, integrarse en sus relaciones al conjunto de la organización, con la clase obrera y el pueblo y el conjunto del proceso revolucionario. [...] El grupo familiar constituye la célula básica no sólo de la actividad político-militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista (Ortolani, 1972: 29-30).

Ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria que debía ser llevada a cabo sin descuidar el resto y en ese contexto:

Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus ries-

gos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado, que hemos visto en algunos afiches y revistas, es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. Los vietnamitas brindan a los hijos toda clase de atenciones especiales, pero cuando a veces ellos deben compartir los riesgos de la guerra, sus padres no vacilan en que así sea. Para que esta actitud revolucionaria frente a los hijos sea posible, es necesario que se integren al concepto de pareja y al concepto de unidad familiar que hemos señalado (Ortolani, 1972: 32).

En la prensa y en distintos documentos internos del PRT-ERP se repiten los tópicos abordados en "Moral y proletarización", aunque en las publicaciones periódicas, debido a que estaban destinadas a un público más amplio de simpatizantes y adherentes, las referencias tienen el tono más persuasivo propio de la propaganda política. A modo de ejemplo se puede mencionar el artículo "El papel de la familia en el socialismo" publicado en *El Combatiente. Órgano oficial del Partido Revolucionario de los Trabajadores por la Revolución Obrera, Latinoamericana y Socialista* (en adelante *El Combatiente*) en 1975. Se trata de un texto referido al proceso revolucionario cubano y al modo en que éste transformó la familia y la convirtió en el espacio de formación por excelencia, un lugar de colaboración entre varones y mujeres apoyado tanto en los principios revolucionarios como en el amor.

Aunque con una semántica que apela a otro universo de pensamiento, Montoneros también prestó especial atención a la familia y la crianza de los hijos. Ahora bien, mientras el PRT-ERP

ofrece su definición de familia de manera explícita a través de un documento como "Moral y proletarización" –donde la familia es caracterizada como una célula político-familiar y en cierto sentido como un instrumento para la revolución– en el caso de Montoneros no existe una definición precisa, ni un texto especialmente formulado. Aunque sí se pueden encontrar en la prensa y en los documentos una serie de referencias que permiten vislumbrar el lugar que le otorgan a la familia, a las relaciones de pareja y a la vida cotidiana.

La mayor parte de las referencias a la familia se encuentra en aquellos textos producidos para un público amplio y en relación al trabajo de masas de Montoneros. La Agrupación Evita ha tenido un papel relevante en estas cuestiones, entre otras cosas porque –a diferencia de las dificultades para instalar el Frente de Mujeres que tuvo el PRT-ERP– ésta desarrolló un trabajo intenso en casi todas las regionales y como se verá en los capítulos siguientes constituyó el espacio en el cual Montoneros interpeló a las mujeres, definiendo qué esperaba de su militancia. Además, su creación se produjo en el marco de la estrategia de Montoneros en la legalidad y formó parte de una extensa serie de cuestiones sociales específicas encomendadas a los frentes de masas. Tal como se puede leer en el folleto "Recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón" (firmado por: Juventud Trabajadora Peronista - Juventud Peronista - Juventud Universitaria Peronista - Agrupación Evita de la Rama Femenina - Unión de Estudiantes Secundarios y Movimiento Nacional Villero Peronista) (1974: s/p) cada frente de masas de Montoneros debería producir intervenciones político-sociales en sus ámbitos de militancia. Las que le correspondían a la Agrupación Evita eran:

- 1) Lograr que nuestras unidades básicas que fueron cerradas por orden del Consejo Superior, sean reabiertas

convirtiéndose en el centro organizativo de las tareas relacionadas con la felicidad de nuestro pueblo y la defensa de los derechos de la mujer.

2) Reivindicar los derechos de la niñez porque ningún Pacto Social justifica el hambre, el frío, la enfermedad y la muerte de nuestros hijos. Seguimos pensando como auténticas descamisadas que en “la Patria Peronista los únicos privilegiados deber ser los hijos de aquellos que producen riqueza”.

3) Convocar a todas las mujeres a ponerse a la cabeza de la movilización nacional para exigir la repatriación de los restos de Evita; hacer realidad su pensamiento de que “viva o muerta estaré junto a mis descamisados para luchar junto a ellos y destruir a la raza de los oligarcas y vendepatrias y mercaderes explotadores del pueblo” (*id.*: s/p).

El programa diseñado para la Agrupación Evita, así como aquellos que correspondían a los otros frentes de masas, tenía como destinatario al “pueblo peronista” y de hecho buscaba disputar con otros sectores del movimiento tanto el significativo como la identidad peronista. La particularidad de la Agrupación –que se concentraba en el trabajo con amas de casa y madres de sectores populares– residió en que sus tareas se relacionaban directamente con la niñez (apoyo escolar, recreación, salud de niños y mujeres embarazadas), con algunas reivindicaciones para las mujeres como amas de casa (salario, fundamentalmente) y en menor medida con reclamos de igualdad salarial entre varones y mujeres. Es así que, como analiza Karin Grammatico (2011) la militancia en ese frente era considerada por muchas de las mujeres que lo integraron como una tarea menor ya que para dedicarse a la militancia en ese frente debían abandonar las tareas en otros espacios. Adicionalmente, la Agrupación Evita reivindicó

la figura de la “madre peronista [...] como el único modelo de mujer que merecía ser ponderado políticamente” (Grammático, 2011: 119).

El diario *Noticias* –publicación vinculada a Montoneros y destinada fundamentalmente a los sectores populares entre los cuales buscaba ganar nuevos adherentes– es un ejemplo de esto, especialmente la sección “Noticias para toda la familia”,⁶ una página publicada en la edición dominical donde se pueden encontrar recetas, juegos para niños, instrucciones destinadas a facilitar las tareas domésticas, guías para economizar dinero en las compras cotidianas y cuentos infantiles con una clara vocación moralizante, protagonizados siempre por niños o niñas de sectores populares (“el changuito del norte” por ejemplo). La página se parece en su formato y en los temas que trata a las secciones femeninas de otros medios de prensa de aquellos años y en los contenidos y el tono se asemeja a los planteos de la Agrupación Evita, en línea con la definición de familia que postulaba Montoneros. Por estas razones, el modo en que presentan en esa publicación la vida cotidiana y la familia muestra el valor otorgado a las relaciones personales incluso más claramente que los documentos programáticos.

Si bien el trabajo realizado por la Agrupación Evita y los artículos publicados en *Noticias* tienen como destinatarios a sectores que van más allá de la militancia (un tipo de discurso donde se refuerzan los componentes persuasivos) preocupaciones similares se pueden encontrar en materiales destinados más específicamente a quienes ya son parte activa de la organización (donde lo que predominan son los componentes normativos). Tal es el caso de la revista *Evita Montonera* –una publicación que corresponde a la etapa clandestina de Montoneros y que estuvo destinada a ser leída por los integrantes de la organización con el objetivo de promover la formación política e ideológica de cua-

dros y la comunicación entre los militantes- en la cual aparecen numerosas indicaciones acerca de la importancia de las familias militantes y de la casa como lugar de contención y representación espacial de ésta.

En *Evita Montonera* 6 (1975) la nota "Los fortines montoneros" expone el modo en que el mismo tópico aparece como consigna de masas cantado en actos públicos y como indicaciones para la militancia. El artículo está encabezado por la conocida consigna: "A la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros". Se trata de un estribillo cantado en actos y movilizaciones que refiere al trabajo territorial y al valor otorgado a la militancia de base que realizaba Montoneros y que le proporcionaba una fuerte inserción en los barrios donde abrían unidades básicas. El artículo de la retoma y elabora una extensa explicación acerca de su significado:

Esta consigna coreada en las movilizaciones de masas de la última época de la dictadura de Lanusse, ilustra y sintetiza el tema de esta nota. [...]

La retaguardia es aquella zona segura donde el ejército se repliega sin necesidad de desconcentrarse. Es evidente que esto -en las actuales circunstancias- es imposible hacerlo en las grandes ciudades. La seguridad de nuestro ejército, antes y después de las operaciones, se basa en que el enemigo no sabe dónde se guardan nuestros hombres y nuestras armas. (*EM* 6, agosto de 1975: 9).

La población misma, las casas peronistas, es decir, el hogar habitado por una familia peronista constituye el lugar donde el ejército puede replegarse. Es así que al referirse a *las casas peronistas* como *fortines montoneros* éstas se transforman en representación espacial de la familia puesta al servicio de la revolución. La his-

torietta *Camote* -publicada en seis entregas entre junio y julio de 1975 en *Evita Montonera*- con guión de Héctor Oesterheld, ilustra todavía de manera más ejemplar la importancia que tenían para la militancia "las casas peronistas" y las familias que se comprometían con la lucha proveyendo de una retaguardia urbana en los momentos de la clandestinidad.

Camote -el protagonista de la tira- es un militante de Montoneros que debe pasar a la clandestinidad y se refugia en la casa de Celina, una joven militante que vive en un barrio humilde con su familia, una familia de trabajadores peronistas. En la historietta aparecen claramente dos cuestiones centrales en relación a los vínculos personales. Por un lado, los compañeros de militancia constituyen la verdadera familia: "...está tan a gusto. Don Anselmo, Doña Rosa, los pibes, Celina... ya son los suyos", dice el narrador al tiempo que muestra a *Camote* integrándose afectiva y materialmente a la familia que le da refugio (EM 6: 30). Por otro, resalta la importancia de la familia militante (heredera en este caso de aquellas familias forjadas en la resistencia que dieron lugar a la ya mencionada figura de la madre peronista) cuya función central es la de dar albergue al militante clandestino, como atestigua el diálogo entre Celina y su padre cuando ella llega acompañada del militante clandestino: "Este es *Camote*, papá... Tiene que quedarse unos días. Pensé en el cuartito del fondo", dice Celina. Y el padre responde al tiempo que le aprieta la mano: "Si uste lo trae m'hija (sic). Esta es su casa compañero".

En franca contraposición con esos lazos consolidados en la militancia, la familia tradicional aparece siempre cuestionada como muestra la carta que Ricardo Sapag les enviara a sus padres y sus hermanos (el padre de Ricardo, Felipe Sapag era en ese momento gobernador de la provincia de Neuquén) y que *Evita Montonera* reproduce. Escrita en el momento en que Ricardo

participa de una acción armada y debe pasar a la clandestinidad, la carta da una serie de explicaciones acerca del porqué de la decisión. Se refiere a la injusticia social, a la violencia y a la falta de democracia en que se encuentra sumido el pueblo de Neuquén y de toda la Argentina, explica el rol de las organizaciones armadas en la lucha por la liberación nacional, realiza una fuerte crítica a las posiciones políticas de su padre y concluye con el siguiente párrafo:

Esta es la situación de nuestra patria. Yo tengo una gran pena porque esta crisis ha llegado a nuestra familia, tengo una gran pena porque usted, papá, lo quiera o no, está gobernando con los enemigos del pueblo; porque usted mamá no me va a entender y va a sufrir mucho, lo mismo vos Silvia y mis hermanos. Pero al mismo tiempo no puedo negar que *tengo también una tremenda alegría; la de ser leal con mi otra gran familia que es el pueblo* (EM 10, diciembre de 1975: 32).*

El viraje, que realiza el texto, desde un duro análisis político hacia estas palabras de cierre tomadas por la afectividad es notable. Las razones para la lucha armada son explicadas extensamente y contienen un reclamo al padre. A la vez, Ricardo entiende y le importan el sufrimiento, la pena y la falta de comprensión de su familia. Esos elementos hacen que se destaque aun más el final del texto: *tengo también una tremenda alegría*. La familia (esta nueva familia a la cual se dirige) aparece aquí como metáfora de la fusión entre este militante y el pueblo. Una fusión que se produce cuando el hijo abandona con este gesto su vida previa

* Los destacados me pertenecen. En adelante usaré cursivas en las citas de documentos y testimonios para señalar los enunciados que quiero resaltar.

(representada por la casa paterna) para volcarse de lleno a la construcción del hombre nuevo.

La explicación acerca del modo en que se construye la retaguardia urbana, la historieta y la carta de Ricardo Sapag ponen en evidencia que para Montoneros la casa y la familia constituyen núcleos básicos que, aunque reformulados, debieran ser mantenidos. A la vez, muestran la oposición entre la familia burguesa y la militante y el difícil pasaje de una a otra que los militantes debían recorrer, desprendiéndose de la vida anterior, oponiéndose a las costumbres burguesas y construyendo a través de esas acciones esa nueva forma de familia.

Del mismo modo que en "Moral y proletarización" y en la prensa del PRT-ERP, en estos textos la familia militante legitima la actividad política a través de una serie de valores extremadamente similares a los de la familia burguesa. Las funciones de la familia en la sociedad capitalista —en tanto es la unidad primaria de socialización, el lugar donde se reproducen las relaciones de autoridad entre padres e hijos, locus privilegiado de la represión sexual y del aislamiento de las mujeres— la definen como un lugar relevante en la reproducción del orden social. Un aparato ideológico de Estado (Althusser, 1984) poderoso y eficiente que las organizaciones político-militares critican pero a la vez asumen en su capacidad reproductiva. Porque —aunque se trata en el caso de las organizaciones revolucionarias de la destrucción de un orden para crear otro nuevo y no de la conservación/reproducción— la familia constituye el espacio privilegiado donde desplegar ese proceso. Las futuras generaciones serían las herederas de la revolución y en consecuencia la crianza de los hijos en el marco de la familia militante constituía una tarea revolucionaria más. Volveré sobre este punto en los capítulos siguientes.

Cuerpos para la revolución

Esta concepción acerca de cómo debía ser el militante revolucionario en su vida privada, esta politización de la vida cotidiana y las relaciones personales no implicó la revalorización de los espacios privados sino, por el contrario, la subordinación de éstos a la política armada. Transformados el militante en combatiente y la política en guerra, las discusiones tácticas y estratégicas devinieron en instrucciones y reglamentos guiados rigurosamente por el modelo de la instrucción militar.

Ejemplo y paradigma de esto es el *Manual de instrucciones de las milicias montoneras*, (MIMM) un documento con el cual se buscaba formar cuadros homogeneizando la línea político-ideológica y a la vez mejorar la capacitación en aspectos militares, cuya edición original es del año 1975.

El siguiente fragmento que encabeza la versión del *Manual* revisada en 1977⁷ señala que fue concebido con el objetivo de integrar cuadros a la organización de modo sistemático. Con una marcada vocación pedagógica el texto prepara a quienes serían instructores de los futuros milicianos e incluye, además del plan de clases, los materiales con los cuales se deberían abordar cada uno de los temas.⁸ La situación política y la represión estatal y paraestatal que en el año 1975 tomaba forma de manera acabada, no impidieron el desarrollo de un programa que pretendía incorporar masivamente a militantes al movimiento y al ejército.

Durante el mes de septiembre de 1975, una comisión integrada por un Oficial Superior y un Oficial Mayor de la OPM, trabajaban en la elaboración de una guía para instructores. Lo hacen sobre la base de lineamientos generales discutidos por la conducción regional y sus cinco jefes de columna.

Los cursos debían servir a dos objetivos:

a) dar a los asistentes instrumentos para una reelaboración, decantación y organización de la práctica político-militar que venían realizando, para facilitar su rápida integración al nivel de oficiales de la entonces Organización Político-Militar Montoneros;

b) evaluar a los asistentes por última vez, antes de incorporarlos como miembros plenos de la Organización (MIMM, 1977: 17).

El plan de las clases, pautadas minuciosamente, incluye la distribución del tiempo, la cantidad de participantes, los elementos materiales necesarios y un reglamento de funcionamiento. Este último punto es especialmente relevante porque refiere al modo en que el curso anuda dos problemas centrales. Por un lado la formación específica en lo que hace a una diversidad de temas que van desde el conocimiento de armamentos y sus usos, hasta la realidad política nacional e internacional, la estructura organizativa y la política partidaria y por otro el problema, central para Montoneros en 1975, de la disciplina (militar) y de cómo ésta modela las conductas y las acciones corporales:

La primera actividad del curso será una formación donde el jefe hará una arenga explicitando el significado de la actividad a encarar [...]

Jornada modelo

6 hs. Diana

6 a 6,30 hs. Gimnasia

6,30 a 7 hs. Higiene y orden interno

7 a 7,30 hs. Desayuno y limpieza vajilla

7,30 hs. Formación e iniciación de la clase

12,30 hs. Fin de la clase

13 a 14 hs. Almuerzo y fajina
14 a 15,30 hs. Descanso y recreación
16 hs. Iniciación de la clase
18 a 18,30 hs. Merienda y limpieza de vajilla
18,30 a 21,30 hs. Parte final de la clase
21,30 a 23 Cena, fajina y recreación
23 hs. Silencio

Guardias de una (1) hora por compañero

Recomendamos prestar especial atención a los aspectos militares de la actividad: planificación de la defensa, guardias y fajinas, gimnasia, formaciones y orden interno. [...] El objetivo es trabajar simultáneamente sobre la conciencia (contenido del curso) y sobre los hábitos (repetición), para contribuir a que los comportamientos propios de la disciplina militar se incorporen naturalmente a la práctica interna de cada compañero (MIMM, 1975: 24-5).

Los hábitos asociados de manera inmediata a la repetición y los contenidos específicos que debidamente aprendidos operan sobre la conciencia de los sujetos, constituyen los dos focos de atención de este *Manual*, un material que puede considerarse expresión del momento más militarista de la organización Montoneros, en el sentido de lo que Pilar Calveiro denomina “la mutación de la política en violencia” (2005: 38).

La propia definición de los niveles de la organización es elocuente en este sentido ya que marca la preeminencia del componente militar: “niveles armado y *no armado*” (MIMM, 1975: 49). En el nivel no armado “debe estudiarse la forma mediante la cual algunos militantes [de las agrupaciones de base] participen en acciones armadas de menor envergadura y se incorporen de ese modo a las tareas de mayor importancia (*id.*: 50-51):

Hemos hablado de la necesidad de interrelacionar los niveles armados y no armado; de garantizar canales de comunicación ágiles entre los mismos; de asegurar el funcionamiento de las poleas de transmisión entre las organizaciones armadas y las bases. La realidad nos indica que las organizaciones armadas han tratado de resolver tareas de este nivel [no armado] mediante instancias con características no coincidentes totalmente [...] el esfuerzo principal debe estar orientado a cumplir la función de nexo entre la organización armada y la organización de base o en las bases directamente; constituye el primer encuadre de los futuros combatientes a quienes se formará política y militarmente; procurando incorporar métodos de violencia creciente en la lucha de masas. (MIMM, 1975: 52).

La consolidación de una lógica militarista que subordina la dirección y el funcionamiento de la organización a sus miembros armados se hace evidente en el modo de nombrar los distintos niveles de acuerdo a su relación con las armas. La denominación por la negación (*nivel no armado*) del trabajo político es llamativa e indica la preeminencia de una concepción de la política en la cual las decisiones están en manos de una dirección militar pero también, y en un grado muy importante en las propuestas de disciplinamiento de los cuerpos que acompañan las lógicas militares.

El desplazamiento de la política o su mutación en violencia son los modos en que Pilar Calveiro alude al proceso creciente de militarización de Montoneros. Sin embargo, otras interpretaciones del derrotero de esa organización plantean que la militarización está ya en los orígenes. En su texto referido a los códigos de justicia de Montoneros, Laura Lenci (2008) cuestiona las pos-

turas más extendidas que señalan la existencia de un proceso de militarización y burocratización en Montoneros, especialmente aquellas que insisten en la idea de que después de 1973 se habría producido una desviación con respecto a un origen donde habría una primacía de la política. Lenci encuentra, por el contrario, una agudización de elementos disciplinarios y burocráticos que habrían estado presentes desde los comienzos como una parte central del proyecto político de Montoneros.

Si bien de modo no totalmente formalizado como se puede ver en el *Manual*, una serie de indicaciones de similar contenido pueden rastrearse también en la prensa del PRT-ERP, especialmente en aquellas secciones dedicadas a la enseñanza militar. Instrucciones acerca de cómo utilizar armas, fabricar explosivos o granadas aparecen regularmente en la prensa del PRT-ERP y son muy habitualmente acompañadas de dibujos y gráficos.

Por ejemplo el artículo "¿Cómo construir una molotov?" muestra detalladamente los pasos a seguir para armar una bomba casera, señalando tanto los ingredientes como la preparación: "Llenar la botella (si es de vidrio fino mejor, porque se rompe más fácilmente) con la nafta, cerrarla herméticamente. Del lado de afuera, en su base, se fija la estopa (previamente empapada en nafta) que se enciende en el momento de arrojarla".

En relación a esta cuestión Mariela Peller (2012) ha señalado que el PRT-ERP mostró cierta confianza en la posibilidad de adaptación de los cuerpos para transformarse en soldados disciplinados a partir de un ejercicio férreo de la voluntad que los acomodara a las necesidades de la lucha revolucionaria. "La formación multilateral de cuadros", un documento de 1975, presenta una serie de indicaciones en un sentido similar al referirse al modo en que el Partido debe ejercer un control constante para evitar desviaciones y para ayudar a los militantes a superar las dificultades que les planteaba una realidad política cada vez más adversa.

Roberto Pittaluga (2009) analizó las formas de control sobre el tiempo de los militantes en estrecha relación con el modo en que el PRT-ERP concibió la misma idea de revolución. La urgencia, el apuro y la falta de tiempo que caracterizaban a la militancia se relacionan para Pittaluga con los modos de concebir la política. Esta aceleración, que transmitían los documentos partidarios del PRT, se expresó de manera contundente en la actividad cotidiana y su análisis expone un rasgo medular del modo en que la *performance* militante se actuaba día a día, tanto en esta organización como en Montoneros. Estas formas de control del tiempo militante, que son a la vez formas de administración del tiempo vital, se relacionan con el modo en que los cuerpos se ponen al servicio de la lucha revolucionaria.

Se trata sin embargo de un tipo de formación que tiene como objeto de su pedagogía mayoritariamente a jóvenes mujeres y varones que, movidos por el deseo de cambiar el mundo, integraron todos los aspectos de la vida a la militancia buscando construir el *hombre nuevo*. De este modo, ambas organizaciones conformaron ejércitos en los cuales convivieron de manera tensionante la militarización extrema que regula los días y las horas de los militantes y los deseos de transformación revolucionaria de la sociedad y las relaciones interpersonales. En el afán regularizador se puede leer el esfuerzo por subordinar cualquier otra lógica a la de la guerra y en la medida en que pervivieron en el seno de sus estructuras –en ocasiones de modo imperceptible para sus protagonistas– las mismas tramas de autoridad y subordinación de la sociedad que criticaban (de las cuales la disciplina militar constituye un modelo ejemplar), la exigencia de entrega total –que refundía la vida privada y la política– incorporó la lógica de la guerra también en las relaciones personales.

Las organizaciones promocionaban el entrenamiento militar y la participación de todos y todas en acciones y esto constituía

un requisito que se tenía en cuenta a la hora de distribuir responsabilidades y cargos. Sin embargo, las milicias que crearon no se adaptaban al modelo tradicional del ejército donde se ejecutan con precisión reglamentos y planes militares, justamente porque se trataba de una militancia que involucraba el deseo y en la cual la vida cotidiana estaba plenamente implicada. Desplazamientos y desvíos de aquello esperable de un ejército que se pueden leer tanto en los testimonios producidos en las décadas posteriores, como en algunos fragmentos particularmente tensionantes de la prensa y los documentos de aquellos años.

Cartas

En todos los números de la revista *Evita Montonera* se presentan cartas dirigidas por los militantes a sus parejas, familiares y amigos y también algunas recibidas por éstos. *Estrella Roja. Órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)* publica materiales similares. Se trata en realidad de una práctica extendida y que asemeja a la prensa de una y otra organización.

Estas secciones ocupan en general un segundo plano respecto a los análisis de la situación política, la economía, las denuncias de intervenciones a sindicatos, la represión y las crónicas de la guerra revolucionaria. Aun así mantienen un lugar importante y constante que induce a pensar que —en un período de creciente militarización de la organización y de represión cada vez más extendida— tales relatos, en la medida en que intercalan en la crónica de la guerra tramas afectivas y personales, cumplen una función relevante. Se puede decir que ambos tipos de textos (la crónica de la guerra y las cartas personales) entran en resonancia, se adhieren y potencian sus efectos produciendo una totalidad en la cual la dimensión per-

sonal pasa a ser parte indisoluble de la subjetividad militante. Necesaria para poner los cuerpos al servicio de la revolución, la afectividad de la vida cotidiana es también una afectividad militante. Sin embargo, los tonos con los que se dicen esas emociones son los de la militancia y en poco se distinguen de la crónica de la guerra.⁹

Un primer conjunto de estos relatos personales está constituido por las cartas de combatientes, en general clandestinos, destinadas a la familia y a la pareja. En ellas los militantes explican cuestiones relacionadas con la actividad política clandestina, recitan la fe en la victoria final de la revolución, hablan del valor del sacrificio, el sentido de la lucha y las expectativas en la sociedad futura. Las cartas de este tipo publicadas en *Evita Montonera* y en *Estrella Roja* tienen fuertes puntos de contacto. Ambas series destacan el amor filial o conyugal, la amistad y el afecto que se entrelazan con indicaciones que van desde la gestión de lo cotidiano hasta determinaciones políticas. El segundo conjunto son las cartas de los presos, en general también destinadas a la familia y a la pareja. Éstas tienen un tono similar con el agregado de que piden paciencia, y señalan que la cárcel es un destino tan esperable para un revolucionario como podría ser la muerte en combate. Un tercer conjunto son las cartas que tienen por destinatarios a los presos. Todas las cartas comparten el estar publicadas de manera anónima y con firmas abstractas (“carta de una madre”; “carta de un preso”; “carta de las compañeras liberadas del Buen Pastor”). Por otro lado, un cuarto grupo de cartas, diferente de los anteriores, son las que se publican en ocasión de la muerte de algún combatiente (Peller, 2008). En su diversidad este tipo de material es parte de la estrategia comunicativa de la prensa de ambas organizaciones.

En la sección “Nuestros presos” de *Evita Montonera* 9, de noviembre de 1975, se puede leer la “Carta de un villero preso

a su compañera". Dirigida a "mi querida esposa", a la par que muestra la construcción de una afectividad determinada por la militancia y se erige en una pedagogía en contra del individualismo burgués:

Al recibir tu carta me puse contento de que no les haya pasado nada, y comprendo la preocupación que habrás tenido cuando te fuiste de la casa. Yo se que te costará comprender que todo eso se hace de a poco, comprendiendo la razón de esta causa, la necesidad que haya una mejor distribución y justicia para nuestro pueblo, para darle a nuestros hijos una cultura sana una mente limpia de males y que sea provechosa para su pueblo y su patria: que mañana sean dignos de recordar a su padre y a su madre.

Ahora que no te voy a ver seguramente unos días, te quiero dar una ayuda moral. Tratá de controlar tu mente para frenar tu tristeza, y eso te dará una decisión correcta. [...] Me da una gran satisfacción que hayan conseguido un lugar donde vivir. Deciles a los compañeros y a las compañeras que estoy muy agradecido por todo, y que eso me ha consolidado más. [...] He analizado todos mis errores individualistas para superarme, y que también le estoy dando duro a mi formación. Tratá de enseñarles a los chicos que no se peleen por los juguetes y las galletitas, que aprendan a socializar toda la casa. Me alegra mucho que vos te estés superando.

Sabé querida como se ha agrandado mi corazón y mi cariño por ti, de sentirte como una gran compañera, capaz de comprender mi sentimiento y mi idea. Te siento, te quiero más que nunca, como quiero otras cosas. (EM 9, 1975: 7).

Esta carta de un militante de Montoneros, coincide con lo manifestado en "Moral y proletarización" y ambos planteos muestran que, si bien a medida que las organizaciones profundizaron su actividad militar y subordinaron a ésta la actividad política, aquellos componentes de la subjetividad militante que se relacionan directamente con la vida cotidiana convivieron en tensión en cada sujeto. Es así que en la carta citada cada párrafo intercala el afecto con la militancia, actualizando una retórica que no por repetida ha dejado de ser un punto nodal de la vinculación de los militantes entre sí y con las organizaciones.

Como si estableciera un diálogo con ésta, *Estrella Roja* del 23 de diciembre de 1974 publicó una "Carta a un compañero preso" cuyo remitente es una madre (lleva por firma simplemente "Mamá") que en las primeras líneas se lamenta porque el hijo está preso y ella se siente impotente¹⁰, sin embargo a continuación señala:

Quiero decirte que aprendí la lección: quiero decirte que esa lección hermosa que estamos recibiendo de ustedes, yo personalmente procuro asimilarla de la mejor manera, de tal forma, que a pesar de mis sesenta años, aún pueda devolver aunque sea una parte de los golpes que recibo como pueblo [...] Yo tengo fe en la organización, porque tengo fe en todos ustedes, yo sé algo más. Sólo ustedes lo conseguirán. [...]

No tengo miedo, ya viví bastante. Pero si la podrida burguesía en sus últimos estertores te alcanza a ti, si tengo que perderte quiero que sepas que seguiré trabajando como vos querés y porque sé que debo hacerlo, hasta que sea realidad el nuevo mundo, el hombre nuevo, la mujer nueva (ER 46, 1974: 6).

La crónica afectiva y la de la guerra pertenecen a universos opuestos, sin embargo en este tipo de texto aparecen superpuestas de modo tal que violencia política y vida cotidiana se sobredeterminan y construyen un espacio en el cual no es posible discernir ambos elementos. De hecho ambos registros se intercalan también en las secciones dedicadas a enumerar acciones ("Crónica de la Resistencia" en *Evita Montonera* y "Crónica de la Guerra Revolucionaria" en *Estrella Roja*). La información que traían esas secciones era diversa y presenta tanto acciones militares como tomas de fábrica, huelgas y movilizaciones populares.

El siguiente artículo, por ejemplo, se publicó en la sección "Campaña militar de Montoneros":

Un Montonero no se entrega: El 26 de marzo en las sierras cordobesas, tropa enemiga rodeó una casa montonera. En el combate cayeron resistiendo Andrés Osatinsky, y su compañera Rosa Ocampo, Jorge Martini (Rulo) y Norma Asís. De las compañeras no sabemos su historia militante. Rulo era obrero de Fiat. En enero tuvo que dejar la fábrica cuando su compañera fue secuestrada por los milicos. Al poco tiempo volvió a la planta a despedirse de sus compañeros en el medio de un conflicto. Habló como Montonero y recibió los aplausos, la solidaridad de los trabajadores con la organización.

"Andrés fue educado como un combatiente", cuenta la madre. "A los doce años era clandestino porque Marcos su padre, estaba preso de la dictadura militar". En la edificación de la Nueva Argentina desde ahora mismo tenemos que ir construyendo familias nuevas, revolucionarias, en que todos compartan la vida y vicisitudes de esta guerra, que es del pueblo.

Diego Mester, el "gordo Miguel", manejando una camioneta operativa se topó con pinza de la Federal. Le dieron el alto, aceleró y dobló. El patrullero lo siguió tirándole. [...] Lo mataron los canas que lo seguían. *Tenía 23 años y esperaba un hijo para junio.* Inició su militancia en la Juventud Peronista, hacía varios meses que pertenecía, como aspirante, a un grupo de combate del Ejército Montonero. La misma valentía tuvieron el oficial Jorge Casoy, su esposa María Imaz y Bernardo Lebenshon, aspirantes, al resistirse al allanamiento policial a su casa. El mismo heroísmo demostraron los oficiales montoneros Miguel Sánchez y Rodolfo Durante, uno ante una pinza estando armado y el otro resistiendo a la detención.

Murieron como montoneros, como combatientes del pueblo, sin entregarse y tratando de causar la mayor cantidad de bajas al enemigo.

Por la patria y por el pueblo - Montonero hasta la muerte! (EM 13, 1976: 22)

Esta concepción acerca cómo debía ser el militante revolucionario en su vida privada, o dicho de otro modo, esta politización de la vida cotidiana y las relaciones personales no implicó la revalorización de los espacios privados sino, por el contrario como muestran las cartas, un intento de subordinar éstos a la política armada.

Juicio y sentencia

La extendida presencia en los documentos internos y en la prensa de las organizaciones de indicaciones acerca de cómo debían estructurarse las relaciones personales se suma a la adopción de

códigos, normativas y tribunales volcados hacia el interior de las organizaciones para intervenir y regular las conductas de los militantes (incluidas las relaciones afectivas).

Laura Lenci analizó extensamente las concepciones de justicia en el caso de Montoneros (Lenci, 2008). A través del análisis comparativo de los dos Códigos de justicia revolucionaria –uno de 1972 (“Disposiciones sobre la justicia penal revolucionaria”), y otro de 1975 (“Código de Justicia Penal Revolucionaria”)– Lenci muestra cómo la *justicia revolucionaria* se orientó hacia dentro de la organización y sus militantes, con el fin de generar, a través de la promulgación de reglas disciplinarias y punitivas, reestructuraciones internas (í.d.: 7). Como ya señalé, para Lenci el análisis comparativo de los dos códigos (formulados en contextos muy diferentes) muestra que ambos contienen la misma concepción de “justicia revolucionaria” (í.d.: 6), lo cual expresa una continuidad entre los inicios de la organización y su final. A través de nociones como *imitación* y *performatividad* concluye que los códigos de justicia analizados funcionan bajo un mecanismo de imitación –“parecer para ser”– de los contenidos más duros de la justicia estatal, como son el código militar y la legislación de excepción. Como resultado, la justicia revolucionaria se confunde con la disciplina interna, reforzando la capacidad punitiva de la organización y su verticalismo.

El artículo 16 del “Código...” –que no tiene antecedentes en las “Disposiciones...” de 1972– se ocupa puntualmente de las relaciones de pareja entre militantes de la organización. Señala que incurrir en el delito de deslealtad “quienes tengan relaciones sexuales al margen de la pareja constituida, son responsables los dos términos de esa relación aún cuando uno solo de ellos tenga pareja constituida”.

La *infidelidad* definida –no inocentemente– como *deslealtad*, es duramente juzgada. En este punto Lenci señala que los argu-

mentos para explicar la punición asociada a las relaciones de pareja se relacionan con cuestiones de seguridad o con los eventuales problemas de convivencia que se hubieran podido producir: "La punición, en estos casos, estaría justificada por la necesidad de mantener cierta *armonía* dentro de las casas operativas" (*id.*: 19). Se trata de explicaciones similares a las que da Luis Ortolani cuando se refiere a que la motivación para escribir "Moral y Proletarización" era mantener un cierto orden en las casas operativas.¹¹

Citaré a continuación unas resoluciones del PRT-ERP que iluminan esta cuestión:

Con la presencia de un cro. del Buró Político *realizó su reunión constitutiva el Tribunal Partidario* cuyos miembros fueran designados por el Comité Central Ampliado "Vietnam Liberado". Luego de que el cro. destacara en representación del B.P. *la significación del acto de constitución del Tribunal, el papel que le cabe en la administración de la justicia revolucionaria, en el control de la línea política y en la construcción del Partido, así como su independencia respecto de los organismos de Dirección en lo que hace a sus fallos, seguidamente se dio comienzo a la primera reunión de trabajo.*

El primer caso traído por el Tribunal fue el del Cro. Lucio, integrante del Cuerpo, quien cometió *una grave falta de moral consistente en la consumación de una doble relación de pareja*, luego de ser designado por el C.C. para su nueva responsabilidad.

El Tribunal, en consideración de este hecho, que entraña defraudar la confianza depositada en el cro. por el C.C., además de representar una debilidad ideológica, resolvió:

- 1) Separar de su seno al cro. Lucio y
- 2) Suspenderlo por el término de un año en sus derechos de militante.

(PRT-ERP, BI 95, 1975: 3-4).

Como muestra esta cita extraída de un Boletín Interno del PRT-ERP, las regulaciones de las conductas recaían sobre las relaciones personales y la afectividad. Los juicios revolucionarios buscaban reencauzar o castigar los incumplimientos y las indisciplinas en todos los ámbitos incluidas las relaciones de pareja.

Interesa rescatar la argumentación de estos textos (ya sean códigos de justicia o síntesis de juicios) justamente porque –así como “Moral y proletarización”– están destinados a cumplir funciones hacia el interior de las organizaciones, disciplinar para modelar sujetos revolucionarios. La insistencia tanto en el PRT-ERP como en Montoneros en intervenir a través de una norma o un código en las relaciones de pareja se relaciona con una visión acerca de los rasgos subjetivos contra los cuales se debe combatir para crear el *hombre nuevo*. De ahí que la recurrencia de comportamientos como la infidelidad implicaría la radicalización de conductas individualistas, liberales y burguesas contra las cuales es necesario combatir, creando una nueva moral, la moral revolucionaria.

Si bien en su contenido estos textos muestran una fuerte continuidad con aquello que planteaba “Moral y proletarización” están muy lejos del tono didáctico y reflexivo que exhibe el texto de Luis Ortolani justamente porque se adentran en un tipo de discurso –el judicial– altamente codificado y normativo cuya función no es convencer sino ordenar y sancionar.

De modo contemporáneo, en 1972 Michel Foucault sostuvo un debate acerca de los límites y alcances del concepto de *justicia*

popular. Allí argumentaba en contra de la forma "tribunal popular" para el ejercicio de la justicia popular o revolucionaria:

Aquí el problema se hace muy difícil. Desde el punto de vista de la propiedad existen el robo y el ladrón. Diría para concluir que la reutilización de una forma como la del tribunal, con todo lo que ella implica -posición intermediaria del juez, referencia a un derecho o a una igualdad, sentencia decisiva- debe ser sometida también a una crítica muy severa: y por mi parte no veo, en el caso en que se pueda hacer paralelamente a un proceso burgués un contra - proceso, la utilización válida del mismo que permita hacer aparecer como mentira la verdad del otro, y como abuso de poder sus decisiones. Fuera de esta situación, veo mil posibilidades, por una parte la guerrilla judicial, por otra, actos de justicia popular, que, ni unos ni otros pasan por la forma del tribunal (Foucault, 1992: 75).

Porque la forma "tribunal" tiene un carácter esencialmente burgués, el enunciado "Tribunal Popular" es para Foucault una instancia imposible. En consecuencia, insiste "tengo toda la impresión de que la organización, en todo caso occidental, del tribunal debe ser extraña a lo que es la práctica de la justicia popular" (*id.*: 52). En este sentido, la escena producida por el "tribunal popular" constituye la parodia de una forma de arbitraje que no es tal, una forma que nada tiene que ver con la justicia. Sorprende la incorporación en el discurso de ambas organizaciones de una imitación del lenguaje judicial a través del empleo acríptico de su jerga, su pesada carga de procedimientos y rituales que marcan quienes pueden hablar, las formas y las circunstancias del uso de la palabra y su eficacia.

Sin embargo, la exhibición en la prensa de relatos de juicios, sentencias y condenas muestra que de la misma manera que se acentuaban las regulaciones se extendían las transgresiones, produciéndose un encuentro conflictivo entre sujetos y disciplinas partidarias. La publicación de estos textos constituye un ejemplo de ese espacio contingente donde se vislumbran las fisuras en los relatos institucionales.

Un hombre infame

En *La vida de los hombres infames*, Michel Foucault reunió una serie de textos que refieren a los modos en que las instituciones de poder disciplinaron a sujetos corrientes. Estos breves textos (denuncias, sentencias, condenas) que “han jugado un papel en esa vida real de la que hablan [...] se encuentran, aunque se expresen de forma inexacta, enfática o hipócrita, atravesados por ella”. No se trata de que esas vidas estén representadas en los textos que a ellas se refieren, sino que “esas palabras decidieron sobre su libertad, su desgracia, con frecuencia sobre su muerte y en todo caso su destino” (1993a: 180).

Los hombres infames de Foucault son pequeños personajes grises de los cuales no habría noticia ni rastro de no ser por estas intervenciones.

Para que algo de esas vidas llegue hasta nosotros fue preciso por tanto que un haz de luz, durante al menos un instante, se posase sobre ellas, una luz que les venía de fuera: lo que las arrancó de la noche en la que habrían podido, y quizás debido permanecer, fue su encuentro con el poder; sin este choque ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayecto-

ria. [...] ese poder fue quien provocó las propias palabras que de ellas nos quedan (*id.*: 181).

De esta formulación foucaultiana pretendo retener la idea de que en esas intersecciones con el poder se muestran aspectos de una vida y del sujeto titular de esa vida que de otro modo no hubieran dejado rastro en el archivo. Análogamente, el ejercicio de someter aspectos diversos de la militancia (que como he señalado pretendía abarcar también la vida privada) y de los y las militantes a la justicia partidaria, y la exposición de estas cuestiones en prensa y documentos provoca que un haz de luz se pose sobre esos aspectos, iluminando junto con la norma la transgresión cometida. Pone en evidencia la falla, no porque muestre cuan perturbador era el ejercicio subjetivo efectivamente existente en la militancia (del cual tenemos noticias fundamentalmente a través de los testimonios) y sus tensiones sino porque las normas y disciplinas se exhiben a sí mismas allí donde necesitan actuar, donde los sujetos requieren de su aplicación.

Como ejemplo de este encuentro, se puede mencionar el caso de Roberto Quieto¹² que Lila Pastoriza (2006) analiza en un texto esclarecedor donde presenta las condiciones que llevaron a su detención, los sentimientos de quienes lo conocían y las reacciones de la Conducción Nacional de Montoneros. El texto de Pastoriza señala que en el momento en que fue secuestrado Quieto estaba viviendo un fuerte malestar con las posiciones de Montoneros, que sus dudas se extendían tanto a las decisiones políticas como a las organizativas y que estaba buscando generar diversas instancias de diálogo que le permitieran pensar alternativas políticas a la situación en la que se encontraba Montoneros. Señala también otro aspecto que quiero subrayar: Quieto no soportaba la escisión entre militancia y vida cotidiana. Quería encontrarse con su familia, extrañaba a sus hijos pequeños.

Los encuentros con familiares que no estaban clandestinos violaban todas las reglas de seguridad, sin embargo, en más de una ocasión Quieto no toleró el vacío afectivo y buscó encontrarse con su familia. El gesto de ir en contra de las normas de seguridad, de dejar que la vida afectiva interrumpiera el flujo de la guerra, que Pastoriza resalta incluyendo las voces de testigos que compartieron aquellos días con Quieto se muestra también en el Juicio Revolucionario del cual *Evita Montonera* publicó algunos fragmentos en febrero de 1976:

El 28 de diciembre de 1975, a las 19:30 horas es detenido R. Quieto en la playa "La Grande" en San Isidro [...]. *Se encontraba desarmado, sin custodia, y en compañía de numerosos familiares.* [...] En nuestra guerra revolucionaria, todo militante se mueve en constante situación operativa, porque comparte el territorio con el enemigo. [...] *la única medida revolucionaria posible frente a esta situación; no entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento.*

Roberto Quieto viola los tres criterios. Primero aumenta enormemente las posibilidades del enemigo de encontrarlo al concurrir reiteradamente a la misma playa pública, en compañía de numerosos familiares que llevan a su apellido legal y no practican el antiseguimiento. Esta negligencia grave y reiterada, desconocida por la Organización, hubiera justificado por sí sola la formación de un Juicio Revolucionario. En segundo lugar carece totalmente de condiciones que le permitan, eventualmente, sortear un enfrentamiento. [...] En cuanto al tercer criterio, el no portar armas no lo invalida, y existen pruebas suficientes de que Quieto podría haber intentado, al menos la huida (EM 12, 1975: 13-4).

El ejercicio de juzgamiento de Quieto muestra –ciertamente en un punto extremo– la regulación de la vida privada y hace explícito el modo en que Montoneros enlazó vida cotidiana y militancia. Señala a la vez una concepción de la política entendida como una forma de acción diferenciada y del sujeto como una sumatoria de elementos desarticulados. Estos modos de pensar la subjetividad de los revolucionarios, los alcances de la política, el cuerpo, los afectos y los deseos difieren poco de las nociones con las que el capitalismo contabiliza mercancías, ganancias y seres humanos (Schmucler, 1980).

Es preciso señalar que si la disciplina y el encuadramiento necesitaban mostrarse de manera tan contundente es seguramente porque la adhesión a los aspectos más rígidos de la militancia no era incondicional. Las transgresiones y las indisciplinas en relación a la conducta supuestamente revolucionaria se extendían y los y las militantes que sostenían el verticalismo de las organizaciones producían con sus prácticas infracciones más o menos abiertas, mostrando que la construcción de una subjetividad revolucionaria no es un proceso homogéneo. Entonces, si bien los documentos políticos de las organizaciones tuvieron para los militantes un carácter performativo, en el sentido de que buscaban “hacer hacer”, los militantes producían lecturas disímiles, desplazadas y perturbadoras.

Notas

¹ “Moral y proletarización” se publicó de manera completa en *Políticas de la Memoria*, n.º 5 (Buenos Aires, verano de 2004/5), en un dossier titulado “Militancia y vida cotidiana en los sesenta/setenta”. Fue acompañado de dos intervenciones críticas: “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT- ERP” de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero y “La moral según los revolucionarios” de mi autoría donde analizo los distintos tópicos que aborda el documento (la destinación, la concepción del sujeto de la revolución, el papel de la mujer en

las luchas revolucionarias, la moral, la familia). Los argumentos centrales que desarrollo en este apartado han sido ya expuestos en ese texto. Con relación al carácter conservador de la nueva moral y el modo en que "Moral y proletarización" trata el problema de la familia reviso aquí las conclusiones del texto de 2004.

² La proletarización era una práctica extendida en las organizaciones político-militares. Consistía en que los militantes provenientes de sectores "burgueses" o "pequeño burgueses" trabajaran como obreros con el fin de que en contacto con los trabajadores, incidieran en las luchas obreras y ganaran adeptos. En el caso del PRT-ERP fue parte inescindible de la línea partidaria y como ha planteado Vera Carnovale (2011), funcionó como un mecanismo destinado a que los militantes adquirieran prácticas de obreros e incorporaran la moral proletaria, más que como un dispositivo de inserción política.

³ Cfr. Memoria Abierta. *Testimonio de Luis Ortolani*, Rosario, 2010. Luis Ortolani (Rosario, 1939) fue un activo militante del PRT desde su fundación e integró el ERP.

⁴ Numerosos testimonios de militantes del PRT-ERP confirman lo que señala Luis Ortolani acerca de que entre 1973 y 1976 el texto se transformó en una lectura obligada. En muchos casos era el primer documento al que tenían acceso quienes se incorporaban, y también ha sido objeto de estudio para militantes de todos los niveles.

⁵ Según plantea Karina Felitti (2008) el nacionalismo católico y la izquierda coincidieron en aquellos años en el rechazo a la "planificación familiar". Sin embargo, a pesar de las políticas pro-natalistas y las campañas moralizadoras de los distintos gobiernos civiles y militares de la década del sesenta, la tasa de natalidad continuó disminuyendo. En relación a esta tendencia es especialmente relevante la difusión que a mediados de la década tuvo la anticoncepción oral.

⁶ Agradezco a Laura Lenci haberme llamado la atención sobre este diario y su sugerencia de que lea en la sección "Noticias para toda la familia" el modo en que Montoneros produjo una enunciación especialmente dedicada a las mujeres de los sectores populares y a la vez planteó la importancia de la familia.

⁷ Esta versión no tiene fecha de edición. Sin embargo la presentación del texto a cargo de Mario Eduardo Firmenich, homenajea Julio Roqué "muerto heroicamente en combate", un hecho acontecido en mayo de 1977. La reedición del *Manual* es inmediatamente posterior a esa fecha.

⁸ La mayor parte de los textos son documentos internos u otros materiales de discusión elaborados por la misma organización. Por ejemplo, entre las lecturas correspondientes a la segunda clase, está un fragmento del documento "Opiniones sobre los problemas centrales de la guerra revolucionaria en esta etapa", elaborado por miembros de las tres organizaciones (Descamisados, FAR y Montoneros) que estaban presos en el Penal de Rawson en julio de 1972.

⁹ En un trabajo referido al modo en que la prensa del PRT-ERP incluye las biografías de los militantes caídos en combate, Mariela Peller (2008) analizó extensamente el uso de las cartas personales. La tipología aquí esbozada mucho le debe a ese trabajo.

¹⁰ Estas cartas se pueden leer también como un anticipo del intercambio generacional que en la década siguiente asumiría su faz más dramática en la figura de las madres de los desaparecidos.

¹¹ El desarrollo de una noción de justicia revolucionaria ha sido tratado por Vera Carnovale (2011). La autora analiza, a través de figuras como las de *hombre nuevo* y *héroe guerrillero* presentes en los discursos del PRT-ERP, el lugar central que ocupó el universo de mandatos ético-morales en el proceso de construcción de la identidad perretista y en las prácticas políticas resultantes que articularon adecuadamente con un sistema de creencias basado en las figuras de la guerra y la victoria revolucionaria. Ese sistema tiene, para Carnovale, su expresión más acabada en las prácticas de justicia revolucionaria que incluyeron juicios y ejecuciones de militantes de la organización.

¹² Roberto Quieto fue fundador de las FAR, uno de los artífices de la fusión entre esa organización y Montoneros y luego uno de sus principales dirigentes, soldado ejemplar, dirigente incansable, fue el responsable del aparato militar de Montoneros y el segundo hombre de esa organización hasta que pidió alejarse de la conducción por problemas personales. Tenía una larga historia de militancia cuando en diciembre de 1975 fue secuestrado por personal del I Cuerpo de Ejército y de la Policía Federal, en una playa de la zona norte del Gran Buenos Aires. Estaba allí junto a su familia, sin guardaespaldas y desarmado. Después de su detención hubo una fuerte campaña nacional e internacional por su libertad hasta que en febrero de 1976 la dirección de Montoneros lo acusó de traición, lo sometió a un juicio revolucionario en ausencia y, hallándolo culpable de desertión y delación, lo condenó a muerte. Se presume que fue trasladado al Centro Clandestino de Detención que ya en ese momento funcionaba en Campo de Mayo y permanece hasta hoy desaparecido. Cfr. entre otros, Gillespie (1988), Pastoriza (2006), Tarcus (2007) y Vignolles (2011).

SEGUNDA PARTE

Las mujeres en la revolución

El PRT-ERP

El folleto que no editaron

La resolución práctica adoptada por el B.P. [Buró Político] para comenzar a superar este déficit, es la siguiente: a) Editar un folleto "el ERP a las mujeres argentinas", b) Abrir en todas las regionales y zonas este nuevo frente designando un responsable (mujer u hombre) adscripto al Sec. Reg. organizando equipos partidarios para esta tarea, allí donde se disponga de recursos, c) Hacer todo lo posible para incorporar a esta tarea a las madres, cras. y hermanas de los miembros de la organización, d) Recomendar a las cras. militantes de más experiencia preocuparse por aportar para el éxito de esta tarea, presentando iniciativas y sugerencias a la dirección que hagan posibles sólidos y rápidos avances en este nuevo Frente (*Boletín Interno* N° 41, 1973; citado en *Boletín Interno* N° 64, 1974: 4).

El déficit al que hace referencia esta cita, extraída de un documento de circulación interna del PRT-ERP, consiste en una escasez de mujeres obreras en las filas del partido. Con esta resolución buscaban tomar medidas para revertir esa realidad adversa. La referencia corresponde al *Boletín Interno (BI)* número 41, de abril de 1973, y se encuentra reproducida en el número 64 de julio del año siguiente. La constatación, clara y definitiva de

los pasos a seguir, indica que tanto el Partido como el Ejército deberían hacer lo necesario para convocar a las mujeres a sus filas. Para ello era indispensable contar con un frente específico, una política concreta, destinar recursos humanos y materiales y además editar el folleto *El ERP a las mujeres argentinas*. La tarea no parece compleja ya que el texto sería parecido “en su diagramación y redacción a otros materiales como el ‘PRT al pueblo’ y el ‘ERP al pueblo’” (BI 64, 1974: 11).

Sin embargo, el folleto nunca se editó, a pesar de que entre 1973 y 1975 la necesidad de tener un instrumento específico de propaganda fue mencionada varias veces en distintos boletines. Hecho llamativo en dos sentidos: por un lado, por la insistencia explícita presente en las discusiones de órganos de máxima jerarquía como el Comité Ejecutivo y el Buró Político¹ y publicada en varios documentos partidarios; por otro por la dificultad para concretar una acción en apariencia sencilla y que era parte de la práctica cotidiana del PRT-ERP, como es la escritura de un folleto.

Cada uno de los sucesivos boletines subraya, además, la necesidad de contar con un nuevo frente de masas que le permitiera al Partido tener una política específica destinada a un sector particular, las mujeres, cuya importancia no estaba tanto en la necesidad de que se incorporen ellas mismas a la organización, sino por la “influencia que tiene la mujer sobre la familia” (íd.: 4), en alusión a los modelos propuestos por la guerra de Vietnam y la Revolución Cubana (Carnovale, 2011; Weisz, 2006). Las mujeres podrían ser un elemento fundamental a la hora de impulsar a los hombres y a la juventud a la actividad revolucionaria, para lo cual necesitaban una conciencia revolucionaria (que no poseían a pesar de, o tal vez debido a la opresión de la cual son víctimas) que alcanzara la misma intensidad –aunque en este caso particularizada– que intentaban insuflar al pueblo mediante una sostenida prédica.

Pero la intención explícita, la prescripción de ocuparse del tema y las indicaciones parecen haber tenido un eco escaso como reconocen posteriormente en un boletín de noviembre de 1975:

Por diversas razones la atención de este importante frente había sido prácticamente dejada de lado. El B.P. [Buró Político] ha destinado nuevamente un cuadro partidario para retomar con firmeza dicha actividad. Se ha planificado una primera visita a las direcciones regionales y zonas para tomar el problema. Solicitamos a los cros. faciliten el contacto del responsable destinado a tal efecto con los frentes para poder realizar bien la tarea (BI 95, 1975: 3).

Esta situación, en apariencia paradójica, muestra que el desarrollo de una política específica para las mujeres no era algo que pudiera simplemente indicarse. Razones de naturaleza diversa conspiraron para que el frente de mujeres tuviera una gran dificultad para materializarse, a pesar de que ya para 1973 el PRT-ERP (y todas las organizaciones político-militares) contaban con una importante presencia de mujeres militantes, producto seguramente de una participación femenina en ascenso en todas las esferas sociales y políticas.

Las discusiones que proponía el incipiente feminismo —que, aunque livianamente, formaban parte del universo de sentidos y prácticas disponibles para una generación altamente movilizada y politizada— y la incorporación de mujeres a la militancia armada si bien no alcanzaron a transformar, por lo menos pusieron en cuestión al sujeto neutro y masculino de los partidos de la izquierda revolucionaria. A pesar de su tono dubitativo, la decisión del PRT-ERP de tener una política específica saca a la superficie la evidencia de las diferencias de género en el espacio de la militancia.

Las mujeres también son parte del partido y del ejército

Unos años antes de estas resoluciones, el PRT había fundado su ejército y lo había presentado a través de un programa que, si bien era amplio y ambicioso, estaba planteado de manera sintética con el objetivo de despertar conciencias e invitar a la acción:

Porque esta es una guerra del pueblo, nuestras acciones tienen un objetivo principal: despertar la conciencia popular y mostrar a todos los patriotas el camino para acabar con la explotación, el hambre, la miseria a que nuestro pueblo se ve sometido. Ese camino es la Guerra Revolucionaria del Pueblo (Programa del ERP, 1972: 1).²

Con palabras inspiradas en la gesta sanmartiniana y en la del Comandante Che Guevara, el programa de lucha se extendía a los ámbitos político, económico, social y militar. En relación a cada uno enunciaban demandas concretas: nacionalización de empresas, ruptura con los órganos financiadores internacionales, eliminación del ejército opresor, así como también distintos elementos de igualdad social en la educación, el trabajo, el acceso a la vivienda y la participación del pueblo, a través de sus organizaciones en el poder. La lista es amplia, al punto de incluir la libertad de culto, sin embargo no incluye en ninguno de sus puntos las reivindicaciones de las mujeres. Toda una problemática que por otro lado tenía cada vez más presencia en muchos lugares del mundo a través de un movimiento feminista crecientemente activo en esos años aunque con escaso eco local. Sin embargo, el partido y su ejército, en tanto enunciadores colectivos, no reconocen en esos momentos a las mujeres como un destinatario concreto, aunque la presencia de éstas en la militancia ya se hacía notar desde el año 1970. En efecto, varias militantes

habían participado en las primeras acciones del ERP y algunas terminarían detenidas en distintos lugares del país.

En el primer número de *Estrella Roja* de abril de 1971 (ER) se reproduce la "Carta de nuestras compañeras desde las cárceles de Córdoba (Cárcel del Buen Pastor)" en la cual un conjunto de mujeres que estaban allí presas celebran la lucha del pueblo cordobés. Desde un enunciador plural y presuntamente neutro (*nosotros*), estas militantes se incluyen en un colectivo más amplio, el de aquellos que están presos y no han podido participar personalmente del Viborazo en marzo de 1971:

La cárcel es para *nosotros* un puesto más de combate, desde ella continuaremos librando la batalla contra el régimen. Desde aquí enviamos nuestro apoyo incondicional y combatiente a la lucha revolucionaria de la clase obrera y el Pueblo (ER 1, 1971).

Son mujeres militantes y presas por su actividad política que enuncian desde un *nosotros* que no las distingue en su género.

Unos meses después, en julio de ese mismo año, cinco militantes protagonizaron una fuga de esa misma cárcel (cuatro integraban el ERP y una Montoneros) y publicaron una carta cuyo contenido está en línea con la anterior, aunque en esta ocasión enuncian desde una primera persona plural y femenina.

Nosotras, desde nuestros puestos, una vez más decimos: no habrá liberación de nuestro pueblo mientras exista el imperialismo, no dejará de haber miseria y hambre hasta no aplastar los monopolios extranjeros y nacionales. Nuestra condición de combatientes ya está abierta de nuevo y para siempre (ER 4, 1971).

Ambas cartas contienen una autodefinición que, ya sea se conciben como nosotros o como nosotras, las representa como combatientes y como parte del pueblo, en contraposición al enemigo, el imperialismo y los monopolios. Sin embargo, es necesario destacar que el colectivo de identificación que proponen en la segunda carta marca un deslizamiento hacia una sutil afirmación en su género.

El sector más atrasado

En los años que siguieron a estos momentos fundacionales, las mujeres se incorporaron en números significativos a todos los tipos de militancias, produciendo, además de cambios subjetivos en ellas, mutaciones en los modos en que estos grupos se auto-representaban. A partir de ahí surgirían inquietudes y oportunidades que pasaron a integrar la lista de preocupaciones partidarias, como expresa elocuentemente "Moral y proletarización". De esa preocupación se desprende la insistencia del partido en la necesidad de publicar un folleto dirigido a las mujeres que pueda tanto llamarlas a participar, como señalar las condiciones para la militancia.

Pero lejos del tono didáctico y reflexivo que se advierte en "Moral y proletarización", que tanto busca establecer razones y causalidades, como aportar posibles salidas a problemas que considera cruciales, los boletines mencionados anteriormente expresan una inquietud sostenida en motivos más instrumentales:

El ejemplo de la mujer vietnamita debe estar siempre presente, de los lemas que el partido lanzó para la mujer en la guerra (1° hacer que los hombres vayan al frente; 2° cuidar (sic) de los niños, los ancianos y los heridos; 3°

garantizar la economía, como asimismo el papel destacado en las organizaciones de masas y en el combate de vanguardia). Ello fue lo que posibilitó las grandes victorias del pueblo vietnamita.

En el caso nuestro, en la medida que logramos efectivizar una política que gane a las mujeres a nuestra justa lucha, daremos un salto muy importante en nuestra influencia en el pueblo y fortaleceremos nuestro P. y el ejército para afrontar la nueva etapa de generalización de la guerra revolucionaria (BI 57, 1974; citado en BI 64, 1974: 6).

El texto reclama de las mujeres que pongan al servicio de la causa atributos que el mismo pasaje define como propios de éstas y que podrían significar un aporte específico a la guerra revolucionaria. Ellas pueden influenciar, cuidar y sostener, mientras los hombres van al frente, y esas son las razones por las cuales hay que *ganar(las)*. Sin embargo, la indicación prescripta por el Buró Político del PRT-ERP, no encontró, por lo menos en lo inmediato, suficiente eco en las distintas regionales, trayendo dificultades en el trabajo de masas debido a la falta de una política concreta y sectorial hacia las mujeres que terminarían por obstaculizar la militancia de los *compañeros*.

Nos encontramos, por ejemplo, con *cross* que tienen capacidad y responsabilidad de convertirse en cuadros profesionales (frase tachada) esto se ve *dificultado por los problemas que surgen con sus compañeras*. Por la misma situación de sometimiento en que se halla la mujer en la sociedad es a quien la propaganda burguesa y sus costumbres más influencia, *el individualismo se ve más marcado y esto hace que entre en contradicción con la actividad*

revolucionaria que mina el futuro y el porvenir de todo lo que emprenden sus cras. Indudablemente no podemos adoptar como línea de masas la separación y por consiguiente la destrucción de la familia [frase tachada] sino por el contrario debemos darnos una política que gane a la familia, en especial a las cras. y se unan a la revolución. Solamente en casos excepcionales cuando la cra. sea incorregible, cuando su estructura pequeño burguesa sea inmodificable y ella conspire contra el desarrollo de su cro., es recomendable una separación (íd.: 5).

La preocupación que se explicita en este párrafo es doble. Por un lado, señala que la familia debe ser preservada, ya que se trata de una instancia positiva y necesaria advirtiendo que el Partido no debe interferir –a no ser que sea estrictamente necesario– en su conformación. Por otro, y en el marco de una advertencia acerca de que en algunos casos la mujer puede ser *incorregible*, el documento prescribe el derecho de la organización a decidir sobre la continuidad de la pareja. El fin –garantizar la incorporación de varones, especialmente de aquellos que provienen de la clase obrera a la militancia– justifica el uso de una medida que ellos mismos juzgan severamente y de dudosa legitimidad como es la separación de una pareja.

El documento continúa con una “caracterización de la mujer” que ayuda a comprender por qué éstas podrían boicotear la militancia de sus parejas, mientras que en ningún momento aparece hipotetizada la situación inversa:

...por la influencia de la educación y propaganda burguesa las mujeres constituyen un sector políticamente atrasado hasta el momento, tanto se nota esto en la mujer que trabaja, como en la (sic) ama de casa, salvo una pequeña

vanguardia, producto por otra parte de la falta de trabajo revolucionario sobre ellas.

En este sentido se nota que a nivel partidario *frenan la actividad de sus propios cros. e incesantemente favorecen al enemigo*, y en el campo popular los objetivos *no van más allá de sus preocupaciones inmediatas* (alza del costo de la vida, salarios bajos, sanidad, englobado todo esto en la situación particular de sus barrios con sus correspondientes carencias) (BI 64, 1974: 7).

De esta caracterización, interesa destacar tres cuestiones. En primer término, la correlación directa entre esta manera de definir a las mujeres y la propuesta, mencionada en referencia al ejemplo de la revolución vietnamita, de hacer un uso estrictamente instrumental de atributos que les serían "esenciales". Podrían atrasar la militancia del compañero tanto como favorecerla. Esto último porque son capaces de atender la retaguardia, de sostener la familia y de cuidar a los heridos, caracteres a ser aprovechados y que justifican que la organización dedique recursos al indispensable trabajo hacia ese "sector".

En segundo lugar, una definición unívoca de lo que sería atrasado y evolucionado. Las reivindicaciones de las mujeres de los sectores populares *no van más allá de sus preocupaciones inmediatas*, insisten. Como prueba de ello, presentan una enumeración que apunta a problemas económicos o, más precisamente, que alude a necesidades básicas y que fundamenta la consideración de las mujeres como un elemento corporativo y pasivo que solamente se movilizaría en pos de demandas particulares o debido a unos intereses inmediatos. Por lo tanto, para *ganarlas* para la revolución el Partido debería tener una política puntual en la cual prime el trabajo legal, "cautelosa", sin "desviaciones de izquierda", (*id.*: 9) y focalizada en las características reales de

"este sector popular, que se caracteriza por su apoliticismo y anticomunismo" y que necesitaría, para integrarse a la militancia propiamente revolucionaria, "años de trabajo paciente y cotidiano" (*id.*: 11).

La tercera cuestión a subrayar es el tono entre paternalista y admonitorio con el que se posicionan al definir a las mujeres y calificar sus preocupaciones y que se percibe de modo ejemplar en la ausencia de una voz que hable desde ese "sector". En efecto, el conjunto de afirmaciones acerca del atraso ideológico y la falta de conciencia de clase de las mujeres provoca un discurso persuasivo e iluminador destinado a despertar conciencias e indica acciones que presten "suma atención a lo que dicen" (*id.*: 9). Sin embargo, lo que las mujeres tendrían efectivamente para decir no aparece mencionado en ningún caso. En este conjunto relevante de textos que son los boletines internos de la organización, el discurso partidario se hace cargo de enunciar las *preocupaciones inmediatas* de las mujeres, en una clara delimitación de cuáles serían los intereses y necesidades propias de cada género. Se trata de una voz que, a la vez que interpreta, intermedia y define un universo de problemas a los que las mujeres estarían limitadas.

Las representaciones de género que hizo el PRT-ERP influyeron en el modo en que se incorporaron las mujeres a la militancia tanto como en las maneras en que los programas incluyeron, o no, los problemas específicos. Es así que las mujeres fueron definidas como un elemento particular -en contraste con el universal masculino- y además como un posible obstáculo a la política de clase al impedir que los maridos se entreguen de lleno a la militancia. Y todos los elementos que el PRT-ERP eligió para demarcar el campo de lo que serían las preocupaciones femeninas se relacionan con problemas directamente vinculados a carencias de origen económico o a cuestiones familiares. Más o menos elaborada, esta estrategia discursiva se basaba en el

modelo de domesticidad femenina tradicional que situaba a las mujeres como: reproductoras, atadas a la familia, pieza clave de la reproducción ideológica. Patrones que resultaban hegemónicos en décadas anteriores pero que hacia 1960 habían entrado en contradicción con nuevos comportamientos que produjeron transformaciones en la moral sexual, en las relaciones familiares y en los vínculos entre varones y mujeres.³

El recorrido por los documentos del PRT-ERP muestra una valorización de la familia como espacio de reproducción de la ideología y de la mujer como un elemento clave en ese proceso, mientras deja ausente todo un universo de cuestiones que grupos de mujeres venían discutiendo entonces. El problema del trabajo doméstico no compartido, la sexualidad, la reproducción, la anticoncepción y la violencia, entre otros temas, no figuran entre las preocupaciones que podrían movilizar a las mujeres para el PRT-ERP.

La dicotomía que organiza el discurso acerca de las mujeres -atraso/adelanto, falta de conciencia/conciencia de clase, apolítica/política- es deudora en gran medida de las concepciones de la izquierda tradicional, tanto en el valor positivo otorgado al progreso, como en las señales de alarma que se encienden ante los reclamos de las mujeres. En este sentido, muchas de las menciones de estos documentos se nutren de planteos que traen ecos de las posiciones jacobinas en la Revolución Francesa (Sazbon, 2005; 2007), incluso más que de la tradición revolucionaria socialista de principios del siglo XX que, con sus idas y venidas, instaló el problema femenino de manera contundente (Eisenstein, 1980; Haraway, 1991).

Si la tradición jacobina sospechó de los planteos de las mujeres en pos de constituirse en sujetos y la bolchevique se hizo eco de éstos para luego reinstalarlas en el espacio doméstico en provecho de una nueva familia, ambos planteos se encuentran

presentes en el modo en que la nueva izquierda argentina convocó a las mujeres a integrarse a sus filas. De ahí, probablemente, la prestancia en asumir un uso instrumental de las mujeres que contacta a la vez con las representaciones acerca de la guerra de Vietnam y con el modelo propuesto por la revolución cubana.

La experiencia vietnamita tiene una presencia significativa en la prensa y en los documentos, su ejemplo aparece como referente en relación a diferentes cuestiones. Un ejemplo es la publicación en *El Combatiente* (números 243 y 245 de noviembre y diciembre de 1976; en adelante EC) de una conferencia del "Camarada Le Duan, Secretario de los Trabajadores de Vietnam", donde se refiere al Movimiento de Mujeres. En la presentación de ese texto, los editores señalan que Le Duan:

... marca claramente el contenido de clase del problema femenino, tanto antes como después de la revolución socialista, y de la necesidad de abordar el problema de la ideología y de los métodos de trabajo de las mujeres para fortalecer cada vez más su espíritu revolucionario y perfeccionar los organismos dirigentes de las mujeres en todos los planos (EC 243: 15).

La conferencia plantea que el problema de la mujer en Vietnam –marcado de manera muy fuerte por las características de una sociedad que tenía resabios feudales– está constituido por una suerte de sobredeterminación entre un fuerte atraso social, al cual este sector es especialmente vulnerable, y un problema de clase. Oprimidas desde el punto de vista de la clase, de las costumbres y la moral, las mujeres tienen una tarea ardua por delante. La revolución exige grandes sacrificios, privaciones y abnegación y el altruismo propio de las mujeres –que se expresa especialmente en las relaciones familiares– podría constituir un fuerte aliado:

... las mujeres dan muestra de un gran espíritu de sacrificio. Generalmente piensan más en los otros que en sí mismas y consagran a sus maridos y sus hijos un amor sin límites. *Hasta hoy este altruismo se ha ceñido al marco familiar, conviene ahora extenderlo a la sociedad, lo cual quiere decir que las mujeres han de consagrarse a la obra revolucionaria tal cual lo han venido haciendo por sus propias familias, y deben ocuparse de las masas como se han ocupado de sus hijos.* Únicamente a este precio llegarán nuestros cuadros femeninos a obtener el ascenso del movimiento de mujeres (EC 243, 1976: 17).

Si este párrafo es elocuente, el cierre de la conferencia, publicado dos números después, lo es todavía más:

La tarea de las mujeres no consiste solo en otorgar vuelo al movimiento revolucionario, sino también en formar generaciones futuras. Fortalecidas en sus tradiciones de grandeza y heroísmo, las mujeres vietnamitas habrán de llegar, sin duda alguna, a un grande y poderoso movimiento de mujeres en el seno del movimiento revolucionario general de la nación (EC 245, 1976: 18).

De modo similar, la revolución cubana influye en diferentes planos del pensamiento y la acción del PRT-ERP como se puede ver en las numerosas referencias que aparecen tanto en la prensa como en documentos programáticos, muchas de las cuales resaltan el rol central que esa experiencia revolucionaria tenía para la nueva izquierda en general. La expectativa de que después de la revolución en Cuba se producirían en otros países de la región procesos análogos colocaba a ese país como modelo u orientación no solo para "hacer la revolución" sino también para proponer modelos de construcción del

socialismo, de la sociedad futura. El artículo "El papel de la mujer en la revolución" publicado en marzo de 1975 en *El Combatiente* traza un recorrido que muestra las fuentes que nutren el pensamiento de PRT en este punto. Inicia con el fragmento del discurso de Fidel Castro en el cierre del Congreso de Mujeres de toda América que se había realizado en La Habana dos años antes donde el líder de la revolución cubana llamaba a las mujeres a ser revolucionarias y desde allí desgana cuestiones teóricas (en la misma línea de "Moral y proletarización") y sociohistóricas (nacionales e internacionales). Si el comienzo del artículo muestra la asimilación al tratamiento de la cuestión de la mujer en la revolución cubana, el final establece con claridad la línea partidaria:

Además, si bien es más lenta y dificultosa la integración de las mujeres al proceso revolucionario, cuando esto se logra, ellas se distinguen por su valentía y su audacia. [...] El Partido Revolucionario de los Trabajadores llama a todas las mujeres honestas y progresistas, patriotas y revolucionarias, a sumarse al caudal de los contingentes de la Revolución, a nutrir los destacamentos de combate del pueblo, a nuclearse en organismos femeninos y de masas que luchen por sus reivindicaciones más sentidas (EC 157, 1975: 9).

Síntoma del modo en que conciben el sujeto de la revolución, la caracterización de este sujeto particular que son las mujeres entrará en crisis cuando confronte con las mujeres reales y concretas, con la militancia cotidiana en todos los frentes. Sin embargo, y a pesar de las evidencias de esa crisis, la lectura de la prensa y los documentos partidarios revela una dificultad para hacerse cargo de la distancia entre esa mujer que imaginan y las mujeres reales con las que se encuentran.

Las compañeras en la guerrilla

A pesar de la preocupación por formar el frente específico –y de las dificultades para organizarlo– las mujeres continuaron incorporándose al PRT-ERP y desarrollaron tareas diversas, tanto políticas como militares, en todos los frentes, incluso los más arriesgados y exigentes en términos físicos, como es el caso de la guerrilla rural. La Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez –que actuó en el sur de la provincia de Tucumán– no fue la excepción, de ella participó un número indeterminado de mujeres en distintos momentos (Mattini, 1996; Pozzi, 2001).

Durante el tiempo que operó la Compañía, *Estrella Roja* presentó, en cada entrega, distintos tipos de intervenciones dedicadas a informar sobre su accionar. En esos textos, en ocasiones titulados “Parte de guerra”, se exponen tácticas y estrategias con un tono entre esforzado y triunfalista, a la par que muestran la efectividad del ejército del pueblo, la decisión con la que actuaban, la capacidad para realizar expropiaciones, el modo de repartir lo obtenido. Un modelo que se repite y se completa con textos dedicados a mostrar la vida de los compañeros muertos en combate y con numerosos relatos de militantes que describen la vida cotidiana en el Monte. En forma de cartas dirigidas a la familia, a los amigos o a los compañeros que quedaron en las ciudades, estas narraciones suelen tener objetivos múltiples: contar cuán importantes son los vínculos con el pueblo de la zona, mostrar los logros de la compañía en términos militares, pero también, levantar la moral combatiente y señalar que cualquiera puede participar de la guerrilla rural aun a pesar de la intensidad física que implica. La insistencia en mostrar las buenas condiciones de los campamentos busca reforzar esto último, como explica este artículo titulado “La vida en el Monte”:

Desde las condiciones iniciales de supervivencia con que se inició el trabajo previo de reconocimiento, la vida de los combatientes del monte se ha modificado considerablemente, gracias a la experiencia y fundamentalmente, al constante y creciente apoyo de la población. Hoy la vida está bien organizada, los campamentos bien instalados y sus quinchos y lugares de trabajo, el abastecimiento satisfactorio, y a veces abundante, las actividades diarias debidamente planificadas (ER 32, 1974: 2).

En la medida que se incorporaron mujeres a la compañía, los relatos presentados en la revista buscaron dar cuenta de esa especificidad. "Las compañeras en la guerrilla", por ejemplo, se esfuerza por añadir a la descripción de lo cotidiano elementos que refieren a la presencia femenina. Las expectativas de los militantes acerca de lo que sucedería ante la llegada de mujeres, las dudas sobre si serían capaces de soportar las condiciones, las preguntas sobre su capacidad de combate, entre otras cuestiones, se dirimen con rapidez en un movimiento que resalta los atributos domésticos por sobre los militares:

Importantes han sido las mejoras que se han producido en la vida diaria de los combatientes de la Compañía desde el momento en que se incorporaron compañeras a sus filas. Ellas han *contribuido a mejorar el orden, la calidad de las comidas, la limpieza y la higiene general*. El trato con los compañeros es de total camaradería y respeto, son las compañeras quienes *cuando notan a un compañero preocupado o decaído inmediatamente se acercan a preguntarle qué le sucede, si pueden ayudarlo*. Desde la llegada de las compañeras han desaparecido las rudezas del lenguaje, los compañeros son cuidadosos en las palabras que emplean (ER 65, 1975: 18-19).

Las virtudes femeninas, una vez más al servicio (doméstico) de la militancia: *cocinar, limpiar, cuidar, consolar*. En la misma línea, en dos intervenciones del número siguiente muestran la preocupación por contar cómo es la cotidianeidad en la guerrilla rural, destacando positivamente esa experiencia. "La vida en el Monte. Los campamentos" (ER 66, 1975: 3) es una descripción que a la vez que se refiere a "la disciplina y la organización" de la compañía, insiste en que los guerrilleros tenían "una vida confortable". La segunda, "La vida en el Monte. Carta de una compañera a sus padres" (ER 66, 1975: 9) repite los mismos tópicos, la calidad de la comida, las excelentes relaciones con los compañeros y los pobladores locales; la diferencia es que en este caso el argumento está focalizado justamente en la experiencia personal de una mujer que está allí para certificar ante sus padres (presuntos destinatarios del texto) que la vida en el monte es una vida buena, reforzando el señalamiento general por la vía de la individualización. Buenos lugares donde dormir, comer, higiene personal: "el baño es obligatorio en la semana y los compañeros están afeitados" (*id.*: 9), las cuatro comidas diarias, la alegría en el trabajo compartido, las largas marchas.

Cuando yo llegué ya había compañeras en el monte, y en nuestro grupo subimos varias. Todas cumplimos las tareas por igual. No se vayan a creer que las mujeres cocinan y los compañeros trabajan o combaten. [...]... los compañeros cocinan [...] nosotras cargamos las mochilas, construimos el campamento y salimos en misiones sin diferencias. Si es una compañera la que tiene más experiencia en un grupo de combate, es designada responsable, y todos los compañeros confían, la respetan sin hacer diferencias (ER 66, 1975: 9).

El texto hace hablar en primera persona a unas heroínas que poseen sus propias maneras de vivir y morir (aunque la muerte prácticamente no se nombre en estos dos textos), a la vez que traza un diseño corporal determinado, una nueva forma de imaginar el cuerpo (*cargando mochilas, saliendo en misiones*) en una situación radicalmente extradoméstica. El sujeto del enunciado, que aparece alternativamente en primera persona del singular (*cuando yo llegué*) y del plural (*nosotras cargamos las mochilas*), muestra a unas mujeres que se sitúan en un espacio novedoso para ellas, pero que las recibe de manera franca y abierta reconociéndolas en una posición de paridad (si alguna mujer tiene más experiencia, los compañeros *la respetan, sin hacer diferencias*). El relato induce a pensar en un escenario que, tal vez por excepcional, es radicalmente igualitario. Un espacio que, independientemente de si la carta es apócrifa o no, señala, en todo caso, una intención editorial de construir esa igualdad, de exceder la nueva domesticidad presente en el comentario previo (las mujeres han *contribuido a mejorar el orden, la calidad de las comidas, la limpieza y la higiene general*). Un punto de fuga en relación a lo anterior.

Estos elementos se conjugan con un relato idílico acerca del modo en que los recibe la gente del lugar, la represión sobre el pueblo tucumano, las primeras referencias a Famaillá y las características de los enfrentamientos que parecen casi un juego: "Cuando los milicos descubrieron nuestro campamento y se armó flor de balacera, aprendí a estar alerta, a escuchar y diferenciar los ruidos". "No hace falta ninguna pasta especial para estar en el monte" (ER 66: 10), concluye. De este modo, el texto se constituye en una pieza discursiva destinada a elevar la moral y atraer a más militantes a la guerrilla rural.

Ambas intervenciones mencionadas, se completan con un relato casi ingenuo acerca de la visión que los pobladores tendrían de las militantes, una vez que lograban sobreponerse a la

sorpresas de ver mujeres entre los guerrilleros. En el primer caso se sigue la misma línea editorial que busca imponer una visión que confronte con cualquier prejuicio y que resalte las virtudes femeninas para la guerrilla rural:

Cuando las primeras compañeras llegaron a los cerros tucumanos, sentían cierto *temor de que los pobladores no vieran con buenos ojos la presencia de mujeres en la guerrilla. ¡Pero cuan distinta fue la realidad! Solo sentimientos de alegría, cariño y respeto ha despertado la presencia de las compañeras en cada rancho tucumano. Tal es la admiración del pueblo por las guerrilleras que su fértil imaginación llega a idealizarlas y así los pobladores comentan que las compañeras están llenas de virtudes, que son hermosas, ágiles, de paso seguro y firme, dotadas de fuerza y prestancia y capaces de grandes actos de heroísmo y arrojo. Por ejemplo, hace pocos días, una compañera uniformada y con la mochila y el fusil al hombro se encontraba perdida y buscando el camino de regreso atravesó a la luz del día una zona poblada.*

Los vecinos preocupados ante la posibilidad de que el enemigo pudiera detectarla le prestaron ayuda y más tarde todo el pueblo contaba que *la compañera era hermosa, serena y valiente, que no le tenía nada de miedo a los milicos asesinos.*

Así, llena de hermosas anécdotas está la vida de las compañeras en el monte que con el apoyo y el amor de todo el pueblo, están dispuestas a realizar cualquier esfuerzo y sacrificio en aras de lograr su liberación y conquistar su felicidad (ER 65, 1975: 19).

No se trata de un tópico aislado sino que por el contrario se repite en distintos artículos y cartas.

Si en el pasaje de la nueva domesticidad (que propone que las mujeres llevan consigo orden y limpieza) a la posición igualitaria (capaces de cargar mochilas y armar campamentos y por lo tanto también de ser responsables de un grupo de combate) se perciben los efectos de una fisura en los modos de concebir la posición de las mujeres, estos otros fragmentos las cubren nuevamente de atributos femeninos tradicionales. El relato pasa del temor acerca de cómo verían los pobladores del monte a las guerrilleras y las dudas acerca de cómo sería su desempeño, a una visión estetizada de la joven guerrillera que serena y valiente sobrevuela de modo casi fantasmal las poblaciones tucumanas. A esos tópicos se suma además una afirmación acerca de los atributos físicos y la buena presencia de estas jóvenes.⁵

En este sentido, el elogio de la joven cargada de mochila y fusil que pierde el rumbo y necesita asistencia para no encontrarse con una patrulla del ejército, sumado a la insistencia en la belleza, resitúa esos cuerpos díscolos en un espacio femenino acotado al valor de la apariencia física. Tanto las cualidades domésticas que las mujeres habrían llevado al monte y la capacidad de levantar la moral de los combatientes cuando alguno está *decaído*, como esta imagen de la guerrillera hermosa y serena suturan la fisura provocada por la afirmación de que cuando una mujer *tiene más experiencia en un grupo de combate, es designada responsable, y todos los compañeros confían, la respetan sin hacer diferencias*. La línea de fuga se corta y, de este modo, los cuerpos femeninos vuelven a encarnar las virtudes propias de su género, esta vez al servicio de la revolución.

Por otro lado, la necesidad de resaltar cuán vivibles eran los días en el monte contrasta con numerosos testimonios que se refieren a las dificultades que presentaba la guerrilla rural, no sólo para las mujeres sino también para muchos varones que -sin entrenamiento y provenientes de experiencias de militancia

urbana- se incorporar a la Compañía casi sin preparación. La recurrencia de las descripciones que se observan en los editoriales, artículos, partes de guerra y cartas que se publicaban en la prensa partidaria y que muestran la vida en el monte más limpia, descansada y fácil de lo que era, sorprende si no se pone en contexto con la determinación de elevar la moral de combate. Como señala *Estrella Roja*, en uno de sus primeros números, el objetivo del PRT-ERP en esta etapa era hacer "¡de cada ciudadano un combatiente!", mientras se formaban los "Comandos de Apoyo al ERP" (ER 9, 1971: 6), enseñaban a hacer bombas Molotov con explicaciones detalladas, dibujos y planos (ídem.: 10). Porque la guerra revolucionaria que auguraban sería popular y prolongada incluiría a todo el pueblo, la prédica tenía a su vez destinatarios en todos los sectores, hasta los más *atrasados*. Por eso la vida del guerrillero, sea rural o urbana, *debería ser* vivible por cualquiera.

A partir de una mirada abarcativa de la prensa se puede observar el predominio de un llamamiento a que vastos sectores se incorporasen al ejército del pueblo. El sujeto de la revolución -la clase obrera y su vanguardia- debía fortalecerse y trabajar para generar un marco de alianzas amplio que incorpore a todos los sectores del pueblo a la lucha revolucionaria. El llamamiento a las mujeres se produjo en ese marco.

La guerrillera hermosa, serena y valiente

El llamado a que las mujeres participen tiene, entonces, varios fundamentos. Por número, en el marco de hacer de cada "ciudadano un combatiente", las mujeres, en tanto parte del pueblo, entran en las generales de la ley. En su particularidad pueden cumplir tareas específicas que se relacionan con su femineidad, como dar consejo sentimental, cuidar y mantener el hogar, cen-

trales para sostener la retaguardia. Además, un trabajo que las ayude a elevar su conciencia y a abandonar el individualismo impediría que se transformen en un obstáculo cuando sus compañeros se incorporan a la militancia.

Pero hay todavía más. El mandato de la proletarización, relacionado directamente con las definiciones acerca de la moral revolucionaria, la familia y la crianza de los hijos para la revolución, las tiene como un objeto privilegiado. Justamente porque las mujeres están ancladas a la familia y el destino de ésta se encuentra indisolublemente atado al femenino. La importancia dada a la construcción de la familia revolucionaria —que en su definición a la vez que retiene algunos de los atributos de la familia tal como se la conocía entonces, muta en un espacio que sirve de base para la nueva sociedad— pone a las mujeres en una suerte de situación paradójal. A la vez que las llama a participar de la revolución, las reenvía a hacerlo desde una posición asociada a los atributos femeninos. Cuidar, alentar y no obstaculizar y, a la hora de cargar el fusil y la mochila al hombro e internarse en el monte, consolar a los compañeros, llevar orden e higiene. Pero también, con la gracia propia de su género y su juventud, perderse en el monte, cual ninfas⁶ indefensas y atravesar serenamente poblaciones que —no es necesario recordar— en los últimos meses de 1975 estaban ya sitiadas por las fuerzas de seguridad.

¿Qué sentido hace, en el marco de la prensa partidaria, esta figura de guerrillera serena y hermosa?

Cuando Luis Ortolani insiste en su preocupación por la subjetividad del revolucionario está señalando la importancia de definir el sujeto del proceso de cambio. Al incluir a las mujeres como sujetos de la revolución, el PRT-ERP buscó definir las y al hacerlo acentuó atributos esencialmente femeninos, que se recortan sobre el sujeto universal (neutro y masculino) representado por la vanguardia que es el partido.

Gayatri Spivak (2003) señala que el procedimiento de destacar determinadas características para definir a un sujeto particularizado y otro con respecto a quien lo define –más allá de que los atributos seleccionados sean adecuados o no y más allá de que sean positivos o negativos– señala un modo etnocéntrico de pensar la política y los sujetos de la política, independientemente de que se lo haga de modo benevolente. En oposición a este modo de pensar la alteridad, Spivak rescata la utilidad de las conceptualizaciones de Jacques Derrida quien propone una búsqueda que consiste en analizar los mecanismos por los cuales ese otro se constituyó en un particular, antes que en buscar comprender su esencia (Spivak, 2003: 338). Siguiendo a Derrida, Spivak formula dejar que ese otro hable dentro del texto propio, “como un espacio en blanco” que “vuelva delirante” (*id.*: 340) el discurso propio.

Ya sea que se las considerara atrasadas ideológicamente, anticomunistas e individualistas; cuidadoras y reproductoras o niñas, las mujeres del PRT-ERP siempre se encontraban unificadas a partir de determinados rasgos físicos o morales. En ese sentido, constituyeron un particular que da lugar a que el Partido (en tanto encarnación del sujeto neutro y masculino, no dotado de atributos concretos sino generales) se afirmara a sí mismo como vanguardia salvadora.

Sin embargo, continúa Spivak siguiendo a Derrida, la cuestión del sujeto no es un problema general sino asunto de quienes se colocan en el lugar del universal (el sujeto europeo etnocéntrico, dice Spivak). En el caso de la nueva izquierda argentina se puede leer desde esta perspectiva la insistencia de las organizaciones armadas en delimitar las posibilidades y atributos de las mujeres. La lectura de la prensa y los documentos muestra los modos discursivos de traducir el imaginario de una diferencia de género que inquieta y lleva a definir y particularizar a las mujeres.

Como si señalaran con esto que en cualquier posición en la que se las encuentre se las podrá definir a partir de algunos atributos del género. Sin embargo, las mujeres militantes excedieron también esa posición, aunque los discursos del PRT-ERP no registrarán ese plus de significación. Los constantes corrimientos en el modo en que son definidas –que parecen ir mutando de acuerdo al lugar donde ellas se ubiquen, como si las persiguieran– dejan entrever pequeñas fisuras a través de las cuales se vislumbran las nuevas posiciones de género.

Notas

¹ El Partido Revolucionario de los Trabajadores tenía una estructura piramidal encabezada por el Comité Central, el Comité Ejecutivo y el Buró Político, que constituía la dirección máxima. Mario Roberto Santucho era a la vez Secretario General y Comandante Mayor del ERP. Existían también direcciones regionales que respondían a las órdenes del Comité Central y un Secretariado Regional formado por responsables políticos y militares designados por el Comité Central. Para información detallada sobre la estructura y el funcionamiento de los distintos órganos del PRT-ERP y de la relación entre la estructura militar y la política, cfr. Mattini (1996).

² El programa fue aprobado en el mismo momento de la creación del ERP en el V Congreso del PRT (1970) y se publicó por primera vez en *La Tribuna de Rosario*, el 20 de septiembre de 1970. Cfr. De Santis (1998: 183).

³ En la reconstrucción que realiza Isabella Cosse de los cambios en las pautas de comportamiento y en las convenciones sociales en relación a la pareja heterosexual y la formación de la familia se establece, justamente, un corte temporal desde inicios de la década del sesenta hasta el golpe de Estado de 1976 (Cosse, 2010: 12), una época de marcadas transformaciones en las pautas del cortejo, las pautas sexuales, el modelo conyugal y la maternidad y paternidad de las parejas heterosexuales en los sesenta, que marca una distancia entre las generaciones precedentes y estas. Cosse señala que los cambios en la normatividad social de las parejas y las familias mantienen un signo de ambigüedad que caracteriza como una revolución discreta. Por un lado, se produjeron múltiples fisuras en el modelo doméstico que prevalecía en la década del cincuenta, especialmente en relación a la flexibilización de las reglas del cortejo y el noviazgo, y a sus pautas

sexuales, y a una informalización de la sociabilidad. Además, estas mutaciones fueron transversales a toda la sociedad, aunque con variaciones de clase y género, y en un período muy corto de tiempo. Por otro lado, estos mismos cambios mantuvieron o incluso reforzaron la pauta heterosexual como central, la vinculación de la sexualidad con la afectividad, y las desigualdades de género en materia de moral sexual.

⁴ El texto dice "Porque el engaño no va más y el miedo es lo único que les queda. Intentaron el operativo de acción cívica. Como no obtenían información ahora se llevan a la gente vieja y joven, mujer u hombre, los torturan, los llevan a Famaillá, y a veces aparece, a veces no" (ER 66, 1975: 11). En la provincia de Tucumán, tuvo lugar el primer ensayo de la represión estatal que se desataría más tarde en todo el país luego del golpe de Estado. El decreto presidencial n.º 261 del 5 de febrero de 1975 (aprobado y refrendado por el gabinete de gobierno y por el Congreso respectivamente), daba lugar al "Operativo Independencia" mediante el cual el Ejército pasaba a ocupar buena parte de esa provincia con el objetivo de "aniquilar" al foco guerrillero instalado allí desde finales de 1974 por el ERP. En la "Escuelita de Famaillá" y en la Jefatura de Policía de Tucumán funcionaron ya desde finales de 1974 sendos centros clandestinos de detención.

⁵ Como señala María Moreno (2004), la imagen de la guerrillera, que reúne a mujeres con militancias diversas, se presenta en esos años cargada de erotismo y asociada a una conjunción de belleza, juventud y capacidad guerrera. Las canciones del uruguayo Daniel Viglietti expresan esta cuestión.

⁶ La figura de la ninfa refiere a una de las fórmulas o *Pathosformel* del historiador del arte Aby Warburg. José Emilio Burucúa (2003) señala que para Warburg se trata de la fórmula emotiva, es decir una representación que provoca una respuesta emocional compartida por los integrantes de un mismo grupo. No se trata de una simple imagen sino que en ella prevalecen correlaciones que permiten ver al personaje histórico encarnando un *pathos* atemporal. Con relación a la iconografía política argentina, Burucúa encuentra a la ninfa en la imagen de Eva Perón con el pelo suelto que utilizó la izquierda peronista. Retomo esta cuestión en el capítulo siguiente. Sobre el tratamiento de la fórmula de la ninfa por parte de Warburg, cfr. también *Ninfas* de G. Agamben (2010).

Las organizaciones armadas peronistas

Oscar Vázquez: No me acuerdo si en el '72 o el '71, Perón crea oficialmente la rama de la juventud peronista. Esto es un dato muy importante, porque el peronismo de ahí para atrás, desde el '40, hasta el '72, *el peronismo eran tres ramas, la femenina, la política y la gremial*. La juventud no existía como una rama específica dentro de la estructura orgánica del partido [...] Cuando Perón dice de armarla, los jóvenes en muchos lugares no le dieron importancia, al contrario. Porque como estaba la revolución, les parecía que era una pavada burguesa [...] en la mayoría de los lugares del interior la juventud no se conformó orgánicamente. En Chivilcoy, que nosotros sí habíamos decidido participar, tuvimos que ir a reclamar al PJ esa cuota [...] Nosotros logramos armar las listas *como se supone debía ser, esto es, que vaya un político, un gremialista, un joven, un político, un gremialista, un joven*. Por lo tanto en Chivilcoy, que entraron doce concejales, cuatro eran nuestros y eso es muy importante. Chivilcoy fue un ejemplo del trabajo político de los jóvenes.¹

Esta afirmación, cuyo sentido colateral y distraído pone en evidencia que la representación femenina no era un tema que estuviera en la agenda de la izquierda peronista de los primeros años setenta, es parte del testimonio que dio, en 2010, Oscar Vázquez,

militante de la organización Montoneros. Sin que medie ningún tipo de explicación, porque lo que le importa a Vázquez es contar cómo se organizó y obtuvo una amplia representación la juventud peronista en su ciudad, el relato hace desaparecer a la rama femenina mientras el tercio que antes le correspondía es ocupado por la juventud.² Si la determinación de Perón de admitir oficialmente a la Juventud en el Movimiento podría leerse como la creación de una cuarta rama, y de hecho así se interpretó, este testimonio esboza, sin embargo, otro aspecto del modo en que se configuraron las relaciones de poder al interior del Movimiento. En ese sentido no es la menor fuerza o presencia de la rama femenina lo que me importa destacar, sino la naturalización con que es tratado el tema en este testimonio, en el cual, por referirse a una cuestión adyacente y que no exige una reflexión pone en evidencia el signo de los tiempos. Una época en la cual la participación femenina en el peronismo se masificaba sin que esto se exprese en las estructuras. Una disminución en la participación política de las mujeres en relación a épocas anteriores hubiera, hipotéticamente, justificado la eliminación del derecho a tener un tercio de la representación; pero hacia fines de los años sesenta un número considerable de mujeres se incorporó a la militancia, especialmente en la Juventud Peronista, y algunas tuvieron un papel destacado o por lo menos un rol activo en los primeros tiempos de las organizaciones armadas peronistas. Tal como subraya el reportaje a las FAP en *Cristianismo y Revolución* citado en la introducción: "en las FAP, mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate" (CyR 25, 1970: 20).

Efectivamente, las organizaciones armadas peronistas contaron con la presencia de mujeres desde sus primeras operaciones. En el caso de las FAP, en el foco guerrillero de Taco Ralo par-

ticipó por lo menos una mujer, Amanda Peralta. Mientras que en Montoneros, en las dos grandes acciones que dan a conocer públicamente a esa organización en el año 1970 –el secuestro del Tte. General Pedro E. Aramburu y la toma de la localidad cordobesa de La Calera– intervinieron mujeres con distintos grados de responsabilidad. En el primer caso, Norma Arrostito, y en el segundo: Dinora Gebennini, María Leonor Papaterra de Mendé, Cristina Liprandi de Vélez y Susana Lesgart (Lanuse, 2005).

A pesar de la afirmación de las FAP de que la presencia de mujeres en estas acciones constituye “la continuación de toda una trayectoria en el peronismo”, se trata en realidad de un modo de participación que no plantea un reconocimiento particular de las mujeres como podría pensarse de etapas anteriores (“ejemplificada no sólo por Eva Perón sino también por las medidas concretas del gobierno peronista”) sino que las suma al proceso de cambio de la sociedad.

El modo en que se presentaron en el espacio público estos primeros comandos –el secuestro de Aramburu y la toma de La Calera– y la presencia de mujeres en esas acciones pueden ser leídos como marcas de origen del movimiento.

La línea político-militar

Después de estas grandes acciones político-militares con sus consecuencias de detenciones y muertes, se abrió para Montoneros un período de fortalecimiento organizativo en cada una de las regionales y a la vez de construcción de una coordinación nacional. Ese proceso dio lugar a la elaboración de un primer boletín interno que, con el título “Montoneros. Línea político-militar” (LPM), “trataba en forma integral todos los aspectos que hacían a la estrategia y a la táctica de la organización.” (Lanuse, 2007:

18) Ese documento³, un texto clave porque sintetiza la concepción de la política del movimiento en ese período, se aprobó en un encuentro de la incipiente Conducción Nacional donde estuvieron presentes representantes de las regionales de Buenos Aires, Córdoba, Litoral, Noroeste, Noreste y Cuyo (*íd.*:18). Se trata de un análisis que recoge la experiencia realizada hasta entonces y plantea los objetivos para los tiempos que vendrían, se refiere a la situación nacional e internacional y subraya los métodos y formas organizativas que debía asumir Montoneros en esa etapa de la "guerra revolucionaria" (LPM, 1971: 267). La estrategia que se proponían desarrollar se relacionaba directamente con la caracterización de la etapa que, tal como plantean en "Memoria del año 1971" (M1971): "1971 encontró a las organizaciones armadas y de base en una nueva etapa de la guerra: el comienzo de la transición entre el 'foco' guerrillero como método y la 'infección' generalizada del mismo en el seno del pueblo" (M1971: 370). De este modo, se privilegiaba a la vez la construcción de la organización político-militar y el desarrollo de las agrupaciones de base que debían responder a la misma línea política.

Porque la vanguardia tiene como tarea organizativa fundamental la construcción de una estructura revolucionaria del Movimiento Peronista, que reemplace las estructuras actuales que quedaron en un esquema reformista después de haber servido para los inicios de participación de los trabajadores en el gobierno peronista. Es decir, el encuadramiento revolucionario de las masas que responda totalmente a los intereses históricos de la clase obrera y le permita dictar políticas a las demás clases o sectores. Esta conformación surgirá de un accionar único si deriva de una concepción política revolucionaria común, y por consiguiente, una dirección única (LPM, 1971: 268).

Los frentes de lucha en los cuales Montoneros pretendía desarrollar su trabajo eran el sindical, el barrial y la universidad (í.d.: 269). Cada uno de esos ámbitos estaría dirigido por la organización político-militar en pos de los objetivos revolucionarios. Sin embargo, en momentos de expectativas electorales, las estructuras del partido Justicialista también formaron parte de los objetivos: "Este aspecto no debe dejarse de lado, sino actuar sobre los sectores que se acerquen a las unidades básicas esclareciéndolas sobre la estrategia y política correctas" (í.d.: 269). Justamente porque todas las tareas debían confluír en la gestación de la "Organización Político-Militar Peronista, embrión y dirección del futuro ejército popular" (í.d.: 270) se buscaba el encuadramiento de distintos sectores del pueblo: "los trabajadores, los estudiantes, los intelectuales, los profesionales, los curas revolucionarios, y los militares que se sumen a las fuerzas populares" (í.d.: 270). Como se ve, las mujeres no están presentadas como uno de los sectores a los que era necesario llegar, no integraban como sector específico ese pueblo al cual su vanguardia político-militar debía guiar en la construcción del ejército.

Este mismo texto, por otro lado, determina el modo en que se construirá esa vanguardia, mostrando ya en esa temprana etapa una predominancia de lo militar sobre la política.⁴

En cada frente se lucha con todos los medios disponibles. Evidentemente que la forma o método principal de lucha es la lucha armada, ya que la guerra revolucionaria debe estar en manos de aquellos que desarrollan la forma principal de lucha y que por lo tanto tienen la mayor claridad estratégica y llevan el mayor peso de la guerra (LPM, 1971: 270).

A partir de estos señalamientos se desprenden dos cuestiones. En primer lugar, un razonamiento que reduce la lucha de los secto-

res populares a una lógica de guerra, a la vez que determina que quienes tienen la mayor claridad estratégica y llevan el mayor peso de la guerra constituyen la vanguardia en ésta. Un argumento que muestra, a la vez, el modo en que se buscaba la articulación entre los frentes de masas y la organización y la naturalidad con que se asume en el texto que la lógica de la guerra tome el espacio de la política. Sólo equiparando revolución con guerra es que se puede aceptar que quienes dirigen el ejército tengan en sus manos las decisiones estratégicas tal como propone la *Línea político-militar*.

En segundo lugar, como menciono más arriba, entre los sectores sobre los cuales Montoneros consideraba que debía trabajar no figuran las mujeres.

La Agrupación Evita de la Rama Femenina del Movimiento Peronista

Distinto sería el escenario hacia mediados de 1973, durante el corto gobierno de Héctor Cámpora y en el marco del proceso electoral que llevaría a Perón al gobierno, cuando Montoneros desarrolló un intenso trabajo político de creación de frentes y agrupaciones "legales". Una lectura de los primeros números de su principal órgano de difusión, *El Descamisado (ED)*, muestra los esfuerzos que realizó la conducción para disputar un lugar en el peronismo con los sectores de la llamada "ortodoxia peronista" que, entendían, eran la base del proyecto de la derecha. La mayoría de las páginas de esa publicación están dedicadas a elaborar una estrategia de poder que condicione incluso las posiciones del propio Perón y que gane legitimidad entre el pueblo mayoritariamente peronista. Los sindicatos y los ámbitos de agrupamiento de los trabajadores constituyeron uno de los objetivos principales de Montoneros y la denominada burocracia sin-

dical un contrincante privilegiado. En ese marco, el desarrollo de distintos "frentes de masas" que se venían gestando desde años anteriores tomó nuevas fuerzas y concentró una parte importante de los esfuerzos militantes. Junto con la Juventud Peronista fueron creciendo la Juventud Trabajadora Peronista, la Juventud Universitaria Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios y el Movimiento Villero Peronista. Por otro lado, la política hacia las mujeres cobró una importancia para Montoneros que no había tenido hasta entonces.

Pilar Calveiro, señala que es necesario distinguir entre aquellas acciones de las organizaciones político-militares que son concretamente acciones militares y aquellas otras que entiende como "más políticas". Aceptada la existencia de esta distinción, la autora propone que el "foquismo" y el "vanguardismo" de los orígenes se vieron contrabalanceados en el caso de los grupos armados identificados con el peronismo por su inmersión en las aguas del populismo, lo cual promovió "el contacto con los grupos de base estudiantiles, profesionales, territoriales y, en menor medida sindicales, donde los militantes de las OAP [Organizaciones Armadas Peronistas] vivenciaron otras dimensiones de la política (2005a: 114-115).

Es en ese marco que, en 1973 Montoneros creó la Agrupación Evita de la Rama Femenina del Peronismo. Si formar una agrupación para la rama femenina se enmarca en ese proceso, el nombre que ésta toma se relaciona sin embargo, con una estrategia más amplia de la JP. La figura de "la abanderada de los humildes" comanda las acciones y discursos a la vez que constituye un modelo para las mujeres peronistas, pero Eva Perón no es sólo la guía y el referente de esta agrupación y de las mujeres, sino de toda la Juventud Peronista.

En su análisis de los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Silvia Sigal y Eliseo Verón señalan que "en torno a la

imagen y la palabra de Eva Perón se elabora, [especialmente] en *El Descamisado*, una de las maniobras claves para comprender [el] retorno exacerbado del pasado histórico en el presente de 1973" (Sigal y Verón, 2003: 202). La operación consiste, para Sigal y Verón, tanto en una apropiación extendida de la figura de Eva Perón como de una auto-adjudicación de la sentencia profética "volveré y seré millones". Serían los jóvenes militantes montoneros dispuestos según lo indicado por ella a dar la vida por el líder, los millones que vuelven, reencarnándola. Sin embargo estos elementos no alcanzan para explicar las significaciones más profundas de la estrategia montonera con relación a este tema. Será, continúan Sigal y Verón, en el terreno de la enunciación donde se encuentra "la naturaleza específica de la recuperación de Evita en el discurso de la Juventud Peronista" (*id.*: 206). Una estrategia que consiste en tomar su palabra remarcando que "Evita no dijo jamás otra cosa: que la única palabra peronista era la de Perón" (*id.*: 204).

Los tramos del discurso de Eva Perón que selecciona *El Descamisado*⁵ son aquellos en los que Evita se presenta al mismo tiempo incondicionalmente leal a la palabra de Perón y como portavoz del pueblo. Esta doble asignación es posible porque "su relación con ambos está construida alrededor de lo único que permite anular toda contradicción posible: *el amor, la pasión*" (*id.*: 206, destacado en el original). En eso radica la fuerza expresiva de Eva Perón, una figura de una calidad extraordinaria que entrega todo, incluida su vida misma, al pueblo y a Perón, equiparándolos. De ese modo, al tomarla como referencia, Montoneros propone una forma de identificación a través de la cual Evita transfiere esos atributos a quienes ahora la reencarnan. "Convirtiendo a Evita en una 'montonera', la JP trata de apoderarse del lugar en el cual el discurso de vanguardia y el discurso de la lealtad incondicional pueden fusionarse en el plano simbólico, y abrir así un espacio

que sólo existe en la medida en que puede ser nombrado a través de la evocación de un mito" (*id.*: 208).

La creación de la Agrupación Evita se produjo en ese contexto y cumplió la doble función de *convertir* a Evita en montonera y a la vez crear un espacio legal de trabajo con las mujeres. Como señala Susana Sanz el objetivo de Montoneros en la legalidad era "armar estructuras simétricas a las existentes, [...], entonces, se arma, frente a la rama femenina, la Agrupación Evita destinada a las mujeres".⁶

En el número 19 de *El Descamisado*, publicado el 26 de septiembre de 1973 (apenas unos días después de las elecciones nacionales en las cuales Juan Domingo Perón fue elegido presidente) junto con los festejos por el segundo triunfo electoral peronista en un mismo año, Montoneros plantea su agenda de trabajo para los tiempos venideros: lucha antiimperialista y reorganización del Movimiento Peronista con Perón en el poder. Uno de los titulares señala que: "Con una propuesta para reorganizar la rama juvenil, la JP toma la iniciativa" (*ED* 19: 1973: 7) y el proyecto consiste en consolidar el trabajo legal, campañas de afiliación masiva y congresos.

En ese mismo número, en las últimas páginas, se lee:

Quedó constituida la Agrupación Evita de la Rama Femenina del movimiento justicialista. Un pensamiento de Eva Perón, preside, como guía, los pasos de la agrupación. "... de los hombres nos separa una sola cosa: nosotros tenemos un objetivo, que es redimir a la mujer. Este objetivo está en la doctrina justicialista de Perón, pero nos toca a nosotras, mujeres, alcanzarlo..." (*ED* 19, 1973: 25)

La nota reproduce fragmentos sustanciales del folleto con el cual, en los días previos a las elecciones, Montoneros dio a conocer la

Agrupación en el marco de una campaña de afiliación. Las partes del folleto citadas en el artículo dicen que:

“la temprana muerte de Evita interrumpió sus tareas de conducción de las mujeres peronistas en el trabajo político”. [...] “Es muy importante que nos preguntemos por qué nos tenemos que organizar como mujeres en la rama femenina del Movimiento. En realidad, somos iguales a los hombres peronistas, tenemos los mismos derechos y los mismos deberes para con nuestro pueblo. ¿Por qué entonces, si somos iguales, tenemos que tener una forma de organización separada? [...] “no tenemos el mismo nivel de conciencia y de actividad política que los hombres. Esto se demuestra en el hecho de que, en toda forma de organizarse que tiene nuestro pueblo, siempre hay más hombres en el trabajo activo. Y eso no puede seguir así. No puede seguir así porque todas debemos ser soldados del ejército del que Evita seguirá siendo capitana. Pero hay razones para que esto ocurra. Tenemos menos formación y educación que los hombres para la vida política porque, además de trabajar, tenemos que cumplir con nuestras obligaciones de esposas y madres, trabajar en el hogar y educar a nuestros hijos. Y, a veces, todo ese trabajo no nos deja ni tiempo para leer el diario y concurrir a la Unidad Básica para enterarnos qué hay que hacer y cómo hay que organizarse para la tarea del momento.” (Folleto citado en ED 19, 1973: 25)

Esta cita, en su carácter fundacional, marca una serie de cuestiones centrales para comprender el modo en que Montoneros interpeló a las mujeres. En primer lugar, a diferencia del llamamiento a la participación femenina del PRT-ERP, que a falta de referentes cercanos apela a la mujer vietnami-

ta, las organizaciones de la izquierda peronista contaban con un modelo interno y muy propio para proponer. La figura de Eva Perón y la existencia de la rama femenina estaban disponibles para ser usadas y adaptadas de acuerdo a las necesidades del momento.

En segundo término, el folleto resalta el carácter de clase de las mujeres a las que está interpelando, se trata de trabajadoras, mujeres del pueblo con *obligaciones de esposas y madres*, mujeres que trabajan también en el hogar. Y son justamente esas obligaciones domésticas las que hacen que las mujeres no tengan el mismo nivel de conciencia y de actividad política que los hombres. De ahí que, a pesar de tener las mismas *obligaciones y derechos* que los hombres peronistas, las mujeres deban organizarse como mujeres en la rama femenina del Movimiento. Es decir, la condición de trabajadoras es parte de la identidad de estas mujeres. He aquí, como ya señalé, una lectura que resignifica la identidad femenina peronista: madres y esposas plus trabajadoras.

En tercer lugar se prescribe de manera contundente que la situación de las mujeres *no puede seguir así*.

Se ha señalado que la Agrupación Evita interpela a las mujeres (del pueblo) en su condición de madres a la vez que las equipara en una identidad compartida con los hombres peronistas y las coloca en una posición de antagonismo con otras mujeres, las de la oligarquía, entre las cuales se encuentran inclusive las feministas (Grammático, 2011).⁷

En esta convocatoria el carácter maternal se pone en evidencia en la enumeración de las reivindicaciones específicas que las mujeres tendrían en tanto esposas, madres, amas de casa. Pero también está presente su definición como trabajadoras:

Nosotras debemos luchar por la salud de nuestros hijos, porque haya vacunas y leche para todos, porque el dis-

pensario de la zona funcione, o que el hospital de nuestro barrio esté realmente al servicio del pueblo que lo paga. *Nosotras debemos exigir que se nos pague igual salario por igual trabajo, que se respeten las leyes de protección de la maternidad e infancia, que haya jardines y guarderías para que podamos trabajar tranquilas y sumar así nuestro esfuerzo al de todo nuestro pueblo que quiere reconstruir y liberar a la patria.* Nosotras debemos luchar para que el colonialismo deje de vendernos como única mujer posible: las publicitadas imágenes de mujeres frívolas y superficiales que sólo se ocupan de sí mismas, porque eso es lo que quiere el imperialismo para impedir que nosotras (que somos la mitad de la población) nos sumemos a las fuerzas populares (id.: 25).

A la vez que afirma la posición maternal para las mujeres, la relativiza señalando que la protección socializada de la maternidad y la infancia es condición necesaria para que las mujeres puedan *trabajar* y sumar su esfuerzo para *reconstruir y liberar a la patria*. Definidas entonces como trabajadoras y militantes, las mujeres son convocadas a participar del proyecto nacional y popular:

Defender el gobierno popular y garantizar, a través de la movilización, el cumplimiento del programa de justicia social y liberación nacional [...] Participar activamente en el proceso de reconstrucción nacional conducido por nuestro Líder, el general Perón. Lograr que nuestras Unidades Básicas sean el centro organizativo y movilizador de las tareas relacionadas con la felicidad de nuestro pueblo y la defensa de los derechos propios de la mujer [...] elevar nuestro nivel de conciencia y de actividad política organizada (id.: 25).

Si considero importante subrayar que la interpelación maternalista de los títulos no condiciona de manera definitiva los contenidos de los textos, no es tanto por considerar que existe una discontinuidad entre el discurso peronista clásico en relación al papel de las mujeres y el discurso de Montoneros, sino porque encuentro una suerte de desplazamiento entre las invocaciones y los argumentos.

Una sutil diferencia

Ejemplo de este desplazamiento es el Homenaje a la Madre Peronista que tuvo lugar en ocasión del Día de la Madre de 1973. En un acto masivo, en el estadio Luna Park, homenajearon a las madres de los militantes muertos, aquellas que luchan al lado de la nueva generación de peronistas. El mismo título del acto y la fecha elegida condicionan la escena equiparando mujer con madre en una ecuación sin fisuras. Sin embargo, la lectura de los textos publicados en ocasión de este evento en el número 25 de *El Descamisado*, (con el título: "Mujeres son las nuestras, mujeres peronistas, las demás están de muestra") da cuenta a la vez de una interpelación política, de un llamado a participar en pie de igualdad con los varones.

En un sentido similar el Primer Congreso de la Agrupación, que tuvo lugar en Córdoba en febrero de 1974, les otorgaba a las mujeres dentro del peronismo un lugar a la vez privilegiado y obligatorio. En el relato que se publicó con posterioridad, en *El Descamisado* n.º 39, se destaca el papel central de las mujeres en la construcción de un espacio político que salvaguarde lo conquistado ("que no nos ocurra como en 1955", repiten), un lugar, político, que excede el de madre, incluso considerando el maternalismo como una posición política. A la vez,

la insistencia en referirse a la mujer como trabajadora, es decir definida a partir del ejercicio de una actividad extra doméstica, también produce un desplazamiento. Así lo dice Luisa Montaldo, una de las oradoras de ese Congreso, el llamado a la participación de las mujeres "responde a la necesidad que muchas veces enunciáramos: la de participar activamente en la reconstrucción y liberación nacional, tratando de superar la escasa participación política que tiene la mujer en nuestro país" (ED 39, 1974: 16).

Luego aparecen las tareas concretas propuestas para las mujeres y que consisten en ocuparse de guarderías, control de precio, vacunas, dispensarios, agua, saneamiento básico y asistencia a la niñez. Todas estas reivindicaciones eran parte de los objetivos inmediatos que la Agrupación Evita presuponía e indicaba para sus afiliadas y de las cuales se hicieron cargo.

Las principales dirigentes de la Agrupación Evita fueron mujeres con trayectoria militante, en algunos casos cuadros de la organización, en otros, mujeres con compromiso en Montoneros y a la vez con presencia en el espacio público. Susana Sanz nombra a Lili Masaferró, Diana Alac, Antonia Berger y Adriana Lesgart como algunas de sus figuras más reconocidas. Sabido es por otro lado que muchas militantes no volcaron su actividad hacia la Agrupación por voluntad propia, sino que, por el contrario, habrían preferido permanecer con otras responsabilidades y si se sumaron a este frente fue por obediencia a las indicaciones partidarias.

Susana Sanz se refiere a esta etapa y cuenta el modo en que la Agrupación desarrolló un trabajo en el cual las beneficiarias eran también las propias mujeres que la integraban.

Susana Sanz (en adelante SS): La Agrupación Evita en su marcha tomó otras dimensiones y características que las

que estaban pensadas en ese momento. Es lo enriquecedor que resultó el trabajo con las mujeres. Era una herramienta organizativa de la gente en el territorio. Antes vos estabas trabajando con la gente en las unidades básicas... las compañeras venían, pero participaban menos... bueno las compañeras eran muy activas en los barrios, pero eran adherentes, simpatizantes nuestras, pero esto era otra manera de organizar el trabajo... como mujeres... las compañeras que eran más tímidas para participar en las reuniones nacionales, tienen otros canales de participación... empiezan a decir, bueno por qué yo siempre me tengo que quedar en la casa o ir a las reuniones con los chicos, porque no nos repartimos, es decir va surgiendo la posibilidad de una serie de reivindicaciones que no estaban presentes antes, estaban latentes. Parece mentira, ¿no? Reconocimiento de los derechos y su capacidad de participar [...] El peronismo, además, no te olvides, que tiene una fuerte tradición de participación de las mujeres. Hay imágenes fuertes dentro del peronismo de mujeres que han manejado situaciones de poder, que no se da en general en los partidos. Todo esto se recoge, se van sumando las compañeras y aparecen reales dirigentes en los barrios que son mujeres que reivindican y te controlan el territorio. Las mujeres saben lo que pasa en el territorio, saben lo que pasa en la casa. Apoya a los hijos, es la principal apoyatura de los hijos que militan. En su casa podés guardar afiches, materiales, personas, es dueña puede manejar el territorio y su casa. [...] nosotros [los militantes de Montoneros] también vamos descubriendo el problema de la discriminación de la mujer y se van armando una serie de reivindicaciones que no estaban... y que van incluso más allá de las reivindicaciones concre-

tas, guarderías... las mujeres pasan a mirarse a sí mismas y a repensar su lugar en la sociedad. Se discutía cómo era la vida diaria, la relación con la familia, con los padres, con la pareja, con los hijos, qué habían querido hacer ellas, qué apetencias o deseos tenían, qué frustraciones. Todo eso permitió que las compañeras se enriquecieran muchísimo, individualmente y en el conjunto.

Más que una tensión entre las obligaciones asociadas a la condición femenina y el llamado a la participación en pie de igualdad en las tareas políticas del momento, lo que se observa es la superposición de objetivos que en sentido estricto caracteriza la militancia en todas las agrupaciones de "superficie" de Montoneros. Sin embargo, mientras que los demás grupos se autodefinen a través de una serie de atributos que le son propios y que tienen que ver con la militancia (tal es el caso de la Juventud Peronista que se definía por su militancia en los barrios), con la actividad (trabajadores, estudiantes) o con la localización y la pertenencia a un espacio vital (villeros), en el caso de las mujeres la definición viene impuesta y está relacionada con una esencia. Porque si el ser trabajadores -y el tener una identidad, con un fuerte componente político, vinculada a la pertenencia a la clase obrera- tiene una tradición y es parte de una autodefinition de larga data, la determinación del sexo como parte de la identidad política pertenece, en todo caso, a un universo diferente al aquí invocado, esto es al feminismo, que, como ya he señalado, el peronismo rechazó.

Al incluir a las mujeres como sujetos de la política, el discurso de Montoneros, como el del PRT-ERP, las definió en una particularidad que destacaba atributos que se diferencian del sujeto universal. Como señalé en el capítulo anterior siguiendo la elaboración de Gayatri Spivak, el destacar determinadas características para definir a un sujeto señala un modo etnocéntrico de

pensar la política y los sujetos de la política, independientemente de que se lo haga de modo benevolente. Las mujeres convocadas a militar en la Agrupación Evita –en el caso de quienes ya eran militantes de Montoneros, más que convocadas, compeliadas– fueron invitadas a asumir una particularidad con la cual no necesariamente se identificaban: madres, esposas, la identidad que el peronismo “de Perón y Evita” pensó para ellas. De ahí, tal vez, la incomodidad de muchas militantes. Sin embargo, en la misma enunciación de la convocatoria, la interpelación crece y se mezcla con los signos de la época: madre-esposa, trabajadora y militante. Tal vez lo específico del frente de mujeres de Montoneros consista, entonces, en una sutil diferencia que implica este desplazamiento en las definiciones del sujeto.

Evita definitivamente Montonera: una segunda diferencia

El 21 de mayo de 1974 *El Peronista para la Liberación Nacional*, publicó una nota con el título “Las batallas de Evita” (EP 5, 1974:16) en la cual se reafirma la intención de convertirla en una figura clave de Montoneros. En ese texto, posterior a los sucesos del 1º Mayo –cuando Perón dejaba en claro que no soportaría cuestionamiento ni desafío alguno a su autoridad– si bien los elementos centrales de la lealtad y del amor a Perón están presentes, la evocación se centra en la figura de Eva Perón como una pieza capital en los hechos del 17 de octubre de 1945 y, por consiguiente, en la formación del peronismo. “Las batallas de Evita” a las que se refiere el título son las que había librado en los días en los que Perón estuvo preso y que culminaron en la movilización de los trabajadores a la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. Con el subtítulo “A la cabeza de los descamisados”, *El Peronista* construye un relato en el cual Eva Perón es una pro-

tagonista central de los hechos del 17 de octubre, a través de su prédica con distintos actores por la libertad de Perón. Serán los sectores populares, el pueblo, los trabajadores quienes atenderán a su invocación y producirán finalmente la gran movilización popular de ese día, que queda, así, atada a la decisión de Evita:

De esta forma Evita llevó al pueblo sobre la Plaza de Mayo en un esfuerzo imponente que la historia no podrá reducir a un hecho abstracto en que Eva Perón y el pueblo peronista son simplemente dos fotografías. Allí estaban ambos, amenazando incendiar la ciudad si el general Perón no era puesto de inmediato en libertad. Gritándole al mundo que en esa comunión entre las masas y sus dirigentes, nació una experiencia que ni la debilidad ni la traición conseguirían desvirtuar: la revolución peronista hasta la victoria final.

Esa era Evita. Así fue como Perón habló desde los balcones de la Casa Rosada, ante un pueblo enfervorizado decidido a todo por salir de su estado de miseria y servidumbre en el que yacía desde varias generaciones. De aquí en más, Evita atesoró en esta fecha la única fórmula capaz de dar continuidad al proceso revolucionario (EP 5, 1974:18).

El recorte y la modalización en este caso construye una Evita que es "una fuente de energía revolucionaria" (í.d.:15) que tanto alimenta al pueblo, como a Perón y a los Montoneros:

Evita está muerta. Esto es, lo que implacablemente a través de sus políticas, ha tratado de difundir el gorilaje. Es más, para confirmarle al pueblo la eternidad de Evita y hasta dónde llega el imperialismo cuando es hora de defender sus privilegios, maltrataron su cuerpo con la saña asesina

que los caracteriza. [...] El reformismo, por su parte, curiosamente emparentado con la ironía reaccionaria de la izquierda cipaya, utiliza su figura para presentar la imagen de una mujer muy hermosa que ayudaba a los pobres e idolatraba a Perón. *Evita era mucho más que eso.*

Las diferencias, en ambos casos no llegan a enfrentarse. Tanto unos como otros, arriban al mismo resultado por distintos caminos. *Distorsionan sus cualidades revolucionarias.* Manosean a Evita. Pero aunque algunos se empeñen en considerar al pueblo un manso rebaño de ovejas, no podrán, no pueden borrar de la memoria popular, *la figura combatiente* de su abanderada. Porque la disputa va más allá de dos puntos de vista. Porque acá lo que está en juego, es la *esencia revolucionaria* del peronismo. Porque Evita sintetiza el proceso irreversible de cada uno de sus descamisados hacia la liberación definitiva. Porque estaría peleando contra los blandos de ideales, contra la burocracia vadorista, contra el imperialismo. Porque el pueblo la necesita. Por eso vuelve. Porque si viviera, sería MONTONERA. "El Peronista", a través de estas notas, intenta rescatar la verdadera historia de Eva Perón. La que no podrán ocultar. La historia de sus luchas junto al pueblo peronista. Las *batallas* de Evita (EP 5, 1974: 16).

La Evita que intentan construir en estas páginas es una *figura combatiente, esencia revolucionaria y montonera*. La semblanza se completa con la inclusión de una cita de Perón hablando sobre ella que opera como un espejo del conocido tramo de *La razón de mi vida* (1951) en el cual Eva narra su encuentro con Perón. En este último texto Eva Perón dice:

Todos, o casi todos, tenemos en la vida “un día maravilloso”.

Para mí, fue el día en que mi vida coincidió con la vida de Perón.

El encuentro me ha dejado en el corazón una estampa indeleble; y no puedo dejar de pintarla porque ella señala el comienzo de mi verdadera vida (Perón, E., 1951: 32, citado en Domínguez, 2004: 164).

Sin embargo, la prensa montonera elige mirar ese encuentro con los ojos del líder y utilizan para eso un fragmento autobiográfico de Perón en *Del poder al exilio* (Perón J.D., 1958):

Mi día maravilloso

“Eva entró en mi vida como traída por el destino. Fue un trágico terremoto que se abatió sobre la provincia de San Juan, en la Cordillera y destruyó por entero la ciudad que me hizo encontrar a mi mujer. [...] Entre los tantos que en esos días pasaron por mi despacho había una mujer joven de aspecto frágil pero de voz resuelta, de cabellos rubios que dejaba caer sobre su espalda, y de ojos afebrados, decía llamase Eva Duarte, era actriz de teatro y radio y quería concurrir de cualquier manera a las obras de socorro para la desgraciada población de San Juan. [...] *Yo la miraba y sentía que sus palabras me conquistaban; estaba casi subyugado por el valor de su voz y de su mirada.* Eva era pálida, pero mientras hablaba su rostro se encendía como una llama. [...] Discutimos largamente. Era la época en que tomaba cuerpo en mí la idea de dar vida a un movimiento político que transformara radicalmente la vida de la Argentina”.

Así expresó el general Perón [...] el primer encuentro con la mujer que desde entonces lucharía junto a su pueblo, hasta el último aliento de su incomparable respiración (EP 5, 1974: 16).

El día maravilloso de Perón diseña una simetría igualitaria con el de Evita, en tanto él es quien se muestra aquí *subyugado* por esa mujer que se preocupa por los más humildes. Será Perón en este caso, quien la legitime, transfiriéndole una parte de su poder simbólico y a través de ella a Montoneros.

Este desplazamiento entre una Evita cuyos atributos son la lealtad y el amor hacia una figura que retiene una parte del poder se suma al ya mencionado en relación al modo en que Montoneros interpeló a las mujeres como amas de casa y trabajadoras. Lo que resulta de esta doble diferencia es un modo de reconocimiento de la participación política de las mujeres que no está determinado solo por la serie de atributos particulares que la vinculan esencialmente a la maternidad. En ese marco, la intervención que radica en construir una figura combativa de Evita, aun a costa de ella misma, se apoya en una política de relectura de su enunciación que borra los trazos más conservadores de su discurso. Se trata de eliminar de los discursos citados aquellos tramos en los que Eva Perón arremete contra las feministas, reenvía a la mujer al ámbito doméstico y cuestiona sus intentos de inserción laboral, aquellos en los cuales señala que las mujeres deben ser sobre todo buenas madres, buenas compañeras de sus esposos.⁸

Es así que como madres-esposas, trabajadoras y herederas de una Evita que encarna plenamente la lucha revolucionaria, las mujeres son llamadas a cumplir las tareas de la hora como militantes y combatientes.

La ninfa Evita, una fórmula de expresión para las mujeres montoneras

La interpelación a las mujeres por parte de Montoneros –como la del resto de la izquierda armada– se basó en un modelo errático que oscila entre dos posiciones. Por un lado enfatizar unos atributos femeninos y ponerlos al servicio de la revolución; por otro, reconocerlas en una igualdad radical. Será la presencia militante de las mujeres, tan amplia como movilizadora la que impidió que el modelo suture en uno de sus polos, haciendo que persistan, de este modo, las tensiones.

Pero hay todavía otro atributo de las militantes que aparece destacado en Montoneros (tanto como en el PRT-ERP): la juventud y belleza que encuentra una expresión en la imagen que eligieron como emblema. Una Evita que no se cansan de repetir es “hermosa y revolucionaria” (ED 25: 28), una “Evita, obrera, hermosa y montonera” (ED 25: 29), “...una mujer hermosa que lo había acompañado [a Perón]” (ED 25: 30). La figura elegida por la propaganda montonera corresponde a la fotografía de Eva Perón con el pelo suelto, muy diferente a la imagen oficial y representa una mujer juvenil y sonriente.

José Emilio Burucúa se refiere a esa imagen relacionándola con las representaciones de las ninfas, esas mujeres que desde el Renacimiento habitan la pintura y la literatura simbolizando la juventud:

La figura de la ninfa es el símbolo de la vida joven. Para Aby Warburg era una de las “fórmulas de expresión” fundamentales. En la Argentina tenemos una ninfa: la representación de Evita con el pelo suelto. No era una foto que a ella le gustara particularmente. El oficialismo peronista trató de subordinar esa representación a la de Evita reina.

Pero en los años '70 es esa la Evita que predomina: una mujer joven, feliz, que simboliza la energía y la proyección a futuro. Son los usos los que determinan el sentido de la imagen y estos usos dependen de condiciones históricas cambiantes (Burucúa, 2010).⁹

En el mismo número de *El Descamisado* en el que aparece en la contratapa a página completa esa foto de Evita, y en el marco de una extensa cobertura del acto que realizó Montoneros en el Estadio del Club Atlanta de la Ciudad de Buenos Aires, hay una foto de Norma Arrostito que llama la atención por contraste con la más difundida, aquella en la que aparece con el pelo recogido y el semblante severo. En esta imagen, el plano es más largo y Arrostito está sonriente y tiene el pelo suelto. "El pueblo la envolvió con un abrazo montonero", dice el título:

Era el único nombre que faltaba aparecer para completar un afiche dramático. Aquel del Aramburazo. Eran cinco. Capuano, Abal y Ramus cayeron combatiendo como héroes. Mario Eduardo Firmenich es una figura pública.

Ayer, en Atlanta, la aparición de una figura femenina cerró el círculo de un grupo que supo de la época más dura. Norma Ester Arrostito. Un nombre poblado de misterio. La imagen más acabada de las hijas de Evita. La compañera que se coloca al lado del hombre y comparte con él todos los aspectos de la militancia.

Nacen los fierros organizados y la mujer peronista pelea su lugar. Supera prejuicios y esquemas falsos. Quiere pelear y pelea. Quiere ocupar el lugar que le corresponde. Si el peronismo pudo generar una compañera como Evita, qué menos se le puede pedir a una organización peronista que da cabida en su seno a las compañeras (ED s/n, 1974: 3).

Esta imagen de Norma Arrostito como una mujer que nace a la vida política junto con "los fierros organizados" hace serie con el desplazamiento que experimenta la figura de Eva Perón transformada en una joven mujer que subyuga a Perón con su determinación y se transforma en pieza clave del movimiento. Esta "hija de Evita" se presenta igual a ella, mujeres jóvenes vitales y con el pelo suelto que reclaman su lugar en una organización que las recibe en igualdad como compañeras.

Como señalé en el capítulo anterior en relación a las mujeres del PRT-ERP que tomaron las armas en el monte tucumano, el modo en que las organizaciones armadas incluyeron a las mujeres como sujetos implicó, en ocasiones, destacar atributos esencialmente femeninos para ponerlos al servicio de la revolución. Las mismas consideraciones se ajustan a las "hijas de Evita". La recuperación de los relatos que dan cuenta de la participación de Eva Perón en la génesis del movimiento y del papel de Norma Arrostito en la fundación de Montoneros representan modos de concebir a las mujeres que exceden los modelos femeninos tradicionales, sin embargo –y a pesar de ello– esta subversión del género encuentra un límite en la representación de figuras jóvenes y bellas con las que intentan domesticar a las mujeres reales y concretas, las militantes.

La tarea de celebrar a las mujeres militantes que realizan ambas organizaciones, el esfuerzo por integrarlas en igualdad con los militantes varones encuentra un límite en la diferencia (irreductible) de género. Es así que la promesa de equiparación se transforma en un imposible, en algo que está siempre diferido y la huella de ese otro que es "la mujer" no cesa de perturbar con su diferencia al *hombre nuevo*.

Notas

¹ Memoria Abierta. *Testimonio de Oscar Vázquez*, Buenos Aires, 2010. Oscar Vázquez (Chivilcoy, 1944) se acercó tempranamente a la militancia política, en su ciudad natal, primero en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y luego en Montoneros donde militó activamente hasta que después del golpe de Estado de 1976 tuvo que salir del país.

² El peronismo de los años 40-50 tuvo un importante papel en el reconocimiento de las mujeres como ciudadanas, si bien como algunas autoras señalan, sus derechos políticos han quedado asociados a su condición de madres y sostenedoras del hogar. Cfr. entre otros Marx (1994), Navarro (1994) y Bianchi y Sanchís (1988).

³ Como otros documentos de esa etapa éste se encuentra reproducido de manera completa en la compilación que realizó Roberto Baschetti (1995: 249-270).

⁴ En *Política y/o violencia* Pilar Calveiro señala que las organizaciones político-militares surgen en un contexto de desaparición de la política. En esa lógica, hechos como el Cordobazo o el surgimiento de las formaciones guerrilleras, expresarían la *reaparición mutada* de la política que el Onganiato (y sus antecesores) habían pretendido suprimir. La política vuelve a la escena, irrumpe violentamente, bajo el signo de una transformación, de una *mutación*: los grupos armados, organizaciones que se plantean disputarle al Estado el monopolio de la violencia legítima (2005: 37). La violencia militar, continúa Calveiro, empezaba a encontrar respuesta, también violenta, desde otros sectores de la sociedad en hechos como el asesinato de Aramburu. En mi interpretación, prefiero señalar que se trata de una etapa de supresión de las mediaciones democráticas de la política, que toman durante el Onganiato una forma más acabada con la militarización del Estado y en ese sentido una forma específica de la política antes que de desaparición de la política.

⁵ Silvia Sigal y Eliseo Verón analizan especialmente el número 10 del 24 de julio de 1973. Es el número en el cual se anuncia, tras la reunión con el general, que "La Juventud Peronista llegó hasta Perón. Se rompió el cerco del brujo López Rega" y que incluye un "Suplemento especial sobre Evita".

⁶ Memoria Abierta (2009). *Testimonio de Susana Sanz*, Buenos Aires. Susana Sanz (San Rafael, 1935) es abogada laboralista y fue una activa militante peronista en los años sesenta y setenta, en la localidad de San Rafael en Mendoza. Militó en Montoneros, fue una de las responsables de la Agrupación Evita y participó de la formación del Partido Auténtico. Fue perseguida, sufrió varios atentados y decidió salir del país en 1977 junto con sus dos hijas adolescentes. Se exilió en España y luego en México donde permaneció hasta 1991. En el momento de la entrevista, Susana integraba el Consejo Nacional de la Mujer.

⁷ Karin Grammático (2011) estudió la formación de la Agrupación Evita y sus relaciones tanto con la rama femenina del peronismo como con el movimiento feminista de la época. Grammático destaca, siguiendo la línea trazada por quienes han analizado el discurso maternalista como constitutivo de la versión populista encarnada por el peronismo, que el frente de mujeres montonero recupera y hace suya la identidad política que el peronismo construyó para las mujeres en los años 40 y 50, una identidad basada en la condición maternal que antagoniza con la figura de la "mujer oligárquica". A la vez señala que la participación de las mujeres en la Agrupación Evita implicó una experiencia política que cuestionó en los hechos los lugares de subordinación mantenidos tanto en la vida privada como en la militancia. Sobre la relación entre el discurso maternalista y el peronismo se puede consultar, además de los textos ya citados, Luna (1999).

⁸ En el marco de un trabajo donde examina la maternidad en la literatura argentina del siglo XX Nora Domínguez analizó el modo en que la figura de Eva Perón condensa una diversidad de atributos femeninos muy disímiles. Entre estos, se destacan los de madre y prostituta de acuerdo al sector del cual provengan. El ejercicio de una maternidad tan simbólica como politizada (Eva madre espiritual de la nación y madre que vela por los más desprotegidos, sus "descamisados") convivió con los insultos por parte de sus enemigos políticos, entre los cuales "puta" era uno de los habituales. Cfr. Domínguez (2007: 144-146).

⁹ He señalado en el capítulo anterior que unas imágenes similares se pueden encontrar en las descripciones de las militantes del PRT-ERP.

TERCERA PARTE

Memorias de la militancia

INTRODUCCIÓN

Que aún en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar cierta iluminación, y que dicha iluminación puede provenir menos de las teorías y conceptos que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que algunos hombres y mujeres reflejarán en sus trabajos y sus vidas bajo casi cualquier circunstancia y sobre la época que les tocó vivir en la tierra.

Hannah Arendt, *Hombres en tiempos de oscuridad*

Voces testimoniales y subjetividades generizadas

Los testimonios referidos al pasado reciente -tanto como las escrituras y otras formas de representación- estuvieron hasta mediados de los años noventa hegemonizados por la denuncia de los crímenes de la dictadura de modo tal que los relatos acerca de la militancia revolucionaria de los años sesenta y setenta encontraron pocos medios para decir su historia y sobre todo pocos espacios de escucha hasta mediados de la década de 1990, cuando se produjo un giro en los discursos públicos sobre el pasado reciente que desplazó el foco hacia la militancia revolucionaria. Se trató de un tiempo de aperturas temáticas y nuevas modalidades de lectura, a su vez condicionadas por los contextos socioculturales, que posibilitaron el surgimiento de una extensa testimonialidad.¹

Conjuntamente con la publicación de una serie de compilaciones de documentos de las organizaciones político-militares, se editaron libros y se produjeron otros materiales referidos a las experiencias de la lucha armada. En su mayoría estos relatos fueron organizados con el objetivo de hacer comprensible la opción por

las armas en un marco social y político en el cual esa elección se veía –así era presentada en los testimonios– como cuasi determinante, a la vez que la derrota era interpretada como consecuencia de la guerra. A riesgo de que las víctimas trasmuten en héroes, en lo que constituiría una nueva cristalización del pasado, los relatos militantes comenzaron una persistente reconstrucción del complejo escenario de los años sesenta y setenta.

Ejemplos de estas narraciones son el film *Cazadores de utopías* (Blaustein, 1995) y los tres volúmenes de *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina* (Anguita y Caparrós, 1997a, 1997b y 1998), obras que comparten un modo de acercarse al pasado reciente centrado en la decisión de exponer aspectos hasta entonces silenciados.

En ese contexto formado mayoritariamente por voces masculinas, otras miradas retrospectivas han podido re-visitarse las prácticas de las organizaciones armadas desde una óptica crítica, aportando nuevas interpretaciones y dando visibilidad a cuestiones no abordadas anteriormente. En ello han tenido un papel fundamental los testimonios de mujeres militantes que narran el pasado, testimonios atravesados por las experiencias posteriores a la militancia y por las expectativas actuales. En ese ejercicio es posible que surjan cuestionamientos que no tenían cabida en los años de la militancia sino que cobran vida en los relatos del presente de enunciación. Tal es el caso por ejemplo de *Mujeres guerrilleras*, la compilación de Marta Diana (1996).

La presencia de voces femeninas en el *corpus* testimonial de la militancia se multiplicó en los años siguientes con la extensión de relatos que dan cuenta del modo en que funcionaba la relación entre la vida personal y la política en la militancia de las organizaciones armadas y que resultan claves para comprender la cotidianeidad y también con la aparición de biografías de algunas destacadas militantes. El libro referido a la vida de Norma

Arrostito (Saidón, 2005) y el que trata de la historia de Lili Masferro (Giusani, 2005) son algunos ejemplos. Cuestiones que se expresan en los testimonios de mujeres que militaron activamente dando lugar a relatos que, mediados por la vida transcurrida desde aquellos tiempos hasta el presente de la enunciación, explican cómo era la construcción del *hombre nuevo* y cómo devinieron (o intentaron devenir) ellas mismas en *hombres nuevos*. De este modo, las disyuntivas de la militancia adquieren tonalidades que conjugan capas superpuestas de sentidos y que presentan la experiencia del activismo político de entonces de manera tensionante.

Los relatos organizan la memoria y refieren a los distintos momentos que atravesó la militancia: el ingreso a la militancia, la etapa de las acciones y la clandestinidad, la represión y sus efectos devastadores. El comienzo de la militancia se presenta en muchos testimonios como un momento dotado de una cierta ingenuidad en relación a las consecuencias de la acción política revolucionaria. La idea de inocencia, en el sentido de ignorancia de los exigentes códigos que rigen las prácticas del activismo político pero también de ilusión, se ve reforzada en el relato de algunos aspectos de su vida previa al ingreso a las organizaciones. Éste se produce, en la mayoría de los casos, siendo muy jóvenes y la militancia representa a la vez una nueva forma de relacionarse con el mundo y con sus pares, incluso en aquellos casos en que en las familias de origen está presente la política, ya sea en discusiones y debates o a través de participación activa.²

La certeza de que “la hora las llamaba” y que no había otro camino a recorrer que no fuera el del compromiso está presente en numerosos testimonios. Una vez instaladas en el espacio de la política, una vez tomada la decisión de ingresar a las diferentes organizaciones, los tiempos se aceleraban y todo se transformaba en un vértigo donde había muy poco lugar para reflexionar acer-

ca de las prácticas. Sin embargo, los desvíos a través de los cuales fluye la narración son reveladores de la complejidad del compromiso y de las implicancias que asumió éste para las mujeres.

Si la militancia política, especialmente la militancia en las organizaciones armadas, se constituyó para esa generación en un modo de apropiarse voluntariamente de "su tiempo" (de su época) produciendo una afirmación subjetiva radicalmente distinta de las generaciones anteriores, para las mujeres la afirmación ha sido doble. Isabella Cosse (2010) quien ha analizado diferentes dimensiones del proceso de cambio en la moral sexual que, entre 1960 y 1975, tuvo lugar en Argentina, señala que para ese entonces, nuevos patrones de comportamiento se instalaron produciendo cambios profundos en lo que se consideraba legítimo e ilegítimo en relación al sexo y el matrimonio. Sin embargo, estos cambios han producido lo que la autora llama "una revolución discreta". Porque si bien los cuestionamientos alcanzaron para impugnar elementos relevantes de paradigmas anteriores –como la valoración de la virginidad femenina y la asociación entre sexo y matrimonio– esto no significó una expansión irrestricta de la libertad sexual: "así lo mostraba la centralidad que mantenía la pauta heterosexual, de la sexualidad unida a la afectividad y las desigualdades de género en la relación sexual" (Cosse, *íd.*: 206).

Por otro lado, la mayoría de los testimonios presentan un modo de asumir la militancia en el cual aquellos valores asociados tradicionalmente a la socialización de las mujeres y que implican estar atentas y dispuestas a ciertas actividades antes que a otras, se interrelacionan con las prácticas militantes. Y éstas, a su vez, están influenciadas por el modo en que las organizaciones armadas concibieron las relaciones entre los géneros. Las voces femeninas dan cuenta de una militancia que se conjuga con las prácticas femeninas tradicionales produciendo una identidad fragmentaria y dividida que ha contribuido a vaciar la categoría

mujer de propiedades universales, fundantes y normativas, en un movimiento que pone en cuestión la idea de que ser mujer es reproducir diariamente "un original que está allí listo para ser usado" (Butler, 1998; 2005).

Es así que la compleja relación entre cuerpo e identidad suele tematizarse en los testimonios en los cuales buscan dar cuenta de las disyuntivas implícitas en la "identidad del militante" encarnada en cuerpos de género femenino, mostrando la particular conjunción de cambios en los patrones de comportamiento y de la constitución extendida de una subjetividad revolucionaria. Ambas e insistentes cuestiones se expresan usando distintos tópicos que aparecen de manera recurrente.

Los testimonios despliegan un importante repertorio de recursos para hacer comprensible la narración, recurriendo a una serie de tópicos básicos. Éstos en términos generales se dividen en dos grandes conjuntos. Por un lado, aquellos vinculados al discurso de la violencia: clandestinidad, violencia naturalizada, paridad entre varones y mujeres en la asunción de las acciones militares, distribución de lugares en las organizaciones, participación en operativos, entrenamiento militar, clandestinidad. Por otro los que remiten a la organización de lo cotidiano: trabajo, dinero, administración, tareas domésticas, comida, cuidado de los niños, moral sexual, separación, infidelidades, sexualidades, cuerpo, maternidad. Ambas series han sido tradicionalmente ubicadas en universos diferenciados, opuestos y excluyentes; sin embargo, en los testimonios sobre la militancia de los años setenta aparecen superpuestos, imbricados en una relación compleja. Ni plenamente "guerreras", ni plenamente "mujeres, esposas, madres", un poco de las dos cosas: mujeres/ militantes/ madres, pero no se trata simplemente de una sumatoria, sino de una suerte de sobredeterminación que modifica ambas series, una conjunción entre violencia política y vida cotidiana

que implicó nuevos modos de actuar en los dos espacios. En este sentido, es posible afirmar que la militancia femenina alteró las formas de la política y también las de la vida cotidiana, la familia y los afectos que se vieron tensados bajo la violencia de la historia y la marcha redoblada de los deseos revolucionarios.

En los dos capítulos que siguen analizo estas dimensiones de las memorias de la militancia en el conjunto de testimonios mencionado en la introducción. Como he señalado, la mayoría de los relatos citados pertenecen al Archivo Oral de Memoria Abierta y se trata de testimonios públicos. Sin embargo, en algunas ocasiones atendiendo a narraciones especialmente sensibles o comprometidas he decidido reservar el nombre y los datos personales de las entrevistadas con la intención de resguardar su identidad.

La pasión por el tiempo que vendrá. Política y vida cotidiana

Elecciones militantes, elecciones de vida

Cuando las militantes se refieren a las circunstancias en las que tuvo lugar su vinculación con una organización político-militar, la opción por las armas -por la lucha armada como método y la violencia política como principio- no es lo que aparece en primer término. Por el contrario, esta elección se presenta mediada por una serie de decisiones que las fueron llevando por ese camino: la lucha por una sociedad más justa determina alguna forma de militancia y en la medida en que el compromiso crece aparece la necesidad de encuadrar la militancia, lo cual a la vez implica elegir cómo y dónde hacerlo dentro de un repertorio de posibilidades en el cual la lucha armada se figura como una más.

Como ya mencioné, tanto el PRT-ERP como Montoneros han sido en algunas etapas de su existencia organizaciones legales y, por otro lado, los dos grupos tuvieron numerosas agrupaciones dedicadas al activismo político sectorial (las llamadas agrupaciones "de superficie" en oposición a las clandestinas) donde la militancia era abierta y legal, si bien estaban vinculadas a una estructura más cerrada, estrictamente militar o de cuadros.

El hecho de que un partido o una agrupación fuera considerado ilegal no implicaba en aquella época necesariamente un "imaginario de ilegalidad" en sentido estricto. La proscripción del peronismo y la interrupción de gobiernos constitucionales que marcaron la historia del siglo XX argentino contribuyeron

para que las fronteras entre lo legal y lo ilegal en política sean difusas. Por lo tanto, el ingreso en algunas de las agrupaciones de la izquierda peronista o marxista no se vivía necesariamente como una acción totalmente ilegal sino como algo parcialmente clandestino. A la vez la clandestinidad no representa siempre lo mismo. Puede referirse a la existencia secreta de una organización (al estilo de las sectas); puede indicar que las personas que pertenecen al grupo lo hacen de manera encubierta, es decir, tienen una militancia clandestina; o que la pertenencia a uno de estos grupos implica una vida clandestina.

Por otro lado, estas formas de militancia tienen una serie de consecuencias en la configuración de las relaciones entre quienes integran la organización clandestina y de éstos con el resto de la sociedad: se fortalecen los lazos entre quienes integran el grupo; se establecen específicos rituales y símbolos que marcan la pertenencia; los integrantes pasan a tener una identidad asociada a la organización (un nombre, un estado civil, una forma de vestir); la amenaza externa produce desconfianza y lleva a la centralización de decisiones y mandos, a establecer normas de obediencia, sanciones y promociones (Peller, 2009).

La enunciación del inicio

Las narraciones sobre el ingreso intercalan razones y fundamentos para militar con descripciones acerca de los modos en que la actividad política se ejercía efectivamente. Esto es, si la elección de la militancia como forma de vida es explicada a partir del compromiso que la determina, los deslizamientos hacia las situaciones de clandestinidad y el ejercicio efectivo de la violencia –ya sea asumida personalmente o sólo compartida por proximidad– se presentan como una derivación.

En un testimonio de 2001, Cristina Aldini³ relata su ingreso a Montoneros.

E: Usted recién decía que le costaba asimilar el tema de la lucha armada dentro del compromiso político. ¿Qué pasó con eso cuando usted decide entrar en una organización armada?

Cristina Aldini (CA): ¿Qué pasó con eso? Bueno mi militancia no se centró en eso, obviamente, pero sí, yo sabía, y era muy consciente, que yo estaba inserta en un proyecto que era ese y no otro. De todas maneras, si bien en algunos momentos los acontecimientos, el momento histórico que se vivía y los enfrentamientos, digamos, le daban mayor o menor sentido a algunos episodios, digamos, vinculados a una cierta violencia, para mí no era eso lo central de la militancia.

Lo que ocurrió fue que también yo en el año 75 empiezo a militar en un barrio ya, si bien yo seguía desarrollando tareas de alfabetización en otro lugar, ya tengo una militancia política como más orgánica, en una agrupación, en un barrio, en otro barrio en el partido de San Fernando, y bueno, y las condiciones además de por sí cada vez se hicieron más difíciles para funcionar en los barrios, porque además, en esos años, el avance del lopezreguismo y la creación de la Triple A se hizo presente muy claramente en el territorio, entonces salir de pronto a hacer una pintada no era lo mismo que un año atrás. *Había que cumplir con medidas de seguridad, había que salir armado y eso significaba que en cualquier momento podía haber un enfrentamiento, de hecho hemos pasado situaciones, yo las he pasado donde.... Si bien nunca tuve que empuñar un arma y disparar en contra de otra persona,*

que para mí era una escena terrible... sinceramente... no... en esos años sí tuve que defenderme en enfrentamientos y bueno... eran situaciones difíciles de atravesar. Lo que pasa es que en la medida en que eso cada vez va tornándose más difícil y más crudo... bueno, de alguna manera era como una condición inherente esa situación. Para... para poder seguir funcionando había que contemplar determinadas medidas de seguridad y las actividades, el desarrollo de las actividades también estaba cargado como de mayor, digamos, grado o de alguna manera de una dosis de militarización cada vez mayor. Digamos que yo que era una militante de base, de territorio, no era un cuadro militar, sin embargo he participado de actividades en las cuales íbamos armados...

El testimonio de Aldini se sitúa en la zona de indefinición mencionada más arriba: militante de la organización político-militar Montoneros, nunca se planteó empuñar un arma. Su proyecto no era militar sino político y si bien se identifica como militante de base y territorial es consciente de que la militancia se tornó cada vez más riesgosa a medida que la violencia política tomaba cuenta de la escena y que por lo tanto la posibilidad de verse en la necesidad de usar las armas aumentaba de manera notable. *Un proyecto que era ese y no otro* es el modo en que se refiere a la lucha armada y el pase a la clandestinidad de las agrupaciones peronistas vinculadas a Montoneros. Insiste en que el uso de las armas se debe a que *para poder seguir funcionando había [...] una dosis de militarización cada vez mayor.*

Para Aldini la reflexión ante la opción por las armas oscila entre tres posiciones: asumir plenamente las consecuencias de usarlas (*tuve que defenderme en enfrentamientos, era consciente*); la justificación contextual (*cada vez más difícil funcionar en los ba-*

rrios, entonces había que armarse) y la explicación del lugar propio desplazado de esa escena principal (*para mí eso no era lo central*). Estas posturas –que dan lugar a tres retóricas que se presentan entrelazadas y producen un relato identitario tenso– son evocadas en el presente de la enunciación a partir de una pregunta que invita a una posición sintética, ¿qué pasa cuando una persona que tiene dudas acerca del grado de involucramiento a que está dispuesta con el uso de las armas ingresa a una organización político-militar? La respuesta, sin embargo, resiste a la síntesis y despliega estos tres modos de pensar la relación, cada uno de los cuales apela a un principio argumentativo (*topos*⁴) particular:

- asumirse como parte de un proyecto que incluye el uso de la violencia, entendiendo que esto, por lo menos potencialmente, puede implicar enfrentarse a vida o muerte con otro (el sujeto de manera consciente elige y asume las derivaciones de la elección);
- entender que el contexto socio-político de esos años arrastra a los sujetos a la violencia por el propio curso de los acontecimientos (no son los sujetos, sino la determinación por las estructuras);
- asumir dentro del espacio una posición marginal (se asume la posición, pero con una serie de instrucciones que orientan las interpretaciones posibles del enunciado en un sentido casi opuesto al literal).

La clandestinidad y la lucha armada constituyen en este relato un “efecto no buscado” de la militancia revolucionaria donde las armas están solo para defenderse, tienen poco que ver con el proyecto aunque, sin embargo, forman parte de la cotidianidad militante y marcan las posiciones desde las cuales C. Aldini habla. Ya sea que asuma las implicaciones de la lucha armada o se ponga en una

situación de exterioridad no puede eludir el hecho de que el uso de las armas era parte de la militancia y en ese sentido una práctica inescindible del proyecto político. La ambivalencia del relato, que se expresa al decir *si bien nunca tuve que empuñar un arma y disparar contra otra persona* y a continuación *sí tuve que defenderme en enfrentamientos*, señala la dificultad –que es del presente– para explicar el lugar de las armas en ese proyecto político.

Estas tensiones sin embargo no son obstáculo para que el relato sea consistente porque su unidad reside justamente en el trabajo de reconstrucción identitaria que realiza Aldini en el presente de la enunciación.

CA: Con el paso del tiempo empezamos a sentir las propias caídas en las filas de nuestros compañeros [...] Yo me fui de la casa de mis padres dos meses después del golpe pensando que me iba por una semana [...] no tenía conciencia de todo lo que iba a suceder. Viví ese tiempo salvando milagrosamente la vida día a día, no sabiendo lo que iba a suceder [...] Era todo el tiempo tener noticias de la gente que iba cayendo y ni siquiera poder llorarla [...] No sé más que decirte (esta última frase la pronuncia con la voz quebrada y el relato se interrumpe).

Se trata entonces de un presente al que llega con las marcas de la política represiva del Estado tanto como con las consecuencias de la clandestinidad y la toma de las armas. El presente ordena el relato hacia atrás y le otorga sentido a las opciones del pasado expresando esa identidad fragmentaria y dividida.

María del Socorro Alonso⁵ ensaya relatar el inicio de su militancia de una manera diferente. El ingreso al Partido Revolucionario de los Trabajadores está en este caso marcado por una serie de decisiones:

María del Socorro Alonso (MSA): En lo personal *yo rompí con todo en la década del sesenta*. Fui parte de un grupo cultural siendo muy chica, de la creación del Di Tella, de Galería del Este. Las exposiciones de Carlos Alonso donde caía la policía y nosotros íbamos a hacer el aguante porque si no requisaban todo, eran esos cuadros de los chicos delgaditos, los lustrabotas [...] Paraba en la calle Corrientes yo, normalmente en ese tiempo se llevaban a la gente porque tenía el pelo largo o porque cantaba y tocaba la guitarra. Era normal e incesante que a la gente se la persiguiera por motivos artísticos y culturales y no sólo políticos. Yo formé parte de esa generación y sentí deseos de romper con todo. Una hermana, siete años mayor que yo, no lo hizo, ella se quedó con la otra cultura que había en aquel momento, los vestidos largos, los boliches [...] Para nosotros eso, que era casi contemporáneo, era ya el pasado, *nosotros rompimos con todo eso. Ya hacíamos el amor antes de casarnos, antes no era eso, las chicas tenían que llegar vírgenes al casamiento. Digo esto porque fue realmente romper con todo. Fue toda una revolución que se dio en lo cultural y en lo social. Si aún estamos así, no sé qué hubiera pasado si no se hubiera hecho eso.*

A mí lo que me separa de mi vieja, lo que me separa del peronismo en un momento determinado es porque yo miro hacia la izquierda, y para mí Perón, con la formación intelectual que yo estaba teniendo, Perón era comparable con Franco o con Mussolini y con la derecha internacional, entonces esto no tenía nada que ver conmigo, la derecha era quien había perseguido a mis amigos pintores, escultores, escritores, a los judíos... yo empiezo a tener discusiones con mi vieja, ya en la escuela secundaria. Yo le decía, "mirá nosotros ayudamos a los

refugiados, a los judíos, a los republicanos y en cambio el general está ahí...”, porque estaba en España... Mi vieja es como que nos metió esas ideas de la solidaridad, pero después el peronismo deja de ser esa promesa... y yo me identifico mucho con la izquierda.

E: Ese giro a la izquierda, ¿en qué desemboca?

MSA: Bueno, desemboca en que yo tomo contacto con el PRT [...] *con toda la problemática indoamericana y todo eso y para mí tiene mucho más que ver con nuestra historia* [...] Allí hice pequeñas tareas de ayudar a gente que estaba guardada, era antes de la amnistía del 73 [...] hacíamos charlas de difusión [...] Empecé a tener una militancia más activa después del 73, estuve viviendo en una casa operativa con otros compañeros. A mí esto me hizo crecer muchísimo, yo creía profundamente en lo que estaba haciendo y *por otra parte a la luz de la historia creo que si los argentinos hubieran percibido lo que estaban haciendo con el país a lo mejor no hubiéramos perdido tanto.*

María del Socorro Alonso coloca en el relato del origen de su compromiso político los deseos propios de su generación de “romper con todo” lo establecido por el *status quo*. Su generación debió subvertir la cultura, las expresiones artísticas, la política, las relaciones entre los sexos (todo eso y más) para producir una “verdadera revolución cultural y social” que destruyera las viejas relaciones sociales. En el fragmento seleccionado se puede observar una descripción de las nuevas prácticas combinada de modo fluido con la evaluación. Se trata de una narración generosa en detalles –la calle Corrientes, las figuras de los cuadros de Carlos Alonso, los blancos de la represión– que se presenta no exenta de cierto orgullo. La secuencia narrativa tiene un punto culminante en el retorno al presente de la enunciación. Esa vuelta se produce justamente

a través de un enunciado valorativo que asume una doble valencia. *Si aún estamos así, no sé qué hubiera pasado si no hubiéramos hecho eso.* El presente es así, pobre, a pesar de todo lo que se hizo, pero sería todavía peor si su generación no hubiera roto con todo y no hubiera propuesto un modo de vida alternativo.

Al contrario del segmento de Cristina Aldini, que se apoya en una suerte de moral cristiana, el relato de María del Socorro Alonso presenta una posición menos titubeante, más segura acerca de la opción por las armas, del valor de las propias acciones y sobre todo, de que lo actuado por su generación tiene un alcance positivo sobre el presente. Mientras que la primera resalta las consecuencias de la política represiva y expresa con voz quebrada que no sabe *qué más decir*, la segunda resalta, desde una posición redencionista que la militancia armada ha jugado un papel fundamental para hacer del futuro –que es el presente de la enunciación– algo menos negativo. Tan afirmativa fue la opción por las armas en su relato, como lo es el balance final.

El otro tópico que aparece en este fragmento es la opción por una agrupación determinada. A pesar de los antecedentes familiares que la hubieran podido vincular con el peronismo y del lazo fuerte con la madre que se consolida a través del trabajo compartido por ambas en la asistencia a refugiados, o tal vez justamente por esas razones, su compromiso se materializa buscando otras opciones. La elección por el PRT, que ella menciona como un mirar a la izquierda, separando con esa afirmación de manera tajante al peronismo de la izquierda, se produce incluso después de una breve experiencia en el Partido Comunista y como una decisión nada azarosa. *Después tomé contacto con el PRT y con toda la problemática indoamericana y para mí tiene mucho más que ver con nuestra historia*, como señala sin dudar al explicar por qué no el peronismo, por qué no el PC. La elección por uno u otro grupo remite en este caso a posiciones ideológico-

políticas, o a un espectro histórico y cultural que tiene fuertes raíces en la tradición política de mediados del siglo XX.

Por otro lado el clima cultural también efervescente, ejemplificado con las exposiciones de pintura, constituye un elemento determinante a la hora de señalar influencias y empujes hacia la militancia.

María Cristina Pinal⁶ va en la misma dirección, aunque resaltando una condición de género que ocupa un lugar fundamental. Al contar sus inicios en la militancia menciona el golpe de Estado de 1966 y la consecuente represión como el hito fundamental que motivó su decisión de abandonar los estudios y pasar a tener una militancia más activa que derivó finalmente en su acercamiento a una organización político-militar, mostrando una convicción cimentada en la historia:

María Cristina Pinal (MCP): *Para mí el golpe fue un hito, de ahí yo dejé de estudiar, eso fue el 28 de junio del 66 [...]*

La revolución cubana trajo el asunto de la lucha armada [...] ya no la vía pacífica al socialismo [...] la revolución cubana dice, paren, acá lucha armada y bueno la discusión era esa, y yo en ese momento pensé que el único camino era la lucha armada. Pero nunca pensé que fuera la lucha armada foquista, ahí se abrió otra discusión [...]

Pero a la vez y de manera muy contundente al rememorarse a sí misma en aquellos días señala que:

MCP: *...yo como mujer me daba cuenta de que estaba todo mal para la mujer, me daba cuenta de que yo no quería ser como mi mamá [...] lo que nosotras no queríamos era ser vírgenes, queríamos tener rápido nuestra primera relación sexual y sabíamos que no lo podíamos hablar con nadie, que es-*

taba prohibido [...] con todo era así, parecía que todo lo que estaba bien, estaba mal. Por eso te digo que queríamos cambiar todo, hacíamos todo lo que estaba mal visto, no podías usar pantalones, entrar sola a un bar, fumar en público. De hecho nosotras lo hacíamos, hacíamos todo lo que estaba mal, todo era oculto, como fue oculta nuestra sexualidad, como fue oculta nuestra militancia. *Éramos clandestinos desde un principio. Después lo de la militancia clandestina, lo de hacer cosas absurdas, venía como incorporado a esto de hacer lo que estaba prohibido.*

El malestar provocado por la represión y la censura hace serie con otros malestares: la situación de las mujeres, el sexo prohibido, la doble moral, unas costumbres perimidas. La revolución tiene como objetivos el orden social y político tanto como la cultura. Es así que la lucha armada, que está en la base de sus elecciones, se combina con la decisión de tener rápidamente una primera relación sexual, fumar en público, usar pantalones como emblemas de la otra revolución que se estaba produciendo en aquellos años y que proponía transformaciones estructurales y profundas en las relaciones entre los géneros y las generaciones.

La elección del término "clandestinos" para señalar el modo en que ella y otros de su generación llevaron adelante prácticas que alteraron las costumbres y las relaciones entre los géneros es significativa y admite diferentes lecturas. En relación con el presente de la enunciación en el cual la militante narra su vida, esa opción discursiva lee aquellas prácticas a la luz de su posterior militancia clandestina, las vidas clandestinas, la prisión y la desaparición. Por otro lado, en relación con la coherencia interna del relato -que pasa de exponer los debates en torno a la cuestión de si "lucha armada sí o lucha armada no" a señalar que las mujeres de su generación querían tener rápido su prime-

ra relación sexual— la idea de que estaba tan prohibido fumar en público o tener relaciones sexuales libres como tomar las armas para cambiar el régimen político, construye un argumento consistente que otorga una identidad coherente y que le permite identificarse a sí misma claramente con aquellas decisiones porque ambas cuestiones aparecen como preceptos, como modos de rebeldía deliberados.

La liberación de las costumbres como mandato cultural y la militancia como obligación moral, que en apariencia se dirigen hacia objetivos diferentes, remarcan en este caso la misma disposición a la ruptura con “lo viejo” que se impone a la vez como un nuevo compromiso consigo mismas y con su tiempo. Michel Foucault (1993b) ha señalado, refiriéndose a la sexualidad, que el sujeto moderno está marcado por una “incitación a los discursos”. Entiende que la emancipación sexual es menos la revelación de las verdades profundas sobre el propio deseo que un elemento en el proceso de delineación y construcción del deseo y en el mismo sentido, insiste en que “si el sexo está reprimido, es decir, destinado a la prohibición, a la inexistencia y al mutismo, el solo hecho de hablar de él y de hablar de su represión, posee como un aire de transgresión deliberada” (*id.*: 13).

Razones

Los relatos de mujeres referidos al ingreso en una organización revolucionaria, clandestina o armada presentan descripciones de naturaleza variada. El origen familiar, la clase social, la situación económica, la edad, los círculos de relaciones determinan el material del cual se valen para relatar esos momentos porque condicionan el modo en que se produce el acercamiento y en que se concreta el ingreso que tiene siempre que ver con la experiencia previa.

También el descubrimiento amoroso y el noviazgo constituyen una mediación para el ingreso a la militancia que ha sido destacada en numerosos testimonios de mujeres. No faltan relatos en los cuales una fuerte presencia del amor encuentra un lugar destacado entre las motivaciones personales para ingresar a una organización. Son narraciones que vinculan el compromiso político con el encuentro del amor y la formación de parejas que poco se parecen a las de las generaciones anteriores y que imponen tanto una manera de hacer política como de vivir.

Los argumentos, sin embargo, son menos variados. Se presentan en un repertorio que, aunque en apariencia amplio, se lo puede inscribir en unas pocas razones que en general aparecen en todos los testimonios: la política suspendida, la represión, la censura y de manera repetida y constante la injusticia social.

En ese marco dos escenas son evocadas recurrentemente. La primera es la que recorre los testimonios de María del Socorro Alonso y María Cristina Pinal citados con anterioridad: la sustracción de la política representada por los golpes de Estado, proscripción, prohibiciones. La segunda escena es la pobreza y sus consecuencias devastadoras, tal como está expresado en los testimonios que presento a continuación. Se trata de dos mujeres que provienen de experiencias sociales muy distintas, pero que argumentan su decisión de comenzar a militar de manera similar.

Norma Osnajansky⁷ cifra su incorporación a la militancia en una serie de acontecimientos determinantes que se muestran en una relación de exterioridad con su experiencia cotidiana:

Norma Osnajansky (NO): Yo entré a la facultad en el 65. Estudiaba letras, no tenía atracción por la política, no me pasaba nada. Hasta que *llegó el día que pasó*. Hubo una *inundación grande* y en la facultad juntamos ropa, comida

y fuimos a un barrio inundado [...] fue mi primer contacto con la pobreza, el desamparo [...] a la noche, cuando volvió a llover, tuve una crisis de nervios, me pasó algo muy fuerte [...]. Hasta que fue el Cordobazo, en ese momento estaba cursando Latín III y largué todo, me parecía medio ridículo. Entonces nos metimos en ese río de la militancia, que era un río salvaje, eran como oleadas que nos arrasaban a todos.

En esa dirección, el relato de la pobreza –de otros– que la conmueve hasta la crisis personal, junto a la rebelión popular –de la cual tampoco es protagonista directa– constituyen los elementos que determinan la decisión de *largar todo*. Particularmente la pobreza toma la forma de una “revelación”⁸ que produce cambios subjetivos profundos, a la vez que rubrica la idea de que la militancia femenina tenía origen en una suerte de asistencialismo, de propensión a la tarea social. Aunque es necesario señalar que la preocupación por la miseria y la transformación personal generada a partir de tomar contacto con ella constituye un tipo de relato que se extiende más allá y excede la marca de género que se le suele dar. Una narración similar aparece, por ejemplo, en la carta de despedida que el dirigente de las FAR y de Montoneros Julio Roqué escribe para sus hijos. *Yo recuerdo perfectamente cuándo comencé a convertirme en revolucionario dice*, llevando el origen del compromiso militante a su infancia, al día en que descubrió la pobreza:

Fue un día de invierno muy frío en el que un compañero de escuela se cayó casi congelado en la puerta del edificio donde estaban las aulas. Yo tendría ocho o nueve años, vi que ese chico tenía sólo el guardapolvo escolar encima de una camisa rotosa. De pronto sentí una terrible vergüenza por mis ropas abrigadas, por mis zapatos y medias

de lana. Sentí como si yo le hubiera quitado la ropa a ese chico. Su frío fue para mí un sufrimiento concreto.

En el análisis que dedica a este escrito –que se hizo conocido públicamente a través del film que realizó su hija, María Inés Roqué– Ana Amado señala que en “esa larga carta, [Roqué] desgana las justificaciones políticas e ideológicas de su elección por la violencia armada [...]. Su retórica tiene la lengua dura de la experiencia, para hablar de una opción (cristiana) que lo destina a otros” (Amado, 2009: 178). La violencia de la pobreza y los poderes es tan evidente como la necesidad de asumir la violencia revolucionaria para combatirla y revertir las injusticias.

En la misma línea, el lenguaje utilizado por Norma Osna-jansky, la elección de contraposiciones estereotipadas (el estudio del Latín vs. el compromiso con los pobres) y las huellas de una situación nacional convulsionada (de la cual el Cordobazo es emblema) configuran un discurso propio armado de enunciados culturales, políticos, históricos, también del sentido común, que están disponibles para ser usados y que constituyen un modelo de inteligibilidad anterior a cualquier decisión individual. Sin embargo, en tanto recreados en el acto de decir, esto es, en la apropiación personal, constituyen una explicación fundamentada acerca de su ingreso a la militancia a la vez que representan una toma de posición (Bajtín, 1999). Dicho en palabras de Leonor Arfuch, la palabra ajena “tendrá a su vez la posibilidad de devenir *propia* (‘mi palabra’) por la peculiar acentuación que asuma en mi enunciado, el género discursivo que elija para pronunciarla, en definitiva por las tonalidades de mi afectividad” (2002a: 65).

Fátima Cabrera⁹ vino desde Tucumán para vivir en la Villa de Retiro en los años sesenta. Venía, dice, de un *lugar obrero y con mucho contacto con la naturaleza y el impacto de la villa para mí fue*

muy duro. Allí convivió con familias de trabajadores, especialmente portuarios y de la construcción:

Fátima Cabrera (FC): Se trabajaba mucho, porque en esa época trabajo había, *pero el trabajo era muy, muy duro*. Así fui descubriendo muchas cosas, por ejemplo el trabajo de mis tíos, que era muy duro, eran hombres jóvenes, pero venían... y a veces iban y no había trabajo y tenían que volver. *Era muy duro porque a veces había accidentes de trabajo y uno los veía sufrir mucho.* [...] *y ahí fue donde empecé a ver gente que venía todos los domingos, algún día de la semana y alguien que estaba siempre era Carlos Mugica.* Ellos además eran muy religiosos, de parte de mi madre tanto mi abuela como del abuelo. Tenían una fe muy, muy grande [...] después de ir a misa, venían todos a la casa y la abuela ya tenía listas las empanadas, se compartía la comida. [...] El fin de semana era muy festivo, ahí conocí a Carlos, a Lucía Cullen, que ahora está desaparecida [...] Había un trabajo muy grande en la Villa de Retiro, desde lo social, lo reivindicativo y lo político y ahí yo me empecé a acercar.

Su relato se extiende en una densa descripción de la vida en la Villa de Retiro donde intercala imágenes de la pobreza con un desarrollo narrativo acerca de la organización social y política que adquiere en esos años la villa. La dureza del trabajo, la falta de agua, de luz y los frecuentes incendios son los trazos con los que describe la situación de los trabajadores que habitan ese espacio (los términos trabajadores y trabajo aparecen una y otra vez, tanto como la palabra duro). La pobreza, no la de otros sino la propia, provoca en cada evocación una gran tristeza que se manifiesta en la voz entrecortada y las lágrimas que acompañan lo

que va contando. No es un hecho excepcional, desencadenante (como la inundación que provocó la crisis y posterior opción de Norma Osnajansky) sino algo integrado a lo cotidiano, la propia materia de la cual esa vida está hecha.

Por otro lado, el cura obrero, las comisiones vecinales, los jóvenes que *venían a ayudar*, los médicos que organizaron el dispensario se integran en el fluir de una vida que pone lado a lado *ir a misa* con las comidas compartidas del fin de semana. La incorporación a la Juventud Peronista y a la Agrupación Evita se produce de manera gradual y en continuidad con la vida anterior. No representa un corte, no necesita la revelación por el contrario: *yo fui viviendo mi niñez y adolescencia en ese entorno y me involucré en todo eso, la catequesis, la ayuda escolar, el tiempo libre lo ocupábamos en lo comunitario.*

Las razones "internas" para Fátima Cabrera y "externas" para Norma Osnajansky, conducen a un mismo camino, la militancia. Ambos relatos se basan en un discurso común, compartido por la comunidad, que califica de manera negativa a la pobreza, discurso que justifica la tristeza de una y la angustia de la otra; invocan pruebas observables (la inundación, la falta de agua, los incendios); se apoyan en figuras de autoridad que legitiman su opción, ya sea a través de un personaje o de un colectivo en el cual se incluyen inevitablemente (Mugica, el cura obrero; el río salvaje de la militancia como metáfora de una época en la cual la política aparecía como una opción ineludible). Y partiendo de esa presentación general de los hechos dan lugar a la primera persona que hace explícitas las razones. En suma, argumentan del mismo modo y utilizan recursos de sensibilización similares.

En la distancia que va desde los enunciados generales a la experiencia de cada una se encuentra una visión de la miseria que lo tiñe todo y que diseña identidades ancladas en la realidad

social y política, identidades que tienen que dar cuenta de esa realidad presentificándola, haciendo de ella materia prima para la constitución del sí mismo (Ricoeur, 1999).

La subjetividad militante está formada también por esos materiales y se hace presente en los testimonios remitiendo a discursos de otros, a citas heterogéneas y poco estables. Esto implica aceptar que la polifonía es intrínseca a la condición intersubjetiva de la subjetividad (Bajtín, 1999; Authier-Revuz, 1984) y también que la presencia desestabilizante del discurso ajeno en cualquier enunciado propio, no lo hace menos propio, menos revelador de la posición personal. Es así que el recorrido narrativo que va desde las razones y convicciones para la militancia revolucionaria hasta la toma de las armas, la participación en operativos, la clandestinidad y la naturalización de la violencia está repleto de explicaciones y de discursos ajenos que constituyen un universo de citas compartidas por esa generación. Porque, como ha señalado Alain Badiou (2005) para el siglo XX, la subjetividad militante de los años sesenta y setenta se apoya en la certeza de que “se terminaron los fracasos” (í.d.: 83). Las revoluciones por venir tomaron como modelo, en aquellos años, la experiencia cubana y las luchas por la liberación nacional en Argelia y Vietnam que se constituyeron en pruebas materiales de que la victoria era posible. Cuándo y cómo llegaría ese porvenir fue materia de disputas y desavenencias, pero lo que no estaba en duda era que vendría y que lo haría por la acción humana. Antes que una confianza deslucida en la marcha de la historia, lo propio del siglo XX fue confrontarse con ella, dominarla políticamente, desconfiar y forzar la marcha de la historia en una suerte de impaciencia por iniciar el tránsito y por imprimirle un ritmo acelerado. Como dice A. Badiou: “el proyecto del *hombre nuevo* impone la idea de que vamos a obligar a la historia, a forzarla. El siglo XX es un siglo voluntarista” (í.d.: 31). De esa voluntad

férrea se han nutrido militantes e intelectuales-militantes del mundo entero que creyeron que el acontecimiento revolucionario pertenecía definitivamente a su tiempo y actuaron en consecuencia. De esa certeza y esa voluntad se alimentó también la actividad de estas militantes. Los relatos que refieren al ingreso a las organizaciones dan cuenta de cómo actualizaron a su tiempo y territorio las señales del tiempo que vendría y los elementos de donde tomaban el impulso para una militancia que se imponía sobre todos los aspectos de la vida.

Obediencia

Como ya he señalado, tanto en Montonero como el PRT-ERP se desarrollaron procesos paralelos de clandestinización y militarización. En ese marco se forjaron estructuras no siempre del todo explícitas que centralizaron las decisiones estratégicas subordinándolas a las razones militares, llegando al punto de transformar en militares prácticas que no lo son. Ejemplo de esto es la "propaganda armada" que llevaban adelante recurrentemente tanto Montoneros como el PRT-ERP.

Alicia Sanguinetti¹⁰ cuenta que se instaló un tiempo en Santa Fe con quien era entonces su pareja y allí realizó un trabajo "de masas", que define como muy bueno. Sin embargo, cuando su compañero fue trasladado a Buenos Aires por un problema de seguridad, ella recibió la orden de volver con él:

Alicia Sanguinetti (AS): yo no me quería volver, pero *las órdenes uno las cumplía a raja tabla*; venía un compañero de división y te decía, vos ya entraste, vas a tal frente, tal cosa y no había discusión. Entonces volvemos a Buenos Aires, con mi compañero, y yo paso a hacer trabajo de

aparato, estoy encargada, en el equipo de personal, del Partido y del Ejército, primero del Ejército, después paso, posteriormente paso al equipo de personal del Partido, *además en esa época ya estaba embarazada, entonces ya no vuelvo a tener trabajo de masa.*

E: Estos cambios de función se decidían...

AS: Arriba.

E: ¿Vos no tomabas parte de esto...?

AS: [Niega enfáticamente con la cabeza] No... o sea, *era una democracia muy particular* [Con una risa suave]. O sea arriba se decidía qué compañera era para tal actividad o para tal actividad y uno la acataba sin ningún tipo de discusión.... ¿Por dónde seguimos? [Sonríe]

La subjetividad militante que anima el comentario que, entre sonriente y elusiva, deja caer Alicia Sanguinetti, contiene el tópico de la obediencia en primer lugar. La puesta en práctica de esa obediencia fue parte indiscutible de la cohesión de las organizaciones revolucionarias. Más allá, entonces, de los anhelos que llevaron a la militancia, más allá de las expectativas de futuro, de los deseos y de los climas de época, está el tipo de organización y el tipo de poder que estaban construyendo. Una organización en la cual el trabajo "de masas" queda subordinado a decisiones de "aparato", esto es, la construcción del ejército y el aparato revolucionarios son las tareas fundamentales. Como señala Roberto Pittaluga (2001: 5), al analizar las concepciones de la revolución en el PRT-ERP, "la militarización del PRT no es, de esta forma, una desviación, sino el núcleo de las formulaciones conceptuales y de las imaginaciones de la revolución como guerra". Es así que, continúa Pittaluga, el encadenamiento de acciones que realizó esa organización la constituyó "más que una fuerza política con acciones militares, una fuerza militarista despolitizada" y "la revolución como guerra

reproducía para el 'poder revolucionario', sostenido básicamente en un ejército revolucionario, una forma especular del 'poder burgués'" (id.: 6). Este argumento que se apoya en el modo en que esa organización justifica en sus documentos las acciones militares que lleva adelante, muestra cómo una concepción de la revolución como guerra llevaron a la dirección del PRT a proponer una perspectiva en la cual la acción militar fue apenas acompañada por formas de intervención política y, se podría agregar siguiendo la explicación de Sanguinetti, ¿qué es más propiamente militar que acatar las órdenes de un superior?

El testimonio de Susana Ure¹¹ da cuenta de la naturalidad con que se producían estos movimientos y se aceptaba o se esperaba la opinión de las organizaciones en decisiones personales:

Susana Ure (SU): Nos casamos y yo entiendo que debía ser ya era una política de la orga, nos dijeron "muy bien cásense". Nos casamos, a principios del 74, y yo me voy a vivir a Mar del Plata, y ahí empieza un nuevo capítulo en mi vida. Dejo mi casa, dejo mi familia y entro en esa gran familia que son los compañeros. Apenas llego ya me conectan con el que va ser mi responsable para que yo vaya a militar a un barrio y ahí empiezo una militancia orgánica todos los días como parte de un ámbito. Si bien no estoy encuadrada, la vida que hacemos los militantes de base era muy parecida. Además yo fui a vivir a una casa operativa, es decir a una casa de la orga. En esa casa estábamos el Flaco y yo estables y otros compañeros que van pasando por ahí.

El nuevo capítulo de la vida de Susana Ure contuvo una localización, la vida en pareja en una casa operativa y un nuevo ámbito de militancia. Como si se tratara de un segundo nacimiento, por

el modo en que se produce un corte con todos los espacios de los que participaba con anterioridad, esta vida para la militancia determinó una entrega total que involucra los movimientos, el trabajo y el ocio.

Por otro lado, tanto el testimonio de S. Ure como el relato de A. Sanguinetti intercalan el tópico de la obediencia, expresado en la mudanza de ciudad a instancias de la organización, con el modo en que se organizaban las relaciones de pareja e inmediatamente con el embarazo. En la intersección de estos elementos se vislumbra un aspecto central de la experiencia militante. Esa es la cuestión que abordaré a continuación.

Dando a luz al hombre nuevo

La participación política implicó para las mujeres salir de los lugares tradicionalmente asignados a la feminidad, como las tareas domésticas y la maternidad, entendidos como una opción excluyente, para adquirir nuevas destrezas (militares y políticas). Sin embargo, la ampliación de lugares y posiciones no siempre significó que los mandatos imperantes en la sociedad hayan sido dejados totalmente de lado, como se ha visto en los capítulos anteriores. A través de su militancia en ocasiones las mujeres han hecho esfuerzos por eludir las prácticas tradicionales de género, tratando de subvertirlas y modificarlas en contextos que a la vez que promovían ese desplazamiento, propiciaban mecanismos reproductores de la desigualdad sexista. Como se han ocupado de señalar desde distintos espacios pensadoras feministas, el género es una relación (social) y a la vez la representación de esa relación, y como tal tiene efectos profundos y extendidos en los discursos institucionales, en las narraciones y construcciones que en lo sociocultural constitu-

yen “tecnologías de género”.¹² Al interior de las organizaciones político-militares también operaron tecnologías que, mediante mecanismos propios de los discursos institucionales con poder para controlar el campo de significación social, produjeron representaciones de género que en muchas ocasiones no estaban alejadas de las versiones más tradicionales presentes en la sociedad argentina de esos años. Sin embargo, los relatos de las militantes dan cuenta de que al atravesar por diversas posiciones (armadas, militarizadas, proletarizadas) se generan fisuras y resistencias a esas tecnologías.

La familia y la pareja militante

Alicia Sanguinetti cuenta que ser militante de una organización político-militar la ayudó a incorporar una disciplina estricta y a naturalizar actividades como la militancia tabicada,¹³ la organización en forma de células, las reuniones semanales y la obligación de leer ciertos libros. Estas experiencias se integraron a su vida cotidiana y eran parte de su rutina, como también lo fue hacerlo con cierto secreto y mantener a su familia de origen relativamente al margen de la militancia –que ella no ocultaba pero tampoco mostraba abiertamente– al punto que sus padres no supieron del nivel de compromiso y de la intensidad de su actividad política hasta el momento en que fue detenida en 1970.

AS: Teníamos la idea de que la única salida posible era *abrazar la lucha armada*, estaban la revolución cubana, la revolución vietnamita. [...] Creo que el Cordobazo fue la llamarada que nos decía que estaba todo dado para que pudiéramos encauzar la lucha armada hacia delante. El ERP empieza en los 70 y las acciones de los montos

también. Mientras pude, yo traté de que mi familia sepa poco, pero como digo, *era una llamada* y cuando caí presa...

Si bien el relato de Sanguinetti se multiplica y repite en numerosos testimonios otras militantes cuentan historias diferentes. Muchas y muchos jóvenes compartieron la militancia o algunos aspectos de ella con la madre o el padre o con hermanos, otros muchos no la mantuvieron oculta aunque ello haya significado enfrentamientos familiares. Distinta es la situación de quienes eran mayores, y tenían parejas e hijos, en cuyo caso la militancia se integró a la vida con otros ritmos y de modo menos radical o en todo caso provoca rupturas y desavenencias.

Pero independientemente de cuál sea la posición en relación a la familia de origen, la pareja y los hijos *debieron* integrarse a la actividad política para constituir el núcleo esencial de la familia del futuro. Las opciones militantes no contradecían la formación de parejas estables, monógamas y heterosexuales; tampoco la maternidad o paternidad. Por otro lado, la gran cantidad de tiempo que dedicaban a las actividades políticas en los distintos frentes, a las reuniones y al trabajo remunerado¹⁴ —esto sobre todo en los y las militantes de base— hacía que las relaciones por fuera de la militancia sean dejadas de lado. En efecto, los relatos dan cuenta de que muchos militantes abandonaron otros espacios de sociabilidad y afectividad debido a la falta de tiempo, a problemas de seguridad o la imposibilidad de compartir con otros aspectos de la actividad política. Y refieren también al modo pasional en que la militancia se asumía. En el fragmento citado de Alicia Sanguinetti se puede percibir la intensidad amorosa con la cual se volcó a la actividad política: *abrazar la lucha armada, una llamada*. Expresiones que tienen intensidades afectivas o místicas y que son coherentes con la dedicación exclusiva a la militancia

que derivaba en ocasiones en una vida conventual dentro de la "comunidad familiar-política" de la que formaban parte.

La vida anterior se disociaba, quedaba en el pasado. Y, como señala muy agudamente Alicia Sanguinetti, esto incidió también en los modos en que se conformaron las parejas:

AS: Evidentemente la pareja era un compañero militante. O sea, no había posibilidad de otro tipo de pareja. Porque si empezabas a hacer una pareja con una persona que no era militante, o él se integraba a la organización o vos tenías que irte, porque no había posibilidad. No había términos medios.

E: ¿Conociste casos así?

AS: Mirá, yo los casos que conocí, se integraban a la organización. No de compañeras que... o de compañeros que hayan dejado de militar, porque tu vida de relaciones era, era prácticamente el partido, no tenías mucha posibilidad de hacer otro tipo de vida afuera. Mi pareja era con un compañero que era militante. En ese momento nosotros estábamos con la filosofía de crear la pareja militante, la familia militante, lo que significaba juntarse o casarse, tener chicos y criar a los hijos dentro de la militancia. En ese momento, por ahí no tomando mucha noción de lo que venía en tema de la posible represión, la posible pérdida de los padres, ese tipo de cosas.

E: Criar a un hijo en la militancia supone que uno está pensando en la militancia en un largo plazo...

AS: Sí.

E: Quince años, veinte años...

AS: Y sí, lo que te lleve la vida o lo que el enemigo te permita mantenerte con vida. Porque ya estaba en ese momento el criterio de formar el hombre nuevo y dentro

del hombre nuevo nuestros hijos iban a ser los hombres nuevos del mañana. Pero, bueno, también dentro de eso nos hemos mandado muchas cagadas. Especialmente en muchos casos, posponer, priorizar la militancia al chico, hacerles vivir, a veces, grandes inseguridades. O sea, la inseguridad existía pero, además, dentro de esa inseguridad hacer cosas más inseguras todavía. Estarlos cambiando de casa en casa y una cantidad de cosas con el criterio de que vamos a hacer la revolución, vamos a tomar el poder y los chicos que lo bancaran... [pausa] Y no es tan así [pausa]. Uno a la distancia ve hoy que ha hecho grandes macanas con el tema de los chicos...

Con frecuencia la ruptura de relaciones previas o externas a la militancia y el consecuente aislamiento se prolongaba en otros distanciamientos, ya que por razones de seguridad, por necesidades del trabajo político o como mecanismo de disciplinamiento, los militantes rotaban de espacios e incluso de localizaciones. Un ejemplo de eso son los casos de proletarización (una práctica que llevaron adelante muchas mujeres según señalan numerosos relatos) que provocaron profundos desajustes subjetivos.

Los fragmentos de los testimonios de Susana Ure y de Alicia Sanguinetti citados anteriormente dan cuenta del modo en que aceptaban esos desplazamientos. Ambos amplían además el modo en que la obediencia a los mandatos partidarios establece una determinada relación entre vida cotidiana y militancia.

E: ¿Cómo era la relación con la vida privada en esas circunstancias?

SU: No, no, *no existe la vida privada*. Tengo pocos recuerdos del Flaco y yo solos, excepto a la hora de irnos a

la cama y de despertarnos. Él estaba muy, muy ocupado, él tenía un nivel alto en la organización y *yo dejo de estudiar y me dedico exclusivamente a la militancia y a la vida doméstica. Me dedicaba a cocinar y limpiar la casa, cosa que no hacía nadie a pesar de todos los compañeros que pasaron por ahí.* Y bueno, así, me encontraba con el Flaco a la noche, con otros, porque siempre había gente en la casa. El único recuerdo que tengo solos fue un día que nos fuimos a Miramar y fuimos a andar en bicicleta...

El relato da cuenta también de los modos en que se establecía y aceptaba –con la misma espontaneidad con la que se aceptaba que *era una política de la orga* que los militantes se casen o que *no existe la vida privada* o que las tareas domésticas estaban a cargo de una mujer– una normativa acerca de lo que estaba permitido y lo que no en relación a esa escasa vida privada. Es así que los códigos de conducta que determinan, entre otros comportamientos, cómo deberían estructurarse las parejas –y que encerraban un concepto de fidelidad burgués– se aplicaban (o intentaban aplicarse) como norma a las conductas de los militantes al tiempo que imponían sanciones y reprimendas para las conductas díscolas, superponiendo reglas propias de la moral burguesa con otras que rigen la vida político-militar.

El testimonio de Susana Ure da cuenta de esto al referirse a una evaluación del núcleo donde ella militaba:

SU: ... hay una evaluación de la conducción de Mar del Plata, que era donde estaba el Flaco, y se los despromueve a todos, te digo que el Flaco que era oficial primero pasa a ser miliciano, a él lo dejan en Mar de Plata [...] se interviene esa columna y pasamos a la clandestinidad. Bueno, no me acuerdo bien, pero tuvimos que salir todos

corriendo porque nos enteramos por el diario que pasábamos a la clandestinidad, porque como lo que antes era la dirección estaba toda sancionada, por cómo había sido la evaluación, no había nadie para avisarnos [...]

El que no cumplía con todas las pautas, era un liberal, ser un liberal era muy jodido a la hora de la evaluación si se te marcaba como liberal. Había que ser muy cumplidor... y esa es una cosa muy del ejército ¿no? y el respeto por los grados que también lo teníamos, era muy grande.

Tener conductas liberales, o estar falto de moral como señalan los documentos analizados anteriormente, eran graves infracciones que alteraban el orden de una militancia que involucraba todos los aspectos de la vida. Y entonces las sanciones también, al punto de dejar al conjunto de militantes que integran el grupo díscolo en una situación fragilizada y sometidos a enterarse por los diarios que han pasado a estar en la clandestinidad.¹⁵

E: ¿Y por qué lo sancionan?

SU: Fueron muchos argumentos, de distinto tipo, las críticas que hacían... pero voy a contar el que me acuerdo porque de alguna manera me involucra. Tiene que ver con lo ideológico y su liberalismo. Porque el Flaco había tenido recientemente, una medio como historia con una compañera, el Flaco no me lo hubiera contado nunca a mí porque que horrible, ¿no? pero como estaba recagado porque sabía que venía la evaluación y *sabía que lo tenía que contar, porque había una cosa también de confesión* ¿no? Entonces habló previamente conmigo [...] resulta que él estaba a cargo de una Unidad Básica de Combate y las reuniones se hacían en la casa de una compañera [...] y se ve que se han gustado [...] se ve que cuando ya esta-

ban en una situación medio comprometida, estarían en la cama, pero todavía medio vestidos y resulta que la piba [...] se tiene que ir al baño y en ese momento el Flaco, por lo menos eso es lo que me cuenta a mí, le da una culpa espantosa, [...] y se va. Piensa que le iba a costar mucho, no sólo conmigo, sino con la organización, y se va. Cuando la piba sale y no le ve, de rabia, le cuenta a su responsable, que era una monja sin hábito parece. Y esto le parece una cosa terrible, un terrible pecado y esa compañera ilo cuenta!

Los mecanismos con los cuales se medía el desempeño y la obediencia muestran el modo en que el grado de cumplimiento de las normas correspondientes a la esfera personal y la político-militar se sobredeterminaban en la valoración de los militantes. En su lectura, además, esta cuestión se relaciona directamente con las consecuencias personales de las sanciones. Figuras cercanas a la del comisario moral y la confesión se instalan como maneras de regular las conductas para que se adecuen a las estrictas (e inaplicables) normas que indicaban que la fidelidad en una pareja, como manifestación de una conducta dentro de los límites de la moral establecida, era un problema de todos y que debía exponerse por medio de la "confesión", es decir, de la puesta en común de la transgresión cometida entre los miembros de la organización. Como una especie de comisario moral, la responsable decide, código en mano, que este evento tiene mérito para ser juzgado.

SU: Yo de ese momento es uno de los momentos de mi vida que recuerdo de haber tenido una buena reacción, porque en vez de enojarme le dije no lo cuentes [...]

Yo puedo decir, entonces, cuánto peso tuvo esto, porque hay muchas otras cosas para la despromoción... porque

además lo que se da en ese momento es una limpieza de los cuadros más políticos, la línea más militarista es la que queda... Vos sabés que contándote esto me acuerdo que en un momento, cuando nos estábamos por ir a vivir juntos *el Flaco me dice "que te quede claro, entre la organización y vos siempre voy a elegir a la organización"* y de alguna manera eso hace cuando él confiesa sus pecados a pesar de que yo le había pedido que no hable que esas eran cosas privadas, pero ya estaba buchoneado por la otra monji-ta... qué mal porque eso sí que no tenía que ver con la ideología con el despecho de esa pobre piba que se quedó con ganas (se ríe).

El Flaco recibía una asignación mensual que era equivalente al sueldo de un obrero, y cuando lo despromueven le sacan la asignación y tiene que salir a trabajar. Tiene que entregar el arma, y esto también ¿no? no lo hubiera salvado de morir pero se hubiera llevado a alguno con él.

El testimonio de Susana Ure integra en una misma secuencia argumentativa distintas cuestiones que seguramente, como ella misma desliza, tienen pesos relativos diferentes y son de órdenes no equivalentes. A la vez, según se priorice unas u otras el resultado final del planteo será muy distinto. Sin embargo la serie que establece (críticas a la organización por desviaciones militaristas, conductas sexuales "inadecuadas", sanciones, desprotección a la hora de pasar a la clandestinidad, el hecho de no poder llevar el arma, la falta de dinero, la caída) gana en coherencia en la articulación que ella misma hace de todos estos elementos: *el Flaco me dice 'que te quede claro, entre la organización y vos siempre voy a elegir a la organización'*. Esta frase de su compañero, traída al relato de Ure como una cita directa y confirmada por ella: y *de alguna manera eso hace cuando él confiesa sus pecados* explicita el modo en que la pareja mi-

litante se establece como parte de un pacto que la excede. En una clara alusión a la moral burguesa y cristiana en su fundamento, tanto la norma como el calificativo que repite en varias ocasiones para referirse a la desobediencia (*pecado*) remiten a un universo de pensamiento que es del mismo modo duramente criticado. A la vez, esa unión tiene que sellar un espacio en el cual la prioridad está dada por la militancia que ocupa todos los aspectos de la vida y que termina por volverse en contra de sus propios integrantes.

Ya sea que tuvieran el objetivo de consolidar la moral revolucionaria para construir aquí también el *hombre nuevo* del mañana o para garantizar la seguridad de los militantes, el ciclo de sanciones que relata Susana se vuelve contra ellos mismos.

Las reflexiones de Héctor Schmucler citadas al comienzo de este texto se actualizan en la secuencia que establece S. Ure. La familia y la pareja son parte de la lógica con la cual las organizaciones armadas concibieron la relación entre vida personal y militancia. ¿Qué significa entonces politizar la vida cotidiana? Y en qué medida la izquierda revolucionaria reproduce en este punto las lógicas de la sociedad burguesa.

La subordinación de las distintas experiencias por las que atraviesa un sujeto a una lógica instrumental que se expresa en la política como técnica, implica la aceptación de la existencia de los sujetos de manera fragmentaria. Una desarticulación que es propia del modo en que el capitalismo interpreta el mundo y que "la izquierda que se pretende revolucionaria" ha reproducido. "La revolución aparece como una máquina que utiliza a los hombres para sus fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve" (Schmucler, 1980: 5).

El fragmento del testimonio de Alicia Sanguinetti, citado en el apartado anterior presenta la cuestión de manera todavía más compleja porque la disociación encadena inmediatamente con las consecuencias de tener hijos en ese contexto. En la intersec-

ción de estos elementos, aparece la descripción de un aspecto crucial de la militancia, de las relaciones personales y políticas que se tejen. La experiencia militante presentada en el relato se muestra como un entramado inestable y conflictivo que sólo es comprensible en la medida que se pone en discurso.

Susana Brardinelli¹⁶ militó activamente en Montoneros. Su testimonio es una lúcida reflexión acerca de las disyuntivas en las que se vio colocada. En él evoca, a través de recursos narrativos diversos, las limitaciones de cada una de las acciones que realizó, las consecuencias, incluso aquellas que no pudo o supo pronosticar.

Susana Brardinelli (SB): No hubo control de la natalidad en Montoneros. Cuantos más chicos tuviéramos, mejor... para continuar la lucha. Esa era la mentalidad, te cuento. Hay cosas que las mirás ahora y vos decís qué locura pero en ese momento nosotros teníamos confianza en que íbamos a construir algo y había que garantizar que alguien lo continuara porque esto era una lucha de generaciones porque había otra postura en otras organizaciones que era no tener hijos para dedicarse absolutamente a la guerrilla, a la lucha, a la militancia y no arriesgar los chicos. Nosotros siempre tuvimos una cosa más de familia normal, con matices, con todos los matices que te puedas imaginar, pero el criterio general sería este.

Con un cierto fatalismo muestra cómo se manifestaron en ella algunas de las formas del estereotipo: esposa de un dirigente montonero, se transforma ella misma en militante; madre en épocas de actividades intensas, lava pañales mientras su compañero se compromete cada vez más; sostenedora en todas y cualquiera de las situaciones que se le plantean. Pero, al mismo

tiempo su testimonio presenta de manera implacable evaluaciones de cada uno de los sucesos en los que participó, de cada posición que fue/fueron tomando. Su participación fundamental en el funcionamiento de la guardería en La Habana la hace volver sobre los criterios que llevaron a los militantes a tener hijos.

Los relatos acerca de la decisión que llevó a las militantes a intentar compatibilizar la militancia con la vida en pareja y la maternidad, con sus diferencias según las organizaciones y los momentos, dan cuenta de una tensión indecible que, si bien se resuelve en cada caso de distintas maneras, implicó para muchas una superposición de actuaciones muchas veces incompatibles. Lo llamativo no es que las mujeres tengan hijos, sino que se trata de mujeres muy jóvenes y que además eligieron la militancia como una forma de vida.

En una etapa donde los métodos anticonceptivos alcanzaron una fuerte inserción cultural e influyeron en la liberación de las costumbres sexuales, el hecho de que se trate de mujeres en edad reproductiva no implicaba, necesariamente, al embarazo y la maternidad. Sobre todo tratándose de una población de mujeres activas políticamente y, en una proporción importante, provenientes de sectores con recursos económicos y con un nivel de educación medio o superior. Sin embargo, la maternidad se multiplicaba y en muchos casos, se trataba de una maternidad decidida de manera consciente superpuesta con una militancia también decidida y aceptada en todas sus consecuencias.

Es necesario señalar que tanto para aquellas militantes que devinieron clandestinas, como para quienes optaron explícitamente por formas de acción militarizadas, la maternidad se presentó como una opción muy frecuentemente. Había muchas razones para tener hijos, entre ellas que se transformarían en los hombres nuevos del mañana. En el mismo sentido, no ha-

bría razón para no tenerlos dado que el futuro aparecía como una promesa. La maternidad era un deber militante que no se contradecía con la exigencia de una entrega absoluta a la causa de la revolución. Una revolución que, a su vez, demandaba que los cuerpos de varones y mujeres se dispusieran por igual a la producción de un futuro en el cual ver realizados los ideales revolucionarios.

Graciela Iturraspe¹⁷, también militante de Montoneros, así lo explica:

Graciela Iturraspe (GI): En ese momento mi pareja y yo adscribíamos a la idea que sí, que nosotros éramos parte de nuestro pueblo y que obviamente debíamos tener hijos como cualquiera, si queríamos tenerlos, y que eso no podía ser un obstáculo. Visto a la distancia yo creo que esto fue un grave error porque nosotros no vivíamos como el conjunto de nuestro pueblo. Creo que esto fue parte también de nuestra derrota, de nuestras dificultades. Con el modelo de vida cotidiana que teníamos nosotros no deberíamos haber tenido chicos porque los sometíamos a esta trituradora que era nuestra vida.

Extraer de los cuerpos todo lo que estos puedan dar era la consigna obligada para aquellos varones y mujeres que estuvieron dispuestos a la maternidad y paternidad con la misma intensidad con la cual se preparaban para entregar su vida por la causa revolucionaria. Lo extremo de la exigencia tiene, sin embargo, diferencias según se trate de cuerpos femeninos o masculinos. Ciertamente, en el marco de la lucha revolucionaria, ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria más, que debía ser llevada a cabo sin descuidar todas las otras, pero la maternidad es una práctica social que presenta una

indiscutible marca de género: sólo las mujeres pueden parir, por lo tanto para ellas esa parte específica de la procreación, la de gestar y parir, es indelegable.

La represión creciente y la militancia clandestina se instalaron con fuerza hacia 1975, no sólo para quienes militaban en las organizaciones armadas, sino para muchos activistas sindicales, militantes estudiantiles y sociales que eran perseguidos por las fuerzas de seguridad o estaban amenazados por las bandas paramilitares. No había en esos momentos lugares seguros, ni las casas, ni la calle. Mujeres embarazadas, madres recientes o con niños pequeños participaron activamente no sólo de tareas militantes que eran peligrosas considerando la situación represiva de la época, como podría ser realizar pintadas o asistir a reuniones clandestinas, sino también de acciones armadas. Es así, que la ausencia y el riesgo de vida eran considerados como un sacrificio en aras también de esos hijos.

La visión que indicaba que los hijos de los militantes debían compartir todos los aspectos de la militancia de sus padres, junto con la idea de que es necesario sostener una actitud revolucionaria también frente a los niños integrándolos al concepto de pareja y de unidad familiar revolucionaria se multiplica, tal como dan cuenta los documentos partidarios de la época.

La naturalización de la violencia vivida y ejercida y una noción de sacrificio fuertemente instalada se conjugaron para indicar modos de subjetivación donde el compromiso con la revolución excede cualquier idea de cuidado de sí. El borramiento de sí en el colectivo y la supervivencia en el colectivo en el caso de que sobrevenga la muerte, aparecen como un mandato, el único posible si se quiere ser fiel al ideario revolucionario.¹⁸

Partos

Citaré a continuación a dos militantes que tuvieron hijos en aquellos años y que en sus relatos dan cuenta de que la opción por la militancia clandestina y riesgosa no contradecía, en ese contexto de ideas, la maternidad.

La primera cita corresponde al relato del nacimiento de la hija de Graciela Iturraspe y Jorge Taiana (que estaba entonces detenido) ocurrido en febrero de 1976. La segunda es un fragmento del relato del parto del hijo de Alicia Ruskowski¹⁹ y Enrique Pecoraro (clandestino en ese momento y muy perseguido) que nació en marzo de 1976. En ambos casos, los embarazos se producen en el año 1975, en contextos de militancias clandestinas y de persecución por parte tanto del aparato represivo estatal como de la Triple A.

Graciela Iturraspe había pasado una parte de su embarazo detenida en la cárcel de Villa Devoto y una vez en libertad continuó militando clandestinamente, como lo había hecho desde mediados del año 1974. Pero en los momentos previos al nacimiento, no sólo su militancia era clandestina sino todos los aspectos de su vida. Al contrario del momento en que había nacido su hijo mayor a comienzos de 1974, la atención médica se tenía que producir con una serie de cuidados que no delataran su localización. En el testimonio describe apelando a detalles muy vívidos el momento en que comenzó el trabajo de parto, coincidente con la recepción de una nota de la Triple A que indicaba que habían localizado la casa donde estaba viviendo. En ese marco destaca la ayuda invalorable de su padre y de un amigo que la traslada hasta Dolores, su pueblo natal, para que el niño nazca allí.

GI: Decidimos que yo me fuera a tener el bebé a mi pueblo natal que es Dolores, donde tenía un tío que era obs-

tetra. Pero, bueno, el tema era cómo llegar allá porque, o me habían detectado por el teléfono ese que yo había usado o, por más que mi viejo estuviera haciendo contra seguimiento, lo habían seguido a mi viejo, entonces lo que había que cortar era el vínculo con mi viejo que podía ser el que estuviera detectado. Bueno, yo no me acuerdo por qué, en esa situación horrorosa, mi viejo termina pidiéndole a un amigo de él, sin decirle para qué, que se encontrara con él a las doce de la noche en uno de estos garajes que hay en Buenos Aires de muchos pisos de autos. Bueno llega este señor, que no sabía nada, por supuesto. Mi papá le dice "Graciela tiene un problema, necesito que la llesves a Dolores" y se portó como un duque [...] Y yo ahí tirada atrás con Nico [el hijo de dos años], partimos. [...] Bueno, llegó a las cuatro y media de la mañana a Dolores, a la casa de una prima mía, que por supuesto no sabía que yo iba tampoco, le toqué el timbre a esa hora. Ustedes imagínense, además, la cara de terror de cada persona que me veía porque era como si yo viniera con el séptimo de infantería detrás, ya estábamos en febrero del 76.

[...] La cuestión es que cómo a las siete de la tarde viene mi tío, el obstetra, que también estaba aterrado porque en realidad era para una cesárea la situación. El chico estaba de nalgá, estaba con las piernas no en posición fetal, sino extendidas en una especie de v corta, pero nadie me quería hacer una cesárea para que no me quedara más de lo necesario.

Y bueno, *fue un infierno ese parto, fue un infierno*. Además de ser un infierno el parto en sí, porque realmente era muy complicado para tenerlo así [...] Y yo me acuerdo la sensación horrible cuando finalmente nació Dolores -que

ya tenía el nombre elegido desde antes— cuando salí de la sala de partos, que no hubiera nadie para saber si había sido nena, si había sido varón, para saber cómo estaba, cómo estábamos. Porque claro, mi prima tenía dos criaturas chiquitas y se había quedado con Nicolás también. Así que la sensación de soledad, del momento que salí... Y me acuerdo que después no había nursery en mi pueblo, así que enseguida me pusieron la nena al lado. Y la chiquita no paraba de llorar, la única manera de calmarla era sentarse uno y ponerla a ella paradita, que era como estaba en la panza. Esa era la única manera que se calmaba. Era un horror. Me acuerdo que a las dos horas tuvo una diarrea con el meconio, me ensució toda, ensució las sábanas... tener que levantarme, lavar las sábanas, era una sensación de mucha soledad y desprotección.

El testimonio de Alicia Ruszkowski también abunda en detalles sobre las condiciones del parto, los momentos finales del embarazo y las vivencias traumáticas de dar a luz en una situación de peligro.

Alicia Ruszkowski (AR): Esteban nació en la Sardá²⁰, año 76. Nació... A pesar de todo, yo tuve unos buenos partos. Era muy chico... pero fijate vos como eran los mecanismos míos, yo tenía tanto temor de que nos pasara algo, que Esteban fue muy chiquito cuando nació y yo no usé ropa de embarazada hasta los siete meses. Yo creo que esto, si uno lo rememora, yo andaba vestida con la ropa normal, porque era tan chiquita la panza. Es más, se hacían las primeras ecografías, que eran los aparatos estáticos de ecografía... y era el séptimo mes y el médico me dice, "me parece que usted tiene un retraso de crecimiento, su bebé".

Yo lo quería esconder, era así, yo lo quería esconder porque la etapa del 75 y 76 que vivíamos en ese departamento de Parque Chas fue tremenda. Porque era de volver Quique y permanente "cayó éste, cayó este compañero, cayó este otro, cayó este otro", era todos los días, todos los días una situación así, entonces yo escondía el embarazo!! [...] Cuando Esteban nace, me acuerdo que la dejamos a Anita (se refiere a su hija de dos años) en la casa de mi cuñada en el barrio de La Boca, Quique (el marido) me lleva a la Sardá y Esteban nace a las doce y media de la noche como escupida, porque tenía dos kilos quinientos. Dos kilos quinientos pesaba, estaba perfecto, pero era chiquito. Dos kilos seiscientos, casi en un pasillo nació, porque no había ni lugar en la Sardá. Pero aparte era el momento de mayor represión, donde las mujeres que estaban detenidas desaparecidas tenían a sus hijos ahí, con lo cual, yo me acuerdo, Quique me deja, y se va, yo me quedo solita mi alma, ahí y se olvida de dejarme una bolsita con pañales. Con lo cual nace Esteban, a la mañana venían las enfermeras que eran como sargentos de gendarmería, pos parto, a las pocas horas, me hacen levantar porque había que limpiar e ir al baño, y yo no tenía pañales. Esteban había nacido y viste que largan el meconio, eso negro, pobrecito... estaba todo sucio.

Aparte, Esteban fue el que incorporó el mandato de silencio del 76. Nunca lloró, nunca lloró el primer año de vida, a lo sumo él hacía un quejido si tenía ganas de comer. Te juro que fue así. Con lo cual yo tenía una angustia espantosa. Estaba sola, sin pañales, sin ropa de cambio, Quique apareció a la mañana... Después las chicas de ahí, porque era una sala común, me prestaron pañales...

Tuve esos partos que eran buenos, porque eran partos naturales, yo soy medio dura como un cascote, no había mucho tema de hacer mucha historia. En realidad mi mamá vino pero yo no la podía llevar a conocer la casa. Fue un ratito al hospital, se volvió a Mar del Plata, vino mi cuñada... Pero vivíamos totalmente clandestinos, totalmente clandestinos.

Los relatos de los partos y las evaluaciones retrospectivas acerca de los riesgos que podrían sufrir los hijos de los militantes, contrasta con la versión estetizada del código normativo del PRT-ERP y con los mandatos de las organizaciones revolucionarias peronistas. Las descripciones que realizan estas dos militantes remiten a experiencias que están en el límite de lo tolerable en dos aspectos de manera simultánea, el parto que coloca al cuerpo en el límite entre la vida y la muerte y la escena social constituida por la persecución. El niño al que la madre no deja crecer para no mostrarse embarazada es cifra y síntesis de los riesgos y los miedos con que vivieron sus embarazos y partos muchas mujeres y también anticipo de las consecuencias de embarazos y nacimientos en centros clandestinos de detención y cárceles. Aunque efectivamente se trata de situaciones muy diferentes, los relatos de estos partos remiten a un universo de imágenes que encontramos en los testimonios de mujeres que "cayeron" estando embarazadas y dieron a luz en centros clandestinos de detención o sufrieron abortos por la tortura.

En este sentido, las figuras emblemáticas y casi estereotipadas de un hijo que no llora y de una hija que no para de llorar expresan de manera dramática las consecuencias del parto clandestino. *Esteban incorporó el mandato del silencio del 76, no llora, no crece y no llama la atención -recuerda su madre. Dolores no para de llorar.*

En ambos relatos, por otra parte, el hecho de dar a luz rodeadas de secuestros y muerte es narrado con una cierta distancia.

Una lejanía que permite explicar los sucesos pero que sin embargo no avanza sobre el propio discurso, dejando un núcleo intacto y resistente. Es probable que lo silenciado en relación a esta cuestión tenga que ver justamente con los sentimientos que se despiertan a partir del entrecruzamiento de las sensaciones corporales y las noticias de lo que estaba sucediendo, la clandestinidad, la desaparición de compañeros de militancia, la persecución. Es decir, una suma de miedos que no se enuncian de manera directa, pero que se muestran en las inflexiones, en los tonos y en la afectación con la que narran.

Por otro lado, ambos testimonios (así como otros) entrelazan enunciados tales como *eran partos buenos* o *yo soy dura* con expresiones como *solita mi alma* para resaltar el estado de intemperie afectiva y emocional. Pero además la expresión *eran partos buenos* aparece inmediatamente modalizada con un *a pesar de todo* que condiciona el resto de la frase, reforzando los sentimientos de miedo e incertidumbre. Ese desamparo que las dos subrayan se vincula con la ausencia del compañero o alguien cercano en el momento del nacimiento del hijo, pero también aparece como consecuencia de la *promesa rota*. En vez de los hijos para la construcción del *hombre nuevo*, lo que se destaca es la soledad y el dolor del parto en estas condiciones.

¿Dónde está el colectivo, la organización en esos momentos? La soledad y el desamparo son las expresiones que mejor definen los sentimientos de estas dos mujeres. Las redes familiares estaban fragmentadas y fragilizadas por la misma situación represiva, pero también y anteriormente por la clandestinidad y por el modo en que eran concebidas al rechazar lo que se consideraba era un orden familiar burgués. Sin embargo, la familia no fue reemplazada por la organización y paradójicamente tuvieron que recurrir al Estado, no a cualquier Estado, sino al Estado represor, para parir.

La imagen de la militante heroica y abnegada que en una mano tiene el fusil y en la otra al hijo estaba tomada de otras revoluciones, la vietnamita, la cubana, y resultaba propicia para promover la continuidad de la revolución, a veces aun a pesar de la propia muerte. No parece sin embargo bastar a la hora de proponer un modelo de conducta que exprese la opción de la maternidad en medio del peligro represivo en todas sus dimensiones. El discurso sobre el cuidado colectivo de los niños, la necesidad de traer hijos al mundo para que sean los *hombres nuevos* del mañana y la maternidad socializada no encuentra lugar en el relato de estos partos que se producen en soledad. Una soledad inducida por las condiciones mismas de la clandestinidad en la cual vivían con el agravante de que en las reglas o normas de convivencia de las organizaciones no estaba previsto el acompañamiento para las mujeres en la situación extrema del parto. Eso supone, de parte del colectivo y de las mujeres militantes también, una naturalización –en este caso por omisión flagrante– de una circunstancia de extremo shock físico y emocional que las mujeres debieron afrontar prácticamente sin apoyo. Porque si bien cada parto representa de algún modo un momento de soledad –en tanto quien va a parir es, en cada caso, “una” mujer, sujeto individual, no colectivo en tanto no hay posibilidad de un nosotros corporal en el exacto momento del parto– la soledad a la que se refieren va más allá. El sujeto colectivo que debería haber estado ahí para anticipar la promesa de la construcción del futuro no estuvo.

Por otra parte, tampoco se preparaban para los partos escenas ficcionales semejantes a aquellas de los operativos político-militares para los cuales se inventaban relaciones de pareja o familiares que permitían que los militantes pasen desapercibidos y circulen en lugares públicos. La elaboración de estas operaciones –independientemente de los resultados, muchas veces francamente fallidos– muestra que la planificación y la eficacia era un valor

ligado a la lucha armada, pero no al sostén afectivo o emocional de la vida cotidiana.

El nombre del padre

En el film *Papá Iván* María Inés Roqué lee la carta que su padre, Juan Julio Roqué, dejó a modo de testamento para ella y su hermano Iván. Una carta que lleva por firma el sintagma que da título al film: "Papá Iván" y en la cual indica, entre muchas otras cuestiones, cómo quiere ser recordado por sus hijos.

En el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* se consigna que Roqué se llama Juan Julio y también que tuvo varios nombres de guerra: "Iván, Lino, Mateo, Martín" (Tarcus, 2007: 582). "Papá Iván", que no se llama en realidad Iván sino Juan Julio, tiene un hijo que se llama Iván y un nombre de guerra que es también Iván.

Iván es entonces el nombre de guerra que se transforma en el nombre de padre (el que elige para firmar la carta) y también en el nombre del hijo. Julio/Iván pone como nombre a su hijo su propio nombre de guerra o tal vez elige como nombre de guerra el nombre de su hijo.

Me interesa comprender esa relación de superposición entre el nombre elegido para el hijo y el nombre de guerra porque la dificultad de caracterizar este hecho discordante con el imaginario militante de la clandestinidad metaforiza otras inquietudes en relación a las prácticas personales y políticas, ¿cuáles serían las razones para elegir justamente ese nombre para el hijo?

La elección del nombre para un hijo o una hija pone en juego distintas cuestiones que van desde deseos y gustos hasta negociaciones de todo tipo. La tradición de la familia moderna, burguesa, que indica que el hijo, especialmente el primogénito, lleve el

nombre del padre; los homenajes a familiares y amigos, muertos o vivos según la pertenencia religiosa o comunitaria de la familia; la adaptación amorosa de la tradición cuando se nombra a la hija con el nombre de la madre o el del padre; las versiones politizadas que indican poner nombres alegóricos a los niños o nombres que homenajean a los personajes de la historia y la política. ¿Qué de todo esto o qué nuevo aspecto se jugaba en esta decisión? ¿De dónde viene ese nombre? ¿Hace serie con la gran cantidad de niñas que se llaman Eva, Libertad o Victoria?, ¿de niños llamados Ernesto o Camilo? Más adelante, cuando esta tradición se continuó en el uso recurrente de los nombres de los compañeros caídos, muchos niños fueron llamados por ejemplo Marcos (por Osatinsky). Si tradicionalmente ponerle a un hijo el nombre del padre constituye una manera de establecer un lazo, de reforzar su incorporación a la familia ya dada por el apellido y de proponer la continuidad del padre en el hijo, ¿qué tipo de lazo se crea cuando se le pone al hijo el nombre de guerra del padre?

En 2006, en una entrevista personal, María Inés Roqué respondió acerca de los tres Ivanes (el padre, el hijo y el guerrero). Explicó que Iván era el nombre que sus abuelos le habían querido poner a su padre. No pudieron, tal vez porque en ese entonces el nombre no figuraba en la lista de nombres permitidos, por eso le pusieron Juan Julio, pero siempre lo llamaron Iván. Ese es el origen del nombre, no fue nombre de guerra sino apodo familiar, cariñoso. Luego, en épocas de registros civiles más liberales, Juan Julio Roqué se dio el gusto de ponerle ese nombre a su hijo.

A partir de esa aclaración el hecho que había dado lugar a tantas preguntas desapareció. Efectivamente, nadie usaría el nombre del hijo como nombre de guerra, nadie le pondría su nombre de guerra al hijo.

Sin embargo, un tiempo después me encontré con el siguiente relato de Sandra T.²¹:

ST: Cuando nace Ana va a estar una semana sin nombre porque en realidad yo creía que era un varón y le iba a poner Federico que era el nombre que quería Carlos. Estoy una semana internada porque no quiero salir y el médico al final me dice "yo ya no sé qué excusa poner para tenerte internada" y me voy con mi bebe, que es una bebe hermosísima, a la que le pongo Ana que era mi nombre de guerra cuando yo vivía con Carlos. Es decir que yo me despido de mi nombre porque yo ya ahí pido un traslado para La Plata, yo ya no iba a usar ese nombre, Ana se había ido con Carlos, así que yo le pongo a ella Ana. Bueno, ahí va a empezar otra etapa de mi vida.

Como en el caso de Roqué, en el testimonio de Sandra el nombre de guerra de una militante reaparece como el nombre elegido para la hija, aunque con alguna diferencia, ya que no se trata como en el anterior de una lectura errónea. Un nombre asociado a la militancia clandestina, un nombre que se usa exclusivamente con los compañeros políticos, en las acciones, en el frente al cual se pertenece y es símbolo cabal de la doble vida de los militantes es utilizado para nombrar a la hija.

Las circunstancias que llevaron a que esta militante elija ese nombre están atravesadas por la muerte, la pérdida y los desplazamientos geográficos. Ella tiene que despedirse del alias y con él de su identidad anterior. También se despide de otras cosas: su pareja asesinada, el lugar donde vivía, el barrio donde militaba. Pero la forma de hacerlo es por demás significativa ya que pone en movimiento una herencia densamente cargada de significaciones. Al darle a la niña ese nombre condensa de manera ejemplar el modo en que se articulan para las militantes lo personal y lo político, la vida privada y la vida pública. Sandra no es una militante que además es madre o una mujer que tiene hijos y co-

mienza a militar. En Sandra, madre/mujer/militante componen un sintagma complejo, fragmentario y dividido que, sin embargo, constituye una identidad que se vuelve coherente por la propia práctica militante. Esa tensión entre una identidad dividida que se unifica mediante las prácticas de la actividad política es recurrente en los relatos de mujeres militantes.

El testimonio de Sandra T. es un ejemplo de cómo lo personal y lo político se superponen. El tiempo transcurrido entre aquellos años y la narración permite que esas tensiones se muestren plenamente porque los sujetos que narran, como plantea Paul Ricoeur (1999), son y no son los mismos. Su disposición al relato muestra la pasión por aquel tiempo, la disposición a cambiar el mundo y junto con su voz trae los discursos de otros, los otros discursos que vienen en su auxilio (Bajtín, 2001).

En ese marco el gesto de ponerle el nombre de guerra a la hija –acto que circunstancialmente puede ser explicado como un homenaje y una despedida al compañero asesinado que era el padre de esa niña– toma un sentido más pleno, porque se religa con la necesidad de construir el *hombre nuevo*. Habla de una potencia multiplicada porque es a la vez la potencia de dar a luz a la niña y en el mismo acto al *hombre nuevo*. Una autoafirmación que se despliega a través de la maternidad no ya como destino sino como una elección que pertenece al orden de lo público en un sentido que incluye al tradicional y a la vez lo desborda. Ese excedente pareciera estar garantizado por la adjudicación a la hija –constituida en ese acto en garantía de futuro– de un nombre de pila que condensa el pasado de guerra.

A través del significante Ana, la madre nombra a la hija y la instala en una cadena de relaciones y en la serie formada por los hijos de la militancia. Es así que la niña, nombrada plenamente hija de la militancia, al recibir como herencia el nombre de guerra de la madre produce un campo de fuerza que hace existente

una forma de maternidad en la cual *madre/mujer/militante* encuentran una articulación fundamental. “La maternidad tiene leyes propias, una materialidad propia, un régimen, un poder y una economía propios”, señala Nora Domínguez (2007: 39), y estas leyes implican un “trabajo de transformación de los cuerpos” de ambos, madres e hijos, que excede “la capacidad fecundante” y tiene lugar en la “capacidad sentimental específica que se despliega difusa, potente y soberana, sobre los cuerpos y las vidas de los hijos en las diferentes etapas” (*id.*: 40).

Los vínculos y también los deseos que se actualizan en cada relación maternal imponen una serie de prácticas y acciones y son a la vez funcionales a la reproducción de una sociedad como tal. En el caso de las sociedades modernas la maternidad, el trabajo doméstico y las funciones de cuidado representan elementos fundamentales en el sostenimiento de la reproducción social (Nicholson, 1990). En ese sentido, se puede señalar que la maternidad militante también moviliza una red de relaciones, instituciones, prácticas sociales y rituales y tiene una economía política propia. Porque aun sin hacerlo de modo totalmente explícito los relatos maternos de las militantes señalan el entrelazamiento de esa práctica con el objetivo mayúsculo, la revolución. La experiencia guerrillera estaba hecha también de ese material y la entrega a la revolución fusionó historia y biografías. Comprometió en el mismo acto el futuro en los dos sentidos y la idea de revolución tan asociada a lo nuevo, a lo por venir, se vio realizada en la ilusión de un doble nacimiento, el del hijo y el de la sociedad futura de la cual los hijos se transformarían en reaseguro.

El reconocimiento de la experiencia

La militancia como opción de vida, la expansión de la violencia, las parejas heterosexuales cuyo lazo se solidifica por la militan-

cia compartida y la decisión de tener hijos son elementos que constituyen una serie para la mayoría de las y los militantes. El elemento que inaugura la serie, la militancia orgánica, le imprime su sello y la echa a andar. En esa cadena, las parejas estables y conformadas en el marco de las organizaciones constituyeron una necesidad vinculada incluso a cuestiones de seguridad y los hijos representaron un ideal de trascendencia, *el hombre nuevo* hecho carne. Ahora bien, si es el compromiso militante el que marca el ritmo de toda la serie, tanto para los varones como para las mujeres, para éstas la situación adquiere tonalidades propias. La militancia impone una lógica propia, expectativas, ritmos, modos, prioridades, sin embargo, algunas situaciones del ámbito doméstico no se dejan subordinar fácilmente, ejemplo de eso es el nacimiento de un niño.

El deseo puesto en el mundo y en el tiempo que vendrá y la pasión que alimentó la militancia involucraron a las mujeres de manera activa y comprometida. En ese marco, muchas sintieron la profunda convicción de que el discurso feminista no era necesario. Fue la subjetividad militante -que modeló a varones y mujeres si no por igual de un modo semejante y que se pretendía neutro- la que vino a dar respuesta a los reclamos femeninos. Las ansias de libertad, igualdad y de participación en la vida pública se canalizaron así en el mismo espacio de las organizaciones. Aunque es necesario señalar que algunas militantes plantearon con énfasis que era necesario considerar otras formas de subordinación y ensayaron maneras de conjugar la militancia en las organizaciones con planteos feministas y una política dirigida específicamente a las mujeres, estas posiciones no han sido las mayoritarias. La versión hegemónica en la izquierda radicalizada consistió en supeditar los reclamos de igualdad a la práctica de la militancia política y junto con esto, el carácter universal y asexuado (es decir masculino) del sujeto de la política.

El movimiento feminista activo internacionalmente pero con poca resonancia doméstica en los años setenta –protagonizados en general por el discurso de la revolución– había pregonado desde los años sesenta que “lo personal es político”, promoviendo así una ampliación del campo de lo político y a la vez criticando la concepción –burguesa– que lo postula como un campo diferenciado de la vida social. En relación a esta cuestión las organizaciones político-militares oscilaron entre dos posiciones: dejar lo personal al margen de la intervención política, naturalizando la división burguesa o intentar politizar el ámbito privado subordinándolo a la política revolucionaria. En ambos casos primó una concepción instrumental o de medios donde lo cotidiano o estaba al servicio de la política o era dejado de lado de modo que no interfiera con ésta.

Judith Butler (1998) plantea que el género es una actuación dramática del cuerpo que no refiere a ninguna esencia preexistente o manifiesta en el cuerpo mismo, sino que es aquello que se asume diariamente, de modo performativo. La noción de *performatividad*, en tanto “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, 2002: 316), esto es, entendida no como acto individual y voluntario de un individuo sino como una serie de prácticas ritualizadas y reiteradas en el tiempo por medio de las cuales el discurso produce los fenómenos que nombra, resulta decisiva en esta argumentación: “las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual” (Butler, 2002: 18). De aquí que Butler sostenga que el género no es una identidad fija y predeterminada sino más bien “una identidad instituida por una *repetición estilizada de actos*” (Butler, 1998: 297), una construcción resultante de la sedimentación de normas ritualizadas

que crea en los sujetos la ilusión de un sexo o un género esencial que les es propio y que los define en su más íntima verdad. Por lo tanto, afirmar que la realidad de género es performativa “significa, muy sencillamente, que es real sólo en la medida en que es actuada” (Butler, 1998: 309).

Las mujeres que participaron en las organizaciones armadas de los años setenta vivieron una experiencia política y vital evidentemente revulsiva y al actuar la militancia actuaron el género transformándolo en algo diferente (Eltit, 1996; Vasallo M., 2009).

Los testimonios señalan una y otra vez una situación paradójica o que puede ser leída de ese modo. La militancia en las organizaciones armadas y la subjetividad militante permitieron a las mujeres actuar en el espacio público de una manera novedosa, salir del espacio privado, asumir distintos papeles y ser partícipes de la construcción del futuro. Por otro lado esta militancia postergó los problemas específicos de las mujeres en pos del objetivo mayor de la revolución y el espacio privado se vio subordinado. Es el trabajo de la memoria, la reinterpretación de la experiencia a través del testimonio, lo que permite la crítica de las propias prácticas y habilita descentramientos como los que fueron señalados aquí. El reconocimiento de los caminos recorridos importa porque habla sobre elecciones y responsabilidades.

Notas

¹ Una vasta bibliografía ha problematizado la cuestión de la temporalidad de los testimonios referidos a la militancia en el caso argentino. Cfr especialmente Jelin (2002), Oberti y Pittaluga (2012) y Bacci y Oberti (2013) entre otros.

² Si bien no es intención de este trabajo, es necesario subrayar la fuerza de los legados familiares que solían marcar generaciones en relación a las opciones políticas ya sea para romper con las tradiciones o para honrarlas. Las tradiciones políticas familiares de quienes integraron las organizaciones armadas no son uniformes y han tenido efectos de distinto orden sobre la militancia. La referencia

al peronismo es un punto crucial ya sea por la adhesión familiar y por el rechazo que generó ese movimiento en la generación de los padres. Pero esto no significa que exista una correlación lineal entre las ideas familiares y la elección de militar en tal o cual organización. Lo que aparece en algunos casos con más énfasis es que a partir de las vivencias del entorno más cercano (familia ampliada, hermanos y amigos) se presenta un repertorio de posibilidades que induce la elección.

³ Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Cristina Aldini*, Buenos Aires. Cristina Aldini (Buenos Aires, 1954) fue militante de grupos cristianos y de la organización Montoneros en la década de 1970. En 1978 fue detenida en la calle por un grupo de tareas y permaneció secuestrada en el centro clandestino de detención ESMA durante un año. Su marido, también militante de Montoneros, está desaparecido. Cristina es docente y mantiene actividad política.

⁴ La noción de *topos* refiere a principios argumentativos compartidos por una comunidad lingüística más o menos extensa y garantes de los encadenamientos discursivos en tanto aseguran el paso del argumento a la conclusión. Se trata de conocimientos compartidos por una comunidad, en un momento dado, que contribuyen a establecer conexiones entre determinados hechos. Los *topoi* tienen, según Oswald Ducrot (1987, 1988), tres características principales: la universalidad, la generalidad y la gradualidad. Cfr. Negroni (1998).

⁵ Memoria Abierta (2001). *Testimonio de María del Socorro Alonso*, Buenos Aires. María del Socorro Alonso (Buenos Aires, 1951) fue militante del PRT-ERP en la década de 1970. Fue detenida junto a su pareja, Guillermo Segalli, en agosto de 1976, estando embarazada. En septiembre del mismo año fue trasladada al penal de Villa Devoto hasta 1978. En 1982 se exilió en Brasil y luego en Canadá regresando al país a fines de la década del 80. Guillermo también militaba en el PRT-ERP y está desaparecido desde febrero de 1978.

⁶ Memoria Abierta (2002). *Testimonio de María Cristina Pinal*, Buenos Aires. María Cristina Pinal (Buenos Aires, 1944) fue militante política. Estuvo presa entre diciembre de 1974 y octubre de 1979. Osvaldo Domingo Balbi, su marido y padre de su hija, también era militante y está desaparecido desde agosto de 1978.

⁷ Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Norma Osnajansky*, Buenos Aires. Norma Osnajansky (Buenos Aires, 1946) fue militante gremial en el sindicato de Luz y Fuerza y de la organización Montoneros. Estuvo exiliada en México entre junio de 1977 y julio de 1983.

⁸ Los relatos de escenas que presentan una revelación o una iluminación forman parte del repertorio de los modos en que los sujetos se acercan a la verdad. Aluden a un espíritu mesiánico y a menudo religioso y tienen una presencia importante en ciertas concepciones revolucionarias. Walter Benjamin refiere de manera contundente a esta cuestión en su *Tesis sobre la filosofía de la historia* (1995) y en otros textos. Cfr. también Oberti y Pittaluga (2012).

⁹ Memoria Abierta (2002). *Testimonio de Fátima Cabrera*, Buenos Aires. Fátima Cabrera (Tucumán, 1954) fue militante cristiana y de la organización Montoneros en la Villa de Retiro, en Buenos Aires, en los años setenta. Su compañero, Alberto Alfaro, fue detenido en 1974 y asesinado en julio de 1977. En octubre de 1976 fue secuestrada y estuvo diez días desaparecida, luego permaneció como presa política hasta enero de 1978. Entre 1984 y 1987 vivió en Venezuela. Participó en la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos - Desaparecidos (FEDEFAM). Fátima es militante de una coalición internacional contra la tortura y de ayuda a los sobrevivientes de la tortura y educadora popular en barrios pobres de Buenos Aires.

¹⁰ Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Alicia Sanguinetti*, Buenos Aires. Alicia Sanguinetti (Buenos Aires, 1945) fue militante del PRT-ERP en los años sesenta y setenta. Fue secuestrada por personal policial en julio de 1970 y estuvo detenida en distintas cárceles del país hasta el 25 de mayo de 1973. Tras su liberación continuó militando hasta 1977, y luego mantuvo un exilio interno en la costa bonaerense, hasta el retorno de la democracia en 1983. Alberto José Munárriz, su compañero y padre de su hijo, militante también del ERP, fue secuestrado en noviembre de 1974 y permanece desaparecido. Alicia es fotógrafa y militante del movimiento de Derechos Humanos.

¹¹ Memoria Abierta (2010). *Testimonio de Susana Ure*, La Plata. Susana Ure (La Plata, 1950) fue integrante de Montoneros. Tuvo una militancia fundamentalmente barrial en las ciudades de La Plata y Mar del Plata hasta el momento en que su pareja, Hugo Kein, fue asesinado por la Triple A en junio de 1975. Susana estaba embarazada y regresó a la casa paterna, donde dos meses más tarde nacería su hija. A partir de ese momento se incorporó a la estructura de la organización y militó en La Plata. Tras la muerte de dos de sus primos sus superiores decidieron su pase a la clandestinidad. Al producirse el golpe de Estado de 1976, militaba en Buenos Aires junto a su segundo compañero, el Gaucho Marín, que está desaparecido desde diciembre de ese año. Susana atravesó un exilio interno en Jujuy hasta que en 1979 se fue del país para radicarse en Barcelona, España, hasta fines de 1983.

¹² Sigo en este punto la formulación de Teresa de Lauretis (1996).

¹³ Se refiere a las medidas de seguridad usadas regularmente por los integrantes de las organizaciones armadas que buscaban dificultar la identificación de domicilios u otros datos de los militantes tanto hacia afuera de la organización como con otros militantes del mismo grupo. Tiene directa relación con la organización en forma de células.

¹⁴ Las organizaciones político-militares sólo sostenían económicamente a algunos militantes, en general se trataba de integrantes de la dirección o cuadros intermedios. Por otro lado, a pesar de que la oferta laboral era por aquellos años

bastante amplia, buscar y conseguir trabajo estando en la clandestinidad era una tarea difícil. Según cuenta Susana Ure, en el testimonio citado más abajo en este mismo capítulo, además, en casos de despromoción la asignación mensual se veía notablemente disminuida o anulada de un día para otro.

¹⁵ Otros testimonios dan cuenta de que muchos militantes de Montoneros, sobre todo aquellos que tenían menos responsabilidades en las estructuras partidarias, terminaron por enterarse de la clandestinidad a través del diario. Son casos en que la desinformación no se relaciona con ningún tipo de castigo. Sin embargo, en este punto interesa el modo en que el testimonio de Susana Ure integra la sanción con sus consecuencias personales en una cuestión tan delicada y que involucra la vida misma como es el pase a la clandestinidad de la organización donde una persona milita, especialmente para aquellos que tenían una militancia con actividades de superficie, es decir, no clandestinas.

¹⁶ Memoria Abierta (2005). *Testimonio de Susana Brardinelli*, Buenos Aires. Susana Brardinelli (Buenos Aires, 1948) militó en la organización Montoneros en la década del setenta. Su esposo, Armando Croatto, dirigente de esa organización fue asesinado por las fuerzas armadas en 1979. Susana vivió en el exilio en España y en Cuba entre 1979 y finales de 1983. Durante esos años continuó militando en Montoneros y tuvo a su cargo la guardería para hijos de militantes que la organización estableció en La Habana durante los años de la dictadura. Esa guardería albergó a los hijos de los militantes montoneros que estaban desaparecidos o que volvieron a la Argentina en ocasión de las contraofensivas (1979 y 1980). Establecida en una casa cedida por el gobierno cubano, concentró fundamentalmente a hijos de cuadros intermedios y de la dirección. Cfr. también Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Virginia Croatto* (Buenos Aires, 1976), Virginia es hija de Susana Brardinelli y Armando Croatto; también Cristina Zuker (2005). Hay relatos que señalan que una experiencia similar se llevó adelante en la localidad de Cuernavaca en México durante un breve tiempo. Al respecto se puede consultar: Memoria Abierta (2007), *Testimonio de Susana Muñoz*, Mendoza. Susana Muñoz (Mendoza, 1945) fue militante de Montoneros, estuvo detenida legal e ilegalmente y exiliada en México.

¹⁷ Memoria Abierta (2008). *Testimonio de Graciela Iturraspe*, Mar del Plata. Graciela Iturraspe (Dolores, 1951) militó en las Fuerzas Armadas Peronistas, en Descamisados y finalmente en Montoneros Zona Norte. La detuvieron junto a su esposo en 1975 y pasó gran parte de su segundo embarazo detenida en el Penal de Devoto y en Coordinación Federal (su compañero permaneció 8 años preso), una vez liberada continuó militando. Su hijo Nicolás nació en 1974, Dolores (cuyo nacimiento narra en el fragmento seleccionado) en 1976 y Julián en 1988.

¹⁸ El ideal de trascendencia que está presente en esta concepción, y que abarca tanto a los hijos como al colectivo, es burgués. Nace con la burguesía a través

de la instalación de un tiempo de la memoria que está entre la muerte física y lo que se creía era el más allá. Para José Luis Romero este fenómeno, que denomina trascendencia profana, es la principal característica de la mentalidad burguesa emergente a partir del siglo XIV. Cfr. Romero (1989: 411- 416).

¹⁹ Memoria Ablerta (2007). *Testimonio de Alicia Ruszkowski*, Buenos Aires. Alicia Ruszkowski (Buenos Aires, 1947) militó en el Peronismo de Base y en la Juventud Peronista en los años setenta. Además de la militancia barrial, se destacó como militante sindical. Es una de las primeras egresadas de la carrera de sociología en su ciudad, Mar del Plata, y su marido, el sociólogo Enrique (Quique) Pecoraro, asesinado al resistirse a la detención, fue uno de los fundadores de dicha carrera. Su hija Ana nació en 1974, Esteban en 1976 y Laura en 1978. Estuvo detenida en la ESMA.

²⁰ Se refiere al Hospital Materno-Infantil Ramón Sardá de la ciudad de Buenos Aires, la maternidad pública más importante de esa ciudad.

²¹ *Testimonio de Sandra T.* (seudónimo). Sandra T. (Provincia de Buenos Aires, 1950) fue integrante de Montoneros. Tuvo una militancia fundamentalmente barrial en las ciudades de La Plata y Mar del Plata hasta el momento en que su pareja fue asesinado por la Triple A en junio de 1975. Sandra estaba embarazada en ese momento.

Dar cuenta de sí mismas. La casa, las armas y el género

En la medida en que las organizaciones político-militares desplegaron concepciones de la revolución cuyos énfasis estaban puestos en la actividad militar antes que en la praxis política, el resultado fue una creciente militarización y un deslizamiento de las subjetividades políticas hacia la construcción de militantes-combatientes. Como he señalado en los capítulos anteriores, la participación de las mujeres en ese contexto presentó una situación paradójica en dos sentidos. Por un lado, la militancia en las organizaciones armadas les permitió actuar en el espacio público de una manera novedosa, pero a la vez, postergó las cuestiones específicas en pos del objetivo mayor de la revolución. Por otro, si se produjo una politización de la vida cotidiana y las relaciones personales esto no implicó la revalorización de esos espacios sino, por el contrario, la subordinación de lo privado a la política armada. Ya sea en el orden doméstico o en las tareas de la militancia, la división del trabajo que describen los testimonios escenifica tramas de autoridad y subordinación que se asemejan a las de la sociedad que criticaban. Sin embargo, las mujeres habitaron el espacio doméstico y el de la militancia de modos diversos y produjeron cambios en uno y en otro, a la vez que el ejercicio de la violencia representó una presencia en el espacio público que no era habitual para su género.

Para tratar las tensiones que surgen de esas paradojas, y en continuidad con el capítulo anterior, presento aquí otros aspectos

tos y perspectivas de la conjunción entre el universo de la violencia política y el de la vida cotidiana.

Paridades

¿Lo cotidiano compartido?

Como señala de manera contundente Alicia Sanguinetti en el fragmento citado, los y las militantes de las organizaciones revolucionarias se disponían a integrar todos los aspectos de la vida a la causa. Construir la pareja militante, tener hijos para la revolución, formar una familia que se convierta en el núcleo de una sociedad liberada. Ahora bien, si documentos y testimonios coinciden en resaltar ese mandato, la familia declamada para y por la revolución no es una entidad abstracta que pueda simplemente enunciarse. Por lo menos no lo es en la medida en que las parejas pretendan convivir, compartir gastos y decisiones en la organización de la cotidianidad. Es decir, al momento en que surgen las cuestiones de este orden, la enunciación abstracta debe materializarse en discursos concretos que resuelvan los aspectos prácticos de la vida en común. Dónde vivir, cómo organizar las tareas domésticas, cómo se distribuyen las responsabilidades económicas son cuestiones difíciles de soslayar sobre todo en la medida en que sobrevienen embarazos y nacimientos.¹

Entre los testimonios que recoge Marta Diana para *Mujeres Guerrilleras* (1996) hay varios que expresan las dificultades a la hora de convivir y compartir la domesticidad. El “machismo”, dicen las militantes, se filtraba justamente en esas actitudes cotidianas. Lo traían “los compañeros”, pero también algunas mujeres que se acercaban a la militancia acompañando a sus parejas (Oberti y Pittaluga, 2012).

El modelo hegemónico de familia –que se había consolidado en las décadas del 30 y 40 con sus pautas de domesticidad femenina– llegó hasta esta generación de militantes con la energía disminuida, aunque todavía arrastraba la fuerza de la costumbre y la tradición. Este modelo entra en tensión con las propuestas de las mujeres que se arriesgaban a ensayar nuevas posiciones proponiendo por ejemplo que el trabajo doméstico puede (o debe) ser compartido (Cosse, 2010).

La evidencia de que la gestión de lo cotidiano es ineludible se extrema cuando los militantes tienen hijos y se hace imperativo organizar las tareas de cuidado. En este punto los relatos dan cuenta en muchas ocasiones en clave imperativa una cuestión propia de la época: la disyuntiva entre ser “ama de casa” y criar niños como tareas excluyentes o por lo menos principales y las exigencias de realización extra doméstica de las mujeres. Para las militantes la salida del hogar no constituye una apuesta a la libertad económica vía el trabajo remunerado sino que es la militancia el polo que la atrae de manera irrefrenable provocando una conmoción en ese espacio doméstico particular que es la familia militante. Porque para que una mujer pueda trabajar, militar o tener cualquier otra actividad que implique estar afuera de la casa, alguien tiene que cuidar a los niños: el compañero, el jardín maternal, los abuelos, una niñera. En este punto, como ya señalé, las organizaciones de la izquierda revolucionaria no fueron ajenas a las tensiones que atravesaron a la sociedad en su conjunto y eso es justamente lo que interesa destacar. Aunque soslayada muchas veces, la cuestión de género se muestra en toda su magnitud cada vez que se naturaliza quién cuida al niño.

Marta Álvarez² evalúa retrospectivamente su trabajo en la Agrupación Evita de manera muy positiva, pero aclara que, en aquellos años ella –como muchas otras mujeres– consideraba que la militancia en ese frente era una tarea menor, un casti-

go o una despromoción. No duda en señalar, además, que la distancia temporal y los aprendizajes que realizó en su diálogo posterior con el feminismo son los que le permiten esa mirada crítica. *El mundo era de los varones en ese momento, entonces, laburar con la mujer se vivía como un embole* dice con una sonrisa. El recuerdo de las visitas a un conventillo, donde hablaba con mujeres de sectores populares a las cuales pretendía explicar el doble sometimiento que padecían, la hace sonrojar y señalar que hoy ve aquellos intentos de concientización como un *poco ridículos*, ¿qué podía ella explicarles que estas mujeres no supieran ya por su vida cotidiana?, se pregunta. Sin embargo, esa experiencia le sirve para señalar que dentro de Montoneros se producía una situación análoga aunque invisibilizada que ella califica simplemente como una subestimación a la mujer.

E: ¿Cómo era esa subestimación?

Marta Álvarez (MA): Y, mirá, un ejemplo, en una pareja de compañeros, si el compañero... si había una tarea siempre la prioridad era que la hiciera el compañero, si había una reunión, la prioridad era que fuera el compañero, y la mujer, la compañera se quedaba en la casa con los chicos... digamos que el cuidado de los chicos era complicado que fuera compartido, era una discusión, no era que se daba naturalmente que los dos éramos iguales, que la militancia era tan respetada la de la mujer como la del varón. *En una pareja si se superponían dos reuniones y había que cuidar a los chicos, la compañera era la que se quedaba cuidando a los chicos y el varón iba a su militancia.* En ese momento no era que nosotros lo tomáramos naturalmente, había discusión, había pelea, pero en definitiva iba el compañero, se priorizaba siempre el trabajo del compañero, salvo en honrosas excep-

ciones en que la compañera tuviera mucho más nivel que el compañero entonces era una cuestión de jinetas pero no de compartir las cosas. Entonces la organización en eso tenía bastante de machista. Y a veces se discutía y otras veces, digamos se daba una lucha fuerte entre las parejas, "¿por qué si los dos tenemos el mismo nivel, priorizamos tu reunión y no la mía y yo me tengo que quedar con los chicos?". Pero era trabajoso, había una concepción... en las tareas... en las operaciones... *si había tres compañeros y una compañera para participar de una operación seguramente iban a participar los compañeros y a la compañera le iban a dar las tareas subalternas, o lo que uno consideraba subalterno... el control, campana, digamos todas las cosas que... el compañero tenía mucha más responsabilidad. Era una organización complicada en eso, digamos para las mujeres. Yo lo viví como que había que hacerse lugar a codazos. En lugar de aceptar la diferencia femenina, las compañeras nos masculinizábamos. Al tener una actitud masculina, éramos más parejas. No había respeto a la diferencia y obviamente no somos iguales. En todo nos masculinizamos, en la forma de vestir, en la forma de hablar, hasta en los puchos que fumábamos! (se ríe) ¡había que fumar Particulares 30 [cigarrillos de tabaco negro]!! ¡Eran horribles!! Pero todas fumábamos Particulares 30 para no hacer diferencias. ¡Hasta en esos mínimos detalles!*

Este fragmento muestra un modo errático de interpelación a las mujeres. En efecto, el llamado a militar en igualdad de condiciones con los varones, los mandatos en torno a la procreación y la resistencia a efectivizar la paridad (que se podría haber realizado, por ejemplo, quitándoles a las mujeres la carga de las tareas

domésticas y de cuidado) provocaron numerosas situaciones sin salida para las mujeres.

Si ambos integrantes de una pareja militan por igual y tienen las mismas responsabilidades son las mujeres sin embargo quienes deben además hacerse cargo del mundo doméstico en un aparente destino que las condena, también en este espacio que prometía otra cosa. Por otro lado, el testimonio de Marta Álvarez relaciona directamente la carga de la crianza y la imposibilidad de cumplir con algunas actividades que de ella se desprenden, con algo que se extiende más allá: una subestimación de las mujeres en relación a sus posibilidades de asumir responsabilidades cruciales. La figura incómoda y autopercebida como injusta o desigual de la madre-militante que se queda cuidando a los hijos mientras el compañero (de militancia y de pareja) milita activamente, se multiplica en otras mujeres, no necesariamente madres, a las cuales se les sustrae una parte de su agencia: *si había tres compañeros y una compañera para participar de una operación seguramente iban a participar los compañeros y a la compañera le iban a dar las tareas subalternas [...] el control [o la] campana*. Cualquier mujer podía ser objeto de esa subestimación que —aunque en ocasiones se haya confundido con cuidado— en cuanto a sus efectos, ha funcionado como una regulación de los roles de género, o como un intento de regulación que las militantes desafiaban, haciendo lo imposible por parecerse al ideal de militante (varón), en una suerte de *masculinización* que reproduce la escisión entre el ámbito doméstico y el de la creación.

El pensamiento feminista ha problematizado extensamente esa distinción, heredera de aquella otra que establece un corte entre lo público y lo privado, mientras segrega a las mujeres al cerrado mundo doméstico e invisible. La mayoría de las representaciones culturales se basan en un reparto de atributos que circunscriben lo femenino a un rango inferiorizado a la vez que

“trazan un corte entre las mujeres y la política” (Richard, 2000: 26), expresando y reproduciendo las ideologías sexuales hegemónicas con sus jerarquías de género implícitas.³

Al tener una actitud masculina eran *más parejas* porque *no había respeto a la diferencia y obviamente no somos iguales*, dice Álvarez recordando aquellos días. El testimonio insiste en señalar que habría otras posibilidades si se aceptara la diferencia femenina, aunque sin dejar en claro qué sucedería en ese caso. Esta reivindicación trae el eco de planteos del pensamiento feminista que celebran la diferencia y a los cuales ella se aproximaría con posterioridad.

Sin embargo, si al asumir *actitudes* consideradas tradicionalmente masculinas las militantes contribuyen a la consolidación de ese modelo, a la vez sus prácticas subrayaron el carácter disruptivo que tiene la presencia de mujeres en el espacio público.

Las tareas de las que estaba hecha la militancia

Una preocupación que señalan de manera habitual las militantes es que al ser reenviadas al espacio doméstico, o a la hora de un reparto de tareas inequitativo, se descuidaba la militancia. Había una serie de cuestiones con las cuales no podían cumplir porque los varones no asumían su parte del trabajo doméstico y de este modo, repiten, su actividad política se resentía.

Una militancia que estaba hecha de reuniones organizativas, de propaganda, de seguridad, políticas. Trabajo en el frente de masas, volanteadas, pintadas, propaganda armada, actos, movilizaciones: formas diversas de habitar el espacio de la militancia que se sucedían la mayoría de las veces sin descanso en jornadas extensas, los siete días de la semana y siempre de manera perentoria, de modo tal que no cumplir, no estar, no hacer lo que había

que hacer, implicaba la traición de los ideales revolucionarios. En el caso de quienes provenían de sectores medios, estudiantiles o intelectuales, cada "incumplimiento" era evaluado como una "desviación pequeñoburguesa" (por sí mismos tanto como por las organizaciones). Aunque para quienes llegaban a las organizaciones desde la militancia barrial o sindical la realidad no era muy diferente, porque integrarse a una organización implicaba superponer actividades de orden diverso de manera implacable: el trabajo en la fábrica, la militancia en el sindicato, las responsabilidades ante la organización.

Roberto Pittaluga (2009) en su análisis acerca de las "concepciones del tiempo" del PRT-ERP señala una marcada tendencia a la aceleración. El apuro, la necesidad de adelantarse, de saltar etapas preparatorias y de ese modo avanzar más rápido hacia el objetivo de la revolución son imperativos que exponen rasgos característicos del modo en que era pensada y actuada la militancia. Testimonios, documentos y prensa partidaria muestran que el tiempo era un bien escaso y preciado y que cada minuto debía ser utilizado en pos de los objetivos. En ese sentido la acción de los revolucionarios consistía en muchos casos en precipitar los acontecimientos en pos de lo que consideraban era el curso de la historia (*id.*: 2).

Esta aceleración, que transmitían los documentos partidarios del PRT, se expresó de manera contundente en las actividades políticas cotidianas y su análisis expone un rasgo medular del modo en que la *performance* militante se actuaba, tanto en esta organización como en Montoneros.

Ante la pregunta sobre cómo era la vida del militante a comienzos de la década de 1970, muchas y muchos militantes no dudan en serializar las actividades que se sucedían vertiginosamente. Alicia Sanguinetti lo sintetiza de la siguiente manera:

AS: [...] yo era legal en esa época, cumplía mis horarios de trabajo de 8 horas y posteriormente tenía las reuniones de célula que prácticamente eran todos los días, porque se planificaban acciones, eran las reuniones de trabajo, eran las reuniones de estudio, eran las reuniones de chequeos, las discusiones políticas internas, los boletines internos, los materiales que se bajaban del partido, discusiones sobre política nacional, sobre política internacional, la obligación de leer cierto tipo de libros [...] ese tipo de actividad en cierta manera impidió que yo pudiera seguir en una universidad porque yo trabajaba hasta las siete de la tarde y después de siete a doce de la noche, una o dos de la mañana estábamos constantemente en actividad reunidos y trabajando. [...] Había que tener una gran disciplina porque aparte de las actividades que uno tenía que realizar en ese momento, que eran actividades de dar a conocer las ideas del partido, había que tratar de captar más militantes y todo ese tipo de cosas, había que estar todo el tiempo a full!

La descripción sintética de Sanguinetti expone de manera conjunta la gran cantidad de actividades y la necesidad perentoria de que se lleven adelante. Obligación -de reunirse, de estudiar ciertos materiales y de una determinada manera- y disciplina -para estar "todo el tiempo a full"- . En definitiva, necesidad de transformar el tiempo propio en un dispositivo útil para preparar y avanzar en los objetivos revolucionarios. Cada minuto usado en la formación de los militantes, en las acciones y en la captación de nuevos integrantes constituyó un instante pleno porque marcaba un paso hacia adelante, guiado siempre por el imperativo de la urgencia.

Las organizaciones armadas intentaron además extender este modo de militar de tiempo completo a la mayor cantidad de per-

sonas posibles, desconociendo en muchos casos la singularidad de cada militante. Por ejemplo Elena González Bazán⁴, quien militó intensamente en su sindicato y en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) incluye en la narración la actividad laboral desde una perspectiva diferente. Elena trabajaba en el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados desde hacía dos años cuando se transformó en delegada por la fuerza misma de las circunstancias. Desde su lugar de militancia estableció lazos fuertes con compañeros de trabajo y activismo con quienes iba coincidiendo en la necesidad de enfrentar a la burocracia sindical y establecer una práctica gremial honesta y comprometida con las necesidades de los trabajadores. Su incorporación a la JTP se produce con posterioridad a su labor como delegada y como una consecuencia de ésta, por lo tanto las prácticas de la militancia orgánica ocupan un lugar secundario o subordinado en relación a las sindicales. Sin embargo, la cantidad de horas dedicadas a la organización son igualmente muchas y se superponen en tiempos y energías a la actividad laboral y militante en su gremio que considera como las principales.

Elena González Bazán (EGB): Yo en general trataba de cumplir mi trabajo y entonces las reuniones [sindicales] se hacían a la noche después de las ocho. La verdad es que era todo el día, porque vos pensá que había distintos turnos de trabajo y había que juntar a todos [...] Además estaban las reuniones de JTP en el local, ahí nos reunimos con otros compañeros, de otros gremios, de otras agrupaciones y también las reuniones partidarias. Nuestro responsable era Emiliano Costa y con él discutíamos mucho, claro, muchas veces no estábamos de acuerdo en las prioridades. La tarea era permanente, desde las discusiones de orden salarial hasta los conflictos que tuvie-

ran los compañeros. La vida sindical era muy trabajosa, absorbía mucho, y nosotros encima cumplíamos todos los roles, estábamos en todas las actividades en ese momento.

Las diferencias en el ejercicio de la militancia según el origen social y también de acuerdo a los lugares específicos donde ésta se llevó adelante, se evidencian en el uso y en la administración del tiempo. No es lo mismo una militante o un militante cuya inserción en la organización se produce desde un encuadramiento partidario –y que tiene una actividad laboral que, ya sea para obtener recursos para vivir, ya sea para “proletarizarse”, es una parte secundaria de su vida– que aquellos militantes que, provenientes de la clase trabajadora o de comunidades pobres o marginadas, ingresan a las organizaciones a partir de la participación en agrupaciones sindicales, barriales u otras organizaciones de base. Sin embargo militantes de orígenes diversos, como es el caso de Sanguinetti y González Bazán, insisten en señalar que no había un instante para descansar ni para detenerse a pensar y que las reuniones y las actividades se sucedían de manera vertiginosa e implacable.

El tiempo que no se puede perder, que no se debe destinar a otra cosa que la militancia indicaría la inminencia de algo que está por suceder. El dirigente del PRT-ERP Luis Ortolani señala que efectivamente la sensación de urgencia era bien propia del PRT y que muy tempranamente cuando discutían la oportunidad de iniciar la lucha armada, una de las posiciones –que luego resultó hegemónica– planteaba que era necesario organizar el ejército revolucionario para estar listos para ponerse a la vanguardia de las luchas de la clase obrera y de ese modo acelerar el tiempo de la revolución.⁵

A la vez, la “velocidad” que imprimió esa organización a sus prácticas se sostiene en una definición del tiempo “lineal y pro-

gresivo" apoyada en una noción de progreso que es "solidaria (es la condición) de un pensamiento de la vanguardia política y de su legitimidad" (Pittaluga, *íd.*: 7). Es por eso que, independientemente del origen social de los militantes y hasta incluso de cuál haya sido su inserción en un frente de masas o movimiento social, la prioridad estaba puesta en la construcción del partido y del ejército, es decir de la vanguardia.

...para ganar en las luchas la confianza de las masas, para conseguir que en todo el país nuestro pueblo siga con vigor e iniciativa a sus organizaciones de combate, para transformar la simpatía e interés que hoy existe en poderosa energía revolucionaria [e]s necesario fortalecer por todos los medios al PRT, porque la única fuerza capaz de realizar esa formidable obra es el Partido del proletariado, el Partido marxista-leninista de combate, el PRT, que se está edificando aceleradamente (Santucho, 1975: 77, citado en Pittaluga, *íd.*: 7).

Por otro lado una situación análoga se produce en el caso de Montoneros. Tal como señala Pilar Calveiro (2005), a la hora de pensar el modo en que la política se fue transformando en violencia en las organizaciones armadas, y especialmente en las de origen peronista, la tensión entre "foquismo" y "populismo" constituyó una expresión de la relación entre el vanguardismo de las organizaciones setentistas y sus prácticas en el movimiento de masas, o las prácticas de las agrupaciones de base que se les asocian.

Para el caso del PRT-ERP –como señala Roberto Pittaluga al analizar la vertiginosa secuencia de acciones militares que emprendió esa organización desde 1970– la militarización no constituye "una desviación, sino el núcleo de las formulacio-

nes conceptuales y de las imaginaciones de la revolución como guerra" (2001: 9).

Tanto las organizaciones armadas peronistas como el PRT-ERP actuaron con la profunda convicción de que las acciones que desarrollaban como vanguardia política producían una politización en los movimientos de masas (Tortti, 1998). Esto generaba una "militarización" de las prácticas de quienes se integraban a las estructuras al transformar las actividades en los grupos de base, en trabajo de apoyo de "las más importantes" actividades militares, forjándose una estructura difusa pero efectiva en la cual las decisiones estratégicas quedaban siempre subordinadas a las razones militares.

La relación de Montoneros con sus agrupaciones de base constituye un ejemplo paradigmático de eso. La organización tenía una estructura, pero también la formaban numerosos núcleos de militancia sindical, territorial y estudiantil cuyos vínculos no eran totalmente orgánicos, aunque no por eso menos firmes al punto de que el conjunto era nombrado como "la Tendencia". A pesar de estas características el lugar de las decisiones fundamentales quedó reservado a la dirección de Montoneros como en el mentado caso del pasaje a la clandestinidad. Pilar Calveiro (2005) explica que en esta relación entre "vanguardia" y movimiento de masas, el populismo –con su verticalismo y su paternalismo– más que contrabalancear el foquismo, alimentó un tipo de vínculo utilitario en el cual "las masas" eran grupo de apoyo, playa de maniobras, fuerza de choque, lugar de reclutamiento o expresaban la "acumulación de fuerzas" del partido o la vanguardia. Desarrollar las fuerzas revolucionarias para construir la vanguardia política de los trabajadores y fortalecer la organización constituyeron las tareas urgentes y necesarias. Llevar adelante esa obra exigió de los militantes de ambas organizaciones un grado de compromiso extremo.

En ese marco muchas mujeres expresan que se encontraron con sus actividades políticas condicionadas ya que la temporalidad cotidiana tiene otro ritmo cuando hay niños pequeños en la casa. Una cadencia más propia de los ciclos vitales que colisionaba con el vértigo de la militancia. Como eran las mujeres en general quienes asumían las responsabilidades del cuidado, mientras el compañero iba a su reunión, hacía propaganda o discutía la realidad nacional o internacional, la situación era vivida con un malestar más o menos extendido que se manifiesta de distintas maneras. Una tensión que también aparece en aquellos y aquellas que por convicción, formación o circunstancias vitales no podían o no querían subordinar todos los aspectos de la vida privada a la actividad política.

Este problema se agudizaba en sectores de la clase obrera cuando aparecían firmes convicciones asumidas por mujeres y varones acerca de los roles y funciones de cada género. María Rufina Gastón⁶ habla críticamente sobre esto último. Ella tuvo una militancia muy activa en la zona norte del gran Buenos Aires, donde realizó trabajo territorial con la Juventud Peronista. Su acercamiento a Montoneros se produce a través de su marido, un dirigente sindical en los Astilleros Astarsa que va lentamente incorporándose a esa estructura.

El suyo es un relato que sale a luz con dificultad y en el que pone un gran empeño por hacerse entender, por mostrar matices y pequeñas diferencias en las prácticas de quienes estaban más o menos comprometidos orgánicamente. Intenta además realizar una crítica que a la vez resalta la entrega, la inteligencia y la claridad política de algunos militantes.

Ante la pregunta sobre el surgimiento de Montoneros y las prácticas armadas de esa organización, responde que *eso depende cómo lo veas, porque no en todos los lugares del territorio... quiero decir, yo mucho tiempo hice trabajo con la JTP*. Se trata de un ejer-

cicio complejo a través del cual explica que estar en Montoneros en un grupo territorial significaba a la vez estar y no estar con la lucha armada. Habla de sí misma, habla de otros, interpela al entrevistador en un relato que no guarda un orden cronológico sino que la trama se establece a partir de numerosos elementos traídos en auxilio de un intento de explicación:

María Rufina Gastón (MRG): *estábamos todos juntos pero algunos no estábamos con la lucha armada, si bien lo de Aramburu... bueno, yo empecé a entender lo que había sido eso a partir de lo que conversaba en los barrios [...] yo creo que a nadie le horrorizó, venía a saldar un montón de cosas, el cadáver de Evita... [...] Yo tuve durante mucho tiempo mi contradicción dentro de la militancia territorial con la incorporación de los compañeros a la organización Montoneros [...] Porque si bien Montoneros se declaraba abiertamente como una organización que estaba dedicada a la lucha armada, yo estaba ahí, pero sentía que a mí me faltaba mucho, era como que tenía que romper muchas cosas. Yo tenía un arraigo dentro de lo que era lo cristiano, del deber del hacer, del no matar. [...] Pero... también pensaba que llegaba el momento que lo tenía que hacer, lo tenía que hacer. El cristianismo también decía que a veces con la cruz no era suficiente, a mí siempre me costó un poco, pero estaba segura que cuando llegara el momento lo iba a hacer. Lo que pasaba es que, como nosotros decíamos, a mayor compromiso, mayor integración. Vos te ibas integrando y, bueno, vas subiendo y hubo un momento en que la orga te planteaba que las parejas tenían que estar parejas para poder llevar adelante una práctica revolucionaria tenían que estar parejo. Ahora, el gordo [su esposo] en la discusión estaba de acuerdo con lo que decía la orga, pero él*

en su casa podía pensar que no era lo correcto. [...] era medio machista...

Y vos fijate que mi militancia prácticamente termina cuando nos tenemos que mudar, estando clandestinos de acá para allá, porque la militancia territorial ya no se puede hacer cuando estás de acá para allá, no tenés tiempo de conocer a los compañeros... además en esa época empiezan a bajar al territorio los compañeros de la JUP, se funciona de otra manera. Ellos no tenían práctica en el territorio, vienen de otro tipo de discusiones de militancia. Algunos se integraron al territorio pero otros no [...] Entonces dejé de militar y empecé solo a colaborar en tareas de logística, seguimientos, vigilancia, pero claro eso ya era en el 75 y ahí ya tenías que aprender que estabas en guerra. Era como que uno hacía el cambio de sentarse a discutir política con la gente del barrio a hacer otras cosas.

Este relato titubeante, con inflexiones del tono a través de los cuales se expresan sentimientos contradictorios, muestra el modo en que las acciones político-militares adquieren sentidos que no son unívocos. En lugar de una reconstrucción cronológica de los hechos opta por desplegar una red con elementos de naturaleza diversa: estar o no estar con la lucha armada no es algo que se pudiera definir así simplemente; *lo de Aramburu* (sin sujeto, ni acción) como un hecho legitimado por el pueblo; sus contradicciones cristianas con la armas; el compromiso y la pareja; el *machismo* de su esposo; las dificultades de la militancia territorial en la clandestinidad; las diferencias con quienes venían de otros frentes. Narra según los ecos de una memoria que es personal pero que está compuesta a la vez de hilos de otras memorias: la de los militantes territoriales y sus contradicciones

con ciertas *aparteadas* de las organizaciones, la de las mujeres de la clase obrera. Propone a quien la escucha una alianza reflexiva: *depende como lo veas dice*.

Si se toma el fragmento en su conjunto se puede observar que éste recorre un arco que va desde señalar la particularidad de la militancia territorial en relación al compromiso con las estructuras orgánicas de Montoneros hasta el cierre de su experiencia de militancia (*dejé de militar dice*) en el momento en que la organización entró definitivamente en la lógica de la guerra (*y empecé solo a colaborar en tareas de logística, seguimientos, vigilancia*).

La tensión entre la militancia barrial (en el caso de Rufina Gastón) o sindical (Elena Bazán) y las exigencias de la militancia orgánica es un capítulo distinto pero análogo y sobredeterminante de aquella que se producía entre la maternidad y la militancia. Ambas constituyen muestras del modo en que las prácticas de la militancia armada condicionaron lo social y lo personal a su lógica, reduciendo el ámbito de lo político proponiendo un modelo de militancia uniforme y obediente.

La división del trabajo

La demanda de militancia a tiempo completo se presentaba unida a la exigencia de subordinación a las órdenes y mandatos de la organización. Numerosos testimonios dicen que la obediencia constituía una virtud que muchas veces llevaba a situaciones absurdas y a mandatos imposibles de cumplir. Asimismo, quienes demostraban mayor capacidad de seguir sin remisión las instrucciones o hasta eran capaces de radicalizarlas, hacían gala de un mayor compromiso y eran premiados con la posibilidad de asumir responsabilidades y ocupar cargos más altos en las duras jerarquías, remedo de las militares. Si esto implicaba para to-

dos asumir una conducta castrense y dejar de lado convicciones esenciales y aspectos de la personalidad que los habían llevado a militar (como el espíritu rebelde e inconformista), para las mujeres este movimiento adquirió una significación doble o triple. Por un lado, porque la rebeldía para ellas tenía en ese tiempo un significado más amplio y más profundo en tanto implicaba también romper con los diferentes modelos femeninos. Por otro, porque la integración en las organizaciones armadas les proponía el ingreso a un mundo militarizado del cual poco conocían.

Marta Álvarez continúa la reflexión citada insistiendo en otras perspectivas de lo que llama masculinización. Éstas ya no se expresan con humor sino más amargamente porque ponen en evidencia todo tipo de limitaciones. Es así que ejercitarse para *operar un arma* que tiene un peso y un tamaño y que exige unas prácticas para las cuales las mujeres no estaban preparadas, llevaba -dice- a que *nos reventábamos en los entrenamientos... dejábamos la vida para demostrar que teníamos la misma fuerza física que un varón*. Sin embargo eso no bastaba. Las estructuras jerárquicas de las organizaciones revolucionarias eran inmunes a la pretensión de igualdad en este punto y -a pesar de la gran cantidad de mujeres que se incorporaron activamente a sus filas en todos los niveles- pocas llegaron a ocupar cargos de responsabilidad y menos aun lugares en las conducciones. En el caso al que se refiere Álvarez, que es Montoneros, no hubo prácticamente mujeres en la conducción nacional:

MA: De hecho, para llegar a ser un cuadro de cierto nivel no era fácil. De hecho muy pocas llegaron y ni siquiera llegaron a puestos de conducción, por más brillantes que fueran, por más capacitadas que estuviesen *siempre había algo que faltaba, siempre había algo que no llegaba*, "porque no se puede ocupar porque tiene hijos,

por esto, por lo otro..." como si la ocupación de los hijos fuera sólo de la compañera. Pero, sin embargo, era así. "Porque no tiene la fuerza del varón, porque es más débil que el varón", *siempre había algo que era para menos*, por más que hubiese cuadros espectaculares. Sin embargo, siempre estás ahí, que no alcanzás nunca a una valoración diciendo que como cuadro político y como militante merece ser la conducción. En la conducción nacional no hay prácticamente ninguna compañera, y era una organización donde había muchas compañeras, muchos cuadros, gente muy formada. Gente que podría haber dirigido, con adiestramiento militar... bueno Gaby [Norma] Arrostito era un bronce y sin embargo Arrostito no tenía ningún tipo de jerarquía alta como podía tener otro compañero. Haber participado de operaciones, haber estado en Aramburu... era una compañera que seguía su militancia, que tenía un compromiso de por vida, digamos, sin embargo Arrostito no fue más que un oficial [sic]. Es una organización donde por ahí Firmenich había estado en la misma operación y no creo que tuviese mayor formación que la que hubiese tenido Gaby. Sin embargo Firmenich era el comandante y Arrostito era una subalterna.

Norma Arrostito⁷ es presentada en este testimonio, y de manera recurrente en otros, como la excepción que confirma la regla. En tanto participe del secuestro del Gral. Pedro Eugenio Aramburu, mostró un innegable compromiso con la lucha armada; perseguida por las fuerzas de seguridad continuó militando sin pausa. Fundadora de Montoneros, integrante de la conducción nacional, figura mítica, clandestina siempre, sin embargo nunca fue la *número uno* de la organización.

Así como en el testimonio de Marta Álvarez en otros relatos también aparece la referencia a Norma Arrostito vinculada a intentos de explicar la dificultad de las mujeres para ocupar posiciones de conducción dentro de las organizaciones. Ya sea que su lugar destacado se interprete como una excepción (integró instancias de conducción) o que se plantee que sus condiciones y compromiso no se vieron suficientemente reflejadas en las jerarquías de Montoneros (no ocupó los cargos más altos), su figura constituye en este punto un modelo de indecidibilidad lógica. En efecto, Norma Arrostito no encarna las figuras canónicas femeninas de la madre y la pasividad. Por estrategias personales o por circunstancias vitales evitó la maternidad, no tuvo "obligaciones domésticas", su vida y sus elecciones estuvieron determinadas por la militancia. Según señala su compañera y amiga Antonia Canizo, en la entrevista que le hizo Gabriela Saidón (2005: 71-96) para su libro *La Montonera*, la militancia había tomado todos los aspectos de la vida de Arrostito y si había "decidido no tener hijos" (*id.*: 76)⁸, fue justamente por una dedicación plena a la política. Por otro lado –especula Canizo, en un sentido similar al de Marta Álvarez– el peso de su género habría determinado para ella una posición subordinada. "Ese techo de cristal es real, existe. [...] En Gaby [Norma Arrostito] creo que primó la decisión del varón, de Mario [Firmenich] y de los que estaban en ese momento. Y por otro lado influyó su temperamento, tener un perfil bajo, no ser líder. Creo que todo eso fue haciendo que perdiera terreno en la conducción de la organización" (Saidón, 2005: 92).

A pesar de que la disyuntiva de género a la hora de tomar las armas no se aplica en este caso se pone en evidencia la dimensión ideológica de la cuestión. La interpretación de sus compañeras va en ese sentido cuando resaltan que, más allá de las muestras de entrega a la causa revolucionaria que ofreció, el imaginario hegemónico de lo que es un varón y lo que es una mujer pesó de

manera determinante en Montoneros, porque la militarización no inhibe pero sí limita la contribución de las mujeres.

Las militantes de ambas organizaciones insisten en que la instrucción militar era condición necesaria en casi todas las etapas para asumir cargos de conducción. Todos y todas tenían algún tipo de entrenamiento y de alguna manera debían comprometerse en acciones a la hora de asumir mayores responsabilidades. Por otro lado, si la militarización se fue extendiendo, ya no sólo a la concepción de la política y del cambio revolucionario sino a las mismas prácticas cotidianas, en ese proceso el lugar de las mujeres se tornó cada vez más incómodo. Las tareas que implicaba la militancia –que iban desde la asistencia extenuante a reuniones y discusiones hasta acciones armadas de diferentes niveles de intensidad– limitaron la participación de las mujeres quienes, a pesar de la entrega y el compromiso revolucionario, encarnaron una contribución que siempre era considerada parcial. La preeminencia de lo militar por sobre la política puso esta cuestión en evidencia. Cuando apenas se estaban apropiando del espacio de la política debieron asumir la lucha armada. La instrucción militar las ponía en una situación desventajosa, no tanto porque tuvieran una naturaleza física insuficiente en contraposición a una habilidad innata de los varones, sino porque éstos tenían un entrenamiento básico que los formaba desde los primeros años de la vida y que se reflejaba en lo militar construido a su imagen y semejanza. Las armas imposibles de las que habla Marta Álvarez.

Además, en la medida en que los cuadros políticos no podían desarrollarse plenamente si no participaban en operaciones militares, el militante, el mejor militante, se equiparó al combatiente. Se destacaron entonces los más *fierreros* como señala agudamente Pilar Calveiro en una entrevista que le hizo Ana Amado:

Entre una mujer con capacidades políticas sobresalientes y capacidades militares mediocres y un hombre que destacara militarmente aunque su visión política fuera pobre, se seleccionaba a este último, entre otras cosas porque las capacidades políticas permitían cuestionar a una conducción bastante limitada en ese sentido, lo que te colocaba de inmediato en la categoría de "disidente". Mi percepción personal es que las mujeres fuimos mucho más críticas con la línea "oficial", más cuestionadoras de las conducciones y las jerarquías internas, más agudas para percibir las contradicciones entre el discurso de las organizaciones y la realidad política circundante, menos disciplinadas que los hombres. Creo que un hecho significativo al respecto es que una sola mujer llegó a ser miembro de la Conducción Nacional de Montoneros (Amado, 2006: 64).

La subrepresentación de mujeres en las instancias de conducción, la segregación de ciertas actividades y lugares en las estructuras de las organizaciones, la falta de compromiso de los varones a la hora de compartir los trabajos domésticos, de crianza y de cuidado inducen a pensar en una división del trabajo por sexos, que se manifestaba silenciosamente y de hecho, y dejó a las mujeres en posición de asumir ciertas tareas antes que otras y de ocupar mayormente cargos subordinados.

Ciertamente, en Montoneros y en el PRT-ERP no hubo regla explícita alguna que implicara que varones y mujeres tenían una distribución de tareas prefijada. Por el contrario, las afirmaciones de igualdad fueron múltiples y provenientes de todos los frentes. Sin embargo los relatos destacan ciertas características de la militancia que ayudan a comprender por qué la igualdad era más declamada que real y que poco o nada se hacía para construirla,

ya que de hecho en la sociedad argentina de esa época la paridad entre los géneros estaba lejos de ser una realidad y nada haría suponer que se alcanzaría naturalmente dentro de los colectivos revolucionarios. Mientras que el liberalismo y el individualismo, que se consideraban parte de la estructura de los sujetos debían ser combatidos conscientemente mediante prácticas concretas, con el fin de construir el *hombre nuevo*, la desigualdad entre los géneros no tuvo una propedéutica similar.

Como señala Roberto Pittaluga (2000) las normas de funcionamiento de las organizaciones tomaban como modelo la figura de un militante idealizado –que en la práctica terminaba “encarnado” en el máximo dirigente– portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto. Paralelamente esto permitía una discursividad dicotómica entre quienes portaban la “verdad” revolucionaria (elevando los discursos de la tradición elegida a la categoría de dogma) y los “desviacionistas” o directamente los “traidores”: la inflexibilidad de estas estructuras de sentido desembocó, en muchos casos, en trágicos desenlaces. Entre los atributos de esa imagen idealizada del combatiente o del guerrillero destacan la heroicidad, el sacrificio, la militancia como sacerdocio y el mesianismo, atributos claves en la construcción identitaria que remiten a imágenes masculinas y cuyo mejor y más diáfano exponente es el Che. De allí que la principal fuerza cohesiva de estas organizaciones no fuera una ideología sino una moral combatiente.

La construcción de géneros femeninos y masculinos, y con ello la delimitación de las significaciones que adquiere ser “un varón” o “una mujer” con sus atributos y posibilidades, se desarrolla socialmente a través de distintas tecnologías con arraigos fuertes en los sujetos, en el sentido común y en los discursos institucionales (de Lauretis, 1996). Montoneros y el PRT-ERP,

entendidos como instituciones, produjeron, del mismo modo, tecnologías de género con poder para determinar significaciones sociales y darle un sentido a las definiciones de los géneros. Reproductoras de la desigualdad sexista en el interior de las organizaciones político-militares de la izquierda radical, estas tecnologías operaban mediante mecanismos propios de los discursos institucionales.

Contrapunto

Sin embargo en los relatos, las protagonistas se muestran armadas, militarizadas, proletarizadas, esto es, atraviesan diversas posiciones que contribuyen a vaciar la categoría mujer de aquellos caracteres de universales, fundantes y normativos y sugieren la existencia de fisuras y resistencias a esas tecnologías. Como señala Teresa de Lauretis:

...los términos de una construcción diferente de género también subsisten en los márgenes de los discursos hegemónicos [...] inscriptos en prácticas micropolíticas, estos términos pueden tener también una parte en la construcción del género, y sus efectos están más bien en el nivel local de las resistencias, en la subjetividad y en la auto-representación" (í.d.: 23).

En un camino similar Judith Butler desarrolla una noción de género que incorpora productivamente tanto los mecanismos de su reproducción como las resistencias. Es así que, para esta autora:

...el género no está pasivamente inscripto en el cuerpo, y tampoco está determinado por la naturaleza, el lenguaje,

lo simbólico o la apabullante historia del patriarcado. El género es lo que uno asume invariablemente, bajo coacción, a diario e incesantemente, con ansiedad y placer... (Butler, 1998: 314).

Las formulaciones que proponen de Lauretis y Butler sugieren un devenir en el género que no está dado sino que, por el contrario, cuenta con su actualización cotidiana para existir. Necesita volver a tomar presencia cada vez *para ser*. Y será en ese ser a diario que aparecerán los desplazamientos –diferencia en la repetición (Butler), prácticas micropolíticas situadas en los márgenes de los discursos institucionales (de Lauretis)– del imaginario social y cultural de lo que debe ser una mujer. Para la generación de las militantes hubo un corrimiento del espacio doméstico, ocupado más claramente por sus madres, hacia un espacio público amplio. A la vez la militancia les ofreció el acceso a un mundo masculino y poderoso. El hecho de que los discursos y las prácticas de las organizaciones las reenviaran –en el mismo movimiento en que suponían que las incorporaban en un plano de igualdad– a la maternidad, a la casa y a lugares subordinados en las estructuras subraya el peso tensionante de la situación vivida por estas mujeres. Sin embargo, insertadas con mayor o menor compromiso en el modelo que las organizaciones les proponían, con frecuencia se reinventaban a sí mismas.

Liliana Belloni⁹ tuvo, como su madre, una activa participación en la organización Montoneros. La muerte de su hermano, integrante de las Fuerzas Armadas Peronistas, determinó que la madre se acercara a la militancia.

Liliana Belloni (LB): La política se mete en la familia a partir de la muerte de Manolín, concretamente [...] en realidad yo empiezo a militar después, casi te diría por

casualidad, por una compañera que era recepcionista del diario *Noticias* [...] me enteré después que eso pertenecía completamente a la organización [...] yo no era peronista era montonera, directamente montonera.

En septiembre de 1974 cuando se produce el pase a la clandestinidad de Montoneros, se instaló con sus dos hijos pequeños en una casa operativa, convencida –a pesar de evaluar muy críticamente la clandestinización, de que había reales posibilidades de “cambiar las cosas [...] de mejorar la vida de todos”–. El relato de sus vivencias en distintas casas operativas, la clandestinidad, la muerte de compañeros y amigos se intercala con definiciones de su propia militancia, de la proletarización, del papel que le tocaba jugar en las reuniones y de sí como “una perejila, sin jinetas” [militante de base]. El término jinetas, con el que alude metonímicamente a las jerarquías en la organización, subraya el hecho ya señalado de la militarización de todas las prácticas como una cuestión que excede aquellos aspectos que eran efectivamente militares.

LB: Hay una anécdota que es muy graciosa para mí, había una reunión en casa y vinieron con uniformes y todas esas cosas y se había corrido la noticia de que habían matado a tres compañeros en un enfrentamiento. Entonces yo había hecho scones y entonces había una reunión, yo soy muy poco... qué se yo... era muy poco sería digamos para algunas situaciones y me parecía que en ese momento de tanta angustia, tanto dolor, que se veía que las cosas estaban pasando de una manera tan atroz, ¿entendés? Teníamos una noción [de la magnitud de la represión] pero que, por estar metidos adentro, no podías discernir, no tenías un espacio para discernir las cosas.

Bueno, entonces, *se armaron, se uniformaron, se pusieron todos firmes, hicieron una cosa para los compañeros cafados...* bueno, la cosa no terminaba más y ahí estábamos todos. ¡En un momento me acuerdo del horno! Y dije “se me están quemando los scones”, ¿viste? (se ríe) Porque salía una humareda de la cocina, digo “va a llamar mucho más la atención que salga humo de esta manera, mejor los saco”... y bueno... Yo era un poco así digamos.

El uso de uniformes (Mattini, 1996; Pablo Pozzi, 2001) por parte de un ejército que no es regular constituye en sí mismo un hecho llamativo, todavía más porque éstos se usaban en actividades que no se pueden considerar estrictamente militares, como la reunión que menciona Liliana Belloni. La función del uniforme cobra sentido entonces hacia los pares, delimitando comportamientos y jerarquías. Conjuntamente con los ritos de iniciación, el uso de categorías –simpatizante, militante, combatiente, aspirantes– y de grados militares –oficiales y comandantes– el uniforme constituye un dispositivo institucional que delimita el “adentro” y el “afuera” y modela subjetividades.

Además Belloni pone rápidamente en relación homenaje, armas, uniformes y actitud corporal y los hace contrastar con su propia posición. La figura de un ama de casa que *había hecho scones* en la casa (operativa) en la cual vivía, remite a un imaginario tradicional que sugiere un lugar femenino acorde a los uniformes que circulaban por allí. Esto es, los guerreros se reúnen a *hacer una cosa*, mientras la mujer garantiza el alimento. Pero la escena se desarma por dos vías: el dolor y el humo/humor. Y es que lo que ella quiere narrar en ese momento es su propio lugar que –sí bien insiste en señalar que se trataba de una posición subordinada, *una perejila*– el relato la muestra totalmente autocentrada. La *anécdota* que es *graciosa* para ella,

que era *poco seria*, se conjuga con la reflexión acerca de las dificultades para percibir el avance represivo (*no tenías un espacio para discernir las cosas*). El dolor por lo que estaba sucediendo se contrarresta con humor. Pero además ese mismo humor, junto con el humo que sale de la cocina, desplaza sus posiciones, tanto la de género como la de militante de una organización armada. Los uniformes, la formación militar y la seriedad con la que se construye la situación se tornan en su relato en elementos ficcionales mientras que la materialidad radical de lo que sucede queda de su lado. La consigna de habitar la intersección de los espacios de revolución y la domesticidad al ser efectivamente actuada, produce cambios en uno y en otro.

El efectivo ejercicio de la violencia

Si para asumir posiciones de mayor responsabilidad en las organizaciones armadas era necesario tener un compromiso político y a la vez militar, en muchas ocasiones las mujeres hicieron todo lo posible para estar a la altura de esas circunstancias mostrando interés y disposición hacia las armas y alterando las definiciones normativas y universalizantes de lo que "es una mujer". Pero el testimonio acerca del ejercicio efectivo de la violencia, es decir aquellas porciones de relatos personales que refieren a incidentes específicos que involucran el uso de las armas, no son frecuentes en el caso de las mujeres. No se trata de un silencio en general o de una negativa a reconocer la participación. Las militantes que se identifican como parte de las organizaciones -ya sea en los frentes de masas o en las estructuras partidarias- en general han asumido, en el mismo movimiento en que se reconocen como parte de esos grupos, su compromiso con la lucha armada y su participación en distintos tipos

de acciones (tales como hostigamientos, ajusticiamientos, sabotajes económicos, emboscadas a unidades del ejército, toma de poblaciones). Si bien hablan de sus posicionamientos, de la comodidad o incomodidad con el tema de las destrezas o torpezas, la aparición del incidente concreto, la referencia a las circunstancias y el relato de la responsabilidad en tal o cual hecho son menos frecuentes y presentan más dificultades tanto para ser dichas, como relevadas.

Algunos relatos ejemplifican la excepcionalidad de una mujer hablando en primera persona sobre una acción armada. El más conocido es el artículo publicado con el título "Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu" en *La causa peronista* (1974). En ese texto el papel reservado a Norma Arrostito, la única mujer que participó en ese hecho, es más bien limitado y narrado a partir de elementos que remiten inmediatamente al universo femenino tradicional. Sus tareas habrían sido espiar (el "fichaje", que consiste en la vigilancia de la casa del secuestrado antes y durante la operación), acompañar (ir en uno de los automóviles) y coser (adaptar la ropa que usó Fernando Abal Medina). Sin embargo, la participación de una mujer en el reducido número de personas que dieron origen a Montoneros, su presencia en esta operación fundante, sirve para señalar que las mujeres estuvieron ahí desde el comienzo. Lo mismo sucede con los ataques que organizó el PRT-ERP a unidades militares donde se destaca en algunos casos la presencia de mujeres.

Dispuesta a combatir en el monte

El PRT-ERP desarrolló en 1974 una guerrilla rural en el monte tucumano a través de la "Compañía de Monte Ramón Rosa Ji-

ménez". Esta experiencia se encuentra entre las acciones guerrilleras más intensas físicamente y más devastadoras en sus efectos sobre quienes han participado de ellas. De los relatos acerca del funcionamiento de la Compañía se desprende que —en su corta vida— participaron pocas mujeres si bien algunas más estuvieron vinculadas en carácter de apoyo logístico, operando como enlaces, trabajando en el abastecimiento de los militantes que subían al monte, sosteniendo casas operativas. Otro es el caso de Clara S.¹⁰ que tuvo una participación directa en la Compañía de Monte, durante un período que alcanza a varios meses. Perteneciente a una familia numerosa y católica, Clara militó activamente en el PRT-ERP como lo hicieron varios de sus hermanos, con la convicción de que la Iglesia debía comprometerse con la transformación social y la lucha contra la injusticia de un modo activo. En su relato, la militancia en una organización armada no se contradice con sus convicciones religiosas. Por el contrario, el mandato religioso confluye con la militancia y ambos se conjugan en una misma convicción. En sus primeros tiempos en el PRT tuvo varios trabajos "a demanda del partido". Trabajó en un bodegón, atendió un quiosco de flores y otro de revistas siempre actuando de enlace o de "buzón" para facilitar el traspaso de información, comunicaciones y materiales de la organización. En todos esos empleos utilizó su identidad legal, por lo tanto el nivel de exposición que tenía era muy alto, siendo que además ella, tanto como sus padres y sus hermanos eran conocidos en la ciudad. Consideró entonces que la convocatoria para ir a Tucumán era oportuna ya que le permitiría desplegar más libremente su militancia. Cuando supo que se trataba de "subir al monte", tampoco dudó a pesar de que su único entrenamiento había consistido en un manejo básico de armas. Es así que con una preparación mínima en términos de entrenamiento y conocimiento del lugar, sin saber bien en qué consistiría estar

en el monte y sin un equipamiento adecuado se sumó junto con otras dos compañeras a la Compañía.

Al hablar sobre esta experiencia Clara S. presenta fragmentos deshilachados que no terminan de hacer comprensible lo sucedido en aquellos meses. En contraste con otras secuencias de su testimonio pareciera que ese bloque del pasado no halla consistencia suficiente para ser narrado. No es que no recuerde o que no haya nada para contar, sino que la narración pierde la fluidez que tiene cuando se refiere a otros momentos. El relato de su infancia, el papel fundamental de la madre en la comunidad o sus inicios en la militancia en compañía de sus hermanos y amigos¹¹ son precisos, del mismo modo que cuando se refiere al secuestro y su paso por distintos centros clandestinos de detención, la tortura, la cárcel. En todos estos momentos su relato es claro, ordenado, presenta detalles relevantes y es profundamente reflexivo. Intercala referencias de sí, recoge lo que sucedió con otros, homenajea, reflexiona, perdona y explica. Por el contrario, cuando se refiere a su paso por el monte tucumano, las palabras emergen con dificultad, el hilo de la narración toma desvíos irrelevantes y se torna titubeante.

En relación con la preparación previa lo que aparece como más importante es el problema del calzado: "Quisimos comprar borcegués, pero no había mi número, yo calzaba 35, pero menos mal, porque cuando llegamos allá nos dijeron que había que usar alpargatas que no dejaban rastro". Dice no recordar los nombres de los compañeros, sólo a uno de los hermanos Llorens a quien nombra como "amigo de toda la vida" y que murió en un enfrentamiento unos días después de su llegada. En ese grupo había tres mujeres y ellas eran las primeras en sumarse a la Compañía. Cuando se le pregunta qué hacían, cómo transcurrían los días, le cuesta mucho dar precisiones: "caminábamos de campamento en campamento llevando cosas, información", a la noche a veces tenían "reuniones de discusión política". Las referencias al uso de las armas son esca-

sas, elípticas y están en general puestas en situaciones defensivas o directamente pasivas. Una guardia, el cruce azaroso con una patrulla a la que finalmente eluden, el sonido de una balacera a lo lejos. El tiempo que pasó en el monte, un poco más de cuatro meses, con todos sus días y sus noches es un tiempo casi vacío en el relato. La exigencia física, la incomodidad, las dificultades que quien escucha el testimonio puede imaginar o inferir a partir de lo que se sabe de otros relatos, se reducen a algunos comentarios casi banales: su reclamo por tener elementos de higiene personal, las burlas de los compañeros y la intervención del responsable del grupo que será narrada en términos de moraleja: "Y entonces el capitán dijo 'hay que respetar lo que necesitan las compañeras' y de ahí en adelante siempre hubo jabón y otras cosas que pedíamos".

El esfuerzo físico fue tan extremo que se enfermó gravemente y tuvo que volver a la ciudad. Pero ¿cómo llegó a ese estado de salud?, ¿cómo fueron esos momentos? La repregunta no aporta nuevos elementos, solamente se sabe que su estado le imposibilitó continuar y tuvo que bajar, que ella no quería y que finalmente aceptó la orden y volvió a Córdoba. ¿Cómo fue la despedida de los compañeros?, ¿cómo fue el regreso? Ante esa pregunta cuenta lo siguiente: "Cuando yo me vuelvo, que me tengo que volver, yo no quería pero no da para más [...] el capitán me da una carta para su compañera, porque ella quería subir al monte, pero él no se lo permitía porque tenían una hija chiquita y ella tenía que cuidar a la niña". El relato deriva en este punto hacia una reflexión en torno a las dificultades de criar hijos en esas circunstancias, a las contradicciones con las cuales muchos vivían la militancia, la maternidad y la paternidad. "Tenías la familia pero, por otro lado, había que dar todo por la revolución y en ese dar todo, había que dejar a la familia. Eso pesaba pero a la vez se lo vivía como un factor de mucha fuerza".

Sombras de una batalla

En una entrevista realizada en 2000, Nora J.¹² relató su participación en el intento de copamiento del Batallón de Arsenales 601 "Domingo Viejobueno" en Monte Chingolo protagonizado por el ERP en diciembre de 1975, una acción armada en la que murieron prácticamente todos los militantes que participaron (De Santis, 1998; Mattini, 1996; Pozzi, 2001). El fragmento de esa entrevista que transcribo a continuación corresponde a un primer encuentro realizado con la intención de preparar con ella el testimonio que sucedería en otro momento. Sin embargo, en ese encuentro –y a partir de una pregunta sobre cuánto sabían sobre su militancia sus jefes y compañeros de la fábrica donde trabajaba– ella respondió: "Hasta lo del batallón yo creía que no sabían nada, pero después, como falté tanto y estaba tan picada, porque pasé toda la noche y me habían picado todo tipo de bichos ¿viste?, después me puse reparanoica y al final me fui" (Nora J., 2000).

Unos días después del intento de copamiento, Nora se reincorporó al trabajo presentando un certificado médico que indicaba que había estado internada con una reacción alérgica a las picaduras de insectos que había sufrido en una excursión. De ese modo justificaba su ausencia de varios días y las manchas y picaduras que efectivamente tenía. La observación casual sobre las picaduras de insectos derivó en una obvia repregunta dando lugar a una narración de casi una hora sobre su participación en el asalto a Monte Chingolo.

En un largo relato aparentemente tranquilo y despojado Nora cuenta minuciosamente los días previos a la acción, los preparativos, describe la casa donde estuvo acuartelada junto a gran cantidad de personas durante una semana, la vida cotidiana, la ropa que vistió, los objetivos, las armas, hasta que llega al día del

operativo, la entrada al cuartel, la muerte de los compañeros, su propia persecución, la noche que pasó escondida en el predio del Batallón, el modo en que logró huir. Habla largo rato sin levantar la voz, con tono pausado y señalando apenas con un énfasis medido los momentos críticos (que marco en la transcripción con signos de exclamación):

Nora J.: Realmente a mí no me habían dado [arma]... ni un cuchillo por que no había para todos, era así. Yo empecé a los gritos, a protestar ¿no? y me decían que no protestara [...] y todavía me retaban porque yo pedía un arma ¡cuándo iba a ir a asaltar un... un cuartel! Bah... bueno, así entramos... Yo creo que iba en la tercera camioneta una cosa así... y no bien entramos fue un *bolonqui* ¡nos estaban esperando!, [...] al compañero que manejaba la camioneta donde yo iba, lo mataron. Entonces la camioneta se metió en una montañita de tierra y todos los compañeros empezaron a tirar, pero yo creo que no sabían adónde, porque no se veía nada, y bueno todos los compañeros que veníamos atrás en la camioneta cuando nos levantábamos para bajarnos, para tratar de parapetarnos detrás de la camioneta... yo me levanté... y ahí empezaron a caer y un compañero que estaba al lado mío, al tirarse, me tiró adentro de la camioneta, entonces me quedé y los demás ya habían bajado. Tiraban y yo veía que no pasaba nada. Yo aparte tenía la radio, en el grupo mío yo era la encargada de tener una radio por si había que pedir apoyo a sanidad o algo y desde la radio esa con los *walkie talkie* arengaban y gritaban, "vamos", "vamos, a vencer o morir" y que había que seguir y se escuchaba compañeros que ya pedían ayuda y uno pedía también... pero aparentemente era para escuchar y no había respuesta. Y, bueno, en un

momento yo siento que me roza una... una bala, aquí en el hombro y yo sentía como que me quemaba... bueno, entonces yo veía que alrededor mío estaba todo un regadero de gente, no veía nada, no sabía dónde estaba, entonces yo seguía tirando... entonces dije, bueno yo acá tengo que hacer algo, me había quedado sola... en la camioneta donde yo estaba era la única que había quedado viva, entonces digo me voy... nos habían dado unas granadas caseras ¿viste? Así con todo eso agarré más balas, para tener recargue, y bueno acá ¿dónde voy? Yo sabía las entradas y las salidas dónde estaban. Bueno, entonces pensé: "yo estoy acá, tengo que ir acá, despacito..." Eso pensé, pero en realidad empecé a correr, pero ¡mirá qué mal! porque en vez de correr en zigzag, como tenía que ser, empecé a correr, me acuerdo, en línea recta, no me acuerdo cuánto hice, pero habré hecho como 20 o 30 metros, hasta que vi que había un compañero... así tirado, cuando me acerqué vi que era el único que estaba vivo pero estaba muy herido [...] Y me acuerdo que se escuchaban grupos de milicos... que ya para eso había mucho menos tiroteo pero ya había helicópteros y el compañero: que me fuera, que me fuera, y por ahí escuchamos que decían a los gritos "por acá!!!!, vengan por acá!!!" Cuando se acercó un poco lo vi, era un milico, un oficial que venía con un colimba a rematar a los... venían rematando a los compañeros que encontraban en el camino. Me acuerdo que el compañero me dijo, "bueno, andate, andate" y yo no me quería ir pero realmente estaba la voz del milico tan cerca... y tampoco podía hacer mucho más y me fui... y ya cuando yo me iba estaba tan en retirada la fuerza que me encontré con otro compañero que me dice "nos vamos, nos vamos". Pero él se fue para otro lado. Y después, cuando yo quise salir,

ehhh, estaba la calle llena de milicos... ya era de noche, ya miré y dije "por acá no puedo salir" entonces me volví y noooo... aparte escuchaba que gritaban "¡alto!", "¡alto!", "¡entréguense!", "¡entréguense!" y después escuchabas que los compañeros tiraban las armas rindiéndose y escuchabas tatatatata, les tiraban a todos, entréguense y los matamos era ¿no? y yo me iba para el otro lado y corría de acá para allá, y había un lugarcito que eran arbustos, y dije "yo me escondo acá". Tiré la radio porque ya no hablaba ni contestaba nadie, yo estaba desconectada. Y... yo me acuerdo que era un árbol, como un arbusto que tenía un tronco era... bajaba así... y yo me agarré al tronco y me quedé [hace un largo silencio]. Al rato me empezaba a doler todo, aparte escuchaba... seguía escuchando que pasaban las balas trazadoras por todos lados. Se escucha el sonido, es como un silbido ¿sabés? pasan al ras para que no puedas ni levantar la cabeza y además pasaban los helicópteros, se escuchaba que corrió gente y de repente escuchabas tiros, seguían matando y vos escuchabas que decían "¿cuántos son?, tirá, tirá", "acá está, sí, sí, matalo" y escuchabas que caían [...]

¡No sabía que hacer! y me fui quedando hasta la mañana. Y a la mañana, ya había más movimiento de nuevo [...] Yo me acuerdo que bueno dije "hasta acá, hasta acá llegué" y otra cosa que no me olvido más es un colimba que pasó cerca [...] y este colimba yo me acuerdo de haberme cruzado con los ojos de él y estoy segura de que el tipo me vio, yo dije, me acuerdo que dije: "esta es la última". Pero él siguió de largo... [silencio] siguió de largo. Yo le debo la vida, a ese hombre yo le debo la vida, [silencio] hizo de cuenta que no había visto nada, siguió de largo y yo le debo la vida. [...]

Y bueno, después de eso [...] se empezó a calmar un poco, había pasado un tiempo largo, era de noche de nuevo [...] yo pensaba de acá no me voy, pero a la vez pensaba de acá me tengo que ir. Enfrente estaba la villa [...]

Para mí era... bueno, y para llegar al alambrado había como 200 metros, un horror... Y la otra cosa era, bueno... una vez afuera... ¡tremendo! porque tenía que cruzar el Camino General Belgrano, estaba la villa enfrente y bueno caí a la villa... Si alguien ve, después de lo que pasó, entrar gente de acá para allá, está más que claro ¿no? [...] me metí en la villa, yo estaba con la ropa que había estado ¿no? Toda sucia, hecha una ruina, entonces entré a pedir ropa en unas casas, y primero me decían que no... hasta que en una me dijeron que sí, que entre, me dieron una camisa nueva [...] Y bueno, ya sabía qué colectivo tenía que tomar a otro lado y me tomé un colectivo, yo tenía mi cartera, ¿no? No se puede creer pero ¡en el medio de todo eso yo tenía mi cartera! Entonces me acuerdo que me empecé a pintar mientras iba caminando hasta la parada del colectivo y me empiezo a cruzar con gente y que me miraba, recién me miro en el espejito cuando llego a la estación... ¡estaba toda llena de tierra y pintarrajeada! ¡Una mezcla de barro y de rojo y de marrón y *bolonqui* en la cara! Y yo me iba sacando un poco eso. Bueno, yo ¡en realidad tenía mal aspecto! ¡la verdad! Y sí, porque aparte porque estaba mal. [...] Y... me acuerdo otra cosa impresionante a todo esto yo venía subiendo la escalera mecánica del subte, ahí a la salida del subte en Constitución para ir para Retiro... y... vendían *La Razón* [silencio] y vos imaginate después de lo que conté cómo estaba yo y ahí ¡en la tapa de *La Razón* con título catástrofe decía cien muertos!

La tranquilidad y el tono monocorde con el que relató este suceso, del cual hay pocos sobrevivientes y que había sido poco narrado hasta el momento en que se produce el testimonio, inducen a volver sobre él para leer, no tanto el contenido manifiesto, sino las inflexiones y las palabras elegidas y para revisar lo que no dice pero se desprende de lo que enuncia. Los énfasis son pocos y los atraviesa rápidamente, apenas hay silencios y la evaluación está prácticamente ausente. Se observa asimismo una calidad narrativa que otorga similar expansión discursiva a aspectos del relato que podrían considerarse de desiguales jerarquías: la descripción del entorno o la ropa y el miedo, la angustia ante la muerte y el agradecimiento al soldado conscripto que simuló que no la veía. Todo aparece en un mismo plano, relativizado, achatado y naturalizado en franco contraste con otros momentos de la entrevista –por ejemplo, la descripción de la infancia, los años en los que estudiaba Bellas Artes o la pelea con los padres por la militancia, el modo en que la expulsaron de la casa paterna– de los cuales se desprende un relato con evaluaciones y sin elisiones evidentes. Nora J. asumió, desde el comienzo del encuentro, su pertenencia a la estructura del ERP. Mencionó haber participado en entrenamientos (pocos e informales), habló de seguimientos, de propaganda armada, pero en todos los casos se refirió a lo que ella misma hizo en cada ocasión de manera indeterminada. La excepción es el relato sobre Monte Chingolo –que, como ya mencioné, trae a la entrevista con una observación casual– que constituye la única acción a la cual hace referencia de manera explícita.

Su participación en esta batalla le dejó en el cuerpo las marcas visibles de las picaduras que debía justificar en su vida legal, y ese es justamente el modo en que elige entrar al tema. Ante preguntas concretas sobre su participación en acciones armadas, las respuestas son vagas y elusivas, por el contrario, la narración

se abre al tocar la problemática de la militancia clandestina. Preguntas tales como ¿cuánto sabían los padres sobre su militancia?, ¿cuánto los compañeros de trabajo? la invitan a referirse a las huellas de esa acción tan fundamental y devastadora, *estaba toda picada* y por eso no podía volver a trabajar sin inventar una historia. Las picaduras, cuyo origen debe ocultar, metaforizan las marcas que deja en el cuerpo la militancia clandestina. Lo que emerge casi sin querer del relato de Nora J. es que la militancia armada deja marcas en el cuerpo que son inocultables. Como si el ideario revolucionario –que se oculta y disimula para mantener la clandestinidad que garantiza la sobrevivencia personal, del grupo y de la causa– pugnara por salir a la superficie poniendo en evidencia que aquello que se lleva internamente constituye una marca indisoluble de los sujetos que portan esa experiencia. Las picaduras de insectos representan a la vez dos cuestiones: las huellas que hubieran podido delatar su identidad de guerrillera en los setenta y –en el momento del testimonio– el reconocimiento de su participación en una acción armada de gran envergadura. Cuestiona con ese gesto, tal vez imperceptible para ella misma, la realidad dilemática de una militancia que se pretende cercana al pueblo y que a la vez tiene que ocultarse. Pero, además, evidencia una manera de llegar al relato por una vía excéntrica y azarosa expresada en una narración poco expuesta, no en términos de sentimientos sino de valoraciones intelectuales. Al evitar la interpretación, presenta una versión de los acontecimientos donde la decisión personal y colectiva que está en el origen de lo que sucedió queda elidida.

A continuación del relato de los hechos dice *ien la tapa de La Razón con título catástrofe decía cien muertos!* seguido por un largo silencio y cuando retoma la narración es para contar cómo organizó su vida en los días siguientes aludiendo principalmente a cuestiones de orden práctico. Sólo sobre el final de la entre-

vista, al hablar del estado de salud de una compañera, realiza una evaluación de su participación en esas acciones: *lo que pasa es que al ver morir a tantos compañeros es como si vos también te morís un poco, hay gente que nunca más volvió a ser la misma... era como si te hubieras muerto vos también...* Aun así, se trata de una apreciación limitada, que remite más a las consecuencias que a las propias prácticas.

La información que se desprende de la historia que cuenta Nora remite a los hechos, un material por cierto valioso, pero es en los silencios, las dudas, las repeticiones, la confusión, el exceso de detalles que se percibe la estructura narrativa del testimonio y se llega a la identidad fragmentaria -por estar compuesta de fragmentos, pero también por inconclusa- que deviene acto a partir de su puesta en crisis. Ese es su modo de "hacerse cargo" de su parte en la acción.

Entre que éramos muy jóvenes y que yo era mujer...

En su testimonio, en el cual se refiere sin eufemismos al uso de armas y a situaciones de enfrentamientos, Adriana G.¹³ narra lo siguiente:

AG: En una operación en que íbamos a hacer un desarme, íbamos a desarmar a un Sargento de la [Policía] Federal, era en el Partido de San Martín y yo era responsable de la operación. Estas operaciones eran de fogueo, de experiencia un poco más avanzada para compañeros que estaban empezando a operar militarmente ya más allá de las acciones de propaganda o de robo de un auto. Y la habíamos planificado para que fuera totalmente tranquila, ¿no? El sargento este volvía a su casa alrededor de las

siete de la tarde, hacía un determinado camino, que ya habíamos chequeado, porque estas operaciones implicaban como tarea previa todo un chequeo de la situación y bueno, se bajaba de un colectivo, caminaba dos cuadras hasta su casa y nosotros íbamos a aparecer como una pareja que venía de hacer las compras, con una bolsa de compras y cuando nos cruzáramos con él le íbamos a dar el alto y lo íbamos a desarmar.

Y en realidad lo terrible de la situación –ese día era mi cumpleaños, yo cumplía 21 años– lo terrible de la situación es que éramos muy jóvenes. Y esto fue lo que lo desconcertó a este policía y además como yo era la responsable de la operación, yo le doy el alto; entonces entre que éramos muy jóvenes y que yo era mujer, no lo podía creer y sacó el arma. Yo creo que si hubiéramos sido más grandes, si quien le hubiera dado el alto hubiera sido un varón, seguramente hubiera entregado el arma y no pasaba nada. Pero sacó, a mi compañero se le encasquilló la pistola [...] y tuve que disparar yo, porque si no, nos mataba.

Yo de esa situación hasta el día de hoy tengo una sensación horrorosa. Cayó, bueno, le sacamos la pistola, le sacamos la chapa etc. y al día siguiente cuando sale la noticia en el diario, sale que su mujer esa noche había tenido un hijo, el séptimo. Yo hasta el día de hoy tengo una culpa espantosa con esa situación porque fue una muerte no deseada, y termina siendo una situación en defensa propia, pero que –analizándolo ya inmediatamente, no ahora– uno piensa que tenía que ver con el machismo y con nuestra juventud. Es decir, estas cosas de situaciones no buscadas y que termina siendo horrible y que es la única situación en la que yo disparé... bueno, ¡que yo disparé no!

¡que yo le causé la muerte a alguien! Porque disparar, disparé en muchas ocasiones. Y esta situación es muy dolorosa hasta el día de hoy.

Esta operación concreta, que consiste simplemente en sorprender y desarmar a un policía, no se podría calificar como una batalla contra las fuerzas opresoras. Sin embargo, ocupa un lugar destacado en el relato de Adriana y es una de las situaciones que elige narrar a la hora de hablar sobre la lucha armada, a pesar de haber participado de otros operativos que menciona más superficialmente.

Como ya señalé, es frecuente que los y las militantes digan o insinúen que nunca han disparado armas, que -a pesar de ser parte de un proyecto que incluía la lucha armada- nunca mataron o que en las acciones las armas tenían un carácter defensivo. En la repetición insistente de estos enunciados se puede leer la intención de remarcar un ejercicio personal de la violencia de carácter limitado; ya que, como es evidente, una acción armada en la que se produce la pérdida de una vida humana no es igual que otra en la que no hay muertos ni heridos, en la cual las armas, si están presentes, son solamente un reaseguro. También es usual encontrar otras formas de modalización. Plantear por ejemplo una responsabilidad colectiva (*íbamos armados a tal o cual operativo*) que sorte a la personal.

Es por eso que este testimonio, que además de no eludir la anécdota puntual va más allá y reconoce plenamente la acción y sus consecuencias, sorprende por la radicalidad de lo que dice y por el modo simple y despojado en que lo hace. La forma parece no poder contener tanto contenido, el enunciado desborda la enunciación, en lo dicho está la narración del hecho, los argumentos que lo justifican y la evaluación.

Tan sencillo era (debía haber sido) el operativo como es la narración que de él hace la protagonista: consistía simplemente

en desarmar a un policía. *Era una operación de foguero*, que no presentaba ninguna dificultad. Un tipo de acción más avanzada, según dice, que la propaganda armada o el robo de un auto y menos comprometida y riesgosa que otras. Era algo que hubiera podido hacer quien estaba *empezando a operar militarmente*. Hasta ahí el relato es fluido. Pero, ¿cómo hablar sobre la muerte?, no de la muerte que se teme o la muerte que llega al compañero por acción de las fuerzas represivas, muertes para las cuales se han ensayado miles de palabras aunque el duelo en ocasiones nunca llegue. ¿Cómo hablar sobre la muerte infligida por el sujeto que habla ya sea ésta decidida, azarosa, fruto de las circunstancias, en combate o en defensa propia?

La narración de Adriana no esquiva la primera persona, en ella coexisten un sujeto del enunciado plural y singular: nosotros y yo. Un nosotros que planificó la operación, un yo responsable de la acción y de la muerte del policía. Un nosotros difuso, un yo preciso y determinado.

El nosotros no está definido. Podría ser la organización, la célula, ella y el compañero que estaba haciendo sus primeras armas. Lo que importa es dejar sentado que detrás de la planificación hay un nosotros que había diseñado la operación como una escena teatral en la cual cada quien tiene que hacer su papel y cada cosa tiene que estar en su lugar para que la narración avance. El escenario estaba demarcado (las cuadras cercanas a la casa del policía), la utilería preparada (la bolsa de compras) y los personajes estaban (una pareja). El nosotros hizo su tarea.

Por otro lado está el yo [que] *era la responsable, yo le doy el alto, tuve que disparar yo*. El yo, responsable último de todo el operativo, falló y esto tuvo una consecuencia fatídica, pero ¿qué es lo que salió mal?, ¿por qué algo en apariencia sencillo y poco riesgoso tuvo este desenlace? No fue falta de preparación, no fue un error de evaluación. Para explicar lo que sucedió, Adriana

recurre menos a una narración del tiroteo, que a una suerte de ficción mediante la cual imagina qué llevó al policía a reaccionar: *además como yo era la responsable de la operación, yo le doy el alto; entonces entre que éramos muy jóvenes y que yo era mujer, no lo podía creer y sacó el arma*. El resto deriva de ahí, amenazada por el arma del sargento se vio obligada a disparar. En su argumentación importa más lo que hubiera podido pensar en ese momento el policía, las razones que lo llevaron a reaccionar, que la pregunta sobre por qué ella disparó a matar. *Yo creo que si hubiéramos sido más grandes, si quien le hubiera dado el alto hubiera sido un varón, seguramente hubiera entregado el arma y no pasaba nada*. Las razones que, según Adriana, llevaron a que el policía creyera que podía dominar la situación son del orden del género y la generación. Ciertamente no sabemos, no podemos saber, qué pensó efectivamente el sargento antes de desenfundar el arma, si realmente los consideró inofensivos por su extremada juventud o si pensó que una mujer sería fácilmente reducida o cualquier otra cosa. Lo que importa es que para la narradora esas son las causas. Su posición como joven mujer aparece —desde su perspectiva— como un déficit a los ojos de quien la ve con un arma en la mano y diciendo *alto*. Pero es necesario subrayar que es ella quien se mira a través de los ojos del policía y, reflejada en esos ojos, se reconoce como una joven mujer que está fuera de lugar.

La voz de alto pretende, mediante la amenaza, no sólo comunicar un enunciado sino, principalmente, “realizar el acto que se dice”.¹⁴ Esto es, al decir “alto” a la vez que se empuña un arma se pretende intimidar y producir un efecto inmediato: que el policía se detenga y obedezca la orden de entregar el arma. Ahora bien, la pretensión performativa del acto, que para el caso sería que el policía se detuviera, se realizará sólo en la medida en que se produzcan ciertas condiciones de “felicidad”, según el término de John Austin.¹⁵ Porque si bien la exigencia acompañada de una

pistola puede aceptarse (y de hecho suele aceptarse) sin que medien otros motivos distintos de la amenaza, este acto requiere que quien recibe la orden tome en serio las pretensiones de *verdad* y de *veracidad* de quien la da. Es decir, la persona amenazada debe creer que el otro tiene la intención de cumplir la amenaza y que posee realmente la capacidad de hacerlo, porque, en sí misma no produce lo que nombra. No es efectiva, por lo tanto, si el cuerpo de quien amenaza desmiente con su presencia lo que dice.

Al analizar la relación entre lenguaje y poder, en su texto sobre los discursos hirientes, J. Butler (2004) muestra que el cuerpo aparece invariablemente implicado en los actos de habla performativos. Quien amenaza implica su cuerpo y el del otro en una relación que hace explícita la vulnerabilidad del cuerpo del otro. Y ese será justamente el sentido que le da Adriana a la respuesta imprevista del policía: éste desconoce la amenaza porque *no lo podía creer*, no podía creer que ese cuerpo profiriera esa amenaza. La expresión lingüística "alto", en tanto no constituye un enunciado descriptivo, no es ni verdadera ni falsa. En ese sentido se puede señalar que si ésta falla no es por ser falsa, sino por desafortunada, en tanto no cumple (a los ojos del interlocutor) con las condiciones necesarias para que se la considere verosímil.

El acto de la amenaza solo funcionará como una intimidación real si existe una posibilidad efectiva de recibir un tiro. Teniendo eso en cuenta, este enunciado sólo puede ser comprendido de forma adecuada por su relación explícita o implícita con otros actos de habla que habilitarían y legitimarían que tales palabras pueden ser emitidas por tal persona. Justamente eso es lo que Adriana interpreta en la mirada del policía: no hay otros actos de habla anteriores que la sostengan en su pretensión porque el sargento representa (para ella) una mirada masculina que no la reconoce como una amenaza.

La pregunta acerca de cómo pensar el cuerpo femenino en relación a la lucha armada ha sido recurrente para quienes investigamos estos temas: ¿cuánto tenía que transformarse o travestirse el cuerpo de una mujer para ser reconocida como “un buen soldado”? ¿corresponde cambiar de manera radical o solo disfrazarse? Como ya señalé, las respuestas de las militantes se refieren en algunas ocasiones a cuestiones estructurales y en otras a actitudes o vestimentas. En el testimonio ya citado, Marta Álvarez habla de masculinización, eligiendo ese término que ha circulado en muchos otros relatos y que ha sido analizado por la escritora chilena Diamela Eltit quien calificó a estos modos de asumir la militancia militarizada por parte de las mujeres como una “teatralización paródica de la masculinidad” (Eltit, 1996). Esa militancia, a la vez que pospuso lo íntimo y lo personal en pos de la revolución, cuestionó el estatuto cultural de inferioridad física femenina. Para ello muchas militantes reelaboraron los propios cuerpos como idénticos a los de los hombres en nombre de la construcción de un colectivo igualitario que proyectara hacia el futuro la utopía socialista. La imagen predominante del militante ideal, el *Che* (Oberti, 2001), convertía a las mujeres en “prófugas de sus propios cuerpos”, en imágenes paródicas de eso que querían imitar (Eltit, 1996: 56).

Lo cierto es que si por momentos predominaba la masculinización en otras ocasiones sucedía todo lo contrario. Algunas veces ejercían de soldados, otras, con composiciones extremadamente femeninas, de señuelo. También en otros momentos simplemente se vestían y arreglaban de acuerdo a su voluntad. En el marco de las nuevas formas de asumir el cuerpo que fueron propias de la época, los despliegues corporales han sido múltiples y la militancia no fue ajena a esa multiplicidad.

Con este relato queda señalada una dificultad recurrente para corporizar la militancia. Porque si el policía, que no pudo

“creer” que una joven mujer estuviera en ese lugar, representa a una sociedad “machista” y a la ideología misógina y falsa que indica que una mujer es débil y pasiva, es Adriana quien hace llegar hasta nosotros esa impresión, quien señala la incomodidad con su propio cuerpo. El policía que creyó en la sinceridad de la amenaza, la acción que ella llevó adelante y su reconocimiento en la actualidad exponen metafóricamente esa invasión del territorio masculino que subvierte las relaciones entre los géneros.

¿Una mujer es una mujer?

El testimonio de Adriana se caracteriza por inscribir su mirada personal en un relato más amplio que la contiene y justifica. Sin embargo, esa manera de comprender la experiencia propia no elude la responsabilidad. Es así que el hecho de haber tenido que disparar, presentado en el relato como un acto en defensa propia, es juzgado y asumido por ella misma desde una perspectiva en la cual la justificación contextual se desplaza para dar lugar a lo que ella llamará *culpa espantosa* que la acompaña hasta la actualidad y que la lleva a poner en palabras lo sucedido junto con detalles en apariencia innecesarios (su cumpleaños, la noticia del día siguiente o el hijo recién nacido). Hacerse cargo de las consecuencias no deseadas, pero ciertamente probables, de una acción irreversible establece un lugar desde el cual hablar, una iniciativa para la subjetividad.

El filósofo español Manuel Cruz insiste en la cuestión de la responsabilidad personal (diferenciándola de la noción de culpa)¹⁶ a la hora de pensar la relación entre las acciones de los sujetos y sus identidades. Plantea que la autonomía personal implica algo más que “valernos por nosotros mismos, equivale a sostener que tenemos cierto poder” (Cruz, 1999: 47). El término

culpa -con el que Adriana alude de modo espontáneo a su responsabilidad en la muerte del policía- encierra un sentido para la acción con el cual trasciende ampliamente la justificación que presenta cuando explica detalladamente lo sucedido. Porque si ella encuentra que se vio obligada a disparar a raíz de la reacción del agente y sitúa la causa del hecho en el machismo de quien fue en ese momento su víctima, en el punto de la evaluación asume plenamente la responsabilidad personal. Abandona incluso el nosotros reconociendo para sí una instancia de poder que la desplaza de su género en un movimiento que lo pone en evidencia por contraste.

Mientras Nora J. en su relato sobre el asalto al cuartel de Monte Chingolo y Clara S., en relación a su participación en la Compañía de Monte, exponen ya sea por exceso o por falta de detalles las dificultades en la producción de sentido, el testimonio de Adriana transmite un efecto de comprensión global. De los tres modos distintos de asumir el haber "estado allí", este último es el más radical y contundente; se sitúa en el presente de la enunciación y desde allí se hace cargo de la acción y de sus consecuencias. El final del relato -en el cual vuelve a señalar el dolor que le causa haber matado- es elocuente justamente porque al decir nuevamente no dice lo mismo. Es a la vez repetición y diferencia. Incluso cuando intenta cargar el hecho con la marca de la excepcionalidad (*es la única situación en la que yo disparé*) la reformulación que realiza inmediatamente insinúa que lo mismo hubiera podido suceder otras veces (*bueno, ¡que yo disparé no!, ¡que yo le causé la muerte alguien! Porque disparar, disparé en muchas ocasiones*). De esas otras no conoce el resultado o sabe que no tuvieron las mismas consecuencias, pero el reconocimiento titubeante de su existencia es fundamental a la hora de dar cuenta de sí misma. Otros son los límites y posibilidades que se pueden leer en los relatos de Clara y Nora, no porque elu-

dan el tema –de hecho no lo hacen– sino porque se acercan a él de un modo más evasivo que posibilita, como ya señalé, que la responsabilidad personal se subsuma en las decisiones o acciones del colectivo.

Estas tres fórmulas con sus gradaciones ponen en evidencia que los relatos *de sí* siempre son parciales y están acosados por lo que no se dice porque no se puede, porque no se quiere o simplemente porque no se sabe. “Dar cuenta de sí mismo” para usar la fórmula que propone Judith Butler (2009) implica enunciar los actos, exponer las razones, hacerse cargo de las consecuencias y también proporcionar alguna explicación acerca del *quién* de la acción. “Trato de comenzar, entonces, una historia sobre mí misma [...] Narro y me comprometo al narrar, doy cuenta de mí misma, ofrezco a otro una explicación en la forma de un relato que bien puede servir para resumir cómo y por qué soy”. Pero el “yo” que intenta narrarse fracasa, en tanto hay un núcleo irreductible a la narración que no puede explicar cómo ha llegado a ser eso que es, o a “contar esa historia en particular”. La narración de sí no se limita a comunicar hechos del propio pasado sino que reconstituye la propia identidad y es en ese sentido que se puede decir que hace más que contar, “produce un nuevo yo”, “tiene efectos performativos” (Butler, 2009: 95).

Estas militantes que cuentan su experiencia en las organizaciones armadas, en la medida en que enuncian el exacto momento en que se disponían a hacer un efectivo ejercicio de la violencia, reconstruyen su identidad –incluida la de género– sobre la base de una responsabilidad que sabe de sus límites y posibilidades.

Mi propio origen social me interrumpe, de modo que tengo que encontrar una manera de evaluar quién soy merced a la cual quede en claro que soy de la autoría de

lo que me precede y me excede, y que eso no me exime en absoluto de tener que dar cuenta de mí misma. Empero, esto significa que si me presento como si fuera capaz de reconstruir las normas por medio de las cuales se instaura y se mantiene mi condición de sujeto, rechazo la desorientación y la interrupción mismas de mi relato que la dimensión social de esas normas implica. Esto no quiere decir que no pueda hablar de tales asuntos; sólo significa que, al hacerlo, debo tener la precaución de entender los límites que condicionan todos y cada uno de esos actos. En este sentido, debo adoptar una postura crítica (Butler, 2009: 115).

Las identidades de género no son esencias pre dadas, el género es un hacer, que en su hacer constituye subjetivación y sujeción (Butler, 2001b). Al ocupar el lugar de agente, aun cuando no lo hicieran desde o en nombre de su género, las militantes trasgredieron las normas y los límites sostenidos en siglos de dominación patriarcal y constituyeron para sí una praxis. La filósofa feminista Françoise Collin señala en su lectura del concepto de praxis en Hannah Arendt que “la praxis debe distinguirse meticolosamente de la *poiesis*: la *poiesis* es la fabricación a partir de un modelo, mientras que la praxis es la constitución de lo que no tiene modelo, un ‘ir hacia’ lo que todavía no es, una iniciativa sin garantía” (2006: 13). Es decir, no se trata de poner en práctica un plan prefijado y anterior a la existencia de los sujetos, sino de pensar en una subjetividad que se forma en el marco de la acción. En este sentido, se puede señalar que el ejercicio de poder por parte de las militantes, aunque no se inscriba en una lógica de “liberación de la mujer”, implica praxis y como tal un proceso de subjetivación que las desplaza del lugar tradicional. Adicionalmente el ejercicio de la responsabilidad en el presente, en el

mismo sentido, implica también una praxis. En ambos casos la evidencia del género es perturbadora.

Notas

¹ El estatuto de trabajo doméstico y su relación con la división sexual del trabajo ha sido encarado muy tempranamente por el movimiento feminista y ha dado lugar a una vasta bibliografía especializada en los Estudios de Género. Entre otros muchos trabajos que abordan esta cuestión se puede consultar Benería (1984), Benería y Roldan (1992) e Hirata y Kergoat (1997).

² Memoria Abierta (2007). *Testimonio de Marta Álvarez*, Buenos Aires. Marta Álvarez (Buenos Aires, 1947) fue militante de Montoneros. En junio de 1976 la secuestró un grupo de tareas y fue llevada al centro clandestino de detención de la ESMA donde permaneció hasta 1979. Su pareja, quien fue secuestrado junto con ella, continúa desaparecido. En el momento del secuestro, estaba embarazada. Su hijo mayor nació en el Hospital Naval en el momento en que ella estaba ilegalmente detenida en la ESMA.

³ Teresa de Lauretis piensa el género como una representación que consiste en el conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos por variadas y complejas tecnologías sociales y discursos institucionales, de epistemología y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana (de Lauretis, 1996).

⁴ Memoria Abierta (2009). *Testimonio de Elena González Bazán*, Buenos Aires. Elena González Bazán (Buenos Aires, 1952) fue militante y dirigente sindical en el gremio Unión Personal Civil de la Nación durante los años setenta. En esa época participó activamente de la JTP. En los años ochenta continuó su militancia sindical en Bancarios.

⁵ Interesa mencionar que en el IV Congreso del PRT (1968) las posiciones en torno a cuál era el modo y el momento para dar inicio a la lucha armada llevaron a la ruptura del partido. En relación a eso, Luis Ortolani plantea que, en ocasión de ese congreso, ninguno de los grupos rechazaba explícitamente la toma de las armas sino que los puntos de debate eran acerca de la oportunidad, el momento y el lugar en que ésta se desarrollaría. No obstante esa supuesta coincidencia, este dirigente interpreta en las posiciones de la fracción liderada por Nahuel Moreno, ya en los meses previos a ese congreso, un desacuerdo solapado con la lucha armada. La dilación representa para Ortolani, incluso en la actualidad, una cuestión clave de la posición morenista, tanto como el intento de trasladar el inicio de lucha armada al exterior (a Bolivia). El partido creó finalmente el Ejército Revolucionario del Pueblo en su V Congreso que tuvo lugar en 1970. Memoria

Abierta (2010). *Testimonio de Luis Ortolani*, Rosario. Cfr. también Pittaluga (*id.*).

⁶ Memoria Abierta (2001). *Testimonio de María Rufina Gastón*, Buenos Aires. María Rufina Gastón (Córdoba, 1949) inició su militancia política a fines de los años sesenta en la zona de Tigre y San Fernando donde participaba de una agrupación de base de Montoneros. Aldo Ramírez, su esposo, era obrero de Astilleros Astarsa y había estado vinculado inicialmente al grupo peronista de derecha Comando de Organización hasta que, a comienzos de los años setenta, se integró a Montoneros. Está desaparecido desde septiembre de 1977.

⁷ Norma Arrostito nació en Buenos Aires, en 1940, tuvo una temprana militancia en la Federación Juvenil Comunista, luego en la Acción Revolucionaria Peronista para acercarse finalmente a *Cristianismo y Revolución*. Fue una de las fundadoras de la organización Montoneros cuya conducción nacional integró hasta 1975, después continuó militando hasta el momento de su secuestro por parte de un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, en diciembre de 1976. En ese momento, las fuerzas de seguridad emitieron un comunicado donde señalaron que había sido muerta en un enfrentamiento en la localidad de Lomas de Zamora. Sin embargo, según señalan testigos, fue mantenida con vida en la ESMA durante más de un año. Cfr. Gabriela Saidón (2005), Lucas Lanusse (2005) y con relación a su muerte en la ESMA, Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Susana Ramus*, Buenos Aires.

⁸ Ya el mismo enunciado “no tener hijos”, al apelar a algo que *no es* para explicar una condición personal, pone en evidencia que la figura arquetípica de la mujer está asociada a la maternidad. “No ser madre”, “no tener hijos” son las opciones discursivas disponibles para señalar una elección que es presentada como una falta y para la cual es difícil encontrar una formulación positiva. Las teorías feministas se han referido a esta cuestión en una extensa bibliografía entre la cual es necesario destacar el pionero *¿Existe el amor maternal?* de Elizabeth Badinter (1981).

⁹ Memoria Abierta (2003). *Testimonio de Liliانا Belloni*, Buenos Aires. Liliانا Belloni (Buenos Aires, 1948) es hija de la destacada militante de Montoneros Lili Massafferro y hermana de Manuel Eduardo Belloni, integrante de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), asesinado durante un enfrentamiento en la provincia de Buenos Aires en 1971 a los 23 años. Liliانا militó en Montoneros hasta que se exilió, en octubre de 1977. Vivió el primer año en Bolivia y luego en España hasta que regresó al país en 1984.

¹⁰ *Testimonio de Clara S.* (seudónimo). Clara (Córdoba, 1953) fue militante del PRT-ERP en la ciudad de Córdoba y en Tucumán en los años setenta.

¹¹ Varias familias numerosas de la ciudad de Córdoba –todas profundamente católicas y con una inserción comunitaria fuerte– constituyeron núcleos militantes en los cuales participaban hermanos, primos, amigos y en algunas ocasiones

padres y madres. En muchos testimonios se menciona que los lazos de amistad y afecto que los unían desde momentos anteriores al ingreso a las organizaciones armadas, tanto en Montoneros como en PRT-ERP, tuvieron un papel muy importante en las opciones políticas. En el mismo sentido, se puede señalar que las prácticas militantes excedieron en mucho lo estrictamente político y atravesaron todas las formas de afinidad (familiares, amorosas, de amistad), para constituir, así, verdaderos espacios de socialización que son recordados con afecto todavía en la actualidad.

¹² Nora J. es el seudónimo de una militante del PRT-ERP que entrevisté en el año 2001. Proviene de una familia politizada de comerciantes de la ciudad de Buenos Aires. Estudió Bellas Artes y desde allí se acercó a la militancia estudiantil y luego política. Militó en el PRT-ERP desde comienzos de los setenta hasta que en el año 1976 quedó desvinculada de sus compañeros y decidió esconderse. En el momento de la entrevista, solamente había hablado sobre su experiencia militante en círculos muy restringidos, por esa razón prefirió no aparecer con su nombre. Posteriormente, Nora ha relatado su historia de militancia en diferentes ocasiones y ha sido entrevistada por Gustavo Plis Sterenberg para su libro *Monte Chingolo, la mayor batalla de la guerrilla argentina* (2003).

¹³ *Testimonio de Adriana G.* (seudónimo). Adriana G. (Buenos Aires, 1951) militó en Montoneros. Estuvo detenida en 1975 en el Penal de Devoto y en Coordinación Federal, una vez liberada continuó militando.

¹⁴ La expresión es del filósofo inglés John L. Austin (1982) quien elaboró en los años cincuenta la teoría de los actos de habla. En ella propuso que hablar no es solamente "informar" sino también "realizar". Cfr. también García Negróni y Tordesillas Colado (2001).

¹⁵ Según J. Austin para que una acción sea efectivamente realizativa se requiere de ciertas condiciones de "felicidad" tales como: respetar las reglas de un procedimiento convencional, las personas tienen que ser las adecuadas y comportarse de las maneras requeridas, el procedimiento debe observarse correcta y completamente y el interlocutor tiene que comprender qué intenta hacer el hablante al decir lo que dice.

¹⁶ Para una discusión extensa sobre el problema de la responsabilidad, cfr. Cruz (1995 y 1999) y Ricœur (2000). El uso del término en los debates públicos acerca de la violencia política en Argentina tiene antecedentes, pero ha visto una notable expansión a partir del debate conocido como *No matar*.

Epílogo

Las organizaciones político-militares peronistas y el PRT-ERP asumieron con diferentes niveles y grados de intensidad estrategias destinadas a cimentar la subjetividad de sus militantes. Convencidos de que el camino que recorrían llevaría a una sociedad liberada de la opresión y que los cambios eran inevitables, se dispusieron a trabajar en ese sentido, ocupándose de la vida política y social tanto como de modelarse a sí mismos. El escenario en el cual se inscribió la militancia en las organizaciones político-militares, que tuvo también una escala transnacional, proponía modos disruptivos de vivir tanto las relaciones personales como la política, con nuevas ideas acerca de la vida privada, la cultura y también las relaciones entre los sexos.

La presencia extendida de mujeres en las organizaciones político-militares añadió una preocupación adicional. Integrarlas, convocarlas y establecer los términos para su participación, fueron cuestiones que estuvieron presentes en los discursos de las organizaciones y, si bien no constituyeron un elemento central de los programas, fueron aplicadas y sostenidas con sistematicidad. La lectura que realicé indaga en esos aspectos que ocupan un lugar marginal en los discursos de las organizaciones. La búsqueda en la prensa y en otros documentos de Montoneros y del PRT-ERP de materiales específicos donde localizar un pensamiento, una doctrina o unas indicaciones acerca de estos problemas arroja un resultado limitado, pero que sin embargo alcanza para dimensionar la importancia que le otorgaron tanto como los posicionamientos tensos y en ocasiones contradictorios.

En el caso del PRT-ERP el cuidado en hacer que las mujeres se incorporen a sus filas se relacionó con la determinación de hacer de cada "ciudadano un combatiente" y con la idea de que éstas podrían cumplir un papel apoyando la militancia en tareas de re-taguardia; y además con una fuerte preocupación por el carácter conservador, individualista y con escasa conciencia de clase que les atribuían y que, temían, resultaría un obstáculo latente para la militancia de sus compañeros, especialmente en los sectores obreros.

El mandato de la proletarización, que se relacionaba con las definiciones acerca de la moral revolucionaria, la familia y la crianza de los hijos para la revolución, tuvo a las mujeres como un objeto privilegiado. La importancia dada a la construcción de la "familia revolucionaria", que en su estructura retiene atributos de la familia burguesa, puso a las mujeres en una situación paradójica, al ser llamadas a participar de la revolución pero desde una posición asociada a funciones femeninas tradicionales (cuidar, cocinar, apoyar la militancia de los compañeros). Confrontados con una militancia femenina que se extendía en todos los frentes y que asumía nuevas posiciones, entre ellas la lucha armada, esos atributos se fueron modificando aunque nunca perdieron su capacidad de delimitar y definir a las mujeres en su feminidad. La imagen de la guerrillera del monte tucumano, descrita de manera recurrente en *Estrella Roja* presenta un extremo de esta configuración.

Los discursos del PRT-ERP que se refieren a las mujeres se esfuerzan en definir las: atrasadas ideológicamente, anticomunistas e individualistas; cuidadoras y reproductoras (tal como las definiciones burguesas) o ninfas guerreras, siempre se encontraban unificadas a partir de determinados rasgos físicos o morales. En ese sentido, las mujeres constituyeron un particular que dio lugar a que el partido (en tanto encarnación del sujeto neutro y

masculino, no dotado de atributos concretos sino generales) se afirme a sí mismo como vanguardia. La lectura de la prensa y los documentos muestra los modos discursivos de traducir el imaginario de una diferencia de género que inquieta y lleva a atribuir a las mujeres una serie de características específicas, atributos del género femenino. Sin embargo, las mujeres militantes excedieron también esa posición. Los constantes corrimientos en el modo en que las describen –que parecen ir mutando de acuerdo al lugar donde ellas estén– dejan entrever pequeñas fisuras a través de las cuales se vislumbran las nuevas posiciones de género.

En el caso de las organizaciones armadas peronistas, el modelo de militancia femenina tuvo un referente ineludible en la figura de Eva Perón. Como en el PRT-ERP, en las primeras acciones de Montoneros y de las FAP también participaron mujeres, pero la preocupación concreta acerca de cómo éstas se integrarían se vislumbra claramente recién en el momento en que la estrategia de la izquierda peronista se concentró en el trabajo político legal. Fue entonces que la rama femenina, uno de los pilares del movimiento peronista que había sido descuidada por Montoneros en sus primeros años, tomó importancia.

Como he señalado, el procedimiento de destacar determinadas características para definir a un sujeto, independientemente de cuán adecuadas éstas sean, establece una distancia entre el sujeto que define y el que es definido y coloca a este último en posición de objeto (Spivak, 2003).

El perfil del/la militante

En el *Manual de Instrucciones de las Militancias Montoneras*, se establece que “Un militante revolucionario lo es en todos y cada uno de los actos de su vida” (1975: 92). Considerada en sí mis-

ma, la frase condensa un sentido inequívoco (se es militante en cada acto y circunstancia, por lo tanto la vida toda está determinada por la pertenencia a la organización), que se ve reforzado por el contexto en que se la enuncia: el capítulo referido a las actitudes que los militantes deben tener en caso de ser detenidos. El *Manual* dedica muchas páginas a advertir el modo en que actuaban las fuerzas de seguridad y da indicaciones acerca del deber de soportar los interrogatorios y la tortura que tenían los militantes. La detención, "la caída en manos del enemigo", como posibilidad real, debería ser tomada con una actitud militante y aceptada como parte de las circunstancias que acompañaban en ese tiempo la actividad revolucionaria. También explica la forma de resistir e insiste en que la moral revolucionaria, las convicciones, la fe en el pueblo y la certeza en el triunfo final de la revolución serían elementos claves para hacerlo. Tanto como el combate cerrado contra el individualismo. Porque como señala el documento entre los requisitos para ser miliciano resultaban fundamentales los de índole ideológica, la honestidad, la solidaridad y de vital importancia "modificar o criticar toda desviación individualista suya o de cualquier otro compañero". Por otro lado, ese ser militante en cada acto de la vida, al punto de que hasta soportar la tortura podía y debía tomarse como una forma de asumir plenamente la militancia, también se deja leer en relación a la vida familiar y afectiva.

Tal es el caso del documento "Moral y proletarización" donde queda en evidencia el marcado interés por incluir temas como la familia y las relaciones afectivas en las indicaciones acerca de las tareas revolucionarias. De hecho, el apartado "Autocrítica" con el que cierra el documento está enteramente dedicado a las relaciones de pareja y a los problemas que podrían generarse en caso de que los y las militantes no combatieran también contra la moral burguesa. La posición de los sujetos que tienen la tarea de

constituirse en revolucionarios y construir el partido que los exprese es considerada como una pieza central y abordada a través de un discurso prescriptivo que toma los militantes como objetos de una pedagogía basada en las nociones generalmente aceptadas de masculinidad y femineidad.

Cuerpos que importan

Extraer de los cuerpos todo lo que estos puedan dar, constituyó la consigna para aquellos varones y mujeres que estuvieran dispuestos a entregar su vida por la causa revolucionaria. Sin embargo, lo extremo de la exigencia tiene diferencias ya sea que se trate de cuerpos femeninos o masculinos, y los discursos de las organizaciones no son ajenos a esta disparidad. Ciertamente en el marco de la lucha revolucionaria ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria más, que debía ser llevada a cabo sin descuidar todas las otras, pero la maternidad es una práctica social en la cual las mujeres tienen una tarea indelegable: el embarazo y el parto, por lo menos. No se trata de una oposición banal o simplificadora respecto de una posición masculina o femenina, ni de responder a un supuesto patrón de género, pero el dilema entre cuerpo e identidad se hace presente repetidamente en los testimonios actuales de mujeres militantes que he analizado en este trabajo.

Mujeres embarazadas, madres recientes, madres de niños pequeños participaron activamente en distintas militancias, incluidas las acciones armadas. Como reza "Moral y proletarización", la promesa de la sociedad futura valía que se corran todos los peligros, compensa todos los sacrificios:

Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus ries-

gos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado [...] es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. (MyP, 1972: 3)

La estetización de la violencia presente en la descripción de la madre vietnamita se conjuga con una subjetivación donde el compromiso con la revolución implica el borramiento de sí en el colectivo. O como señala *Evita Montonera* al referirse a la muerte en combate de Andrés Osatinsky ocurrida en marzo de 1976, la edificación de la sociedad nueva implica también una nueva familia.

Sin embargo, los ejércitos que crearon estas organizaciones no se adaptaban al modelo que consiste en ejecutar con precisión reglamentos y planes militares. Los testimonios de la militancia dan cuenta de los desvíos en relación a lo que sería efectivamente un ejército, muestran los modos en que el programa revolucionario y la instrucción militar eran subvertidos por el mismo modo en que los sujetos se integraban a la militancia; esto es, implicando en ella todos los aspectos de la vida.

Con la multiplicación de relatos de la militancia que se produjo en las últimas dos décadas, creció también la presencia de voces femeninas y con ellas la aparición de narraciones que da cuenta de cómo funcionaba la relación entre la vida personal y la política. Ayudan a comprender la cotidianeidad militante y explican cómo se insertaron las mujeres en el espacio político singular de las organizaciones político-militares.

La mayoría de los testimonios presentan un modo de asumir la militancia en el cual aquellos valores asociados tradicionalmente a la socialización de las mujeres y que implican estar

atentas y dispuestas a ciertas actividades antes que a otras, se interrelacionan con las prácticas militantes. Y éstas, a su vez, están influenciadas por el modo en que las organizaciones armadas concibieron las relaciones entre los géneros. Se apropian de la militancia conjuntamente con las prácticas femeninas tradicionales, produciendo una identidad fragmentaria y dividida.

Dar cuenta de sí

He señalado que en ese escenario complejo, las formas femeninas de la militancia en las organizaciones armadas constituyeron un exceso en relación a distintos modelos de mujer, pero también a lo que las organizaciones mismas podían contener. Con sus acciones las militantes pusieron en cuestión el sentido común de lo que *puede hacer* una mujer y en el mismo movimiento cuestionaron lo que *es ser* una mujer. Teresa de Lauretis (1996) señala que representarse como varón o mujer implica asumir la totalidad de los efectos de esos significados, a la vez que subraya que esas representaciones son parte central del proceso -continuo y situado en una infinidad de lugares sociales y discursos institucionales- mediante el cual el género se construye. Y las militantes, con sus prácticas que las situaban alternativamente en diversas posiciones, contribuyeron a desestabilizar el género respecto de sus caracteres normativos.

En los testimonios, en el acto de narrarse, se pone en evidencia que los relatos *de sí* siempre son parciales y, en el proceso de dar cuenta de lo que fueron esos años, surge la cuestión de la responsabilidad por las propias acciones. En este punto, han resultado fundamentales por un lado, las definiciones de Paul Ricœur referidas a la cuestión de la identidad y las de Giorgio Agamben acerca del estatuto del testimonio. Desde la articula-

ción de ambas perspectivas surge la consideración de que el testimonio puede contener formas de argumentación acerca de las propias acciones que habilitan los desplazamientos subjetivos, la aparición de sentimientos, contradicciones y en consecuencia posibilita asumir responsabilidades. Por otro lado, el planteo que hace Judith Butler (2009) acerca de la responsabilidad personal. "Dar cuenta de sí mismo" implica enunciar los actos, exponer las razones, hacerse cargo de las consecuencias y dar algunas explicaciones acerca de quién es (o quién fue) el sujeto de acción. Como ya he señalado, pero conviene repetir, al contar una historia sobre hechos que protagonizó, al ofrecer una explicación, el sujeto que narra da cuenta de sí mismo. Pero el "yo" que intenta narrarse fracasa, en tanto hay un núcleo irreductible a la narración que no puede explicar cómo ha llegado a ser eso que es, o a "contar esa historia en particular". La narración de sí, que no se limita a comunicar hechos del propio pasado, reconstituye la propia identidad y es en ese sentido que se puede decir que hace más que contar, "produce un nuevo yo", "tiene efectos performativos" (Butler, 2009: 95).

Como ya señalé, desde la perspectiva aquí adoptada las identidades de género no constituyen esencias pre-otorgadas, el género es un hacer, que en su hacer produce subjetivación y sujeción (Butler, 2001b). En este punto, es necesario agregar que, al ocupar el lugar de *agente*, aun cuando no lo hicieran desde o en nombre de su género, las militantes transgredieron las normas y los límites sostenidos en siglos de dominación patriarcal y constituyeron para sí una praxis. La filósofa feminista Françoise Collin señala en su lectura del concepto de praxis en Hannah Arendt que "la praxis debe distinguirse meticulosamente de la *poiesis*: la *poiesis* es la fabricación a partir de un modelo, mientras que la praxis es la constitución de lo que no tiene modelo, un "ir hacia" lo que todavía no es, una iniciativa sin garantía" (2006: 13). Es decir,

no se trata de poner en práctica un plan prefijado y anterior a la existencia de los sujetos, sino de pensar en una subjetividad que se forma en el marco de la acción. En este sentido, se puede señalar que el ejercicio de poder por parte de las militantes, aunque no se inscriba en una lógica de "liberación de la mujer", implica praxis y como tal un proceso de subjetivación que las desplaza del lugar tradicional. En el mismo sentido, el ejercicio de la responsabilidad en el presente implica además también una praxis. En ambos casos la evidencia del género es perturbadora.

La figura de la guerrillera –que, aunque está presente en los inicios de las acciones armadas urbanas a través de Norma Arrostito, toma cuerpo definitivo a medida que las prácticas de las organizaciones se militarizan– aparece en un lugar desplazado en relación a lo que se esperaba de una mujer, ya sea operando un arma, planificando una operación, en la clandestinidad o robando un auto. Actúa el género femenino dándole un sentido nuevo en tanto deshace la coherencia que se espera de un género en el punto crucial del espacio público.

La militarización de la política de las organizaciones, como ya he señalado, se sobre impuso a otras formas de la militancia. "Podías ser muy brillante en la evaluación política. Podías ser un tipo (*sic*) que tuviese muy claro la división del poder y podías discutir y qué sé yo... Pero si no tenías un adiestramiento militar, un jugarse en una operación, una actividad militar, una aceptación de la actividad militar era difícil que fueses considerado [para ocupar cargos de responsabilidad]", dice Marta Álvarez con relación a Montoneros. Especialmente a partir del año 1974, con el recrudecimiento de la represión estatal y paraestatal, incluso la militancia en los grupos de base tenía componentes militares.

En muchos testimonios la creciente militarización de las prácticas políticas aparece ejemplificada a partir de las transformacio-

nes que se producen en un tipo de acción muy simple como es realizar una pintada. "Hacer una pintada se transformaba en una operación militar", dice, refiriéndose a Córdoba, Clara S. "Pintando te podían matar como si hubieses ido a secuestrar a cualquiera, era una operación militar", dice Cristina Aldini. "Y muchas veces hubo gente que se negó a participar de una pintada porque sabía el riesgo que se corría y eso incidió siempre en la evaluación para un cargo. La actitud, el compromiso y la iniciativa militar eran muy valorados en la organización", continúa Álvarez. Las guerrilleras eran entonces todas las militantes, en el esfuerzo de las organizaciones por construir sujetos revolucionarios que además entreguen a la causa revolucionaria no sólo la propia vida sino una generación nueva, la de los hijos de los revolucionarios. Como dice Rufina Gastón en el fragmento citado, "las parejas tenían que estar parejas", mientras que la familia era la familia revolucionaria (Sanguinetti) y los militantes, al ser parte del pueblo, deberían tener hijos como cualquiera (Iturraspe).

En esa línea, las organizaciones crearon ejércitos desviados de lo que se espera de una máquina de guerra, cuyos integrantes, también desviados, estaban movidos por el deseo antes que por el deber. Ejércitos formados por hombres jóvenes, la mayoría sin entrenamiento militar y por mujeres, algunas embarazadas, madres y padres de niños pequeños que se lanzaron al mundo viril de la acción impulsados por el deseo. Construyeron parejas y familias, vivieron en casas operativas borrando las fronteras entre el adentro y el afuera, el hogar que idearon asumió formas distintas de aquellas que lo imaginaban como el refugio de quien volvía de la batalla.

La incorporación de las mujeres a la militancia en las organizaciones armadas pone en cuestión el sentido común de lo puede hacer una mujer y lo que es ser una mujer. Pero a la vez los discursos de las organizaciones muestran narraciones que cons-

tituyen "tecnologías de género", reproductoras, en cierta medida, de aspectos de la desigualdad sexista. Estas tecnologías operaron mediante mecanismos propios de los discursos institucionales con poder para controlar el campo de significación social y entonces producir, promover e implantar representaciones de género. Sin embargo, como ya dije, pero conviene reiterar, las militantes con sus prácticas (armadas, militarizadas, proletarizadas) atravesaron diversas posiciones contribuyendo a vaciar el género de caracteres universales, fundantes y normativos. Y es que "los términos de una reconstrucción diferente de género también subsisten en los márgenes de los discursos hegemónicos" (de Lauretis, 1996: 25).

La revolución deseada por quienes militaron en las organizaciones armadas se reveló tímida, limitada y problemática (en lo que hace a las relaciones de género pero no solamente) en el mismo momento en que se jugaba su destino. La experiencia que las mujeres hicieron en esos ámbitos implicó, sin embargo, un modo de alterar el género aunque el tiempo, los resultados y las lecturas críticas que de ella se han hecho la mostraron inadecuada en ese punto. Inscriptas en una época donde las transformaciones propias de la modernización de la sociedad argentina se sumaban a un feminismo incipiente que no terminaba de decir su nombre, las militantes protagonizaron el conflicto de género de un modo excéntrico. La asunción de la violencia como método las excedió porque fue parte de las condiciones de la época, pero también las atravesó. Pusieron en cuestión el estatuto cultural de inferioridad física femenina a través de prácticas corporales que lo desafían (entonces y ahora); plantearon que la política les compete; discutieron en pie de igualdad hacia el interior de las organizaciones y en un espacio público que todavía las desconocía. Hacerse cargo de lo que hicieron y dar cuenta de sí mismas en lo que quisieron e imaginaron, en la acción y en sus consecuencias

es parte de una construcción del género que se desplaza de la posición subordinada, se pone en acto y pasa a ser otra cosa, a estar en un lugar distinto que desborda el dispositivo jerarquizado de los espacios femeninos y masculinos.

Algunas interrogaciones que no provienen del relato principal, sino desde espacios como el género o la generación, interrumpen la repetición porque se permiten ir más allá de las versiones establecidas. Dan lugar a la aparición de subjetividades que a la vez que retienen los atributos del pasado, asumen nuevas posiciones. Pueden entonces hacerse cargo, dar cuenta de sí.

Agradecimientos

Este texto es una versión de mi tesis de doctorado cuya escritura atravesó más de una década multiplicando las deudas de gratitud. Me disculpo entonces por alguna imperdonable omisión.

A la Universidad de Buenos Aires que me benefició con una beca de investigación entre los años 2002 y 2005.

A Ana Amado, directora en el doctorado pero sobre todo lectora aguda y amiga, quien con compromiso profesional y personal me acompañó desde el comienzo. A ella debo en parte que la escritura de la tesis llegue a término. A Leonor Arfuch, consejera en el doctorado, por su confianza. A Nora Domínguez, Daniel Lvovich y Mariano Mestman quienes integraron el jurado.

A Elizabeth Jelin por su apoyo a lo largo de estos años y por animar distintos espacios de discusión franca y abierta. A ella y a quienes formaron parte del programa sobre *Memoria colectiva* del Social Science Research Council, en el cual tuve una beca en 2001, estoy especialmente agradecida. También a la memoria de Carlos Iván Degregori.

El Archivo Oral de Memoria Abierta, que coordino desde el año 2005, ha resultado una fuente inagotable de relatos para esta investigación. A quienes hacen diariamente ese programa y a quienes dieron su testimonio se debe una parte esencial de este trabajo, que sería mucho más pobre sin ese sustento. A Silvina Segundo, quien con su compromiso e inteligencia le imprimió al Archivo Oral un sello perdurable. A mis compañeros y compañeras de Memoria Abierta, por todos estos años de trabajo com-

partido y por el afecto y el oído atento en la última etapa de la escritura.

A Claudia Bacci, amiga, compañera y paciente lectora, por su interés, sus opiniones agudas, su ayuda invaluable y el aliento cotidiano.

Las versiones de los capítulos de la tesis y luego de este libro han tenido múltiples lectores y lectoras: Nora Domínguez, Susana Kaufman, Jorge Cernadas, Mariela Peller, July Chaneton, Claudia Feld, Isabella Cosse y Laura Lenci. Susana Skura me ha señalado además varios de los testimonios que dan cuerpo a este trabajo. Todos ellos fueron de una gran generosidad marcando virtudes y problemas, prestándome referencias y libros. Intenté estar a la altura de todas las sugerencias, no sé cuán exitosamente.

A Florencia Rodríguez por su auxilio.

A Margarita Roncarolo quien me guió precisa y afectuosamente en el pasaje de tesis a libro.

A Juan Suriano por confiar en este libro.

Quiero agradecer a los y las integrantes del proyecto de investigación que dirige Ana Amado, en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, por las lecturas y las discusiones desafiantes. A quienes formaron parte en Francia y Argentina del proyecto de investigación sobre *La generación militante de los años '60 y '70 en Argentina y en Francia* y a los compañeros de México, Córdoba y Buenos Aires del proyecto *Democracia, comunicación y sujetos de la política*. A los y las integrantes del Núcleo de Estudios sobre Memoria del IDES con quienes discutí algunos tramos de este texto.

A la BDIC y al Cedinci y a los sitios Web Ruinas Digitales y El Topo Blindado donde encontré invaluable documentos del pasado reciente argentino.

A mis colegas de la cátedra Identidades, discursos sociales y tecnologías de género de la Facultad de Ciencias Sociales: Paula

Aguilar, Claudia Bacci, Laura Fernández Cordero, Joaquín Insausti, Mariela Peller y Nayla Vacarezza. A ellos les debo una ayuda fundamental en horas de trabajo en los momentos más difíciles de la escritura.

A Silvia Chejter, con quien asomé a la vida académica, a la investigación y a una cantidad de lecturas feministas en tiempos de circulación escasa de materiales.

A mis estudiantes de la Carrera de Sociología, del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, de las Maestrías de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad Nacional de General Sarmiento con quienes he discutido algunas de las ideas que expongo en este libro.

A mis queridas amigas con las cuales compartimos los años de estudio en la Carrera de Sociología, Mariana Luzzi, Carla del Cueto, Marina Becerra y Silvina Ramos, por todos estos años de complicidades y risas.

A María Celia Labandeira y July Chaneton por haberme dado el honor de escribir conmigo los primeros trabajos que publiqué.

A la memoria de María Laura Santinelli, por señalarme el placer de la escritura.

A Ana Rothman por la palabra precisa.

A mi madre Hilda Tomasetig por abrirme todas las posibilidades. Mi hermano Luis, Diana Tomasetig, Hilda y Sergio Pittaluga estuvieron siempre cerca; también Roberto Pittaluga (padre), a su memoria. El cariño y aliento de mis amigos y amigas resultó un apoyo incondicional y necesario.

Entre mis afectos más cercanos hay dos personas que no pudieron acompañarme hasta este punto, mi padre Héctor Ober-ti y mi abuela Emma Previde Prato. Los extraño cada día.

He tenido la inmensa fortuna de tener a mi lado a Roberto Pittaluga en cada una de las etapas de este trabajo, desde el primer momento, cuando en 1999 me sugirió que la relación en-

tre las mujeres y la política, que tanto me preocupaba, se podía mirar en la militancia de las organizaciones político-militares. Reconozco su inteligencia en muchas de las ideas que asoman en estas páginas, además de lecturas y correcciones. Sin embargo, la gratitud por su colaboración no se compara con la celebración de la vida compartida. A él y a Camila por la paciencia y el amor en ese espacio que gracias a ambos es de felicidad está dedicado este libro.

Testimonios, documentos y bibliografía

Testimonios

*Testimonios citados**

Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Alicia Sanguinetti*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Cristina Aldini*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de María del Socorro Alonso*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de María Rufina Gastón*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Norma Osnajansky*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Susana Ramus*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Virginia Croatto*. Buenos Aires.

Memoria Abierta (2002). *Testimonio de Cristina Muro*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Fátima Cabrera*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de María Cristina Pinal*. Buenos Aires.

Memoria Abierta (2003). *Testimonio de Liliana Belloni*. Buenos Aires.

Memoria Abierta (2005). *Testimonio de Susana Brardinelli*. Buenos Aires.

Memoria Abierta (2007). *Testimonio de Alicia Ruszkowski*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Marta Álvarez*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Susana Muñoz*. Mendoza.

Memoria Abierta (2008). *Testimonio de Graciela Iturraspe*. Mar del Plata.

Memoria Abierta (2009). *Testimonio de Carlos Ortiz*. Córdoba.

———. *Testimonio de Elena González Bazán*. Buenos Aires.

———. *Testimonio de Susana Sanz*. Buenos Aires.

* Los testimonios señalados con un asterisco son aquellos en los cuales ha sido preservado el nombre de la entrevistada.

- Memoria Abierta (2010). *Testimonio de Cristina Fejóo*, Buenos Aires.
 ———. *Testimonio de Luis Ortolani*. Rosario.
 ———. *Testimonio de Oscar Vázquez*. Buenos Aires.
 ———. *Testimonio de Susana Ure*. La Plata.
 Ciollaro, Noemí (1999). *Testimonio de María del Socorro Alonso*. Buenos Aires.
 Diana, Marta (1996). *Testimonio de Frida*. Buenos Aires.*
Testimonio de Adriana G. (2010). Buenos Aires.*
Testimonio de Clara S. (2008). Buenos Aires.*
Testimonio de Nora J. (2002). Buenos Aires.*
Testimonio de Sandra T. (2010). Buenos Aires.*

Publicaciones periódicas y documentos

Archivos consultados

- BDIC (Bibliothèque de documentation internationale contemporaine),
 Nanterre -Francia. (www.bdic.fr)
 CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de
 Izquierdas). (www.CeDInCI.org)
 Colecciones personales y Archivo Oral, Memoria Abierta. (www.memoriaabierta.org.ar)
 Repositorios Digitales El Topo Blindado y Ruinas Digitales.

Publicaciones periódicas consultadas

- Cristianismo y Revolución*. Buenos Aires, Juan García Elorrio (dir.): 1966-
 1971, n.º 1-30. Edición facsimilar publicada por CeDInCI (2003).
 Disponible en: www.ruinasdigitales.com y en www.elortiba.org
El Combatiente. Órgano oficial del Partido Revolucionario de los Trabajadores por la Revolución Obrera, Latinoamericana y Socialista. Buenos

- Aires, Partido Revolucionario de los Trabajadores (Editorial): 1968-1980, 1ª época: 1-275) Edición facsimilar publicada en Daniel de Santis (2010), algunos números están también disponibles Archivo CeDInCI y en www.elortiba.org
- El Descamisado*. Buenos Aires, Dardo Cabo y Ricardo Grassi (dirs.): mayo de 1973-abril de 1974, n.º 1-47. Disponible en: Archivo CeDInCI, www.ruinasdigitales.com y en www.elortiba.org
- El Peronista para la Liberación Nacional*. Buenos Aires, Miguel Lizaso (dir.): 1974: n.º 1-6. Disponible en: www.ruinasdigitales.com
- Estrella Roja. Órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)*. Buenos Aires, Pedro Luis Cazes Camarero (dir.): 1970-1977, n.º s/d. Edición facsimilar publicada en Daniel de Santis (2010).
- Evita Montonera*. Buenos Aires, Partido Montonero (Editorial): 1975-1979, n.º 1-25. Edición facsimilar publicada por la revista *Lucha Armada en la Argentina* (2009). Disponible en: BDIC, www.ruinasdigitales.com y en www.elortiba.org
- La Causa Peronista*. Buenos Aires, Rodolfo Galimberti (dir.), julio-septiembre de 1974: n.º 1-9. Disponible en: www.ruinasdigitales.com
- Noticias*. Buenos Aires, Miguel Bonasso (Director): 1973-1974, 1-266.
- Nuevo Hombre*. Buenos Aires, Enrique Walker, Silvio Frondizi y Rodolfo Mattarollo (dirs., 1ª época), Manuel Gaggero (dir., 2ª época): 1971-1974, n.º 1-70; 1975-1976, n.º 1-10. Edición facsimilar publicada en Daniel de Santis (2010).

Compilaciones de documentos

- Baschetti, Roberto (1995). *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*. La Plata: De la campana.
- (1996, 1999). *Documentos 1973-1976*. La Plata: De la campana. 2 vols. (vol. I: *De Cámpora a la ruptura*; vol. II: *De la ruptura al golpe*).

- (1997). *Documentos de la Resistencia Peronista, 1955-1970*. La Plata: De la Campana.
- De Santis, Daniel (comp.) (1998, 2000, 2004/2005). *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*. 3 vols. Buenos Aires: Eudeba.
- De Santis, Daniel (2010). *Archivo documental del PRT-ERP*. Edición en DVD anexada a *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Temperley: Estación Finlandia.

Documentos y artículos de prensa partidaria citados

FAP

Reportaje a las FAP. [1970], en *Cristianismo y Revolución*, 25.

PRT-ERP

- ERP-Comité Militar Nacional, [1973], *Porque [sic] el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora*.
- ERP. [1973, Abril]. *Boletín Interno* n.º 41.
- [1974, Abril]. *Boletín Interno* n.º 57. Citado en ERP [1974]. *Boletín Interno* n.º 64.
- [1974, Julio]. *Boletín Interno* n.º 64.
- [1975, Julio]. *Boletín Interno* n.º 95.
- [1975, Diciembre]. *Boletín Interno* n.º 98.
- [1972, Agosto]. *Programa del Ejército Revolucionario del Pueblo. Volante*.
- Ortolani, Luis. [1972]. "Moral y proletarización". Reproducido en *Políticas de la Memoria* n.º 5, (2004/5) Buenos Aires, verano. [Originalmente publicado con el seudónimo Luis Parra en *La gaviota blindada*, n.º 0, Rawson]
- PRT. [1972]. *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo posteriores*. Buenos Aires: Ediciones El Combatiente.

- "Carta de nuestras compañeras desde las cárceles de Córdoba" (Cárcel del Buen Pastor) [1971, 1º de abril], en *Estrella Roja*, 1.
- "Carta de las Compañeras Liberadas en Córdoba" [1974, 4 de julio], en *Estrella Roja*, 4.
- "De cada ciudadano un combatiente. Formemos los comandos de apoyo al ERP" [1974, diciembre], en *Estrella Roja*, 9.
- Suplemento: "La vida en el monte". [1974, 10 de abril], en *Estrella Roja*, 32.
- "Carta a un compañero preso". [1974, 23 de diciembre], en *Estrella Roja*, 46.
- "Parte de guerra". [1974, 5 de agosto], en *Estrella Roja*, 37.
- "Las compañeras en la guerrilla". [1975, 1º de diciembre], en *Estrella Roja*, 65.
- "La vida en el Monte. Carta de una compañera a sus padres" [1975, 15 de diciembre], en *Estrella Roja*, 66.
- "La vida en el Monte. Los campamentos" [1975, 15 de diciembre], en *Estrella Roja*, 66.
- "El papel de la mujer en la revolución" [1976, 3 de marzo], en *El Combatiente*, 157.
- "El papel de la familia en el socialismo" [1976, 6 de agosto], en *El Combatiente*, 177.
- "Conferencia del Camarada LeDuan" [1976, 24 de noviembre], en *El Combatiente*, 243.
- "Conferencia del Camarada LeDuan", Segunda parte [1976, 8 de diciembre], en *El Combatiente*, 245.

Montoneros

- Montoneros. [1971]. *Montoneros. Línea político-militar*, en Roberto Baschetti (1995).
- Montoneros. [1971]. *Memoria del año 1971*, en Roberto Baschetti (1995).
- Montoneros. [1972]. "Disposiciones sobre la justicia penal revolucionaria". (S/D).

- Montoneros. [1974]. *Reencauzar el Movimiento Peronista como eje de la liberación. Reconstruir el Frente bajo la hegemonía de los trabajadores. Recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón.*
- Montoneros-Consejo Nacional. [1975]. Código de justicia penal revolucionario, en *Lucha Armada*, 8 (2007). Buenos Aires.
- Montoneros. [1975 y versión revisada en 1977]. *Manual de instrucciones de las milicias montoneras.* S/D.
- "La Juventud Peronista llegó hasta Perón. Se rompió el cerco del brujo López Rega" [1973, 24 de julio], en *El Descamisado*, 10.
- Suplemento especial sobre Evita. [1973, 24 de julio], en *El Descamisado*, 10.
- "Con una propuesta para reorganizar la rama juvenil toma la iniciativa" [1973, 26 de septiembre], en *El Descamisado*, 19.
- Folleto de presentación de la Agrupación Evita [1973, 26 de septiembre], en *El Descamisado*, 19. (Archivo CeDInCI)
- "Mujeres son las nuestras, mujeres peronistas, las demás están de muestra" [1973, 26 de noviembre], en *El Descamisado*, 25.
- "El pueblo la envolvió con un abrazo montonero" [circa 1974, marzo], en *El Descamisado*, edición extra.
- "Que no nos ocurra como en 1955" [1974, 12 de febrero], en *El Descamisado*, 39.
- "Las batallas de Evita" [1974, 21 de mayo], en *El Peronista para la Liberación Nacional*, 5.
- "A la cabeza de los descamisados" [1974, 21 de mayo], en *El Peronista para la Liberación Nacional*, 5.
- "Mi día maravilloso" [1974, 21 de mayo], en *El Peronista para la Liberación Nacional*, 5.
- "Los fortines montoneros" [1975, agosto], en *Evita Montonera*, 6.
- "Carta de un villero preso a su compañera" [1975, noviembre], en *Evita Montonera*, 9.
- "Juicio revolucionario a Roberto Quieto" [1976, febrero-marzo], en *Evita Montonera*, 12.
- "Un Montonero no se entrega" [1976, abril-mayo], en *Evita Montonera*, 13.

Bibliografía

Roqué, María Inés (guión y dir.). (2000). *Papá Iván* (Documental, 56 min.). Argentina-México: Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC).

Artículos en revistas académicas o político-culturales y actas de eventos académicos

Aguilar, Paula; Bacci, Claudia; Insausti, Joaquín; Fernández Cordero, Laura; Gasparín, Florencia; Guembe, María Laura; Oberti, Alejandra; Peller, Mariela y Vacarezza, Nayla (2009). "El análisis de los discursos sociales. Más allá y más acá de la crítica a la referencialidad", en *Revista Question*, 22. La Plata. (URL: <http://www.perio.unlp.edu.ar/question>, acceso 26/12/2010]

Amado, Ana (dic. 2006). "El desorden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro", en *Mora*, 12. Buenos Aires.

Authier-Revuz, Jacqueline (1984). "Hétérogénéité(s) énoncitive(s)", en *Langages*, 73. [La versión en español consultada corresponde a la traducción realizada en 1999 para la Maestría en Análisis del Discurso de la UBA].

Bacci, Claudia y Oberti, Alejandra (2013). "El futuro de las revoluciones. Una reflexión teórico metodológica de los testimonios de militantes revolucionarios de los 60 y 70 en Argentina". Ponencia presentada en el *XXXI International Congress of the Latin American Studies Association "Towards a New Social Contract"*. LASA.

Burucúa, José Emilio (2010). Epígrafe en Casa del Bicentenario.

Butler, Judith (1998). "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", en *Debate Feminista*, 18. México.

Chejter, Silvia (ed.) (1996). "Feminismo por feministas. Fragmentos para una historia del feminismo argentino 1970-1996", en *Travesías*, 5. Buenos Aires.

- Ciriza, Alejandra y Rodríguez Agüero, Eva (2005). "Millitancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP", en *Políticas de la memoria*, 5. Buenos Aires.
- De Lauretis, Teresa (1996). "La tecnología del género", en *Mora*, 2. Buenos Aires.
- Ducrot, Oswald (1987). *Argumentation et topoi argumentatifs. Actes de la 8^e Rencontre des Professeurs de Français* (Université d'Helsinki).
- (1988). "Topoi et Formes Topiques", en *Bulletin d'Etudes de Linguistique Française*, 22.
- Eltit, Diamela (1996). "Cuerpos nómadas", en *Feminaria*, 17/18. Buenos Aires.
- Felitti, Karina (2008). "Natalidad, soberanía y desarrollo: las medidas restrictivas a la planificación familiar en el tercer gobierno peronista (Argentina, 1973-1976)", en *Revista Estudios Feministas*, vol. 16, 2. Florianópolis.
- García Negroni, María Marta (1998). "Cuando la excepción refuerza la argumentación", en *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, 3.
- Lanusse, Lucas (2007). "Caer y volver a levantarse: la situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972". Ponencia presentada en la *Jornada académica Partidos Armados en la Argentina de los años 70*. UNSAM.
- Lenci, María Laura (2008). "Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros 1972-1975". Ponencia presentada en la *Jornada académica Partidos Armados en la Argentina de los años 70*. UNSAM.
- Luna, Lola (1999). "Populismo, nacionalismo y maternalismo: casos peronista y gaitanista". Ponencia presentada en el XII Congreso de AHILA, Porto. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Boletin-Americanista/article/viewFile/98952/146845> (Acceso 10/2/2011)
- Manzano, Valeria (2008). *Construyendo un lugar para la juventud: discursos y representaciones sobre la juventud y la adolescencia, 1953-1965*. Ponencia presentada en la 1^o Reunión de Trabajo, Los

60' de otra manera: vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina. UdeSA.

Mozejko de Costa, Danuta (1988). "La posición del enunciador con respecto al enunciado", en "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España e Historia de las Indias". *Estudios Semióticos*, 15.

Oberti, Alejandra (2001). "También nosotras seremos como el Che". Ponencia presentada en las 1^o Jornadas de Historia de las Izquierdas en Argentina. CeDInCI.

——— (2004/2005). "La moral según los revolucionarios", en *Políticas de la Memoria*, 5.

——— (2009). "Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios", en *Temáticas, Revista de los Pos-Graduandos en Ciências Sociais da IFCH-Unicamp*. Año 17, 34.

Pastoriza, Lila (2006). "La traición de Roberto Quieto. Treinta años de silencio", en *Lucha Armada en la Argentina*, 5.

Peller, Mariela (2008). "Fotografías, escrituras y política. Sobre los modos de representación de la militancia armada en *Estrella Roja del ERP*", en *Revista Afuera. Estudios de Crítica Cultural*. Año 3, 4.

——— (2009). "Identidades clandestinas. Política, moralidad y vida cotidiana en la literatura testimonial sobre la militancia guerrillera en Argentina". Ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional del Comahue.

——— (2012). "Los cuerpos y la revolución en los setenta." Ponencia presentada en 10^o Congreso de la Asociación de Semiótica Visual, Facultad de Derecho, UBA.

Pittaluga, Roberto (2000). "La historiografía sobre el PRT-ERP", en *El Rodaballo*, 10.

——— (2001). "Nociones de la revolución en el PRT-ERP". Ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Salta.

——— (2004). "Apuntes para pensar la historia del pasado reciente", en *El Rodaballo*, 15.

- (2009). "Tiempo y espacio en la concepción de la revolución del PRT-ERP (1968-1976)." Ponencia presentada en las XII *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Universidad Nacional del Comahue.
- Richard, Nelly (2000). "Revueltas femeninas y transgresiones de símbolos", en *Revista de Crítica Cultural*, 21.
- Rozitchner, León (1966). "La izquierda sin sujeto", en *La Rosa Blindada*, 9. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.rosa-blindada.info/b2-img/> (Acceso 12/10/2013)
- Rubin, Gayle (1986). "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", en *Nueva antropología*, vol. VIII, 30.
- Schmucler, Héctor (1980). "Testimonio de los sobrevivientes", en *Controversia*, 9-10.
- Scott, Joan (2001). "Experiencia", en *La ventana*, 13.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (enero-diciembre de 2003). "¿Puede hablar el subalterno?", en *Revista Colombiana de Antropología*, 39.
- Tortti, María Cristina (1998). "Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 3 (6). Buenos Aires.
- Trebitsacce, Catalina (2008). "Las feministas de los 70: otras prácticas políticas entre la modernización y el cambio social", en *actas de las V Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata.

Diccionarios

- Tarcus, Horacio (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Altamirano, Carlos (dir.) (2002). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Libros y capítulos de libros

AAVV (2007). *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba: La Intemperie, del Cíclope y UNC.

Agamben, Giorgio (2002). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-textos.

Agamben, Giorgio (2010). *Ninfas*. Valencia: Pre-textos.

Althusser, Louis (1984). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Amado, Ana (2004). "Órdenes de la memoria y desórdenes de la ficción", en Ana Amado y Nora Domínguez (comps.). *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.

——— (2009). *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires: Colihue.

Andújar, Andrea (2009). "El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll", en Andrea Andújar et al. (comps.). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1997-1998). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. 3 tomos. Buenos Aires: Norma.

Arfuch, Leonor (2002a). "Dialogismo", en Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós (pp. 64-68).

——— (2002b). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.

Austin, John (1982). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

Badinter, Elizabeth (1981). *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós.

Badiou, Alain (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.

Bajtín, Mijaíl (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

Bianchi, Susana y Sanchís, Norma (1988). *El partido peronista femenino*. Buenos Aires: CEAL.

- Burucúa, José Emilio (2003). *Historia, arte y cultura. De Aby Warburg a Carlo Guinzburg*, Buenos Aires: FCE.
- Butler, Judith (2001a). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- (2001b). *Los mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- (2002). *Cuerpos que importan*, Buenos Aires: Paidós.
- (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Calveiro, Pilar (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- Carnovale, Vera (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cavarero, Adriana (2000). *Relating narratives. Storytelling and Selfhood*. London and New York: Routledge.
- Cháneton, July (2007). *Género, poder y discursos sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Collin, Françoise (1996). "Historia y memoria, o la marca y la huella", en Fina Birulés (Comp.). *El género de la memoria*. Barcelona: Pamiela.
- (2006). *Praxis de la diferencia. Liberación y libertad*. Barcelona: Icaria.
- Cosse, Isabella (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Cruz, Manuel (1995). *¿A quién pertenece lo ocurrido?* Barcelona: Taurus.
- (1999). *Hacerse cargo. Sobre responsabilidad e identidad personal*. Barcelona: Paidós.
- De Lauretis, Teresa (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Cátedra.
- De Santos, Blas (2006). *La fidelidad del olvido. Notas para el psicoanálisis de la subjetividad militante*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Derrida, Jacques (1986). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.

- Domínguez, Nora (2004). Eva Perón y Hebe de Bonafini, o la invención de un nacimiento, en Ana Amado y Nora Domínguez (comps.). *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *De dónde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Eisenstein, Zillah (1980). *Patriarcado capitalista, feminismo socialista*. México: Siglo XXI.
- Engels, Friedrich [1884] (1968). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. San Sebastián: Equipo.
- Felman, Shoshana y Laub, Dori (1992). *Testimony. Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*. London and New York: Routledge.
- Firestone, Shulamite (1973). *La dialéctica del sexo*. Madrid: Kairos.
- Foucault, Michel [1972] (1992). "Sobre la justicia popular. Debate con los maos", en *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- (1993a). *La vida de los hombres infames*. Montevideo: Altamira.
- (1993b). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Freud, Sigmund [1921] (1984). "Psicología de las masas y análisis del yo", en *Obras Completas de Sigmund Freud*, vol. 18. Buenos Aires: Amorrortu.
- García Negroni, María Marta y Tordesillas, Colado Marta (2001). *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*. Madrid: Gredos.
- Gasparini, Juan (1988). *Montoneros: Final de cuentas*. Buenos Aires: Puntosur.
- Gil, Germán (1989). *La izquierda peronista. Notas para una interpretación ideológica (1955-1974)*. Buenos Aires: CEAL.
- Gillespie, Richard (1988). *Los soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Giussani, Pablo (1984). *La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Giussani, Laura (2005). *Buscada. Lili Massaferró: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera*. Buenos Aires: Norma.

- Grammático, Karín (2009). "Ortodoxos vs. juveniles: disputas en el Movimiento Peronista. El caso del Segundo Congreso de la Rama Femenina, 1971", en Andrea Andújar et al. (comps.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- (2011). *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Halperin Donghi, Tulio (1996). "Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista", en *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Haraway, Donna (1991). "Género para un diccionario marxista", en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*. Buenos Aires: CEAL.
- Jelin, Elizabeth, (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana (comps.) (2006). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kohan, Néstor (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Biblos.
- Lanusse, Lucas (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- Longoni, Ana (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.
- Martínez, Paola (2009). *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Marx, Jutta (1994) "Mujeres, participación política y poder", en Diana Maffía y Clara Kuschmir. *Capacitación política para mujeres. Géneros y cambio social en la Argentina actual*. Buenos Aires: Feminaria.
- Mattini, Luis (1996). *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. La Plata: La Campana.
- Moreno, María (2004). "Poner la hija. Cuerpos y cartas", en Ana Amado y Nora Domínguez (comps.). *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.

- Nari, Marcela (2004). *Políticas de maternidad y maternalismos políticos*. Buenos Aires: Biblos.
- Navarro, Marysa (1994). *Evita*. Buenos Aires: Planeta.
- Nicholson, Linda (1990). "Feminismo y Marx: Integración de parentesco y economía", en Seyla Benhabib y Drucilla Cornell. *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades del capitalismo tardío*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto (2012). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Santa Fe: María Muratore.
- Perón, Eva (1951). *La razón de mi vida*. Buenos Aires: Peuser. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/10234459/Eva-Peron-La-Razon-de-Mi-Vida> (Acceso 12/7/2010)
- Perón, Juan Domingo [1958] (1974). *Del poder al exilio. Quienes me derrocaron*. Buenos Aires: Argentinas.
- Pittaluga, Roberto (2007). "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)", en Marina Franco y Florencia Levin (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Plis-Sterenber, Gustavo (2003). *Monte Chingolo, la mayor batalla de la guerrilla argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Pozzi, Pablo (2001). "Por las sendas argentinas...". *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Richard, Nelly (2002). "Género", en Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- Ricœur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- (1999). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.
- Romero, José Luis (1989). *La revolución burguesa en el mundo feudal*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Saidón, Gabriela (2005). *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Sánchez, Matilde (1994). *El Dock*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Santucho, Julio (1988). *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*. Buenos Aires: Puntosur.
- Santucho, Mario Roberto (1975). *Perspectivas de la lucha democrática*. Buenos Aires: s/ed.
- Sarlo, Beatriz (2003). *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Schmucler, Héctor (2007). "Carta de Héctor Schmucler", en AAVV. *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba: La Intemperie, Del Cíclope y UNC.
- Scott, Joan (1990). "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James Amelang y Mary Nash (Eds.). *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Universidad de Valencia.
- (2009). *Género e historia*. México: FCE.
- Searle, John (1980). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vasallo, Alejandra (2005). "Las mujeres dicen basta': movilización, política y orígenes del feminismo argentino de los 70", en Andrea Andújar et al. (comps.). *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria.
- Vasallo, Marta (2009). "Militancia y transgresión", en Andrea Andújar et al. (comps.). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Verón, Eliseo (1987). "La palabra adversativa", en A.A.V.V. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachete.
- (1996). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa.
- Vezzetti, Hugo (2009). *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Vignollés, Alejandra (2011). *Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto*. Buenos Aires: Sudamericana.

Weisz, Eduardo (2006). *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.